

Romano De Marco

CIUDAD DE POLVO

MILÁN NEGRO

Cuando la única forma
de combatir el crimen es
sumergirse en él



Lectulandia

NOVELA

«Me llamo Marco Tanzi. Soy expolicía, expadre de familia, expreso. He pasado casi ocho años en cárceles como ésta. Creía haber salido de la pesadilla, pero aquí estoy de nuevo. No obstante, esta vez tengo una misión. Desesperada, como no podía ser menos, y de la que dependen varias vidas. Siempre y cuando logre salvar la mía».

Hace tiempo, Marco Tanzi estaba considerado el mejor policía de Milán. Más tarde llegaron la cárcel, los años de mendicidad y el exilio voluntario, hasta que, por fin, se rehabilitó y volvió a casa.

Mientras su vida fluye ahora por cauces tranquilos, alguien le pide que colabore con una investigación no autorizada. Su misión consiste en infiltrarse en la peor cárcel de Italia para conseguir que hable un contable de la mafia e infligir de esta forma un duro golpe a la «'ndrangheta», que controla el tráfico de cocaína en Milán.

Tanzi acepta, a pesar de que su amigo y antiguo compañero, Luca Betti, le ruega que no lo haga, temiendo que pueda caer de nuevo en garras de sus demonios internos.

Entretanto, una nueva organización criminal pretende sustituir a la «'ndrangheta» invadiendo el mercado con «green infierno», una metanfetamina con efectos colaterales devastadores.

La guerra inicia con un sangriento atraco en el centro de Milán. Hacer frente a la escalada de violencia no es fácil. Entre ríos de polvo blanco, traiciones y juegos de poder, Marco, Luca y la nueva jefa de la brigada antiatracos, Laura Damiani, unas almas atormentadas en una ciudad perdida, siguen su propio camino hasta que el destino los reúne en un final cargado de tensión. Donde nada volverá a ser como antes.

Lectulandia

Romano De Marco

Ciudad de polvo

Milán negro - 2

ePub r1.0

Titivillus 28.08.2017

Título original: *Città Perduta*
Romano De Marco, 2015
Traducción: Patricia Orts
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Cuando regresas al infierno después de haber escapado de él no es como la primera vez. Es peor. Porque sabes lo que te espera.

El infierno se llama cárcel de Canton Mombello y está en Brescia.

Detrás de la fachada rehabilitada y más que decorosa del edificio de finales del siglo XIX, detrás de los despachos modernos y confortables, se oculta una de las cárceles más inhumanas de Europa.

Cuatrocientos cincuenta presos ocupan las doscientas plazas disponibles en las celdas divididas en dos alas, la norte y la sur.

Alas. Es una pérfida ironía llamar así a unos pasillos oscuros cuyos ocupantes están privados de libertad.

Las celdas son de dos tipos: las de ocho metros cuadrados, donde viven unos seis o siete condenados, y otras algo mayores en las que, con frecuencia, se hacinan hasta doce. Son sombrías, húmedas. Apestan y nunca se airean. Los retretes al estilo turco, sin tabiques, se encuentran a apenas unos centímetros de las literas de tres pisos, donde los detenidos duermen o permanecen tumbados veintidós horas al día. Porque no hay espacio suficiente para estar de pie.

En los extremos de las dos alas están las duchas. Unos escuálidos receptáculos de suciedad, moho y agua fría (poca...) donde los estupros y las violaciones están a la orden del día.

La ley italiana sobre la salud de los trabajadores obliga a disponer un espacio mínimo de dos metros cuadrados y diez metros cúbicos por persona, a ventilar cuatro veces cada hora, a tener servicios higiénicos separados del resto de los locales, y luz y aireación naturales. Son normas antiguas, incluso de los años cincuenta.

Pero el reloj de los derechos humanos se detuvo mucho antes para los presos de Canton Mombello. Son residuos carentes de dignidad, desechos de la sociedad civil, que los ignora y prefiere hacer como si no existieran.

En este infierno terrenal, poblado de drogadictos, seropositivos, alcohólicos y enfermos de hepatitis, se sobrevive gracias a los psicofármacos, que en la jerga se denominan las «gotas». Circulan en abundancia y son la única esperanza de poder pasar unas horas al día en un olvido nebuloso que regale una ilusión de intimidad, de

decencia.

Antes de volver al horror.

Me llamo Marco Tanzi. Soy expolicía, expadre de familia, expreso. Pasé casi ocho años en sitios como éste. Cuando salí elegí vivir al margen del mundo, dormir en la calle, perderme en los rincones más lúgubres de Milán. Hasta que un día secuestraron a mi hija.

Para recuperarla tuve que volver al buen camino, liberarme de mis demonios, reintegrarme en el denominado mundo civil.

Y aquí estoy de nuevo.

Con todo, esta vez tengo una misión. Desesperada, como de costumbre, y de la que dependen varias vidas.

Siempre y cuando consiga salvar antes la mía.

Uno

Milán. Tres días antes

—¿Se da cuenta del disparate que ha dicho, doctor? ¡Es una auténtica locura y, por si fuera poco, ilegal!

Luca Betti, comisario de la brigada Criminal de Milán, habla mientras camina nervioso de un lado a otro del despacho del fiscal Enrico Salvemini, situado en las dependencias de la Fiscalía del Tribunal de Apelación.

—¡Betti, pare un momento, por Dios! Siéntese y escúcheme.

El policía obedece a su pesar. El magistrado se inclina hacia él con expresión sombría desde el otro lado del escritorio de madera clara. Enrico Salvemini es un hombre de cincuenta y dos años, pelo rojizo, cortado a cepillo, barba bien cuidada y ojos glaciales. Escruta a Luca Betti unos diez segundos, el tiempo necesario para dar énfasis a sus palabras.

—Desde que Matteo Serra llegó a Milán el clan de los Capasso se ha hecho con el monopolio del tráfico de cocaína, es innegable. Como jefe de la sección Antidroga, Serra ha conseguido allanar el camino a la *'ndrangheta* eliminando la competencia de los sicilianos a fuerza de arrestos ilegales y homicidios. Permitted que Rocco Barillaro, mano derecha de Franco Capasso, heredara la red de tráfico que estaba ya arraigada en el territorio y, gracias al canal privilegiado de los suministros que llegan directamente de Colombia y a la protección de la policía, se apoderó del mercado con gran facilidad. ¿Los albaneses? Serra se los ha quitado de encima. ¿Los sicilianos? Les ha compensado cediéndoles ciertas actividades criminales en otras regiones. A ver si adivina quién ha avalado los acuerdos. Matteo Serra, claro está.

—Yo también he oído decir que Serra es un policía corrupto... Es más, según parece lo era ya cuando estaba en Roma. Pero, Cristo, sigo sin entender... Si usted, uno de los miembros más respetados de la fiscalía, está al corriente de todos esos tráfico, de esas actividades ilegales, ¿por qué no dicta una orden de captura?

—Porque para poder hacerlo hacen falta pruebas, Betti, lo sabe de sobra. Sembrando el terror, Serra ha erigido una cortina impenetrable, alimentada por la ley

del silencio y el miedo. Además, está el asunto de los expedientes.

—También me han hablado de ellos, pero muchos piensan que en realidad son una leyenda metropolitana.

—¡Tonterías! —ruge Salvemini—. ¡Es cierto! Matteo Serra colaboró durante varios años con el servicio de inteligencia del Ministerio del Interior, la agencia que antes de la reforma de 2007 se denominaba SISDE. En ese periodo logró recopilar información comprometedoras sobre políticos, altos prelados y figuras clave del mundo económico e institucional del país. Reunió todo en una serie de archivos que utiliza como salvoconducto en las situaciones críticas. Siempre ha salido bien parado amenazando con divulgar esos datos, lo que causaría un auténtico terremoto mediático. ¿Se ha preguntado alguna vez por qué lo trasladaron a Milán, en lugar de expulsarlo de la policía, cuando lo pillaron en aquel asunto de drogas?

—El informe oficial de los carabinieri sobre el episodio de Roma dice otra cosa. En todo caso, la brigada de Serra sigue teniendo el récord de arrestos. Y también de secuestros de droga.

—Una simple cortina de humo —exclama lacónicamente Salvemini—. Los servicios secretos sustituyeron el informe original. Serra sólo detiene a los peces pequeños, las cabezas de turco, los competidores del clan Capasso. Por no hablar de las partidas de droga que ha interceptado. No niego que esas operaciones causaron sensación... El ministro del Interior y el jefe de la policía no se lo pensaron dos veces, las exprimieron y repitieron hasta la saciedad ante los micrófonos y las cámaras de televisión el cuento del «esfuerzo que habían realizado las instituciones en la lucha contra el tráfico de estupefacientes». Pero ¿quiere saber lo que sucedió de verdad, Betti? La cocaína nunca llegó al incinerador. Sólo quemaron un sinfín de kilos de bicarbonato. O de azúcar glas, si lo prefiere. La droga, la de verdad, fue recuperada y salió de nuevo al mercado.

—No es posible...

—¡Escúcheme, Betti! ¡No estoy loco ni me he inventado lo que le estoy diciendo! ¿Recuerda lo que le sucedió hace tres años al núcleo operativo de Gherardi?

—Por supuesto, Andrea es amigo mío.

—Una brigada entera borrada del mapa. Un policía muerto, otro prejubilado y Gherardi, el jefe, gravemente herido y obligado a abandonar el servicio activo. Y, mire usted por dónde, todo eso coincidió con la llegada de Serra a Milán.

—Espere un segundo... ¿Me está diciendo que Serra también está involucrado en esos hechos? Él y Gherardi fueron ascendidos juntos por haber capturado a los asesinos del jefe de policía Ravasi.

—Eso es lo que Serra hizo creer a todos. En realidad urdió un plan para eliminar tanto al jefe de policía como a Gherardi y convertirse de esta forma en el nuevo jefe de la brigada Antidroga. Así podía administrar mejor sus negocios con la *'ndrangheta*.

—Son unas acusaciones graves, está seguro de que...

—Sólo estaremos seguros si convencemos a Furio Pession de que atestigüe. Y tenemos que darnos prisa, antes de que algún sicario de Serra lo asesine en la cárcel.

—Veamos si lo he entendido —exclama Luca Betti exasperado—, tenemos un posible testigo capaz de acorrallar a Serra y usted, en lugar de ponerlo bajo protección, en lugar de aislarlo en una cárcel de máxima seguridad, pretende que convenza a un expolicía que ha tardado diez años en saldar sus deudas con la justicia para que se vista de nuevo de preso. ¡Por si fuera poco en la que, con toda probabilidad, es la peor cárcel de Italia!

—Marco Tanzi es nuestra única posibilidad. Puede acercarse a Pession, ganarse su confianza defendiéndolo de los tipos que quieren eliminarlo y convencerlo para que se convierta en nuestro confidente. Pession fue durante años la mano derecha de Rocco Barillaro en Milán, podría procurarnos las pruebas que necesitamos para atrapar a Serra y hacer saltar por los aires los negocios del clan de los Capasso. Podríamos eliminar de un solo golpe la corrupción que existe en el seno de la policía milanesa y el tráfico de cocaína en la ciudad.

—Lo dice como si fuera algo posible. ¡En realidad es una empresa desesperada! Usted mismo ha dicho que Pession se ha negado ya a colaborar.

—Se ha negado porque teme las represalias de Serra y de sus amigos de la *'ndrangheta*, pero apenas intenten dejarlo seco cambiará de idea, estoy seguro. En ese punto su única escapatoria será aceptar la protección que yo le brindaré si colabora para incriminar a Serra. El único problema será evitar que lo maten antes, y para eso necesitamos a Marco Tanzi.

—Cristo... Por eso no ha trasladado a Pession a una cárcel más segura. *Quiere* que traten de cepillárselo. *Quiere* obligarlo a hablar aprovechando el miedo que siente. *Quiere* chantajearlo.

El fiscal Salvemini cambia de expresión. Su cara es ahora una máscara dura, despectiva.

—Mire, Betti, no me venga ahora con sus sermones de mierda. Furio Pession es un miserable, por su culpa han muerto varias personas. La comunidad y la ciudad de Milán, en especial, han sufrido unos daños incalculables debido a las actividades criminales en que está involucrado. Lo arrestamos porque, además de ser el contable de Rocco Barillaro, es también un pedófilo amante de la pornografía, aficionado a filmar unas escenas asquerosas en las que obliga a participar a menores. Gracias a una denuncia anónima lo pillaron en flagrante y lo metieron entre rejas. Si concedo algún valor a su vida es porque puede ayudarnos a atrapar a Serra.

—Así que también es pedófilo... Sabe de sobra que esa gente tiene los días contados en la cárcel. Marco Tanzi es su única esperanza.

—Exactamente. Y eso es justo lo que Pession debe entender. Tanzi tiene que defenderlo y ganarse su confianza. Es la única manera que tenemos de convencerlo para que colabore.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—Son ustedes amigos, ¿no? Por lo que sé, se reconciliaron después del secuestro de su hija. Usted lo ayudó a volver al buen camino, sé que ahora trabaja con ese investigador privado, Giovanni Sandonato, y que ha vuelto a verse con su hija, pese a que el tribunal le negó el derecho hace años. Ésta podría ser una buena ocasión para él, ¿no le parece?

Luca Betti mira iracundo al magistrado.

—¿Qué pretende decir, que debería intentar convencer a Marco haciéndole creer que puede lograr una revisión de la custodia de su hija, que ahora corresponde a la madre? Se equivoca... Giulia Tanzi ya es mayor de edad y, por tanto, libre de frecuentar a quien le parezca. Ella y su padre se ven a menudo, sin necesidad de que nadie los autorice a hacerlo.

—No me refería a eso. Más bien pensaba que usted podría ofrecer a Tanzi la posibilidad de demostrar a todos, sobre todo a su hija, que vuelve a estar en el lado bueno de la barricada.

—Ese hombre ha pagado con creces su deuda con la sociedad, créame. Ha sufrido lo inimaginable y no debe demostrar nada más.

—Eso es lo que usted piensa, Betti. Dejemos que sea Tanzi el que decida.

—Siendo así, ¿por qué no se lo pide usted, señor Salvemini? ¿Quizá porque fue usted el que lo metió en la cárcel y logró que lo condenaran a la pena máxima? ¿Quizá porque siempre lo ha odiado y lo ha considerado un caso desesperado, una persona irrecuperable, igual que Furio Pession? ¿O porque se avergüenza de haber cometido un error cuando lo juzgó? Marco ha conseguido saldar las cuentas con su pasado, es un hombre libre, se ha desintoxicado, vuelve a tener una verdadera vida. Y usted no puede aceptarlo, ¿verdad? Se niega a aceptar que cometió un error con él.

Salvemini cabecea torciendo la boca en una sonrisa acre.

—Se equivoca de medio a medio, Betti. ¿De verdad piensa que Marco Tanzi no es el mismo hombre que traicionó a su familia y a su mejor amigo, y que fue capaz de ensuciarse las manos con unos crímenes que deshonraron a todo el cuerpo de policía? Usted cree que en la vida es posible cambiar, redimirse. Es un ingenuo, comisario, al punto que casi lo envidio. En realidad las personas, las cosas... son y siguen siendo lo que son. Para siempre. Yo lo sé, Marco Tanzi lo sabe, sólo usted parece querer engañarse pensando lo contrario. Me importa un comino si su amigo se ha redimido o no, no me interesa. Límitese a comunicarle mi propuesta y verá como él la acepta, se lo aseguro. Y lo hará porque está destinado a ser lo que es, nada podrá salvarlo.

Dos

*Milán, calle Broletto, zona
plaza Cordusio, 9.30 horas.
Hoy*

Dos grados bajo cero, cielo terso, calles limpias. Pocas personas y todas parecen tener una meta bien precisa que alcanzar. Paso rápido, miradas huidizas, manos hundidas en los bolsillos de los abrigos o de los anoraks de plumas. Quizá sea el frío de principios de febrero o simplemente que la mañana del lunes lograría que esta ciudad resultase gélida incluso en agosto.

La plaza Cordusio es una suerte de zona franca, una cámara de descompresión que conecta los barrios comerciales con los locales de moda y la zona de las altas finanzas. La calle Broletto es una de sus ramificaciones, sede de bancos y despachos, además de algún que otro restaurante. La sucursal del Flasher Bank es la última recién llegada. Cuatro vidrieras y muebles de acero, cristal y piel de color burdeos ocupan el gran espacio abierto, sin filtros, puertas ni barreras. Unas pantallas ultraplanas de plasma dominan los escritorios, ocupados por unos empleados que parecen salidos de una revista de moda, y en el centro del local hay una caja fuerte revestida de acero cromado, de dos metros de altura y uno y medio de ancho. Está empotrada en una pared blanca, como si fuera un objeto enorme de diseño, y dotada de un teclado electrónico incorporado y de un *display* de cristales líquidos. Una joyita de última generación, que en apariencia nadie utiliza.

Nada de detector de metales, nada de guardias jurados, nada de cristales antiproyectiles. Según la nueva filosofía de la seguridad antiatracos, la mejor defensa consiste en limitar el dinero en efectivo, efectuar la transferencia de valores por vía telemática, hacer desaparecer las transacciones «físicas». ¿Los fajos de billetes? Una herencia del pasado, la prehistoria de los intercambios comerciales, un mal recuerdo de una época remota en que las bandas irrumpían en los bancos sembrando la muerte y el terror. En la actualidad la verdadera partida entre institutos de crédito y criminalidad organizada se juega en la mesa de la seguridad informática. Según

parece, materialmente sólo existe el tres por ciento del dinero que se mueve a diario en las cuentas y los fondos financieros. Un simple flujo de datos cifrados determina el futuro de unas compañías que emplean a decenas de miles de trabajadores, de unas familias que luchan para llegar a fin de mes y para pagar los plazos de la hipoteca, de las naciones del tercer mundo, que ven su destino vinculado a las fluctuaciones del yen o a las decisiones inapelables de las grandes agencias de calificación de riesgos. Todo ello es consecuencia de la nueva economía, el sueño utópico del «pueblo global» que desde los años ochenta hasta nuestros días ha evolucionado hasta transformarse en la pesadilla de una recesión mundial desastrosa. *Death economy*, como la ha llamado alguien.

La furgoneta, una Fiat Ducato blanca sin ventanillas posteriores, aparca en la zona de carga y descarga que hay delante del banco. La puerta lateral se abre y tres hombres se apean de ella. Anorak de piel por debajo de la rodilla, pasamontañas negro, botines con cordones en los pies y cazadoras antibalas de kevlar. Los tres abrazan unos fusiles de asalto Colt M4A1. Entran por la puerta principal, sin prisas, como si fueran clientes normales.

Poco después, en la calle se oyen unos gritos, ahogados por el cristal estratificado de los ventanales, seguidos de los golpes secos y nerviosos de las armas de fuego.

Justo un minuto y quince segundos más tarde los tres hombres salen del banco en fila india. Uno de ellos lleva echada a un hombro una bolsa de tela negra, que, en apariencia, pesa mucho. El primero abre la puerta lateral de la Fiat Ducato y hace entrar a sus dos compañeros.

Los pocos transeúntes que han asistido a la escena huyen aterrorizados en todas direcciones. Una anciana lanza un grito agudo y prolongado, que se funde con el sonido de una sirena cada vez más próxima.

El criminal que sigue en la acera pasa el fusil a uno de los compañeros que ha subido a la furgoneta, y éste le da una especie de cilindro metálico de color verde. Con gestos medidos, sin la menor prisa, el hombre del pasamontañas rodea el vehículo y se planta en el centro de la calle, mirando a la plaza Cordusio. Se arrodilla en el asfalto y se apoya la bazuca ligera M72LAW en un hombro.

En el preciso momento en que el Alfa Romeo de la policía asoma por la esquina, la bazuca lanza un proyectil de carga hueca de sesenta y seis milímetros, capaz de perforar la coraza de un coche blindado, a la vez que una llamarada de casi cuatro metros de longitud sale por la parte posterior del tubo metálico.

El coche de color blanco y azul explota, alzándose al menos un metro del suelo. El capó salta por los aires, las ventanillas quedan pulverizadas e inundan de esquirlas de cristal el área circunstante, a la vez que una nube de fuego, procedente de la parte posterior del vehículo, invade el interior del mismo. El depósito de carburante ha estallado.

Un segundo coche patrulla, que ha llegado a toda velocidad, intenta hacer una maniobra desesperada para no chocar con el vehículo incendiado y acaba estrellándose contra un coche aparcado, provocando un estruendo de plancha y cristales rotos.

Los dos policías que iban a bordo logran apearse de él tambaleándose. Uno empuña el mitra M12, un arma reglamentaria estándar de las fuerzas del orden; el otro trata de sacar su pistola de una funda blanca.

Son abatidos por la ráfaga de proyectiles de calibre 5,56 que vomita el fusil automático de uno de los hombres vestidos con los anoraks negros.

El acceso a la calle desde la plaza Cordusio ha quedado bloqueado. El hombre de la bazuca y el que empuña el fusil, que se ha apeado de la furgoneta blanca para echarle una mano, vuelven a subir a ella con calma. Ésta arranca de nuevo y, tras avanzar unos cincuenta metros, desaparece doblando la esquina y enfilando la calle del Orso.

Tres

El taxi está parado en el tráfico, a cincuenta metros de la jefatura de policía. Dos agentes uniformados mantienen despejada la calle Fatebenefratelli para que los coches patrulla puedan salir por la entrada principal del edificio con las sirenas encendidas. Tras recorrer varias decenas de metros, los vehículos doblan bruscamente a la izquierda, enfilan la avenida de Porta Nova y desaparecen de la vista envueltos en los agudos lamentos que emiten los neumáticos al derrapar en el asfalto y en las nubes de humedad condensada por el calor de los gases de escape.

—De acuerdo —dice Laura Damiani mientras le tiende un billete de veinte euros al chófer—, déjeme aquí y quédese con el resto.

La mujer camina apretando el paso, arrastrando una maleta con ruedas de color verde y maldiciéndose por no haberse abrigado más. El anorak corto de plumas de color azul y los vaqueros metidos en las botas de ante no la protegen bien del frío. El aire gélido parece haber petrificado su pelo castaño, con reflejos pelirrojos, que lleva recogido en una coleta. Treinta y cinco años, comisaria de policía, hace más o menos un año se trasladó de Roma a Milán, donde la asignaron de inmediato a la brigada Antivicio. No le resultó fácil adaptarse el nuevo ambiente, ganarse el respeto y la estima de sus compañeros. Al escepticismo «fisiológico» que sienten los milaneses por los romanos se unió el que inspiraba ella, que en la capital estaba considerada como uno de los mejores elementos del cuerpo de policía, como avalaban los éxitos que había cosechado.

Debido a problemas personales, a un fracaso sentimental con un compañero, el ambiente laboral romano se había vuelto demasiado problemático para Laura. De ahí la decisión de abandonarlo todo, de dar un vuelco a su vida e instalarse en Milán. Ahora acaba de volver de pasar unos cuantos días de permiso en Roma, adonde tuvo que viajar para resolver unas cuestiones burocráticas relacionadas con el piso que tiene en la zona Tiburtina, que se niega a alquilar. Dado que sigue sin tener muy claro cuál será su futuro, no excluye regresar a él un día.

Entre las pocas cosas que la vinculan a Milán se encuentra la amistad que la une a su compañero Luca Betti, comisario de la brigada Criminal, separado y padre de una hija de diecisiete años. En realidad, es algo más que una amistad, si bien no acaba de

ser una auténtica relación. No han querido darla a conocer a sus colegas, y ésa es una de las razones por las que cojea un poco. Por no hablar de los ritmos absurdos de trabajo que se han impuesto. En ocasiones pasan semanas enteras sin verse.

Durante el permiso Laura recibió una llamada telefónica de la jefa de policía de Milán, Daniela Boschi, quien le dijo que quería verla. Según parece, quiere proponerle un nuevo puesto.

—Algo más adecuado a sus magníficas dotes de investigadora —le dijo la jefa.

Es la primera vez que ve al guardia que está en la portería de la jefatura, debe de ser un agente recién salido de la escuela de policía.

—Soy la comisaria Damiani —dice Laura a la vez que le pasa la tarjeta por la ranura del cristal blindado—, tengo una cita con la jefa Boschi. Mejor dicho, tenía una cita hace media hora.

El agente, un joven larguirucho con el pelo cortísimo, examina con atención el documento antes de devolvérselo. Después de llamar por teléfono para verificar la información, abre la puerta de la garita y señala una de las escalinatas que dan al patio de la jefatura.

—Por favor, comisaria, la jefa la está esperando, entrada A, primer piso.

—Sé dónde está, hace un año que trabajo aquí. Si no te importa dejo aquí la maleta —dice Laura levantándola y soltándola en brazos del joven, que la coge con relucencia—. Luego la recogeré.

—Pero, oiga, el reglamento... —Laura ni siquiera lo oye, está ya en el centro del patio, camino de su cita.

—Romanos... —resopla el agente dejando la maleta en un rincón de la minúscula oficina—, ¡todos iguales!

Daniela Boschi tiene cuarenta y siete años. Rubia, con las facciones delicadas y los ojos claros. Las formas redondeadas de su talla cuarenta y seis transmiten una feminidad confortante, casi maternal, pero al mismo tiempo seductora, porque se opone a la tendencia que domina en la actualidad el imaginario masculino, el estilo «*vedette* ligera de ropa» que, al ser omnipresente, ha acabado agotando el misterio y la carga erótica.

Pero Daniela Boschi no es un ama de casa cualquiera. Es una policía que se ha distinguido luchando durante veinte años contra la camorra, dueña de un currículum que la ha convertido en toda una leyenda en la policía napolitana. Sus éxitos hirieron mortalmente a los clanes partenopeos y dieron lugar a decenas de arrestos de gran relevancia y a toda una serie de secuestros de bienes del hampa, por un valor de varios cientos de millones de euros. Hace unos dos años fue ascendida y trasladada a Milán para ocupar el puesto de Ravasi, el antiguo jefe de policía, que había muerto en un atentado con dinamita.

Daniela Boschi recibe a Laura en la puerta de su despacho y le estrecha

enérgicamente la mano.

—La estaba esperando, Laura.

—Buenos días, disculpe el retraso, pero el tren tuvo una avería. He visto que hay un poco de movimiento fuera, ¿qué ocurre?

—No se quite la chaqueta —contesta la mujer mientras se pone el abrigo negro que acaba de descolgar de un perchero de la pared—, haré algo más que decírselo, se lo enseñaré.

El coche azul atraviesa como una exhalación las calles milanesas, precedido por el coche patrulla que hace las veces de bulldozer, con la sirena encendida y el agente que viaja sentado en el lado del copiloto agitando con furia una pala por la ventanilla.

—Un atraco con derramamiento de sangre.

Laura escucha a la jefa de policía mirando distraídamente las calles del centro. Sólo se sobresalta cuando el coche rodea el teatro de la Scala y enfila la calle Santa Margherita. Milán regala escorzos de belleza incluso para los que proceden de una ciudad como Roma.

—El grupo de asalto estaba integrado por tres hombres y un chófer, y, según parece, usaron armas militares —explica Daniela Boschi—. Por desgracia, hay varias víctimas, incluidos algunos compañeros.

—Cristo —suelta Laura volviéndose hacia su superior—. ¿Cómo ocurrió?

—Desconozco los detalles, me acaban de avisar. Se ha producido una explosión que ha afectado a varios coches patrulla. Acaba de suceder. Si hubiera tardado dos minutos más no me habría encontrado, quiero verlo en persona, coordinar las primeras investigaciones. Cuando muere uno de los nuestros con frecuencia el nerviosismo se apodera de nosotros y nos cuesta razonar.

—Lo sé, me ha pasado.

—Conozco su trayectoria profesional. La coincidencia con la propuesta que quería hacerle es casi increíble... hace tiempo que pienso que está desperdiciando su talento en la Antivicio. Quiero que dirija una nueva brigada Antiatracos.

Tras dejar atrás dos manzanas a paso de hombre, el coche de la jefa de policía se para en la esquina entre la calle Broletto y la calle Porrone, a pocas decenas de metros de la sucursal del Flasher Bank.

Las dos mujeres se apean y, precedidas de un jefe de policía adjunto uniformado, que les pone al corriente de la situación, se dirigen al lugar del atraco. La zona está abarrotada de agentes, bomberos y paramédicos que trabajan afanosamente, con el riesgo de entorpecerse unos a otros.

Un antiguo coronel de los carabinieri, rodeado de sus hombres, mira furibundo a la jefa de policía mientras ésta se dirige a paso rápido hacia la zona precintada. Sabe que cuando los muertos van uniformados no hay discusión posible sobre las competencias: la dirección de las operaciones corresponde al grupo al que pertenecía

la víctima. Una decena de personas se mueve alrededor de los restos de los dos coches patrulla afectados por la explosión. Uno de ellos está casi por completo carbonizado, cubierto por el polvo extintor que han usado los bomberos. Al lado del otro vehículo dos telas blancas tapan los cuerpos de los agentes fallecidos. Un charco escarlata bordea sus cuerpos.

—Deben de haber usado un lanzagranadas —dice el jefe de policía adjunto a Boschi. Con semblante sombrío, la mujer observa en silencio los cadáveres que yacen en el suelo.

—Yo diría que utilizaron más bien un arma antitanque —lo corrige Laura agachándose para examinar los restos del coche patrulla—. Un proyectil perforador. ¿Ve la especie de remolino que hay en la parte anterior? —prosigue la policía señalando el vehículo carbonizado—. Antes de estallar en el interior el proyectil atravesó con facilidad tanto la carrocería como el motor. Ningún lanzagranadas tiene una fuerza de penetración similar.

—¿Le importaría decirme quién es usted? —pregunta el oficial uniformado.

—Comisaria Damiani —contesta Laura levantándose y tendiéndole la mano—. Brigada Antivicio.

—Ah... Encantado. Jefe adjunto Pandolfi —replica el hombre estrechándosela—, comandante de la brigada Móvil.

—Lo siento por sus hombres, comandante.

Pandolfi asiente con una mirada severa. Es un hombre de unos sesenta años, obeso y con el pelo ralo, rizado y entrecano.

—Por desgracia hay más —dice dirigiéndose a las dos mujeres—, vengan, se lo enseñaré.

Delante de la entrada del Flasher Bank un cordón de agentes uniformados impide el paso a la gente para que los hombres de la policía científica puedan trabajar sin interferencias. Laura nota a lo lejos unas barreras metálicas vigiladas por agentes y guardias urbanos, al otro lado de las cuales se apiñan periodistas, fotógrafos y simples curiosos.

Pandolfi se acerca a la jefa de policía Boschi y le dice en voz baja:

—Señora, quería avisarla de que Matteo Serra está dentro. Fue uno de los primeros en intervenir.

La mirada de Boschi se ensombrece. Acelera el paso seguida por el comandante de la brigada Móvil y de Laura. Una agente se aparta para dejarlos atravesar el cordón de seguridad.

En el interior del banco el escenario es surrealista. Laura cuenta cinco cuerpos en el suelo, tumbados en un número idéntico de charcos de sangre. Dos mujeres y tres hombres, vestidos de forma elegante, destrozados a primera vista por ráfagas de armas automáticas de gran calibre. Se trata de una única sala de, al menos, doscientos metros cuadrados, y en la pared central destaca la caja fuerte revestida de metal cromado. Abierta.

Agentes de la policía científica fotografían la escena, recogen casquillos, miden las trayectorias valiéndose de aparatos de precisión láser.

—Dios mío —exclama Daniela Boschi cabeceando—, es una verdadera masacre.

Laura percibe la presencia de alguien a su derecha y se vuelve. Es un hombre refinado, vestido con un traje de chaqueta de color gris antracita, una corbata azul y un abrigo negro de cachemira. Pelo negro, ojos magnéticos, cuerpo atlético. Da unos pasos hacia ella sonriendo. A su espalda hay una mujer de unos treinta años, pelo corto, cazadora de piel, vaqueros y botas. Mueve una pierna de forma rítmica, como si fuera víctima de un tic nervioso, y no aparta la mirada de Laura. Detrás de ella, completando el cuadro, hay una especie de gigante calvo, con gafas oscuras y anorak negro. Tan inmóvil e inexpresivo como una gárgola.

El hombre del abrigo tiende la mano a Laura y le sonríe dejando a la vista una dentadura perfecta.

—Tú debes de ser Laura Damiani, la colega de la brigada Antivicio, ¿me equivoco?

—Sí, sí... —balbucea Laura confusa, a la vez que le estrecha la mano con cierta renuencia.

—Soy Matteo Serra, comisario jefe de la brigada Antidroga. Por fin nos conocemos.

Cuatro

—Por lo visto, de acuerdo con los testimonios de que disponemos —explica el jefe de policía adjunto Pandolfi—, los atracadores utilizaron una furgoneta blanca. La aparcaron aquí delante, en la zona de carga y descarga destinada a los vehículos blindados que transportan el dinero, y entraron por la puerta principal.

—¿Hay más accesos? —pregunta Daniela Boschi.

—No, exceptuando la salida de emergencia lateral. Pero no fue necesario utilizarla. Es increíble, pero en la entrada del banco no hay ningún sistema de vigilancia. La cristalera principal carece de dispositivos de seguridad, entraron sin ser molestados.

—¿Y el sistema de circuito cerrado?

—Está encendido, conectado mediante la red IP a un servidor remoto que registra las imágenes. Funciona también como sistema de vigilancia por vídeo, de hecho, un guardia jurado asistió en tiempo real a la entrada de los atracadores en la sucursal y avisó enseguida a nuestra central operativa. Pero, a partir de ese momento, no hubo más imágenes... nada más entrar los atracadores oscurecieron las cámaras con un pulverizador de pintura.

—Riccardi —dice Boschi dirigiéndose a uno de los hombres de la policía científica—, ¿puede hacer una primera reconstrucción de los hechos?

—Bueno —responde el hombre—, puedo intentarlo. —Es un joven muy alto, con el pelo revuelto y barba. Deja en el suelo una bolsa de muestras llena de casquillos y se quita los guantes de látex, a la vez que mira alrededor tratando de ordenar las ideas—. Veamos... Tres hombres entran por esa puerta —explica señalando la entrada y colocándose en el centro de la sala, mientras el resto de los presentes retroceden para dejarle espacio—. Dos se apostan a los lados y apuntan a los cinco empleados, al mismo tiempo que el otro oscurece las cámaras con un espray de pintura negra. La botella de aerosol aún estaba en el suelo, la hemos encontrado... Luego —prosigue indicando un escritorio más grande que los demás, separado del resto por un panel de cristal de unos dos metros de altura—, ese mismo hombre apuntó directamente al director y lo arrastró hasta aquí, hasta la caja fuerte, a la vez que sus compañeros vigilaban al resto de los empleados. —Riccardi señala una zona contigua a la puerta

acorazada, donde se ve el cadáver de un hombre de unos cincuenta años, con entradas, que yace bocabajo en un charco de sangre—. Supongo que el director le dio la combinación, y que él lo mató justo después. Una ráfaga directa al pecho. El impacto lo hizo rebotar contra la pared y cayó de bruces, rompiéndose la nariz y las gafas. En ese mismo momento los otros dos hombres debieron de disparar a los empleados. Mataron a los cuatro justo donde estaban, ni siquiera se molestaron en agruparlos en un rincón.

—Una ejecución en toda regla —comenta Boschi pensando en voz alta—. No tiene sentido.

—Luego debieron de desvalijar la caja fuerte y salieron —continúa Riccardi—. La acción duró en total poco más de un minuto, según la reconstrucción que ha hecho el instituto de vigilancia que dio la voz de alarma. Acto seguido se produjo el enfrentamiento en el exterior.

—Si los coches patrulla hubieran tardado unos minutos más en llegar esos agentes aún estarían vivos —suelta Boschi a su pesar.

—No creo —replica Matteo Serra apoyándose en la pared y cruzando los brazos—, parece más bien una acción programada. Creo que los atracadores sabían de sobra el tiempo que tardamos en intervenir y que se colocaron de forma que les fuera posible atacar al coche patrulla y crear una barrera que cerrase el paso a los refuerzos que pudiesen llegar de la plaza Cordusio.

—Pero ¿cómo es posible que un banco carezca de dispositivos de seguridad? ¿Cómo es posible que se pueda abrir una caja fuerte en apenas unos minutos? —se pregunta la jefa de policía en voz alta—. Laura, debemos dar una respuesta a estas preguntas y debemos hacerlo enseguida. Le encargo la dirección de las investigaciones.

Damiani no se lo piensa dos veces.

—De acuerdo, señora, pero necesitaré que alguien me ayude a coordinarme con el resto de las fuerzas. Debo formar una brigada.

—Por supuesto, tendrá a su disposición todos los recursos necesarios.

—Si me permite, señora —tercia Serra—, la inspectora Cristina Fogli podría ayudar a la comisaria hasta que se constituya de forma oficial la nueva brigada. Puedo privarme de ella todo lo que haga falta... hemos perdido a varios compañeros y también nosotros, los de Antidroga, queremos poner nuestro granito de arena.

La joven que está detrás de Serra da unos pasos en dirección a Laura Damiani, mirándola fijamente, mientras el gigante calvo que está a su lado permanece en su sitio, inexpresivo, con los brazos cruzados.

La jefa de policía asiente con la cabeza, pero su expresión da a entender que no las tiene todas consigo.

—De acuerdo, como solución temporal. La inspectora Cristina Fogli, de la brigada Antidroga... La comisaria Damiani. —Las dos mujeres se estrechan la mano. El contacto con su compañera produce a Laura cierta desazón. Si bien el apretón es

férreo, la mano huesuda de la inspectora delata una delgadez excesiva, que oculta la ropa de corte masculino.

—Bien —dice Laura a la nueva colaboradora—, encuentra al encargado de seguridad del banco y cítalos en jefatura. Si es necesario que pase a recogerlo un coche patrulla.

—No hará falta —responde Cristina—, si se niega lo llevaré hasta allí a patadas en el culo.

—Pandolfi —prosigue la policía dirigiéndose al jefe de la brigada Móvil—, mantendremos aislada la zona hasta que acabemos de examinarla. En cuanto llegue el fiscal saque los cuerpos y cierre la sala con unas barreras. Ah, y tape las cristaleras con papel opaco. No quiero curiosos deambulando por aquí, deje al menos dos patrullas de guardia.

—De acuerdo —responde el jefe adjunto.

—Riccardi —dice Laura al joven responsable de la policía científica—, consiga las películas del sistema de circuito cerrado, las veremos en jefatura. Mande a alguien al instituto que se ocupa de la vigilancia por vídeo, no se preocupe por los permisos... ya pensaremos en eso después. Quiero también un informe balístico esta misma noche y las autopsias dentro de dos días.

—Pero ¡es imposible! —replica él—. Por lo general hacen falta al menos...

—¡Me importa un comino cuánto suelen tardar! —ruge Laura—. ¿Te das cuenta de que unos colegas han muerto y de que estamos hablando dentro de una especie de matadero? ¡Esta investigación tiene prioridad absoluta! A partir de este momento los medios de comunicación mirarán con lupa a todo el cuerpo de policía, saltarán sobre nosotros y nos abrumarán con sus críticas al mínimo fallo. Suspende todo lo demás y concéntrate en esto —dice la policía apuntando con el índice a la escena del delito que se encuentra a su espalda—. Señora —prosigue dirigiéndose a la jefa Boschi—, necesito un local adecuado para coordinar la investigación, un coche de servicio y, al menos, tres agentes expertos y totalmente disponibles.

—De acuerdo —asiente Daniela Boschi—, tendrá lo que necesita. Señores —continúa en dirección a los presentes—, a partir de este momento están todos bajo las órdenes de la comisaria Damiani. Es la responsable de la investigación y, por tanto, coordinará las correspondientes actividades. Yo vuelvo ahora a jefatura para organizar una sala operativa. ¿Me acompaña, Laura?

—No, me quedaré un poco más, quiero examinar la escena del crimen. Pediré a alguien que me lleve más tarde.

—Si me permites —dice Matteo Serra—, me quedaré contigo y cuando termines te llevaré a jefatura.

—Ninguna objeción —responde Laura.

—Bien —añade la jefa de policía, perpleja—. Reunión informativa en mi despacho a las tres de la tarde. Ahora manos a la obra, a ver si logramos acorralar a los responsables de esta masacre.

Durante una media hora, Serra permanece apartado sin hacer otra cosa que usar el móvil y cruzar unas cuantas palabras con el gigante calvo, que no se aparta de su lado.

—Bien —dice Laura acercándose a su compañero—, yo he terminado. Si aún está en pie el ofrecimiento de llevarme a jefatura...

—¡Faltaría más! Aprovecho la ocasión para presentarte al inspector Alceo Di Sante, es mi mano derecha en la brigada Antidroga.

El hombre, de al menos dos metros de estatura y ciento veinte kilos de peso, tiende su gruesa mano.

—Hola, encantada —dice Laura estrechándosela con cierta repugnancia.

Di Sante le responde haciendo un ademán con la cabeza poco menos que imperceptible, acompañado de un gruñido.

—Alceo, nos vemos más tarde en el sitio de siempre. Verifica esa cosa y mándame la respuesta con un SMS.

Sin contestar ni despedirse, el inspector da media vuelta, sale y cruza la calle con cuatro zancadas.

—Un hombre parco en palabras —comenta Laura.

—Ya —contesta Serra risueño—, su punto fuerte son los hechos. Ven, te llevo hasta el coche.

El coche de Serra es un Maserati de cuatro puertas de color azul, con el interior de piel beis, que parece recién salido del concesionario. Está aparcado a un par de manzanas de distancia, en un sitio reservado a los minusválidos.

—¿Es tu coche patrulla?

—Ojalá... —contesta Serra sonriendo—, la mitad del sueldo se me va en los plazos de este capricho.

—Supongo —dice Laura mientras sube a él.

Serra arranca el motor presionando el botón electrónico que hay a la derecha del volante.

—Hace tiempo que quería conocerte, pero nunca había habido ocasión. Dime, ¿a qué se debe esa decisión tan drástica? De Roma a Milán, después de haberte convertido en una superestrella.

—Quería cambiar de aires y pedí el traslado, eso es todo.

—Sé que muchos te echan de menos en Roma, y no sólo en la policía. He oído hablar del carabintero que...

—Jamás hablo de mi vida privada. Contigo no, en cualquier caso.

—Perdona, no pretendía ser entrometido. Sólo quería informarte de que en jefatura todos están entusiasmados con tu llegada. Sabemos lo que hiciste, los resultados que obtuviste hablan por sí solos. El caso de los Caballeros del Apocalipsis y luego la captura de Raspelli. Eres buena, comisaria, es innegable. Y, si me permites, ya era hora de que Boschi te propusiera algo mejor que la brigada Antivicio.

—Yo también sé algunas cosas sobre ti, Serra.

—¿De verdad? —pregunta el hombre moviéndose con seguridad en el caos de las calles milanesas—. ¿De qué se trata, si puedo saberlo?

—Sé que hace unos años te trasladaron aquí desde Roma porque te habías quemado. Te arrestaron durante un intercambio de droga, del que, por lo visto, eras garante. Ninguno dudó ni por un momento de que fueras culpable, hacía tiempo que se rumoreaban ciertas cosas sobre ti y sobre tus negocios. Sé también que te asignaron a una brigada que se desintegró al cabo de unos meses. Un compañero muerto, otro jubilado y el comisario que la dirigía, Andrea Gherardi, destinado a calentar una silla en una oficina. Todo ello debido, de una forma u otra, al atentado mortal que sufrió el jefe de policía, Ravasi, y su chófer.

—Quizá hayas pasado por alto que contribuí a detener a los dos autores del atentado y que me ascendieron por ello.

—No lo he pasado por alto, sé además que ahora diriges la brigada Antidroga. Muchos te consideran el policía más poderoso de Milán, después de Boschi.

—Bueno, gracias... pero no exageres, sólo soy un simple comisario.

—Ya. En cualquier caso, he aceptado que me lleves a jefatura para poder aclarar dos cosas contigo cuanto antes.

—Soy todo oídos.

—Sé cómo trabajas, la manera en que efectúas las investigaciones. No entiendo por qué te interesa este atraco. Sea cual sea el motivo, quiero que tú y tus círculos os mantengáis lo más alejados posible de mí.

—¿Perdona, qué quieres decir? ¿Estás insinuando que estoy involucrado en algo ilegal?

—Sólo digo que no apruebo tus métodos ni a la gente que frecuentas. Prefiero no tener nada que ver contigo.

—Si fuera un tipo susceptible tus insinuaciones y tu tono podrían irritarme.

—Eso es asunto tuyo, Serra. No me gusta perder tiempo con jueguecitos, sé quién eres, y tú sabes quién soy yo. Conozco también la historia de tus dossiers secretos, de los expedientes que, por lo visto, te han sacado de más de un apuro. No sé si existen de verdad, pero, en caso de que sea así, estoy segura de que en ellos no hay nada que puedas usar en mi contra. Así pues, creo que a ninguno de los dos nos conviene entrar en conflicto. Estoy aquí para trabajar y pretendo hacerlo siguiendo mis métodos. No te entrometas, y yo intentaré devolverte el favor. Los colegas corruptos no son asunto de mi competencia.

—¿Eso es lo que piensas, que soy un corrupto?

Laura no contesta, sigue mirando fijamente hacia delante.

—Siento que pienses de esa forma —continúa Serra—, y te digo que te equivocas. No niego que tengo mis métodos y que, en ocasiones, pueden parecer poco convencionales... Pero debo a mis contactos con el mundo de los traficantes y los camellos muchos de los éxitos que he obtenido en la lucha contra el tráfico de

droga en Milán. Es necesario conocer a fondo el mal para poder combatirlo.

Laura tuerce la boca en una leve sonrisa.

—Ahórrame tus gilipolleces, Serra. Hemos llegado.

Cinco

—Eso es todo.

Luca Betti baja la mirada, como si pretendiera ocultar el embarazo que ha sentido al contarle a Marco Tanzi la propuesta del fiscal Salvemini. Los dos se encuentran en casa del expolicía, un piso minúsculo en Quarto Oggiaro, en la periferia noroeste de Milán. Cincuenta metros cuadrados y dos habitaciones que Tanzi puede alquilar gracias a lo que gana por colaborar con la agencia investigadora Antares, propiedad de Giovanni Sandonato. Para una persona con antecedentes penales como él es imposible obtener una licencia de detective, así que se ve obligado a trabajar en negro.

Cuando Marco lo visitó por primera vez el piso se encontraba en un estado lamentable. Tras haber aceptado la hospitalidad de Luca durante unos meses, decidió que había llegado el momento de encontrar un sitio sólo para él. Por eso empezó a contestar a los anuncios inmobiliarios baratos y, después de haber desechado dos estudios más céntricos, pero por encima de sus posibilidades, tomó en consideración esa especie de tugurio. Los anteriores inquilinos, que habían vivido abusivamente en él durante tres años, lo habían dejado destrozado. Las paredes sucias, el suelo arrancado, pintadas con espray por todas partes. Por no hablar de los sanitarios rotos, las tuberías defectuosas y la instalación eléctrica ilegal. El propietario, un contable de Buccinasco que hacía varios años había invertido en el piso todos sus ahorros, no lograba encontrar un nuevo inquilino. Tanzi se ofreció a reestructurarlo corriendo con todos los gastos a cambio de una reducción drástica del alquiler. El propietario aceptó. Marco necesitó tres meses, con la ayuda ocasional de Luca, para que el apartamento volviera a ser habitable.

Ahora las paredes son blancas, están enmasilladas y pintadas. El suelo, o lo que queda del mismo, está cubierto por un falso parqué de laminado, y los sanitarios y la grifería son nuevos. Los pocos muebles con que lo ha decorado (en su mayoría de Ikea) son sencillos y funcionales. Del techo cuelgan aún las bombillas que, en más de una ocasión, Marco se ha prometido sustituir por unas lámparas baratas.

—¿No dices nada? —pregunta Luca a su excolega.

Tanzi no responde. Sigue vigilando las dos ollas que están en los fogones,

removiendo con una cuchara de madera el contenido de la más pequeña. Marco Tanzi es una especie de gigante. Un metro noventa y ocho de estatura y cien kilos de músculos, pelo corto castaño con alguna que otra cana, y unos ojos azules y profundos, tan intensos que a la gente le cuesta sostenerle la mirada.

—Los espaguetis te gustan en su punto, ¿verdad? —pregunta a Luca sin mirarlo.

—Vamos, Marco, por favor... ¡Necesito que tú también digas que es una locura, que no aceptas y que Salvemini puede irse a hacer puñetas! Le he dicho que has sufrido bastante, que has pagado la deuda que tenías con la sociedad. Ya es hora de que te dejen en paz, de que te permitan rehacer tu vida.

Marco alza la mirada sin dejar de remover el ragú y sonrío con acritud a su amigo.

—Tu deuda con la sociedad... rehacer una vida... Coño, Luca, hablas como si estuviéramos en una serie televisiva de tres al cuarto. Más bien háblame de ese tipo, de Furio Pession. Si te he entendido bien, Salvemini piensa que es una especie de contable de la *'ndrangheta*.

—Sí, del clan de los Capasso, para ser más precisos. Dirigen el tráfico de cocaína en Milán, su contacto en la ciudad se llama Rocco Barillaro y es un auténtico cabrón. Borró del mapa a los sicilianos a fuerza de cadáveres, lo que hizo estallar una verdadera guerra hace unos años. En ella cayó también la brigada de Andrea Gherardi, el jefe de policía adjunto que era amigo mío y que luego fue asignado al departamento de personas desaparecidas. En el pasado era uno de los mejores, se abrió camino en los años en que tú... En fin, cuando estabas en la sombra. Luego resultó herido en una rodilla y se quedó cojo para toda la vida.

—¿Y qué me dices de ese tipo, de Matteo Serra?

—Bueno... Serra es un misterio, más o menos para todos. Los rumores de que era un policía corrupto existían ya antes de que fuera trasladado a Roma, hace años. Pertenecía también a la brigada de Gherardi en la época de la guerra entre sicilianos y calabreses. Ahora es el jefe de la brigada Antidroga y se ha distinguido a menudo por el elevado número de arrestos y secuestros de mercancía que ha realizado. Con todo, Salvemini asegura que todas esas acciones son puras gilipolleces, que en realidad es un socio oculto del clan de los Capasso, una especie de protector de sus actividades en Milán. Además está la historia de los dossiers secretos, que, según se dice, le garantizan la inmunidad.

—¿Qué tipo de dossiers?

—Bah, ni siquiera es seguro que existan. Por lo visto se trata de unos documentos que demuestran la existencia de ciertos episodios de corrupción de alto nivel.

Marco Tanzi reflexiona en silencio sin dejar de remover la comida.

—¿Por qué encerraron a Furio Pession?

—Por nada que tuviera que ver ni con Barillaro ni con sus negocios. Según parece, el muy gusano, además de ser miembro de la *'ndrangheta* es pedófilo. Lo pillaron en flagrante mientras rodaba peliculitas con dos niños git... Alguien dio el soplo.

—Así que la fiscalía piensa que ahora Barillaro tiene miedo de que su hombre quiera llegar a un acuerdo con las autoridades para obtener un descuento de la pena. Pero, sobre todo, para que no lo enculen. Literalmente hablando, dado el tratamiento que se reserva a los pedófilos en la cárcel.

—Así es, pero mi impresión es que, más que la fiscalía, el que lo piensa es Salvemini. ¡Un poco de sentido común, vaya! Lo que ha propuesto es una auténtica locura, no se puede involucrar a un civil, para mayor inri a uno con antecedentes penales, con todos mis respetos, en una operación encubierta. No, en mi opinión está convirtiendo esta historia en una especie de cruzada personal. De hecho, en lugar de encerrar a Pession en una cárcel segura, aislándolo incluso, lo ha enchironado en Canton Mombello. Dicen que ese sitio es el infierno en la tierra.

—Sé de qué me hablas, créeme. He estado allí.

—Ya... perdona. Además, te advierto que lo de Salvemini son simples suposiciones. No creo que tenga pruebas para acusar a Matteo Serra. De ser así, actuaría de otra forma, no propondría un plan tan absurdo ni te involucraría en él.

—Una cosa es cierta: ese tipo, Barillaro, no puede permitirse el lujo de correr ningún riesgo. Su hombre se ha quemado, así que conviene eliminarlo, quitarlo de en medio. En cualquier caso, aún hay algo que se me escapa...

—¿A qué te refieres?

—Supongamos que tengas razón, que Salvemini esté realizando una cruzada personal contra Serra. ¿Cuál es la verdadera razón de que te haya hecho... *me* haya hecho esa propuesta? La versión oficial es que pretende mantener con vida a Pession el tiempo suficiente para que comprenda que su única posibilidad de sobrevivir es llegar a un acuerdo, ¿me equivoco?

—Correcto.

—Bueno, pues no encaja. Salvemini sabe de sobra que ese tipo no hablará bajo ningún concepto. Debe de estar tramando otra cosa.

—¿Qué estás tratando de decirme? Explícate mejor.

—Ya está cocida. Vamos, coge los platos, ahora comemos.

Mientras bebe el café, Luca se pregunta si le conviene sacar de nuevo el tema a colación. Él y Marco han comido sin decir una palabra, ensimismados. Al final, harto de sentirse siempre incómodo, decide que es mejor cambiar de tercio.

—¿Cómo está Giulia? ¿Cuánto tiempo hace que no la ves?

—Ha vuelto a Roma y frecuenta de nuevo la universidad. Nos vimos por última vez hace dos meses. Hablamos por teléfono... me gustaría ir a verla de vez en cuando, darle una sorpresa. Pero entre el tren, el hotel e invitarla a comer a algún sitio se me irían cada vez trescientos o cuatrocientos euros, y no puedo permitírmelo.

—Oye, Marco, por qué no... En fin, somos amigos, me encantaría poder ayudarte si...

—No —lo ataja Marco—, tengo que seguir adelante con mis propias fuerzas, en caso contrario todo esto no tendría sentido. Incluso así me cuesta dárselo de todas formas.

—¿Y el trabajo? —pregunta Luca tratando de ocultar su amargura—. ¿Cómo va con ese viejo cerdo de Sandonato?

—Trato de ganarme el sueldo. Sobre todo me dedico a seguir a las personas, a transcribir las interceptaciones telefónicas... a veces hago de guardaespaldas para algún hombre de negocios extranjero que está de paso en Milán. No obstante, lo mío es seguir a las mujercitas que se dedican a poner cuernos a sus maridos. Me he tirado incluso a una.

—¿Qué? —pregunta Luca, sin saber si soltar una carcajada o escandalizarse.

—Sí, sucedió. Se dio cuenta de que la seguía, se las sabe todas. Quizá me pilló un día en que estaba en baja forma, o quizá estaba tan acostumbrada a que la siguieran que le daba igual. El caso es que me arrastró hasta un motel y me obligó a llamar a su marido para tranquilizarlo mientras estábamos en lo mejor. Según me dijo había visto la escena en una película y hacía tiempo que soñaba con protagonizarla.

—¡Vaya, parece un trabajo divertido!

—Por supuesto. Me da incluso para este palacio real.

—Oye, Marco, lo importante es que has salido del abismo en que habías caído. No olvides que hace poco más de un año dormías en la calle, eras un vagabundo.

—Sí, lo sé. Y pasé de los centros para personas sin hogar a las torres de Quarto Oggiaro. Una escalada social sin precedentes. Pero bueno, cuéntame tú... ¿cómo van las cosas con ese bombón de comisaria?

—Es un poco complicado... Laura es una estajanovista. Además, hemos decidido mantener a mi hija al margen de nuestra relación, así que todas las veces que Sara viene a mi casa, ella y yo no nos vemos.

—Me lo imagino, apuesto a que la idea fue tuya. *Hemos decidido*, ya...

—Lo hago por Sara. La separación de su madre fue ya bastante dura y no quiero que piense que yo...

—Oye, si te gusta engañarte, tú mismo, pero evita contarme esas gilipolleces. No sé si recuerdas que nunca conseguiste darme gato por liebre.

Luca se acuerda perfectamente. Marco siempre ha sido capaz de leerle el pensamiento, de interpretar sus dudas, sus inseguridades, de forma racional y desencantada. Al punto de que llega incluso a asustarlo.

—Tu hija tiene diecisiete años —insiste Marco—, no es una niña. Además, aceptó muy bien la separación. El problema eres tú y tus sentimientos de culpa de mierda.

—Gracias por la comprensión, Marco.

—Si quieres comprensión ve a un loquero a que te saque ciento cincuenta euros por hora. De mí sólo oirás la verdad. Tienes cuarenta y seis años, Luca, si no me equivoco Laura tiene treinta y cinco... ¿Cuántas vidas piensas que aún tendrás

ocasión de vivir? Aunque puede que el problema sea otro. Que no estés realmente enamorado de ella. Porque tú aún crees en esas cosas, ¿verdad? El amor de la vida, el alma gemela.

Luca desvía la mirada para no ver la sonrisa irónica de su amigo.

—No es tan sencillo. Quiero decir... Comprender lo que se siente a esta edad, cuando tu vida da un vuelco en pocos meses es complicado. *Ok*, no niego que con Elisa era infeliz, igual que ella, es evidente. No me arrepiento de haberme separado. Reconozco además que Laura es una mujer extraordinaria. Es guapa, inteligente. Entre nosotros las cosas van de maravilla, incluso en... bueno, sí, con el sexo. Sólo que...

—Sólo que aún estás enamorado de Elisa. A pesar de que esa capulla nunca te ha querido y de que con ella pasaste veinte años de infelicidad. A pesar de que fue capaz de engañarte con ese canalla de tu mejor amigo, es decir, con un servidor. Sigues pensando en ella, ¿verdad?

—Sí. No... no lo sé, Marco. Ya no sé un carajo, créeme. Sueño a menudo con ella, con Elisa. Sueño unas peleas feroces, reconciliaciones, traiciones. Y Laura jamás aparece en esos sueños. Ni siquiera logro entender lo que siento, lo único que sé es que todo es un error, que intentar volver a dar un hilo lógico a mi vida, a esta edad, es una empresa desesperada, y en ciertas ocasiones no tengo ni tiempo ni ganas de hacerlo. Puede que mi hija Sara sea lo único que me importa de verdad, el único motivo por el que tiene sentido levantarse de la cama todas las mañanas.

—Ella tiene ya una vida propia —responde Marco Tanzi—. Deberías pensar en vivir la tuya. Ya está, ¿ves el efecto que me produces? Estoy hablando como en las telenovelas, igual que haces tú, eres contagioso.

—Está bien, está bien, pero ¡ahora basta, coño! ¡¿Qué se supone que eres, una especie de psicoterapeuta?!

—Ya te lo he dicho, puede que esté empezando a aprender de ti.

—*Ok*, escucha... —lo ataja Luca—, esta noche, cuando hable por teléfono con Salvemini, le diré que te he hecho la propuesta y que no estás interesado. Si sospecha de Serra cambiará la línea de investigación.

—No, espera, dame su número. Quiero hablar con él.

—¿Estás seguro? Quiero decir... ¿Luego no te dará por mandarlo a la mierda? A fin de cuentas, es un magistrado y...

—No soy un incauto. Sé de sobra que ese bastardo nunca me ha tragado, me limitaré a decirle lo que debo, pero quiero hacerlo yo, sin intermediarios. Vamos, dame ese número.

El móvil de Luca suena en el preciso momento en que el policía lo está sacando del bolsillo. Es Laura Damiani.

—¿Dígame? ¿Laura? Sí, estoy en casa de Marco, he comido con él y... ¿Qué? ¿Cuántos has dicho? Cristo, no es posible... De acuerdo, *ok*. Iré ahora mismo a jefatura y me pondré a su disposición. Llámame en cuanto puedas.

Marco escruta a su compañero y por su expresión comprende que Laura acaba de comunicarle algo grave.

—Han atracado un banco detrás de la plaza Cordusio. Nueve muertos, cuatro eran de los nuestros.

—Cristo. Salvemini ya tiene algo de qué ocuparse —comenta Tanzi.

—Han encargado la investigación a Laura. Tengo que marcharme, ya sabes que cuando muere un compañero los permisos no cuentan mucho. Te mandaré un SMS con el número de Salvemini, llámalo y demos por zanjado este asunto. ¿De acuerdo, Marco?

—De acuerdo —asiente Tanzi abriendo la puerta del piso mientras Luca se pone su anorak—, es hora de poner punto final a esta historia. Luego hablamos.

Betti se queda un instante pasmado. Acto seguido estrecha la mano de su amigo y baja a toda prisa la escalera.

Seis

—¿Nombre?

—Marco Rambaldi.

—¿Me puede decir qué función desempeña en el Flasher Bank, señor Rambaldi?

—Soy *Chief Security Officer*, me ocupo de la seguridad integrada.

Laura Damiani está sentada al escritorio del despacho que la jefa de policía Boschi ha puesto a su disposición. El mobiliario es austero, de madera maciza, las ventanas están cubiertas por unas cortinas gruesas, y no falta la fotografía del presidente de la República, con el fondo tricolor, y el inevitable calendario de la policía. Muy propio de un director de la Administración Pública con problemas presupuestarios. El tipo de problemas que no permiten renovar con frecuencia la decoración.

El hombre que está sentado delante de ella tiene treinta y siete años. Es juvenil, muy elegante, luce un traje de chaqueta oscuro con una camisa celeste y una corbata lisa de color burdeos. Laura ha notado enseguida el Rolex de acero y los zapatos negros de Fabi.

—Señor Rambaldi, le ruego que sea lo más claro posible, por favor. Sé qué significa la seguridad integrada, pero me gustaría evitar posibles equívocos, dado que usted ha aceptado expresamente que redactemos un acta de esta conversación.

En el pequeño escritorio de dactilografía un joven agente uniformado deja de escribir por unos segundos en el teclado de un ordenador portátil, y alza la mirada hacia Damiani en señal de agradecimiento.

—Por supuesto, comisaria, disculpe —responde Rambaldi—. Bueno... digamos que en el banco el término «seguridad» puede tener varios significados. Por encima de todo es la *safety*, la seguridad de las personas. Me refiero tanto a la de mis compañeros como a la de los clientes, y es siempre prioritaria. Luego está la *security*, esto es, la seguridad de los valores. Y la seguridad de los datos informáticos, que, en la actualidad, es mucho más importante para los bancos que la física. Pues bien, la necesidad de satisfacer todas estas exigencias de seguridad en ocasiones puede generar conflictos. No siempre lo que es ventajoso para la incolumidad de las personas lo es también para la defensa de los valores, y viceversa. De esta forma,

alguien debe asumir la responsabilidad de coordinar los diferentes aspectos de esta cuestión, evitando que se produzcan cortocircuitos en los procedimientos y asegurando el respeto de las normas que...

—¿Qué fue lo que falló hoy en su trabajo, señor Rambaldi? —le pregunta Laura a bocajarro.

El hombre baja la mirada como si estuviera buscando una respuesta, luego se frota lentamente la cara antes de volver a mirar a Laura a los ojos.

—No sé qué responderle, comisaria. Lo que sucedió hoy es, en teoría, imposible.

—Intente explicarse mejor.

—Era *imposible* abrir la puerta de la caja fuerte. No debía suceder. No *podía* suceder. Toda nuestra filosofía de la seguridad se basa en ello. Estábamos seguros de que jamás se produciría algo semejante y esa certeza, además de salvaguardar los valores, debía salvaguardar asimismo la vida de las personas.

—Perdone, pero mis conocimientos de filosofía siguen siendo los del bachiller. Hoy, en cambio, me encuentro con nueve personas asesinadas así que, si no le importa, le ruego que me ilumine.

El tono agresivo de la policía forma parte de una táctica. Le sirve para observar la reacción de su interlocutor, para hacerse una idea más precisa de la persona que tiene delante. Laura sabe por experiencia que las expresiones faciales, los gestos y las reacciones espontáneas son más fiables que cualquier explicación. Su prioridad es comprender quién es realmente Marco Rambaldi.

El hombre parece turbado, como si, al menos en parte, se considerara responsable de lo sucedido.

—Bueno, por filosofía entiendo la limitación del efectivo disponible. En la actualidad todo el sistema bancario utiliza este método para limitar el riesgo de atracos. Y dicho método ha tenido unos resultados extraordinarios. En 2007 se produjeron en Italia unos tres mil quinientos atracos a bancos... este año menos de mil. Para lograr un resultado similar se han invertido en los últimos años cientos de millones de euros en cajas robotizadas, retardadores de apertura y dispositivos *cash-in cash-out*. Si, hasta hace unos años, cada cajero disponía siempre de, al menos, diez mil euros, hoy esa liquidez se ha reducido a cero. Las cajas automáticas dispensan el dinero en efectivo en función de la operación que el cliente lleva a cabo con sus credenciales electrónicas. En caso de depósito, las cajas fuertes de última generación recogen y entregan los billetes de forma automática, los cuentan, los dividen en función de las cantidades que representan y del grado de desgaste, eliminan los falsos, los vuelven a guardar en un armario blindado que los empleados sólo pueden abrir después de que la entidad haya cerrado al público con una configuración de códigos previa, que hace saltar a tiempo las correspondientes ventanas de apertura.

—Sí, claro, ya sabemos esas cosas —comenta Laura—. A ello habría que añadir que desde 2007 se han quintuplicado los atracos a supermercados, estancos y

farmacias... pero concuerdo con usted que no se puede atribuir esta responsabilidad a los bancos. No obstante, dejemos ahora la teoría, señor Rambaldi, y concentrémonos en los hechos. Para empezar, ¿cuánto dinero había en la caja fuerte del banco?

El responsable de seguridad del Flasher Bank vacila unos segundos antes de responder. Luego vuelve a bajar la mirada.

—Unos doce millones de euros.

Laura abre desmesuradamente los ojos.

—¿Qué? ¡Cristo, doce millones de euros! ¿Es ésa su teoría de los cojones sobre la limitación del efectivo? ¿No le parece que cinco personas en una oficina abierta con doce millones depositados en billetes hacen saltar por los aires toda su filosofía?

El joven agente deja de teclear en el ordenador, sin saber si debe transcribir o no el estallido de Damiani.

—Debe saber, comisaria —responde Rambaldi, a todas luces turbado—, que era una situación extraordinaria. Un cliente nos pidió, de forma del todo excepcional, si podía disponer de esa cifra en efectivo. Estamos hablando de un volumen que equivale, más o menos, a seis decímetros cúbicos de billetes de quinientos euros, con un peso total de unos veinticinco kilos. Así pues, una carga que se puede transportar con facilidad en una bolsa o en dos maletines pequeños... El dinero sólo debía permanecer unas horas en la caja fuerte, luego lo habrían retirado.

—¿Y no se les ocurrió dotar a la filial de un servicio de vigilancia armada para la ocasión? O, aún mejor, ¿organizar el transporte del dinero desde el banco al domicilio del cliente? Cristo, si no hubieran muerto varias personas me reiría en su cara —dice Laura—. Es más, me gustaría hacerle algo aún peor. Así que en su opinión ésta es... ¿cómo ha dicho antes? ¿La prioridad que se concede siempre a la seguridad de las personas?

—¡No, eso es inaceptable! —responde Rambaldi indignado—. Estoy tan desconcertado como usted. ¡Entre los muertos que acaba de mencionar había compañeros míos, hombres y mujeres respetables, a los que conocía personalmente y de los que me sentía y me siento responsable! Estoy aquí para brindarle toda la colaboración posible, pero si de verdad la desea debe escucharme. Si, en cambio, lo que pretende es insultarme y mofarse de... Bueno, puede hacerlo, pero no creo que eso le lleve a nada constructivo.

—Tiene razón —reconoce Laura—, prosiga, le escucho.

—Bueno... como le iba diciendo... El cliente nos pidió que pusiéramos dicho importe a su disposición y que la retirada del mismo se hiciera de forma discreta, sin llamar la atención. Cuando abrimos esta mañana, la entidad privada que efectúa para nosotros los envíos de efectivo depositó el dinero en la agencia sin el menor tropiezo. Dado que era un caso excepcional, nadie podía estar al corriente de la presencia anómala de efectivo en la sucursal. Por lo general en ella sólo se mueven sumas modestas. No había ningún motivo que pudiera hacer pensar en la posibilidad de que se produjera un atraco tan sangriento.

—¿Era la primera vez que se llevaban a cabo transacciones de ese tipo?

—Yo... bueno, no sé si... tenemos un acuerdo de confidencialidad con nuestros clientes que no podemos...

—¿De dónde procedía ese dinero? ¿De un depósito de la sucursal o de transferencias de otras cuentas?

—Comisaria... le repito que yo no...

—Escúcheme bien. Quiero saber quién autorizó la operación, quién es el cliente que debía retirar el dinero en efectivo y de dónde procedían los doce millones. Dentro de una hora tendré una orden de la fiscalía que me permitirá exigir esos datos, pero si usted o uno de sus compañeros no colaboran enseguida le juro que haré todo lo posible para encerrarlos en la cárcel y luego haré desaparecer la llave.

—Pero, comisaria, razone, por favor... Comprenda que no puedo... ni siquiera dispongo de toda la información que...

—Para empezar explíqueme cómo se abría la caja fuerte. ¿Es posible que para ello bastara con el código que estaba en poder del director? ¿No habían retrasado la apertura, dada la cifra que había dentro?

—La apertura... La caja fuerte es un modelo austríaco reciente, denominado Sesamus. Es de titanio y de varias aleaciones de acero y otros metales, sobre todo vanadio y tungsteno. Está clavada a una placa de cemento armado y dotada con una serie de dispositivos de seguridad que impiden cualquier intento de forzarla mecánicamente, o cualquier ataque físico. Para desbloquear la puerta es necesario configurar una ventana de apertura de apenas unos minutos y sólo es posible hacerlo desde una posición remota, que se encuentra en nuestra sede central. En ese breve lapso de tiempo hay que componer en el teclado de la puerta el código alfanumérico de diez cifras que posee el director de la filial. Para franquear la ventana de apertura se necesita una llave electrónica llamada *dallas*, que se guarda en el interior del instituto de vigilancia que efectúa el transporte de los valores. Es una operación inusual, porque, como ya le he dicho, el banco ha abolido casi por completo el uso de dinero en efectivo.

Laura siente la tentación de comentar esa afirmación grotesca, pero al final prefiere callarse y dejar que Marco Rambaldi prosiga con su explicación.

—En cualquier caso, cuando es necesario transportar valores la entidad siempre pide ayuda a las fuerzas del orden. En estas operaciones participan de forma habitual la policía o los carabineros. La operación se realiza en un clima de máxima seguridad, y así fue como se desarrolló esta mañana, cuando el dinero en efectivo fue depositado en nuestra sucursal de la calle Broletto.

—Si hubieran dejado que los guardias armados protegieran el dinero quizá esas nueve personas aún seguirían con vida.

—Le repito... el cliente nos pidió de forma explícita que...

—Dígame una cosa, señor Rambaldi: ¿quién es la persona del banco autorizada para configurar la ventana de apertura? ¿Quién puede hacer saltar esos minutos

durante los cuales es posible abrir la puerta con el código del director y sin la llave electrónica del instituto de vigilancia?

Rambaldi desvía la mirada.

—Comisaria, le aseguro que la ventana de apertura no fue configurada.

Laura se inclina poco a poco hacia el hombre, acodándose en el escritorio y mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

Marco Rambaldi responde a la mirada de la mujer.

—Porque sólo yo puedo configurar la ventana de apertura y, créame, no lo hice.

Siete

Hacía tiempo que Marco Tanzi no pasaba por la jefatura de policía, sita en la calle Fatebenefratelli. Durante los dos años en que vivió como mendigo, mimetizándose con los rincones más oscuros y degradados de la ciudad, se mantuvo siempre alejado de ese barrio. Quizá para no correr el riesgo de encontrarse con un antiguo compañero o, simplemente, para evitar cualquier posible contacto con todo aquello que pudiera recordarle un periodo de su vida que ya no le pertenecía.

Ahora que ha vuelto, sin embargo, no siente la menor turbación. Observa con una punta de nostalgia las rejas metálicas que hay delante de las puertas de cristal, sobre las que destaca el gran cartel de color azul claro donde figura escrito «Oficina de Inmigración». En más de una ocasión ese lugar ha sido escenario de los desórdenes provocados por los centenares de desesperados que hacen cola, embrutecidos por la exasperación que les produce la perenne incertidumbre sobre su futuro.

Hoy no es día de renovación de permisos de residencia, de forma que la zona que hay frente a las oficinas de la planta baja está poco menos que desierta. Marco alza los ojos hacia la pared revestida de espejo, que se distingue claramente de la agradable sucesión de fachadas de estilo *liberty* de los edificios adyacentes.

Al cabo de unos veinte minutos la persona que está esperando sale por una puerta lateral reservada al personal interno. Tito Leonardi, inspector de la brigada Antivicio. Cincuenta y tres años, obeso, pelo ralo entrecano y pegado al cráneo en un ridículo intento de ocultar la calvicie. Es uno de los directores del SAP, el Sindicato Autónomo de la Policía. La mayoría de sus colegas lo considera un miserable oportunista, y sus superiores lo reputan desde hace tiempo como un buscapleitos terrible con el que es mejor no entrar en conflicto. Unos y otros lo soportan a la fuerza, pero en realidad lo detestan, porque es engreído y presuntuoso.

—Vaya, vaya... —exclama observando a Tanzi con suspicacia—, de manera que es cierto. Cuando me llamó el guardia para decirme que me estabas buscando pensé que era una broma.

—¡En cambio, aquí me tienes, en carne y hueso! —responde el expolicía sonriendo.

—Pero ¿no estabas...? En fin, ¿no te habías convertido en una especie de

pordiosero? Veo que te has aseado un poco, ¿eh?

—Ya, me he aseado. Imagínate que esta mañana hasta me he duchado.

—Mmm —gruñe Leonardi mirándolo disgustado—. En fin, no puedo perder tiempo, sobre todo con policías renegados como tú, que echan a perder su carrera y mean sobre la respetabilidad de sus compañeros. Así que dime qué coño quieres y luego esfúmate.

Marco Tanzi esboza una sonrisa al notar que el hombre ha apoyado las manos a los costados, quizá temiendo su reacción. Es un viejo truco que, en caso de necesidad, permite sacar más deprisa la pistola reglamentaria de la funda enganchada al cinturón.

—No te preocupes, sólo te molestaré un par de minutos. Hace tiempo que quiero contarte algo. ¿Recuerdas la fiesta que dimos en la casa del lago, la casa de los padres de Elisa, la mujer de Betti? Creo que fue en el dos mil... Sí, la barbacoa gigantesca que ofreció Luca para celebrar que lo habían ascendido a inspector jefe.

—Betti... sí, creo que sí. ¿Y qué?

—Pues bien, supongo que te acordarás de que las señoras también estaban invitadas. Esa vez fuimos con nuestras mujeres. A ti te acompañaba la tuya... Luisa, ¿me equivoco?

—Ve al grano y dime qué cojones quieres de mí —dice Leonardi empezando a agitarse.

—A eso voy. Bueno, debes saber que mientras tú eras el centro de la atención en el jardín, cerca del quiosco, mientras contabas cómo habías tocado los huevos a todos en la reunión que se había celebrado en el gobierno civil con el resto de los representantes sindicales, mientras nuestros compañeros fingían que te escuchaban con interés, apurando la cerveza para tener una excusa para ir a por otra y escapar de la tortura... Pues bien, en ese preciso momento yo estaba en el cuarto de baño del primer piso con Luisa.

—¿Qué coño quieres decir?

—Lo que he dicho, ni más ni menos. Estaba con Luisa. Recuerdo que llevaba un vestido amarillo espantoso, muy escotado, y unos zapatos con un tacón exagerado. Yo había entreabierto la ventana para escuchar tu discurso, mientras ella, arrodillada delante de mí, me chupaba la polla.

—¿Qué...? —La cara de Leonardi cambia de color en un segundo, se pone morado y sus facciones parecen petrificarse en una expresión de incredulidad, con los ojos abiertos como platos.

—Si he de ser franco, la verdad es que tu mujer ni siquiera me gustaba. Sólo lo hice para poder reírme de ti más tarde, mientras lo contaba por ahí. Además, tampoco fue una mamada gloriosa, pese a que, dado el ímpetu con que se lo tragó todo, tuve la impresión de que hacía tiempo que necesitaba un auténtico hombre.

—¡Hijo de puta! —grita Leonardi olvidándose de la pistola y echando las manos al cuello de su excolega. Tanzi le sujeta las muñecas con un movimiento fulminante y

le da un violento cabezazo en la nariz, que estalla como una ciruela madura al ser arrojada contra una pared de cemento. Leonardi da dos pasos hacia atrás, tropieza con el borde de la acera y se desploma tapándose la cara ensangrentada con las manos.

Entretanto, dos agentes uniformados que han presenciado la escena inmovilizan a Marco.

Él no opone resistencia y deja que lo esposen mientras mira, con una leve sonrisa dibujada en la cara, a Tito Leonardi, que rueda por el suelo tratando, en vano, de levantarse.

Ocho

15.05 horas. En el despacho de la jefa de policía Daniela Boschi se está celebrando una reunión para analizar la situación a la luz de las primeras averiguaciones sobre el atraco del Flasher Bank. El grupo restringido lo integran, además de Boschi, la comisaria Laura Damiani y el comandante de la brigada Móvil, el jefe de policía adjunto Pandolfi.

—El plan fue concebido hasta el menor detalle —explica Laura—. Los atracadores eran expertos y estaban bien informados. Sabían que en la caja fuerte del banco había una suma enorme en efectivo: doce millones de euros en fajos de billetes de quinientos.

—¿Sabemos ya cómo abrieron la caja fuerte? —pregunta Daniela Boschi.

—Estamos investigándolo. Nuestros compañeros del Centro Contra Delitos Informáticos están revisando el análisis de la memoria electrónica del aparato de cierre que efectuaron los responsables de mantenimiento del banco. Examinando el *software* de la cerradura electromecánica podemos comprender si la apertura se produjo mediante una ventana configurada por ese tipo, Rambaldi, el responsable de seguridad, o a través de la llave *dallas*, que está en manos de la sociedad encargada del transporte de los valores. Sea como sea, en los dos casos los criminales debieron de usar también la combinación alfanumérica que posee el director. Pensamos que lo obligaron a revelarla amenazándolo con las armas.

—En cualquier caso —tercia Pandolfi—, yo no excluiría la hipótesis de que tuvieran un cómplice en el interior. Eso explicaría la masacre. Quizá querían evitar que quedase con vida algún testigo incómodo y compartir los doce millones con una persona menos.

—Puede ser —responde Laura—. En cualquier caso, al examinar las imágenes no hemos detectado nada útil o que nos empuje a inclinarnos por esa hipótesis. Iban enmascarados, emplearon pocos segundos en oscurecer las cámaras, y después sólo se oyeron gritos y disparos de armas de fuego.

—Laura, ¿ha logrado averiguar de quién era ese dinero? —pregunta Daniela Boschi.

—Sigo trabajando en ello. He enviado a dos hombres con una orden a la sede central del Flasher Bank y también he conseguido la plena colaboración del

comandante provincial de la guardia financiera. No tardaremos en tener las respuestas que necesitamos. Además, en cuanto termine esta reunión iré a hablar con el titular de Falco Security. Es la agencia privada que transporta los valores por cuenta del Flasher Bank.

—¿Cree que alguno de ellos puede estar involucrado en el atraco? A decir verdad, ellos eran los únicos que estaban al corriente de esa transacción millonaria.

—Fue lo primero que me vino a la mente, pero Rambaldi, el tipo del Flasher Bank, me aseguró que la solicitud de transporte de dinero en efectivo a Falco Security había sido realizada con pocas horas de antelación. Excluyo que con un lapso de tiempo similar alguien haya podido tener tiempo de organizar un golpe tan complicado. Además, los de Falco no eran los únicos que sabían que se iba a efectuar el transporte. Seguro que varias personas del banco estaban también al corriente, además del cliente, por descontado. Cuando descubramos quién es podremos preguntarle quién más lo sabía.

—Exacto, concuerdo con su análisis. ¿Novedades sobre la furgoneta? —pregunta Boschi al jefe adjunto Pandolfi.

—La han encontrado aparcada cerca del parque Sempione, en un sitio prohibido. Debieron de cambiarse en el interior y, con toda probabilidad, se llevaron la ropa y las armas en unos sacos, antes de cambiar de medio de transporte. No obstante, sólo es una hipótesis. No hay testigos oculares que puedan confirmar esta versión de los hechos. Sea como sea, el vehículo estaba vacío, y pertenece a una empresa de construcción que denunció el robo hace dos días.

—Supongo que habrá ordenado ya que la policía científica la examine a fondo.

—Por supuesto, señora —asiente Pandolfi—. Pero si está pensando en encontrar alguna huella digital yo en su lugar no me haría demasiadas ilusiones. Por las películas y los testimonios de los transeúntes que estaban fuera del Flasher Bank sabemos que esos tipos llevaban guantes. Además, dado que usaron un vehículo de alquiler, hay tal cantidad de huellas diferentes que es para volverse loco.

—De acuerdo —lo interrumpe Daniela Boschi—, ahora lo prioritario es descubrir de quién era el dinero y cómo hicieron los atracadores para abrir la caja fuerte. Con esa información en nuestras manos trataremos de dar con los eventuales cómplices. Pandolfi, le repito que debe colaborar con la comisaria Damiani en todo lo que sea necesario.

—Ni mis hombres ni yo cejaremos hasta que hayamos capturado a esos canallas. He suspendido todos los permisos y anulado los turnos de vacaciones.

—Bien hecho. Laura, ahora querría saber cómo piensa proceder.

—Bueno, para empezar quiero pedir que me envíen el resultado de las autopsias y los peritajes balísticos. Descubrir qué tipo de armas usaron podría ser útil. Entretanto, pretendo seguir actuando sobre el terreno, verificar personalmente las pistas para estar al tanto del desarrollo de la investigación. Como le decía, lo primero que haré será ir a la empresa que transportaba los valores.

—De acuerdo, pero manténgame informada en todo momento. Usted, Pandolfi, vuelva con los suyos para coordinar la red de puestos de control que hemos dispuesto en el territorio. ¿Cómo va con los carabineros?

—Bien. El mayor Bastasi, de la brigada de Emergencia, nos ha prestado la máxima colaboración. Yo habría hecho lo mismo si los muertos hubieran pertenecido a su cuerpo.

—Por supuesto, estoy convencida. Siendo así, les dejo trabajar. Nos volveremos a ver dentro de veinticuatro horas, a menos que haya alguna novedad. Y les ruego que hagan todo lo posible para que las haya.

Laura sale del despacho de la jefa de policía programando los próximos movimientos. De milagro no choca con Luca Betti, que parece muy agitado.

—¡Laura! Ha sucedido algo terrible, tengo que hablar contigo.

—¡Luca! ¿Qué te pasa? Pareces alterado... —dice Laura acariciándole la cara—. Cálmate, ven a mi despacho.

—No, espera... Hablemos aquí. —Betti abre la puerta de emergencia que hay en el pasillo y sale, seguido de Damiani, a una terracita desde la que se accede a una escalera metálica antiincendios—. Tienes que ayudarme, Laura, se trata de Marco, lo han arrestado.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué ha hecho esta vez?

—Menudo lío... El fiscal Salvemini está detrás de todo esto. Ha urdido una especie de plan para obligar a hablar a un informador y pretende que Marco lo ayude... es una historia complicada. Matteo Serra, el de la brigada Antidroga, está involucrado. Salvemini quiere atraparlo, está seguro de que tiene relaciones con la *'ndrangheta*.

—Cristo... Matteo Serra. Lo he conocido justo esta mañana.

—Laura, te necesito, debemos hablar con Boschi, la jefa de policía, e impedir que esto avance. Marco no puede hacer de conejillo de Indias, ¡esta vez podría no salir con vida!

—¡Para empezar cálmate, Luca! En este momento Boschi tiene otras cosas en la cabeza... me ha encargado la investigación del atraco de esta mañana, el que acabó en masacre. Tengo un lío de mil demonios, un montón de personas aguardan mis órdenes, tengo que moverme bien y deprisa. Sabes de sobra que si las pistas se enfrían las posibilidades de capturar a esos criminales serán mínimas. En este momento no puedo hacer mucho por Marco.

—Sí, claro, lo entiendo.

—Luca, debes ocuparte tú de ese asunto. ¿Con qué excusa lo han encerrado?

—Hace dos horas pegó a Tito Leonardi, el de la brigada Antivicio... lo ha mandado al hospital con la nariz rota y una conmoción cerebral.

—Ah, ese engreído de Leonardi. Bueno, mejor él que cualquier otro, no puedo

decir que lo lamento.

—Tengo que conseguir que suelten a Marco antes de que se meta en un lío aún peor.

—Me gustaría ayudarte, Luca, créeme, pero ahora debo marcharme...

—Está bien, vete. Hablaremos en cuanto sea posible.

—Procura que Serra no se entere de esa historia. Ese hombre es peligroso, debes mantenerte alejado de él, al menos por ahora. Cuando concluya la investigación del atraco hablaremos con la jefa de policía y decidiremos qué hacer. Por ahora límitate a sacar a Marco del apuro y trata de mantenerte al margen tú también.

—Lo intentaré, Laura.

Nueve

*Ayuntamiento de Solaro, a
treinta kilómetros de Milán y a
cuatro de Saronno*

Entre los feos edificios populares y las numerosas casas que hay esparcidas por el cinturón urbano se extiende, de forma poco menos que milagrosa, uno de los últimos brezales del sur de los Alpes. Se denomina Cà del Re, en honor de los Saboya, que solían participar en las batidas de caza y pesca que se organizaban en él, invitados por alguna noble familia milanesa. En el centro de la zona boscosa, a poca distancia de un estanque muy apreciado por su fauna, hay una cabaña de madera, que en los meses estivales hace las veces de refugio y área de descanso en el sendero del Club Alpino Italiano. En este febrero gélido, con las temperaturas más rígidas de la última década, la zona está poco menos que desierta. Las llaves de la cabaña se suelen guardar en la sede de la asociación para la promoción de Solaro. Pero es evidente que alguien tiene una copia.

El interior está iluminado por una lámpara de gas de *camping*, pero las dos ventanas, tapadas por un papel adhesivo negro, impiden que la luz se filtre al exterior. En una pequeña mesa de plástico están apilados los fajos de billetes de quinientos euros, fruto del atraco al Flasher Bank de la calle Broletto de Milán.

Cuatro hombres, los tres atracadores más el conductor de la furgoneta, observan el tesoro, visiblemente excitados.

—Mirad con atención los ladrillitos morados, amigos —exclama uno de ellos—. Estamos en el alba de un nuevo día. —Debe de tener unos treinta y cinco años y medirá un metro ochenta de estatura, el pelo es rubio, cortado a cepillo, y los ojos castaños. Es el jefe del grupo, el que hizo saltar por los aires el coche patrulla de la policía con la bazuca.

—Sí, es cierto, ¡hostia! —responde un segundo hombre. Es algo más bajo, tiene el cráneo pelado, un cuerpo de culturista, y lleva un pendiente de oro—. ¡Con éstos conquistaremos el jodido mundo!

—Con calma —replica el jefe—. Tenemos un plan bien preciso, acordaos, y lo seguiremos al pie de la letra. Para empezar nos apoderaremos de Milán.

—¿A qué hora se hará el intercambio? —pregunta el tercer miembro del grupo, que está sentado en un banco de madera.

—A medianoche. Lo hemos repetido mil veces, trata de dominar los nervios. Y lo mismo vale para todos. En esta fase no podemos permitirnos ningún error.

—Jefe, estaba pensando... —tercia el cuarto hombre. Es el conductor y habla con los ojos clavados en los billetes. Tiene el pelo negro, recogido en una coleta, y está de pie a pocos centímetros de distancia de la mesa, que parece ejercer sobre él un efecto hipnótico—. ¿Y si nos cargáramos a esos mexicanos de mierda y nos quedáramos con el botín y la droga? En el fondo, el territorio es nuestro y...

La mano del jefe se mueve a una velocidad inhumana. Aferra al hombre por el cuello y lo golpea contra la pared de la cabaña haciendo temblar la estructura de madera.

—¡Escúchame, idiota! —dice acercándose hasta quedar a pocos centímetros de su cara. La mano con que tiene agarrada a su víctima ejerce una presión casi letal en su cuello, de forma que ésta no osa moverse ni mostrar ninguna reacción—. Seguiremos con el plan que decidimos. ¡Que decidí yo! Eres tan estúpido que no entiendes que si queremos que el negocio de la *crystal meth* funcione necesitamos un proveedor fijo y unos cargamentos regulares. ¿Me has entendido? ¡Cargamentos regulares! Sólo así podremos convertirnos en el número uno del mercado. La *meth* nos garantizará unos ingresos fijos, asegurados por un ejército de zombis dispuestos a todo para recibir su dosis diaria de felicidad. Punto.

—Ok, jefe, ok... pero ahora suéltalo... —dice el calvo con el pendiente alzando las dos manos—. Ya sabes que Sergio habla por hablar... ¡Estamos contigo, te seguiremos siempre! Sólo debes entender que, después del alboroto de hoy, aún tenemos cierta dosis de adrenalina circulando por el cuerpo. En el fondo, ha sido un triunfo de la hostia.

El líder del grupo dirige una última, gélida mirada al hombre que ha inmovilizado contra la pared de la cabaña. Después, poco a poco, su expresión se relaja y lo suelta. El conductor resbala hasta el suelo, se lleva las dos manos al cuello y empieza a toser.

—Disc... disculpa, jefe... yo no... no...

—De acuerdo, Sergio, de acuerdo. No ha sucedido nada, ¿vale?

—Va... le.

—En ese caso —prosigue el jefe—, ahora, por el bien de todos, repetiremos por enésima vez el programa. Esta noche utilizaremos parte del dinero para hacer el intercambio, los primeros dos quintales. En los próximos días suministraremos la red de venta. Todas las secciones de Juventud Aria, los círculos de Patria Futura, los bares y las discotecas que controlamos, nuestros contactos en el partido... Dentro de un mes estallará como una bomba. Por cada diez euros invertidos ganaremos cuarenta, y un gramo de nuestro producto costará al por menor la mitad de una dosis

de cocaína. En seis meses el polvo blanco sólo será un recuerdo y nuestra *green inferno* habrá conquistado Milán. Controlaremos toda la red de venta, porque la competencia empezará a trabajar para nosotros. Y estaremos preparados para abrirnos a nuevos mercados. Luego, si a alguien se le ocurre tratar de detenernos... —dice empuñando su fusil ametralladora M14—, lo enviaremos directo al infierno. ¿Está claro, amigos?

—¡Sí, jefe! Clarísimo. Por supuesto, jefe —responden los tres al unísono.

—Bien —dice él sonriendo—. A partir de hoy Milán es nuestra.

Diez

Al trigésimo primer piso del rascacielos Pirelli, ubicado en la plaza Duca D'Aosta, sólo se puede acceder a través de la escalera interior que lo comunica con el trigésimo, el último al que llegan los ascensores.

Al margen de los locales técnicos y los servicios, es un espacio abierto enorme, que sólo se utiliza en ocasiones especiales para albergar las exposiciones o las manifestaciones patrocinadas por el Consejo Regional de Lombardía. Salvo en estos raros casos, permanece cerrado y nadie puede entrar en él. O, mejor dicho, *casi* nadie.

En la tarde invernal, el sugerente escenario de una Milán frenética e iluminada que se recorta en los ventanales continuos, regalaría a cualquiera una emoción única. Salvo al comisario Matteo Serra, que parece exclusivamente concentrado en el hombre que está frente a los ventanales, subyugado en apariencia por el panorama, con las manos a la espalda.

—Aquí me tiene —exclama el policía en la penumbra—, por el tono de su mensaje parecía algo urgente.

Semiocultas en la oscuridad, en los extremos opuestos del gran local, dos figuras inmóviles asisten a la escena. Son los guardaespaldas de Rocco Barillaro, el hombre de confianza en Milán del capo de la *'ndrangheta*, Franco Capasso.

—Hace tres años sellamos un pacto, Serra —dice Barillaro sin volverse—. Y nosotros somos gente que honra siempre los pactos. Los honoramos y pretendemos que los demás hagan lo mismo.

—Por supuesto, lo sé. Dígame cuál es el problema.

—¿El problema? —contesta Barillaro volviéndose—. El problema es siempre el mismo, Serra... ¡Dinero! Mucho dinero. Doce millones de euros, para ser más exactos.

—Ayer fui uno de los primeros en llegar, inmediatamente después de que usted me llamara por teléfono. Además he conseguido meter a mi colaboradora en la brigada que se ocupará de la investigación. Pero apenas han pasado unas cuantas horas, no pueden pretender que ya haya resultados. Fue una acción organizada hasta en el menor detalle, esa gente no improvisó.

Mientras Matteo Serra habla, Barillaro se mueve a pasos lentos por delante del

ventanal. El contraste con las luces exteriores impide al policía ver bien sus rasgos. El perfil oscuro sólo le deja intuir su figura elegante. Unos cincuenta años, pelo negro, vestido invariablemente con trajes de corte sartorial, zapatos hechos a medida y complementos de marca caros.

—¿Ese dinero servía para pagar el próximo cargamento? —pregunta Serra.

—Eso no es importante. Era dinero nuestro, lo único que debe hacer usted es procurar que vuelva a nuestras manos lo antes posible.

—Eh, un momento, aclaremos una cosa...

Barillaro se detiene y se vuelve una vez más, de golpe. A pesar de la penumbra, el policía percibe al instante el relámpago tenebroso que ilumina por un instante sus ojos oscuros.

—Yo me encargo de que nadie interfiera en sus envíos —prosigue Serra manteniendo la sangre fría— y en la distribución. Hago desaparecer la competencia y garantizo los intercambios. Los atracos no son asunto mío. Si querían que protegiera ese dinero deberían habérmelo dicho antes, ahora no pueden pretender que...

—Puede que no me haya entendido, comisario —lo interrumpe Barillaro—. Nadie sabía nada de ese dinero. Ni siquiera debía estar dentro de la caja fuerte, era un caso extraordinario. Uno de nuestros hombres debía sacarlo esta mañana para entregarlo a su correspondiente destinatario. Los que atracaron la sucursal con esas armas tan potentes estaban al corriente del intercambio.

—¿Sospechan de alguien?

—¿Sospechar? No. Sabemos quién ha sido. El canalla en cuestión es uno de nuestros excolaboradores, que en la actualidad se encuentra en la cárcel de Brescia. Se llama Furio Pession.

—¿Por qué lo arrestaron?

—Por nada que tenga que ver con nuestros asuntos. A ese gusano le gustaba divertirse con los pequeños mendigos que recogía en la calle, gitanos o extracomunitarios que nadie habría buscado después de su desaparición. Y le gustaba filmarse haciendo porquerías con ellos.

—Me sorprende que entre sus hombres haya bestias de ese tipo.

—No sabíamos nada. Pession sólo se ocupaba de algunas de nuestras transacciones financieras. Cuando descubrimos a qué dedicaba su tiempo libre ya era demasiado tarde para intervenir. Estamos convencidos de que vendió información sobre ese dinero a cambio de algún pequeño vagabundo con el que entretenerse. Y pensamos también que los mismos con los que hizo el canje lo denunciaron después para quitárselo de encima.

—¿Y yo qué tengo que ver con todo eso?

—¿No lo entiende? Yo se lo explicaré, comisario... Usted debe conseguir que Pession revele los nombres de esas personas. Después debe evitar, por decirlo de alguna forma, que nuestro excolaborador siga respirando.

—¿Le parece fácil? Podría eliminarlo en la cárcel, pero una confesión es algo

muy distinto. No veo cómo...

—¡No nos interesa! No *me* interesa cómo lo hará, Serra. Según sabemos, los autores del atraco tienen intención de hacernos la competencia. Teóricos de la raza aria. Cabezas rapadas, neonazis, ¿conoce ese tipo de fanáticos? Por lo visto se han aliado con los competidores de nuestros socios colombianos. Tienen la intención de importar en Italia un nuevo producto, asaltar el mercado con «nuevas estrategias de *marketing*», se dice así, ¿no? Quieren que Milán se convierta en la capital europea de la metanfetamina.

—Algunos lo han intentado ya, sin conseguir nada. La *meth* jamás logrará sustituir a la cocaína, es un producto demasiado peligroso, demasiado sucio. En Italia somos tradicionalistas. La cocaína forma ya parte de los valores sólidamente arraigados en este país, como la patria, la familia y la selección nacional de fútbol.

—Sí, pero escuche... no estamos hablando de los habituales cristales sucios cocinados en un garaje de Quarto Oggiaro. En este caso se trata de un producto nuevo, químicamente puro, se llama *green inferno* y desde hace tiempo está produciendo estragos en la costa oriental de los Estados Unidos de América, sobre todo en el sur. Precios accesibles, efectos asombrosos y dependencia inmediata. Por lo visto causa también daños cerebrales permanentes, pero los drogadictos están acostumbrados a enfrentarse a ese problema.

—Si, como dice, estaban al corriente, ¿por qué no se movieron antes para impedirselo?

—Cuando el intercambio saltó nos vimos obligados a ponernos en contacto con nuestros socios para posponer el pago. Ellos tienen infiltrados en las filas de los mexicanos que producen la *green inferno*, y nos pasaron la información. Por desgracia, no pudieron decirnos con precisión los nombres y apellidos de esos cabrones, que tienen intención de declararnos la guerra.

—Oiga, Barillaro... con todo respeto, no creo que...

Rocco Barillaro levanta una mano para interrumpir a Serra.

—No, no, comisario, no. Veo que no lo entiende. No estoy aquí para negociar con usted sino para comunicarle una orden de Franco Capasso. Y le advierto que don Franco no pierde tiempo discutiendo. Si no le parece bien puede dar por superados nuestros acuerdos, y por concluida nuestra colaboración, con todas sus consecuencias. Dado lo que le hemos pagado en los últimos dos años debería poder permitirse un ejército privado, pagar políticos, funcionarios de la policía penitenciaria, directores de cárceles... Elija usted el camino a seguir, a nosotros lo único que nos interesa es el resultado. Queremos esos nombres. Luego ya nos ocuparemos nosotros de recuperar el dinero y de resolver el problema de esos competidores improvisados.

Serra encaja el golpe. Decide que no le conviene replicar, que es mejor mostrarse complaciente y pensar luego en la estrategia más adecuada.

—De acuerdo. Como quiera. A ver qué puedo hacer.

—Muy bien. Procure moverse deprisa. —Barillaro se vuelve de nuevo hacia el panorama iluminado, señal inequívoca para que Serra comprenda que el tiempo que tenía a su disposición ha terminado.

El coloso que responde al nombre de inspector Alceo Di Sante espera a Matteo Serra delante de la entrada posterior del rascacielos Pirelli, aparcado en la zona reservada a los coches oficiales de la región. Serra abre la puerta del Alfa Romeo oficial y se sienta en el asiento del copiloto. A continuación la cierra bruscamente con un gesto de irritación.

—A la oficina, deprisa.

Di Sante asiente con la cabeza y se adentra en el tráfico vespertino.

—Necesitamos un contacto en la cárcel de Brescia. Un guardia, un empleado, alguien que esté expiando una pena... Es más, cuanta más gente tengamos, mejor. Debes hacer enseguida una serie de averiguaciones.

El inspector no se mueve, mira fijamente el parabrisas, en apariencia concentrado en el eslalon que está realizando por las calles de Milán.

—¿Noticias de Cristina? —pregunta Serra.

—Está yendo a Falco Security con Damiani. Acabo de hablar con ella.

—Bien. Cristina nos tendrá al tanto de la investigación. Debemos encontrar a los atracadores antes que Damiani.

Once

El establecimiento es un paralelepípedo amarillo de dos pisos situado en la zona industrial de Peschiera Borromeo. Se trata de un municipio de la periferia de Milán, entre el puerto de hidroaviones y el aeropuerto de Linate, donde, respecto a los barrios dormitorio como San Donato o Segrate, la vida resulta más agradable.

—Es ése —dice Cristina Fogli señalando el robusto edificio protegido por un cercado metálico. No es un cercado cualquiera, en realidad se trata de una barrera de perfilados de hierro cincado con la parte superior puntiaguda. Los palos están clavados a una base de cemento armado y coronados por una espiral continua de alambre de púas.

—Ok, aparca ahí delante —dice Laura Damiani señalando una explanada en cuyo borde destaca un letrero con la palabra «Visitantes».

Tras apearse del coche, un Fiat Bravo oficial, Laura se detiene a observar otros detalles del complejo. Toda la zona está iluminada por unos potentes faros halógenos montados en unos palos metálicos, como los de los estadios. Alrededor de la estructura de la fábrica principal se extiende una explanada asfaltada de varios miles de metros cuadrados, en cuyo interior hay otro cercado idéntico al exterior, creando un doble anillo de protección. En los dos accesos transitables, con las puertas correderas de accionamiento automático, hay unas garitas, y en ellas unos guardias armados. En el tejado del edificio bajo destacan unas gigantescas antenas para aparatos de onda corta y un par de parabólicas vía satélite.

—¡Un jodido búnker! Debe de haber un sótano con un poco de dinero aquí abajo —observa Laura.

—Exacto. Transportan y cuentan el dinero para varios bancos y fueron los primeros que se equiparon para prestar el servicio de tesorería separada del Banco de Italia.

—¿Conoces personalmente a Nardocchi, el propietario?

—Sí, lo he visto en un par de ocasiones —responde Cristina Fogli—. Un fascista de tomo y lomo, exoficial de la Marina jubilado. Una persona brusca y chapada a la antigua, pero también capaz. Ha creado un auténtico imperio de la nada: Falco Security ha llegado a tener siete sucursales en cuatro regiones. Por lo que sé es un

tipo honesto, el clásico militar cuadriculado y con orejeras.

—Mmm... —dice Laura Damiani pensativa—. Vamos a charlar un poco con ese fenómeno.

El despacho de Tommaso Nardocchi es enorme, Laura supone que tendrá, al menos, sesenta metros cuadrados. A la derecha de la puerta de entrada, de dos hojas, hay un gran sofá y tres sillones tapizados de terciopelo verde rodeando una gigantesca mesa baja de madera y cristal, cubierta de revistas militares y de ceniceros de varios tipos. Las paredes están tapizadas con gallardetes de todos los cuerpos del ejército, imágenes propagandísticas y calendarios de los carabinieri, la policía de Estado, la guardia financiera y la forestal. En un rincón, bien a la vista, iluminada por luces led internas, hay una mastodóntica vitrina de nogal y cristal que contiene las miniaturas de los vehículos de todas las fuerzas del orden, en varias versiones, desde el final de la guerra hasta la actualidad. El centro de la habitación está presidido por un escritorio de madera de haya, tan grande como una mesa de pimpón, abarrotada de carpetas variopintas y de objetos de decoración de estilo militar, entre los que se encuentra lo que, según parece, es una granada original de la Segunda Guerra Mundial. Completan el conjunto un cenicero de cristal, varias plumas con tinteros antiguos y un set completo de objetos de fumador de peltre. En la habitación, donde todo parece ser desproporcionalmente mucho más grande de lo normal, flota un fuerte aroma a cigarro.

Tommaso Nardocchi se levanta del escritorio para salir al encuentro de las dos policías y las saluda estrechándoles la mano e inclinándose como si fuera a besárselas.

—¡Acomódense, por favor! —dice señalando los dos sillones de piel que hay delante del escritorio—. ¡Finizio! Trae café a las señoras y una botella de agua mineral. ¡Enseguida!

El empleado que ha acompañado a Laura Damiani y Cristina Fogli hasta el despacho asiente con la cabeza y desaparece al instante cerrando la puerta.

Por un momento, Laura siente la tentación de rechazar el café, pero después, pensando en lo mucho que queda para que su jornada laboral pueda darse por concluida, decide que una dosis extra de cafeína la ayudará a permanecer despierta.

Nardocchi toma asiento en su enorme sillón y adopta un aire profesional, casi indiferente, como si pretendiera dejar bien claro cuál es su punto de vista.

—Trabajo en esto desde hace quince años, empecé con cuatro empleados y hoy son ya casi seiscientos. ¡Jamás me había ocurrido nada semejante! Nueve muertos... Les doy mi más sincero pésame por sus compañeros.

El propietario de Falco Security es de estatura media, corpulento, pero no obeso, y calvo. Lleva unas gafas sin montura, y al mirarlo, a Laura le viene a la mente Kingpin, el criminal enemigo del hombre araña, recordando la colección de cómics

que su padre le dejó en herencia y que de vez en cuando hojea con nostalgia cuando está en Roma.

—Gracias, señor Nardocchi, agradezco mucho sus palabras. Hemos venido para hacerle varias preguntas. Disponemos de poco tiempo, de forma que le ruego que sea muy sincero y preciso en sus respuestas.

—Estoy dispuesto a colaborar, pero ¡que quede bien claro que me niego a convertirme en un chivo expiatorio! Sé de sobra que en estos casos los primeros sospechosos son los encargados de transportar los valores, pero nosotros somos unas personas serias y respetables, cumplimos con nuestro deber con profesionalidad y dedicación.

—Nadie pretende acusarle de nada —replica Laura—. Lo que queremos saber es cuántas llaves *dallas* entregó al Flasher Bank y quién las tiene.

—Como, a buen seguro, le habrán dicho ya en el departamento de seguridad del banco, hay cuatro llaves en total. Las guardamos en nuestro sótano y sólo se las entregamos a los ocupantes de los vehículos blindados cuando deben efectuar entregas o recogidas de dinero en efectivo. El Flasher, en especial, efectúa pocas operaciones. Es, en esencia, un banco de negocios. Por su sede pasa poco dinero. Cuando nos llamaron para realizar el transporte extraordinario de doce millones nos quedamos sumamente perplejos. Aun así, adoptamos todas las medidas de seguridad necesarias y alertamos a las fuerzas del orden, y el envío se realizó sin incidentes. Yo mismo pregunté a Rambaldi, el responsable de seguridad del banco, si iba a necesitar vigilancia armada mientras el dinero permanecía en la sucursal, pero él la rechazó. Eso es todo lo que sé.

—Señor Nardocchi —insiste Laura—, ¿puede darnos la lista de las personas que han estado en contacto con las llaves en las últimas cuarenta y ocho horas?

—¡Por supuesto! —El hombre coge el auricular y da varias instrucciones a uno de sus empleados. Mientras tanto, una señora rubia de unos cincuenta años, vestida con un austero traje de chaqueta oscuro, entra después de haber llamado y sirve café y agua a las dos policías.

Al cabo de menos de dos minutos, un empleado entrega a Nardocchi dos folios recién impresos.

—Aquí tienen la lista de los últimos turnos —dice el responsable de Falco Security tendiéndosela a Laura Damiani—. Son los transportes que hemos hecho para Flasher en la última semana. Pocos, como pueden ver. En ella figuran los nombres de los empleados, en tanto que aquí —prosigue aferrando una carpeta que tiene ya preparada en el escritorio— están las fichas del personal que pueden interesarles. Son todos los que se ocupan del transporte de valores en el centro de Milán.

—Bien —dice Laura cogiéndola—, veo que esperaba nuestra visita...

—No nací ayer, comisaria. Sabía que investigarían a mis hombres y, como ya le he dicho, no tengo nada que ocultar. Pero ahora, si no les importa, me gustaría enseñarles nuestra cámara blindada, así podrán comprobar personalmente hasta qué

punto son rígidas nuestras medidas de seguridad.

Laura y Cristina Fogli se intercambian una mirada de complicidad.

—Faltaría más, señor Nardocchi. Con mucho gusto.

—Como pueden ver —dice Nardocchi precediendo a las dos policías en la visita guiada—, para acceder a la zona blindada es necesario el distintivo personal, que sólo tenemos unos pocos, además de la aceptación de este detector biométrico de huellas digitales. —El dueño de Falco Security apoya el dedo en un pequeño lector óptico que hay al lado de la puerta—. Pero eso no basta. Además es necesaria la autorización del operador que nos observa desde el interior. —Nardocchi señala un rincón del techo, donde hay una cámara de objetivo gran angular, ubicada en el interior de una cúpula protectora—. ¡Triple seguridad! Todos nuestros sistemas están diseñados con procedimientos y tecnologías redundantes.

—Ya veo... —observa Laura mirando alrededor.

Entran en un espacio delimitado por una doble puerta de metal y cristal antibalas. Una vez cerrada la primera hoja, un chasquido metálico indica la apertura de la segunda, que permite el acceso a la zona anterior del sótano. Es un área de unos cincuenta metros cuadrados, pavimentada y alicatada con azulejos de color blanco, donde hay una especie de recepción detrás de la cual una guardia uniformada, a todas luces preocupada, espera de pie al pequeño grupo. A ambos lados del mostrador, dominado por una pantalla de plasma conectada al equipo de televisión de circuito cerrado, hay dos carritos de hierro con dos repisas. Deben de servir para transportar moneda metálica, piensa Laura.

Nardocchi precede a las dos policías por un largo pasillo en forma de ele, que conduce a la verdadera entrada de la cámara blindada. Los cromados de una imponente puerta de seguridad circular resplandecen reflejando las luces de neón, que están empotradas en el cielo falso de paneles.

—¡Aquí tienen nuestro inexpugnable sótano blindado! —exclama Nardocchi—. Paredes de cemento de un espesor de ochenta centímetros en los seis lados, armadas con metales especiales para que no se puedan perforar. Puerta de última generación con cerradura electromagnética y combinación alfanumérica, dieciocho cerrojos en total, sistema de bloqueo automático de los aparatos... ¡Lo mejor de lo mejor! Decimotercer grado de seguridad certificada, de acuerdo con la normativa europea. En pocas palabras, ¡el no va más!

—Sí —observa Laura Damiani, que no parece impresionada en lo más mínimo—. Notable, desde luego... Pero ¿podría ver dónde guardan las llaves *dallas*?

—¡Por supuesto! Las llaves las guardamos en ese armario acorazado —dice Nardocchi señalando un mueble de metal de un par de metros de altura y uno de ancho—. ¡Nasuti! —grita al guardia, que da un respingo y abre desmesuradamente los ojos.

—¡Sí, señor!

—¡Abra el armario! ¡Enseñe a la señora dónde guardamos las llaves!

—¡Sí, señor!

—¡También el armario tiene doble cerradura, llave y combinación! Pero ésta no la escribimos, la cambiamos a diario y la comunicamos verbalmente a los empleados, que la aprenden de memoria. ¡Y si alguno la olvida yo mismo le doy unas cuantas patadas en el culo!

Procurando que Nardocchi no la vea, Laura mira a Cristina Fogli poniendo los ojos en blanco, gesto que su colega le devuelve esbozando una sonrisa.

La guardia abre el armario y se hace a un lado dejando espacio a su patrón y a las huéspedes.

—Aquí está —dice Nardocchi enseñando una serie de tableros con ganchos en el interior del armario—. Hay varios tipos de llaves. Las copias que guardamos para los bancos y las entidades en que prestamos el servicio de vigilancia nocturna, las llaves electrónicas para los equipos de alarma, las parejas de llaves de las cerraduras de seguridad de todas las cajas fuertes que tenemos montadas en los vehículos en que transportamos valores... y aquí —dice, por último señalando una pequeña de color gris metálico— están las *dallas*. —El exoficial de Marina la abre y extrae un saquito de tela negro—. Cada banco tiene las *dallas* de un color diferente. Como los saquitos. De esta forma no corremos el riesgo de confundirlas. Las del Flasher son negras. —Nardocchi saca unos objetos pequeños, placas de plástico de un centímetro por cinco con un disco metálico aplicado en el extremo—. ¿Lo ve? Las llaves funcionan por proximidad, contienen un microchip con un código electrónico que, al aproximarse a la cerradura, desbloquea el dispositivo de cierre. ¡Basta añadir la combinación y la caja fuerte se abre!

—Señor Nardocchi —dice Laura Damiani cogiendo una de las llaves electrónicas de manos del hombre—, ¿no dijo que tenían cuatro *dallas* del Flasher Bank?

—Sí.

—Pues me parece que aquí hay sólo tres.

—Espere... —dice Nardocchi removiendo con una mano el interior del saquito de tela. A continuación verifica el contenido de la caja, en vano. Al final abre todos los saquitos, que contienen las llaves de los demás bancos, repitiendo varias veces la operación. Pero ninguna es de color negro. Unas gotas de sudor empiezan a perlar su cráneo calvo durante el control. Al final, con el rostro encendido, Nardocchi grita:

—¡Me cago en la puta! ¡Nasuti! ¿Qué coño sucede aquí? ¿Dónde está? ¿¡Dónde está la cuarta llave, hostia!?

Doce

—¡Bueno, ahora cálmese! —dice Laura con la esperanza de que Tommaso Nardocchi recupere un color más humano.

—¡Lo mato! ¡Yo a ese canalla traidor y ladrón de Landini lo mato!

Después de haber descubierto que faltaba una llave, Laura y Nardocchi intentaron reconstruir los hechos, y sus sospechas se centraron en Guido Landini, el guardia jurado que estaba de turno en la cámara blindada a primera hora de la mañana. Él entregó la llave al jefe de la patrulla de la furgoneta blindada que transportó los doce millones de euros al Flasher Bank, dos horas antes de que se produjera el atraco y poco antes de terminar su turno de servicio. En teoría, cuando abrió el armario acorazado para sacar la llave, Landini podría haber sustraído una segunda para pasársela después a los atracadores. Aunque quizá participó también en la acción. La llave utilizada por los ocupantes de la furgoneta blindada fue entregada al guardia del turno de día que, sin embargo, reconoció con candidez que no había verificado que en el saquito hubiera cuatro. «Nunca lo hacemos...», dijo para justificarse, provocando el enésimo ataque de histeria de Nardocchi. Laura y Cristina Fogli tuvieron que sujetarlo para evitar que abofeteara a su empleado.

Después de haberse desahogado con el desventurado, la atención de Nardi se concentra ahora por completo en Guido Landini.

—Voy a su casa y lo estrangulo con mis propias manos —sigue gritando a la vez que se revuelve en el sofá verde de su despacho—, ¡si fue él juro que lo mato!

—De eso nada, usted no va a ningún sitio —replica Laura Damiani—, y, sobre todo, no matará a nadie.

—¡Estoy en mi derecho! Ese hijo de perra me ha jodido después de quince años de honorable actividad y de más de veinticinco en la Marina, de la que me licencié con todos los honores. No puedo aceptarlo... ¡yo a ese lo destrozo!

—Escuche, Nardocchi, ¡ahora es el momento de mantener la calma! —lo exhorta Laura.

—¡La calma! ¡Menuda palabra!

—Intente razonar y conteste a esta pregunta: ¿para cuándo está previsto el próximo turno de Landini?

Nardocchi mira el reloj, un Rolex de oro macizo.

—Dentro de una hora... a las veinte. Pero ¡no estoy dispuesto a conceder otra hora de libertad a ese maldito!

—En cambio se la concederá, ¡vaya si se la concederá! Para empezar, no tenemos ninguna prueba de que haya sustraído la llave. Por lo que sabemos, quizá en el saquito había sólo tres desde hace varias semanas. Si Landini es culpable y ha decidido echarse al monte no se presentará a trabajar, por descontado, ni podremos encontrarlo en su casa. Habrá huido sin dejar rastro. Viceversa, suponiendo que haya planeado volver a poner la llave en su sitio, creyendo que nadie se ha dado cuenta de que la sustrajo... Bueno, en ese caso tendremos la posibilidad de pillarlo en flagrante y de obligarlo a confesar los nombres de sus cómplices. Antes dijo que quería colaborar. Bien, ¡le doy la oportunidad de hacerlo!

—¿Y qué se supone que debo hacer, según usted? ¿Esperar a que venga a trabajar?

—Ni más ni menos. El sistema de cámaras del sótano lo filmará mientras abre el armario blindado para volver a poner la llave en su sitio, y así podremos probar su deslealtad.

—No entiendo... no logro comprender cómo ha podido suceder...

—Sucedió porque cuando hay lagunas en los procedimientos no existe un lugar que sea seguro al cien por cien, señor Nardocchi. Le aconsejo que organice un sistema para verificar que las llaves están efectivamente en el armario. Dos personas deben realizar el control a diario y levantar acta.

El secretario de Nardocchi irrumpe agitado en el despacho.

—¡Jefe! ¡Landini ha llamado por teléfono!

—¿Qué ha dicho?

—Que se retrasará unos minutos, pero es evidente que era una excusa. ¡Siempre llega tarde! Me hizo varias preguntas genéricas, quería saber si había ocurrido algo, si la policía había estado aquí por la historia del atraco de esta mañana.

—Espero que usted no se haya delatado —dice Laura.

—¡Por supuesto que no! Le contesté de forma vaga e interrumpí enseguida la conversación con la excusa de que tenía que trabajar. Pero, sobre todo, ¡no le pregunté nada!

—¡Muy bien! —exclama Laura—. Así se hace... Esa llamada es una buena señal.

—¡Muy bien, Finizio! —repite Nardocchi—. ¡Así se hace!

—Ahora escúchenme bien —dice Laura—, les explicaré con exactitud lo que debemos hacer.

A las veinte horas en punto, Guido Landini aparca su coche, un Golf de color gris metalizado, en la zona reservada a los empleados. Es un treintañero más bien bajo, pálido, pelirrojo y con la cara pecosa. Mira alrededor buscando algo extraño, algo que

rompa con el aspecto habitual del lugar.

El aparcamiento de los visitantes está desierto, no se ve un alma. Culpa del aire gélido de la noche, que promete la llegada de la nieve.

Tras pasar los puestos de control de las dos garitas, Landini entra en la sede de Falco Security, deja su anorak en el guardarropa y se dirige a la cámara blindada, respondiendo con ademanes fugaces al saludo distraído de sus compañeros que, como siempre, no parecen entusiasmados de verlo.

Una vez franqueada la barrera de las puertas antiproyectiles, Landini pasa su tarjeta de reconocimiento personal por el detector de presencia y saluda con la cabeza al colega que debe sustituir.

—¡Siempre con un poco de retraso, jamás con un poco de adelanto, coño!

—Vamos, Nasuti, no te quejes, no llega a cinco minutos.

—¡Ocho minutos precisos! ¡Me niego a hacer siempre lo que te conviene!

—Está bien, está bien... ¡adiós! Nos vemos mañana por la mañana.

Cuando se queda a solas, Landini da una vuelta para inspeccionar el patio que rodea la cámara blindada. Tras volver al mostrador de recepción se sienta en el silloncito y empieza a hojear una revista deportiva que ha dejado su compañera mirando de cuando en cuando con nerviosismo su reloj de pulsera.

A las diez y cuarenta y un minutos decide que ha llegado el momento de ejecutar su plan. Se pone de pie y finge que se desentumece mientras se acerca al armario blindado. Con gestos rápidos introduce la llave y teclea la combinación de la cerradura electrónica. Evitando exponerse a la cámara, saca de un bolsillo de los pantalones el pequeño objeto de plástico negro con intención de volver a meterlo en el saquito que hay en la caja. Si alguien nota su maniobra en las imágenes y le pregunta por qué lo hizo, dirá que lo único que pretendía era comprobar si todas las llaves estaban en su sitio. Mientras da vueltas a estas ideas, el chasquido metálico que indica la apertura de la puerta antiproyectiles lo sobresalta.

—Buenas noches —lo saluda Cristina Fogli apuntándolo con su Beretta de calibre 9 reglamentaria—. ¡Arriba las manos, quieto!

—Guido Landini —exclama Laura Damiani dejando atrás a su compañera con un par de esposas tintineantes en las manos—, estás arrestado.

Trece

—¿Dígame?

—Soy yo. ¿Y bien?

—Hemos arrestado a un vigilante jurado, un tal Guido Landini. Por lo visto entregó a los atracadores la llave electrónica que desbloquea la caja fuerte.

—A ver si lo entiendo... ¿sólo es sospechoso? ¿Con qué acusaciones lo habéis arrestado? ¿Se ha delatado?

—Matteo, Damiani tiene un par de huevos. Tuvo una intuición, si hubiéramos esperado a mañana por la mañana no habríamos encontrado nada anómalo en Falco Security. En cambio, ella insistió para venir aquí enseguida, en persona, y notó un fallo en los procedimientos de la empresa. Descubrió que en la cámara blindada había una llave menos respecto a las que había facilitado el banco y tendió una trampa al que habría tenido la oportunidad de sustraerla corriendo menos riesgos, es decir, el guardia que ayer hizo el turno de noche.

—¿Y él ha confesado? ¿Ha dado algún nombre?

—No. Lo hemos llevado a jefatura, ahora está en una celda de seguridad, pero Damiani quiere interrogarlo enseguida.

—Hostia... Necesito saber quiénes son sus cómplices, a quién dio la llave. ¡Tenemos que encontrar a los atracadores antes que Damiani!

—¿Qué? Pero ¿por qué? Me pediste que no la perdiera de vista y lo estoy haciendo, pero no entiendo qué...

—Cristina, tú no debes entender nada, lo único que debes hacer es escucharme y cumplir lo que te ordene, ¿has comprendido?

—...

—Quiero oír cómo lo dices, ¿has comprendido o no?

—Sí, he comprendido.

—En este momento la prioridad es conseguir un nombre, un lugar, un indicio cualquiera que me permita encontrar a los atracadores antes que tu comisaria. Debes asistir a los interrogatorios y si sale algo a la luz quiero que me avises enseguida. Entretanto investiga sobre el nombre del arrestado y si descubres algo no digas nada a Damiani sin haber hablado antes conmigo. Y retrasa todo lo que puedas los registros

y los arrestos, debes darme tiempo para que me mueva antes que ellos.

—Oye, Matteo, están registrando ya la casa de Landini... En cuanto a Damiani, no sé si podré hacer lo que me pides. Conoce el oficio. Si hago alguna gilipollez me pillaré enseguida y no de las que...

—¡Pues tú no hagas ninguna gilipollez, por Dios! Para empezar deja de meterte esa mierda en la nariz al menos hasta que hayamos acabado con esto. ¿Te pido demasiado? No olvides con quién estás hablando, Cristina.

—No, de acuerdo. Dejaré el polvo, no te preocupes.

—Buena chica, así me gusta. En cuanto te enteres de algo avisa a Alceo. Y usa siempre los teléfonos codificados, por favor. Nervios de acero.

—Pero ¿qué está sucediendo, Matteo? ¿Por qué ese asalto es de repente problema tuyo?

—Todo lo que sucede en Milán es problema mío. Recuérdalo.

—¿Quieres ese dinero? ¿Por eso quieres encontrar antes a los atracadores?

—Ese dinero tiene ya un dueño y debemos devolvérselo. Si no lo hacemos, en Milán no tardará en estallar una guerra y nos pillaré en medio.

—Oye, Matteo... No sé si...

—Eres rara, Cristina. Estoy empezando a preocuparme, ¿sabes? No me trago las memeces que me cuentas, creo que no puedes estar siquiera doce horas lejos de tus polvitos mágicos. ¿Me equivoco? Porque, en caso de que sea así, debo saberlo. Debo saber si una de mis colaboradoras está enganchada sin remedio. Porque, de ser así, ya no me servirías para nada.

—No digas eso, Matteo... No es cierto.

—Entonces, ¿cuál es el motivo? ¿Me tienes ojeriza porque ya no follamos, porque estoy harto de tener a una anoréxica en la cama, una con la que ya no me corro porque está colocada?

—Matteo... por favor, yo...

—¿Eso es lo que quieres, Cristina? ¿Quieres follar? Porque si es eso lo que quieres, entonces no hay problema... apenas termine esta historia vienes a mi casa y te doy un buen repaso. Como en los viejos tiempos, ¿recuerdas? ¿Te acuerdas cuando lo hacíamos con tres a la vez, con las tipas que recogíamos en las discotecas? Entonces sí que eras una furia...

—Matteo, te lo ruego...

—Escúchame y presta atención, porque es la última vez que te lo digo. O haces lo que te he pedido o acabas en chirona, no tienes alternativa. Sin la cocaína gratis que te paso, sin tu trabajo, sin nada más. Obligada a chupar el coño de una compañera de celda culturista que te llevará con la correa, como una perrita. Ésa es la única opción que te queda. ¿Y bien? ¿Damiani te sigue pareciendo tan inteligente? Porque, de ser así, puedo resolver la cosa de otra manera... Puedo mandar a Alceo a verla, a teparle la boca para siempre.

—No, escucha, basta, de acuerdo. Haré lo que has dicho, haré lo que quieres. Te

llamaré en cuanto sepa algo.

—Así me gusta. Recuérdalo: o esto o el infierno. Esta vez no hay atajos.

Catorce

*Calle Rosolino Pilo, zona Porta
Venezia, 07.00 de la mañana*

Luca Betti espera delante de la puerta, pisoteando el suelo en el inútil intento de expulsar el frío de su cuerpo. Se restriega las manos de forma mecánica, maldiciéndose por no haberse puesto los guantes, mientras unos copos de nieve empiezan a sumarse a las sutiles gotas de lluvia helada que siente en plena cara como si fueran un puñado de agujas. Milán se despertó hace tiempo, pero en esa calle discreta, los efectos de la proverbial laboriosidad de los milaneses parecen menos evidentes, como atenuados por la capa de aire gélido que atenaza la ciudad desde hace ya dos semanas.

La puerta se abre y el fiscal Enrico Salvemini, abrigo, bufanda y guantes de carnero, sale con su maletín de piel bajo el brazo. Se sorprende al ver al policía.

—¡Betti! Qué demonios...

—¡Quiero saber por qué anoche ordenó a los que respondían al teléfono que dijeran que no estaba y no contestó al móvil! —exclama Luca casi gritando.

—¡Le aconsejo que se calme, comisario!

—¡Una mierda, señor fiscal! ¿Qué piensa hacer, llamar a la policía? ¿Ordenar que me arresten? ¡Veamos qué cara ponen sus superiores cuando les cuente que está llevando a cabo una investigación no autorizada en la que está involucrado un expresidiario!

—Cálmese, Betti, ¡no se atreva a amenazarme! ¡Podría arrepentirse!

—¿Ah, sí? —replica Luca acercándose hasta quedar a pocos centímetros de la cara del fiscal—. De manera que ahora eres tú el que me amenaza, pedazo de mierda... De acuerdo, acepto el reto, ¡veamos quién tiene más huevos!

—¡Tanzi ha hecho todo solo, yo no tengo nada que ver! La idea de que lo arrestaran fue suya. Cuando me llamó ayer le dije que la propuesta ya no era válida, porque usted había dicho que estaba en contra. Habría necesitado su colaboración y su autorización, en ningún momento pensé en ocuparme solo de Marco Tanzi.

—No le creo...

—¡En cambio, es así! Pregúnteselo a su amigo... Le dije con toda claridad que no íbamos a hacer nada, que había cambiado de idea, porque estaba convencido de que no iba a funcionar, pero él ni siquiera me escuchó. Lo único que pidió fue que lo trasladaran a Canton Mombello después del arresto y dijo que me llamaría.

—Cristo... ¿Y ahora qué? ¿Qué piensa hacer? No pensará en serio trasladarlo a Brescia.

—A este punto creo que lo mejor es secundarlo. Conoce a Tanzi mejor que yo, sabe que cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien lo pare.

—Salvemini, usted lo sacará de la cárcel, hoy mismo, ¡porque si no lo hace juro que lo destrozaré!

—¡Razone, por Dios, Betti! Suponiendo que consiguiera hacerlo, cosa poco menos que imposible, dado que estamos hablando de un tipo que tiene antecedentes penales y que mandó al hospital a un policía... ¿Qué conseguiría con ello? Sólo que volviera a cometer un delito y que lo arrestaran de nuevo. ¡Lo eligió libremente, nadie lo obligó! Deje que lo intente, es evidente que es lo que necesita en este momento, ¡ponerse de nuevo en juego! Fingir que aún es un policía.

—¡Ya, para usted es fácil, no tiene nada que perder! En el caso de Marco, si vuelve a la cárcel puede jugarse todos los progresos que ha realizado en el último año, recaer en la vorágine que lo devoró y lo destrozó ya en una ocasión. ¡Y, por si fuera poco, para defender al tal Pession pondrá en peligro su vida!

—No lo ha entendido, Betti. ¡Es evidente que si Tanzi ha tomado esa decisión es porque lo necesita! Quizá eso mismo le impida volver a caer en la vorágine de la que habla. Dele una oportunidad, colabore conmigo, podemos cambiar las cosas, acabar con un tráfico de droga y de corrupción sin precedentes. Es su trabajo, no lo olvide, ¡su deber es encarcelar a los criminales!

—Sí, pero no lo hago poniendo en peligro el pellejo de mi mejor amigo. No soy como usted, Salvemini, no estoy dispuesto a pisotear lo que sea para alcanzar mi objetivo. Iré a San Vittore e intentaré disuadir a Marco. ¡Haré todo lo que pueda, amenazaré con denunciar este asunto a las autoridades!

—No conseguirá nada, Betti, lo sabe de sobra. Si estima a su amigo déjele seguir su camino y ayúdelo. ¡Ayúdenos!

—¡Una mierda, no lo haré, hijo de puta!

Luca Betti se da media vuelta y se aleja, mientras el fiscal sigue llamándolo y pidiéndole que lo escuche. Entretanto, la nieve, largo tiempo anunciada, empieza a caer con regularidad sobre una Milán más sombría que nunca.

Quince

Laura Damiani ha dormido menos de tres horas. Quiso asistir al registro de la casa de Guido Landini antes de concederse un poco de reposo. El vigilante jurado de Falco Security vive con sus padres en un piso popular del barrio San Donato Milanese. Los dos ancianos permanecieron abrazados todo el tiempo, en bata, llorando el uno en el hombro del otro, aterrorizados por el enorme perro lobo antidroga que daba vueltas por el apartamento, olfateando el mobiliario modesto con aire amenazador. Un espectáculo triste, pese a que no era la primera vez que Laura asistía a algo similar. El resultado del registro fue decepcionante. Nada de dinero en efectivo, ni armas, nada que relacionase a Landini con la masacre del Flasher Bank... El único hallazgo de cierta relevancia fue el material propagandístico de extrema derecha. En buena parte octavillas y folletos de una especie de movimiento político extraparlamentario denominado Patria Futura. Textos delirantes, apología del nazismo y exhortaciones a la «defensa de la raza», además de algún que otro volumen sobre la historia del fascismo y la biografía no autorizada de Anders Breivik.

Después del registro Laura pasó por su casa para darse una ducha rápida y cambiarse de ropa. Luego volvió a jefatura donde, cediendo al cansancio, se concedió un breve reposo en el incómodo sofá de su despacho.

Nada más despertarse ordenó que trasladaran a Landini a una de las salas destinadas a los interrogatorios. Las circunstancias en que se produjo el arresto le permitieron obtener el visto bueno de la policía judicial, pero la comisaria sabe que la fiscalía sólo convalidará la medida si en el interrogatorio surgen hechos relevantes. Si Landini se niega a colaborar, si pide la asistencia de un abogado, Laura se encontrará contra la espada y la pared. No hace falta un príncipe del foro para elaborar una estrategia defensiva que permita su excarcelación. Mientras metía de nuevo la llave en el saquito del que la había sustraído, Landini evitó que lo filmaran las cámaras de vigilancia. Podría declarar que encontró la llave fuera de su sitio desmontando la versión de Laura, quien aseguraría que sólo había encontrado tres en el armario, en lugar de las cuatro correspondientes. Por lo demás, el hecho de que el otro vigilante jurado, el que realizó el turno de día, no hubiera notado que faltaba la llave, es un punto a favor de Landini. Si su colega sostuviera ante un jurado que no lo había

comprobado podría ser acusado de complicidad.

Mientras Laura Damiani prepara mentalmente la estrategia para el interrogatorio, alguien llama a la puerta de su despacho.

—Adelante, está abierto.

—Comisaria... soy yo. —Cristina Fogli entra con una bandeja con cruasanes y dos tazas humeantes—. Le he traído el desayuno, apuesto a que lo ha olvidado. Igual que la cena de anoche.

—No sabes cómo te lo agradezco. Me estoy muriendo de hambre. —Laura coge un cruasán y lo muerde, al mismo tiempo que Cristina deja la bandeja en el escritorio y abre los sobrecitos de azúcar—. Yo lo quiero amargo... ah, oye, si te parece bien podemos tutearnos.

—Por mí encantada —responde Fogli dando un sorbo a su capuchino.

—Espero que hayas dormido un poco más que yo —le dice Laura llevándose a su vez la taza a los labios.

—Sí, estuve en casa unas horas, también para arreglarme un poco. Fue un día largo para todos.

—Es cierto. No obstante, ahora debemos estar atentas, procurar no dar ningún paso en falso. Si no conseguimos obtener ninguna confesión estamos en la mierda.

—Sí, estoy de acuerdo. Quería pedirle... Quería pedirte si puedo asistir al interrogatorio. Hace tiempo que no sigo una investigación similar, paso la mayor parte del tiempo persiguiendo camellos de tres al cuarto o espulgando papeles en la oficina.

—Claro que puedes, pero déjame hablar a mí. Si necesito ayuda te lo daré a entender y tú intervendrás representando a la poli buena.

—No te imagino haciendo de mala —comenta Cristina risueña.

—Porque aún no me conoces bastante. Te aseguro que bordo el papel.

Guido Landini tiene la barba descuidada y el pelo enmarañado. Aún lleva puesto el uniforme de la noche anterior y por su aspecto se diría que ha dormido poco y mal. Por lo demás, el colchón de gomaespuma del camastro de la celda de seguridad no es, lo que se dice, muy cómodo.

Está sentado a una mesa metálica. Una puerta a su derecha, un espejo a su izquierda y una cámara en el techo.

Al cabo de más de un cuarto de hora de espera, Laura y Cristina Fogli entran en la pequeña sala destinada a los interrogatorios. La comisaria se sienta delante de él dejando caer con fuerza una carpeta sobre la mesa, a la vez que Cristina se apoya en la pared, a su espalda, cruzando los brazos.

Laura abre la carpeta y finge leer unos folios mecanografiados, sin prestar al hombre la menor atención.

De repente, alza la cara y lo mira a los ojos.

—Estás metido en un lío de mierda, Guido Landini. Cuatro personas, entre las que me encuentro, pueden atestiguar que antes de que llegaras a tu puesto la llave no

estaba en el armario. Dos policías, tu patrón y uno de tus compañeros.

Landini observa a Damiani con los brazos cruzados, sin decir una palabra.

—No quiero perder tiempo, así que iré enseguida al grano. Han muerto nueve personas, cuatro de las cuales eran policías. Si colaboras enseguida y de forma espontánea, te aseguro que lo tendremos en cuenta. Puedo conseguirte un acuerdo escrito y firmado por la fiscalía recalcando que has colaborado en la investigación y que desempeñaste un papel secundario en el asunto. Te caerán unos pocos años por complicidad, casi seguro con la condicional, dado que no tienes antecedentes.

Landini sigue mirando a Laura sin hablar.

—No queremos perder tiempo contigo —prosigue la policía—. Si no hablas te volveremos a encerrar y seguiremos adelante con lo que tenemos. Apuesto a que alguno de tus amiguitos nazis y *skinheads* estará dispuesto a colaborar, en su caso con menos que perder. Tú eliges. —Laura percibe una variación en la expresión del hombre. Su estratagema está obteniendo resultado.

—Para empezar —dice Guido Landini enderezándose en la silla y acodándose a la mesa—, están violando la ley. El único que puede interrogarme es el fiscal y tengo derecho a que mi abogado esté presente.

—¿Interrogado? ¿Quién te está interrogando...? ¿Alguien está redactando un acta aquí dentro? ¿Acaso te he leído tus derechos? Lo haremos dentro de poco, apenas llegue el fiscal. Pero entonces ya no tendrás ningún margen para salvar el culo. A ese punto todo será mucho más difícil y las puertas de la cárcel se abrirán para ti. Despabila, dinos a quién le diste la llave y te trataremos con guante blanco.

—Cómo no. Fíame de la pasma... ¿Crees que me chupo el dedo?

—Mira, Landini, me importas un carajo. Mi prioridad es capturar a los que atracaron el Flasher Bank y sabemos que tú no formabas parte del grupo. Tu complexión es diferente de la de los atracadores. Por la conclusión que hemos sacado de las imágenes grabadas por el banco y los testimonios, todos eran más altos y robustos que tú. Además, sabemos que volviste a tu casa a las ocho y treinta de la mañana y que dormiste hasta las tres de la tarde. Tus padres lo han confirmado, además de una de tus vecinas, que esta mañana estaba en tu casa bebiendo un café con tu madre, justo cuando volviste del trabajo.

—Tu madre nos ha dicho que es su mejor amiga, que juntas trabajan como voluntarias en el comedor de Caritas, ¿es cierto? —tercia Cristina Fogli despegándose de la pared y rodeando la mesa. Unos segundos antes Laura le ha hecho un ademán casi imperceptible con la cabeza—. Tu madre es una buena persona —añade Fogli—. Y tu padre también. Jubilado de correos, ¿verdad? No se merecen sufrir así. Colabora con nosotros y les diremos que no tienes nada que ver con esos muertos. Les diremos que te involucraron, pero que has hecho todo lo posible para ayudarnos.

—¡Dejad al margen a mi madre, ella no tiene nada que ver con mis asuntos! Basta ya de gilipolleces, no me lo trago. Quiero que venga mi abogado, se llama Innocenzo

Fulgenzi, ¡hasta que no lo vea sentado a mi lado no volveré a abrir la boca!

—Como quieras —contesta Laura sin mostrar la menor contrariedad—. Sabía que era tiempo perdido... Llama a los agentes y que lo lleven otra vez dentro, a lo largo del día el juez firmará la convalidación, ya hemos hablado por teléfono. A este punto lo trasladaremos a San Vittore. Nosotros nos concentraremos en la sección de Patria Futura de San Donato, arrestos y registros a gogó, y procuraremos que todos se enteren de que este capullo nos ha mandado derecho a ellos... Esperemos que no decidan vengarse con los pobres viejos.

—¡Espera un momento, puta! ¡No puedes hacer eso!

—¿Cómo me has llamado, cabrón? —Laura se levanta y rodea la mesa acercándose a Landini, mientras Cristina Fogli se pone en alerta, lista para intervenir—. ¿Puedes repetirlo, miserable gallina? No te he entendido...

—No puedes tocarme —dice Landini reculando—. Si lo haces te denunciaré, puta.

El revés de Laura es tan rápido que Landini no lo ve hasta que se produce el impacto. Su cabeza se ladea mientras la mejilla, antes pálida, se enciende.

—¡Cabrona de mierda! —grita el hombre levantándose y abalanzándose sobre la policía—. ¡Te voy a matar!

Laura esquivo el ataque, agarra un brazo de Landini y lo tuerce golpeándolo contra una pared. El hombre gime dolorido, pero no reacciona por miedo a que la policía se lo apriete aún más y se lo rompa.

—¡Guido Landini, estás arrestado por agresión a un oficial público! —exclama Laura sacando las esposas del bolsillo posterior de sus vaqueros—. Esta vez estás jodido, al fiscal esto le parecerá más claro que una confesión.

—¡Espera, no podéis hacerlo! ¡Es ilegal!

—¡Hostia si no podemos! Han muerto cuatro policías, ¿recuerdas? Dado que no quieres colaborar te utilizaremos como chivo expiatorio...

—¡Espera un momento, espera!

—Te he dicho que no puedo perder tiempo con un nazi de chicha y nabo como tú, has perdido la posibilidad que tenías. Irás a San Vittore, a la sección de extracomunitarios. Y procuraré que allí sepan cuáles son tus lecturas favoritas... ¡Ya verás qué fiesta te organizan tus nuevos inquilinos!

—Está bien, está bien, ¡basta! ¡Quítame las esposas, hablemos!

—Ah, ¿ahora quieres hablar? Quizá podamos hacerlo en un par de semanas, después de que hayas aclarado un poco las ideas en la cárcel, ¿qué te parece?

—No, coño, la cárcel no. Colaboraré a condición de no pasar un solo día allí dentro. Y quiero un acuerdo por escrito.

—Oye, Landini, puede que no lo hayas entendido —dice Laura hablando a pocos centímetros de la cara del hombre, que está aplastado contra la pared—, esto no es un capítulo de *Se ha escrito un crimen*. Las reglas las dicto yo y la mejor propuesta que te puedo hacer es olvidar la acusación por agresión a cambio de un nombre. Te

volveré a meter en la celda de seguridad y llamaré a tu abogado, con toda probabilidad en cuarenta y ocho horas estarás en tu casa. Pero ahora debes hablar, porque, si no lo haces, no moveremos un dedo y pasaremos al plan B... y al que le darán por culo, en todos los sentidos, será a ti.

—Que quede claro, no tenía ni idea... no sabía que moriría gente. Me amenazaron, dijeron que me matarían... que harían daño a mis padres. No podía...

—¡Basta con tus acusaciones de mierda! —grita Laura torciendo un poco más el brazo de Guido Landini. El hombre grita arqueando la espalda y aplastándose aún más contra la pared encalada de la habitación—. ¡Dime a quién diste la jodida llave y basta! Luego le cuentas tus gilipolleces lacrimógenas a tu abogado y él se ocupará de confeccionarte un salvoconducto.

—Mirko... Mirko Daneri. Se la di a él. Es de Solaro, de los alrededores de Saronno... Trabaja en una ferretería. Me lo presentaron en la sección, es miembro de Juventud Aria. No sé más, ¡lo juro!

—Muy bien. ¿Ves como sabes ser razonable cuando quieres? —dice Laura soltando el brazo de Landini. El hombre se vuelve apoyando la espalda en la pared y masajeándose el brazo dolorido.

—Ahora llamaremos a un colega y pondremos por escrito lo que has declarado de forma espontánea. No se usará contra ti, no te preocupes... lo prohíbe la ley. Nos harás una bonita descripción del tal Mirko y nos contarás todo con calma. Dónde os conocisteis, quién os presentó, dónde le entregaste la llave y cómo te la devolvió. Luego llamaremos a tu abogado y te ofreceremos incluso un buen desayuno, ¿contento? Entretanto puedes descansar cinco minutos, así te calmas y aclaras las ideas.

Guido Landini asiente con la mirada perdida, sin dejar de masajearse el hombro.

Laura le agarra un brazo y lo obliga a sentarse de nuevo. Acto seguido hace un ademán a Fogli y las dos salen de la habitación.

—Ha ido bien —dice a la inspectora—, pero debemos movernos deprisa. Busca al tal Mirko Daneri, llévate a Carraro y un par de coches patrulla. Pero antes mándame un agente con un ordenador portátil, me reuniré contigo en cuanto acabe.

—De acuerdo —responde Cristina Fogli—, voy enseguida. Esperemos que no haya alzado ya el vuelo.

—Es muy probable, pero, en todo caso, es un buen punto de partida. Vamos, ánimo, manos a la obra.

Dieciséis

La cárcel de San Vittore se encuentra en la calle Filangieri, en Milán, cerca de la plaza Cadorna, de la Universidad del Sagrado Corazón y de la avenida Magenta. De unos lugares donde la gente camina, respira, come. Vive.

No obstante, este pedazo de Milán no está en Italia.

Tampoco está en Europa, a juzgar por la manera en que se ignoran en ella todas las reglas aprobadas tanto en Europa como en Italia.

Artículo tres del Convenio Europeo de Derechos del Hombre: «El estado debe asegurarse de que las condiciones de vida de todos los presos sean compatibles con el respeto de la dignidad humana».

Artículo veintisiete, apartado dos, de la Constitución italiana: «Las penas no podrán consistir en tratamientos contrarios al sentido de humanidad y estarán orientadas a la reeducación del condenado».

¿Es posible afirmar que seis personas apiñadas en una celda que mide dos metros y medio por cuatro son tratadas con humanidad, que se respeta su dignidad? No, Europa no puede ser así. No puede ser así la ciudad más europea y moderna de Italia. Milán no puede ser esto.

Sin embargo, las cosas son así. A pesar de la ocasional indignación del presidente, a pesar de las huelgas de hambre del viejo político extravagante al que ya nadie hace caso, a pesar de las visitas de los honorables —inútiles, pero muy frecuentes en el periodo electoral—, a pesar de las entrevistas en que se condenan las «condiciones inhumanas de los presos».

Dos metros y medio por cuatro, en un aire estancado que apesta a cuerpos sudados, con la desesperación de una vida sin perspectivas y el embrutecimiento causado por la convivencia forzada, que priva a los presos de cualquier respeto o derecho. De su humanidad.

Luca Betti espera en la pequeña oficina que ha puesto a su disposición un comisario adjunto de la policía penitenciaria, su amigo. Este encuentro no autorizado con un preso es el pago de una deuda de agradecimiento, de un favor que Luca le hizo hace tiempo. De acuerdo con su filosofía personal, Betti procura que los demás estén siempre en deuda con él.

Marco Tanzi llega acompañado del oficial en persona.

—Diez minutos, Luca, eso es todo. Yo esperaré aquí fuera.

—Gracias, Igor. Te debo una.

El hombre hace un ademán de asentimiento y sale cerrando la puerta. Marco lleva el uniforme naranja de tela, unos zuecos blancos de hospital y un suéter gris. Va esposado y tiene un corte llamativo en la ceja derecha, además de un labio partido y un gran cardenal a un lado de la boca.

—Cristo, Marco... ¿qué te han hecho?

—No es nada, sólo un pequeño comité de acogida. Leonardi debió de pedir a algún colega sindicalista que me organizara la bienvenida.

—Pero ¡hostia! Dime quién fue, le quitaré las ganas de hacer cosas así. Tengo amigos aquí dentro, puedo lograr que...

—Olvídalo, Luca. Si te meten aquí dentro por haber pegado a un policía debes ser instruido cuanto antes, ya conoces la regla. Para los que trabajan en un sitio de mierda como éste es una cuestión de supervivencia, ponte en su lugar.

—Marco, has hecho una gilipollez enorme, pero no te permitiré seguir adelante con esta locura. Esta mañana he hablado con Salvemini, no se hará nada más. Tú saldrás de aquí lo antes posible y renunciarás al papel de mártir. En caso contrario denunciaré todo al fiscal y al jefe de policía, y pondré punto final a esta payasada.

—¿Qué piensas denunciar? ¿Con qué pruebas? Salvemini negará todo y yo haré lo mismo en caso de que me pregunten algo. La palabra de un fiscal vale más que la tuya, incluso si la mía no vale un pimiento. Vamos, Luca, olvida esta historia y déjame hacer lo que debo. Lo decidí yo libremente.

—Pero ¡qué decisión ni qué ocho cuartos, Marco! ¿Qué coño crees que estás haciendo? ¿Crees que puedes acabar con el tráfico de cocaína en Milán dejando que te maten a palizas en una cárcel?

Marco Tanzi resopla y sacude la cabeza. Mira alrededor y ve una silla metálica desvencijada. La coge y la pone delante de Luca. Acto seguido se sienta y se relaja.

—Luca, eres una buena persona. El único en este mundo al que puedo llamar amigo, el único que ha hecho algo por mí sin pedir nada a cambio. Pero tienes un defecto... te obstinas en no entender o en fingir que no entiendes que el mundo no es como nos gustaría que fuera y que no podemos hacer nada para remediarlo.

—Me importa un bledo tu filosofía, te sacaré de aquí y haré saltar por los aires tu plan. ¡No te dejaré suicidarte por segunda vez!

—Si hubiera querido suicidarme me habría pegado un tiro en la boca hace tiempo. O habría empezado a beber otra vez hasta destrozarme el hígado. En cambio estoy aquí por un motivo bien diferente. Estoy aquí para vivir, para aferrarme a algo que tenga sentido. Y si tú quieres ayudarme, si me estimas, debes permitir que lo haga.

—Oye, Marco... Acabaste durmiendo en la calle, en la basura, tapándote con cartones y vestido con harapos, ¿te acuerdas? Luego te recuperaste, fue un milagro,

algo que sólo consigue hacer un hombre de cada diez mil. ¿Y ahora? ¿De verdad quieres echar todo a perder? Dejar que te maten en una cárcel... tratar de hacer confesar a ese pedófilo bastardo cuando sabes de sobra que no hablaría ni siquiera bajo tortura. ¿Quieres desperdiciar tu vida por esto?

—Luca, ¿sabes lo que siento cuando me despierto por la mañana? Siento que la tierra se desmorona bajo mis pies. Poco a poco, pero se está desmoronando. Siento que ya no podré tener las cosas que soñaba cuando tenía veinte, treinta años. Peor aún, ya no podré soñar con ellas. Nada de familia, nada de trabajo, nada de Dios. Nada tiene sentido para mí. Sabes de sobra de qué estoy hablando, detrás de tu optimismo, detrás de tus gilipolleces, tú también te sientes así, ¿verdad?

—Pero ¿de qué estás hablando? ¿Qué demonios estás diciendo? ¿Qué tiene que ver con...?

—Tú también sientes que el tiempo resbala por tu cuerpo, que el final está ahí, al volver la esquina, privando de sentido todo lo que haces, dices, volviéndolo inútil. La vida se te escapa de las manos... esa sensación, cuando tienes la impresión de haberte aferrado a algo que ha pasado ya. Tu sueño de una familia feliz, la dedicación a una mujer a la que le importaba un carajo lo que sentías por ella. ¿Qué te queda de todo esto? Del sentimiento, del amor, llámalo como te parezca... de esa cosa perversa y obscena que te ha destrozado la vida.

—Estás blasfemando. Recuerda que tienes una hija, que la salvaste de un final espantoso. Yo también soy padre, esas chicas nos necesitan, somos nosotros los que debemos pensar...

—¿En qué? Luca, te preocupas por todos, te gustaría que todos aquellos a los que quieres fueran felices. Pero si miras en derredor verás que sigues rodeado de infelicidad. El mundo gira también sin ti, resígnate. Me hablas de mi hija... en realidad no fui yo el que la salvó, en todo caso fue lo contrario. No obstante, no puedo pretender nada más de ella. Y eso vale también para ti, también para Sara. Ella no puede ser tu tabla de salvación.

—Tu ayudaste a Giulia cuando lo necesitó.

—No, te equivocas. Giulia creció sin mí, estuvo diez años sin verme. Fue secuestrada, violada y obligada a prostituirse. Y yo no estaba, Luca.

—Pero ¡a eso me refiero precisamente! ¡Ahora que has vuelto no puedes dejarla sola de nuevo!

Tanzi cabecea resignado.

—Lo que siento cuando me despierto, la sensación de insatisfacción, de final inminente... tú también lo sientes, Luca. Lo sé, te conozco. Pero tratas de mentirte a ti mismo, tratas de seguir adelante, de dar un sentido a lo que haces. Dejaste a tu mujer, Elisa, pero nunca lograrás separarte de verdad de ella. En tu fuero interno sigues siendo esclavo de ese sueño. Estás con Laura para probarte a ti mismo que la vida continúa, que puedes seguir adelante, que puedes tener un futuro. Pero eres el primero que no se lo cree y de esa forma sólo causarás infelicidad. La tuya, la suya y

la de otras personas. A mí no me interesa engañarme, Luca, porque yo, a diferencia de ti, no me siento obligado a sacar adelante ninguna farsa. No creo en nada, en mi vida no hay nada sagrado, ninguna esperanza, ninguna redención. Es como si hubiera muerto hace mucho tiempo. Así que, si de verdad eres mi amigo, si de verdad me estimas... Déjame dar un sentido a mis días. Déjame hacer lo único que sé hacer.

—Que te den por culo, Marco. No quiero seguir escuchándote.

Tanzi esboza una sonrisa. Una mueca acre, dolorosa.

—Una vez leí algo... Un escritor decía que la eternidad existe hasta que cumples cuarenta años. Tenía razón. Nosotros estamos ya más cerca de los cincuenta, así que resígnate. La eternidad terminó para nosotros hace mucho tiempo. Vivir o morir es lo mismo, Luca. Al menos déjame morir por un objetivo.

La puerta de la oficina se abre y aparece el comisario adjunto de la policía penitenciaria, el amigo de Betti.

—Luca, se ha acabado el tiempo. Debo llevarlo de nuevo a la celda, lo siento.

Betti mira a Marco Tanzi, que se levanta de la silla, y no logra dar con las palabras para responderle. Cuando, por fin, cree haberlas encontrado, se da cuenta de que se ha quedado solo en la habitación.

Diecisiete

El edificio forma parte de un complejo de siete y se erige al amparo de la carretera nacional 257, en el municipio de Solaro. Un clásico ejemplo de construcción de protección oficial: edificios desvaídos con las fachadas ennoblecidas por algún que otro parapeto de cristales de colores. Apenas un poco más decentes que los de los clásicos barrios dormitorio de la periferia milanesa. Cristina Fogli llega al lugar a última hora de la mañana acompañada por un compañero de paisano, el inspector Gino Carraro, y por dos coches patrulla de la brigada Móvil. El objetivo es Mirko Daneri, el hombre que, según los indicios, podría ser uno de los componentes del grupo que el día anterior atracó el Flasher Bank.

Carraro es un hombre de treinta y siete años, más bien bajo, de complexión robusta y melena castaña, que lleva recogida en una coleta de caballo. Él y Fogli llevan unos anoraks de color azul oscuro con la palabra Policía estampada en los dos lados. Se apean del coche oficial, un Fiat Punto, empuñando las pistolas, seguidos de inmediato por los agentes de la brigada Móvil. Cristina dirige las operaciones: con un ademán ordena a uno de los hombres uniformados que vigile los coches y se encamina con el resto a la entrada del edificio B. La puerta está abierta, sujeta por un saco de cemento. En el portal hay también una carretilla, herramientas y varios paquetes de ladrillos. En algunos pisos aún están pavimentando los suelos y revistiendo los cuartos de baño. Sólo casi la mitad de ellos están acabados y habitados.

Cristina hace una señal a sus compañeros para que guarden silencio y acto seguido empieza a subir la escalera a la cabeza del grupo.

Tercer piso, puerta ocho. La policía aporrea la puerta blindada.

—Mirko Daneri, abre. ¡Policía!

No hay respuesta.

En el lado opuesto del rellano una anciana con gafas y vestida con una bata se asoma por la rendija de la puerta. Un ademán elocuente del inspector Carraro y la mujer la vuelve a cerrar, desapareciendo en el interior.

—¡Daneri, abre! —grita Cristina—. ¡Último aviso o tiraremos abajo la puerta!

Nada.

La vecina abre de nuevo sin descorder la cadena de seguridad.

—Si buscan a Mirko, se ha marchado esta mañana...

—Abra, por favor —dice Cristina enseñándole el distintivo de la policía.

La anciana obedece, después de haber cerrado un instante la puerta para quitar la cadena.

—¿Puede decirnos si Daneri vive solo en este piso?

—La verdad... no hace mucho que vivo aquí... A veces sube alguno de sus amigos... pero creo que Mirko vive solo. Es un chico muy educado, ¿sabe?

—¿Y hoy? ¿A qué hora se marchó?

—Bueno, no hará siquiera media hora. Iba con un amigo, precisamente. Sólo que era uno que nunca había visto.

—¿Puede describirlo? —pregunta Carraro después de haber esperado en vano a que Cristina Fogli hiciese la pregunta.

—Bueno, lo vi de pasada, por la mirilla, ¿sabe? Pero era gigantesco. Debe de medir al menos dos metros... ¡Y tenía una calva enorme!

Mirko Daneri abre los ojos. Tarda unos segundos en comprender dónde se encuentra. Está colgado por los brazos de una viga de madera, con los pies suspendidos a unos veinte centímetros del suelo. Tiene las manos bloqueadas por unas esposas, fijadas a una cadena atada a la viga. El dolor de los hombros y los brazos es desgarrador, como si alguien estuviera intentando arrancárselos tirando de las muñecas con una tenaza. Siente frío, un estremecimiento gélido recorre todo su cuerpo, tan fuerte que tiembla de forma convulsa haciendo tintinear las esposas. Siente que está desnudo, en un local grande y en penumbra que, a primera vista, parece un almacén o un establo.

—Por fin te has despertado —exclama una voz a su espalda haciéndolo sobresaltarse de miedo.

El inspector Alceo Di Sante, de la brigada Antidroga rodea el cuerpo suspendido y se planta delante de Daneri, a casi un metro de distancia.

«El policía», piensa el prisionero, «el que vino a casa a arrestarme... ¿cuándo? Puede que hace unas horas, o tres días...», está demasiado confuso para poder calcular el lapso de tiempo que lo separa de esos hechos. «Dijo que me llevaría a jefatura para interrogarme, que podría llamar a un abogado desde allí. Luego me pulverizó algo en la cara... un narcótico».

—Es hora de charlar un poco —dice el gigantesco inspector volviéndose para coger algo de un carro de plástico. Es una especie de tubo metálico conectado a otro de goma. El policía trajina con el aparato mientras Mirko Daneri trata de verlo mejor y se da cuenta de que el tubo de goma está conectado a una bombona pequeña.

—Veo que tiemblas de frío —dice Di Sante—, haremos algo para calentarte un poco.

Con una cerilla enciende la llama oxiacetilénica y regula su flujo manipulando la válvula que hay en la base del soplete.

—Por favor... —logra decir a duras penas Daneri lloriqueando, a la vez que siente que todas las fuerzas físicas y mentales abandonan en un instante su cuerpo—. Por favor, no he hecho nada... —Su cara está deformada por una mueca de horror y empieza a llorar de manera convulsa, casi infantil.

—No hay prisa —responde el policía sonriendo—, tenemos tiempo para hablar.

Dieciocho

Laura Damiani está en su despacho con Riccardi, el técnico de la policía científica. El hombre ha querido comunicarle los resultados del peritaje balístico que han realizado durante la noche de los proyectiles y los cartuchos que encontraron después del atraco en el Flasher Bank.

—He comparado lo poco que se ve en las grabaciones con los resultados de los análisis y no hay la menor duda —afirma el joven—. Usaron fusiles de asalto Colt M4A1 con proyectiles Nato 5,56 para 45 milímetros. Material de las fuerzas especiales estadounidenses. A menos que fueran *navy seal* de permiso no entiendo cómo demonios consiguieron ese tipo de armas.

—Yo sé cómo lo hicieron —responde Laura—. Hace dos años desaparecieron casi doscientos fusiles como éstos de un almacén de la base aérea de Aviano. El autor del robo fue un antiguo militar que, gracias a los cómplices que tenía en el interior de la base, logró sustraer una gran cantidad de armas. No sólo los M4, también lanzagranadas, proyectiles, incluso una ametralladora Minigun.

—¿Qué? —exclama Riccardi—. ¿Por qué nunca se supo nada? Es la primera vez que oigo hablar de ello.

—Porque era material del ejército americano y éstos nunca pasan información, sobre todo cuando se trata de errores propios.

—De acuerdo, pero... ¿Cómo lo sabe usted?

—Tiene que ver con un caso que seguí en Roma hace tiempo del que, sin embargo, no puedo hablar. Parte de las armas fue recuperada, pero antes vendieron algunas. Los ladrones eran gente próxima a los ambientes de extrema derecha, grupos extraparlamentarios, revolucionarios neonazis. Mierda de ese tipo. Debemos centrar la investigación en ese ambiente. ¿Qué puede decirme de las autopsias?

—Aún no han concluido, por ahora no hay ninguna novedad respecto a lo que ya sabemos. Ráfagas breves y precisas a un blanco grande. Todos heridos en el abdomen por, al menos, cinco o seis proyectiles cada uno. Muertos en el acto.

La puerta del despacho se abre en ese preciso instante. Es Cristina Fogli, que ha vuelto de Solaro.

—Malas noticias, comisaria. El tipo no estaba en casa, tampoco en la ferretería

donde trabaja como dependiente.

—Mmm... —reflexiona Laura—. Si formaba parte del grupo es probable que haya alzado el vuelo.

—La verdad es que...

—¿Qué?

—Tenemos un testigo, una vecina. No sé hasta qué punto es fiable, pero por lo visto lo vio salir con otra persona.

—¿Salir? ¿Cuándo? ¿Hoy? ¿Qué sabemos de esa persona? ¿La vecina puede hacernos un retrato robot?

—No lo sé, pero si quiere volver allí, hablar más con ella e intentar comprender si...

—Cristo, Fogli, ¿te has vuelto loca? Me sorprendes, ¿por qué demonios no la has traído enseguida aquí?

—Comisaria, es una viejecita un poco alelada, su declaración era, en parte, incongruente, estaba en bata y zapatillas y no me pareció oportuno esperar a que...

—Está bien, perdona, olvídale... Ahora, sin embargo, manda a alguien a recogerla, porque debemos hacer enseguida un retrato robot de la persona que acompañaba a Daneri.

—De acuerdo, comisaria, yo me encargo. —Cristina sale de la habitación y cierra la puerta.

Laura se queda ensimismada unos segundos.

—Entonces, Riccardi —dice acto seguido volviendo a concentrarse en su compañero—, por ahora has hecho un buen trabajo, pero quiero tener lo antes posible los resultados de las autopsias.

—Los tendrá, comisaria, cuente con ello.

Cuando se queda a solas, Laura coge el teléfono y teclea un número interno de cuatro cifras.

—¿Carraro?

—A sus órdenes, comisaria.

—Ven a mi despacho. Solo.

—No lo sé, comisaria. —Gino Carraro titubea, le cuesta responder a las preguntas apremiantes de Laura Damiani. No quiere representar el papel de policía renegado, sabe de sobra que la sensación extraña que percibió durante el *blitz* en casa de Mirko Daneri, una vez revelada a un superior, podría ser interpretada como una acusación contra su compañera—. Nunca había trabajado con Cristina Fogli hasta hoy... quiero decir, ella pertenece a la brigada Antidroga, está con Serra. Es un grupo cerrado, no se fían de nadie, forman una especie de mundo aparte en la jefatura. Es como si fueran la élite de los policías milaneses.

—Oye, Carraro, no te estoy pidiendo que la metas en un lío, esto no es un

interrogatorio. Lo único que quiero es que, de forma objetiva, me digas lo que piensas sobre el comportamiento de Fogli. ¿Hubo algo extraño en su actitud esta mañana? No deberás declararlo de forma oficial, esta conversación es entre tú y yo y no saldrá de las cuatro paredes de este despacho.

—Bueno, si he de ser franco... Cuando esa señora, la vieja, dijo que había visto a Mirko Daneri marcharse con un amigo la Fogli debería haberle pedido que describiera a ese tipo, estaba al mando de las operaciones y le correspondía hacer cosas como ésa. En cambio, nada. Se quedó muda, parecía sorprendida. O incluso contrariada.

—Mmm... ¿Algo más? ¿Alguna otra rareza? ¿Algo que te llamó la atención?

—Bueno, me pareció extraño que no trajera a la señora a jefatura para que declarara de forma oficial, para intentar hacer un retrato robot. Veo que sobre este punto estamos de acuerdo. No sé qué más decirle y, en cualquier caso, le repito que no me gusta meter en apuros a un colega, su comportamiento se puede justificar de mil maneras. Pese a que nunca he podido tragar a Serra y a sus hombres.

—Está bien, Carraro —concluye Laura—. Es lo que quería saber. Te mantendré al margen de esta historia, tienes mi palabra.

Diecinueve

El despacho de Matteo Serra en la brigada Antidroga es el más lujoso de toda la jefatura de policía. Según parece, los muebles los compró él mismo, ignorando el reglamento interno, que lo prohíbe de forma categórica.

Sus relaciones con la jefa de policía se reducen ya al mínimo indispensable. En más de una ocasión, funcionarios relevantes del Ministerio han ordenado a Daniela Boschi que deje en paz al policía romano, que deje de «poner trabas a su espíritu de iniciativa» con la rigidez de los reglamentos y los procedimientos. Serra tiene a su favor el clamor mediático que suscitaron los éxitos que logró en el ámbito de sus competencias y la publicidad positiva de la que se han aprovechado también los altos cargos de la seguridad pública nacional.

Hoy, sin embargo, el hombre al que todos consideran un superpolicía, está contrariado. Delante de él se encuentra su mano derecha y guardaespaldas, el mastodóntico inspector Alceo Di Sante, y está desahogando toda su rabia con él.

—¿Cómo coño has podido ser tan idiota? Es increíble, Cristo...

—No podía saber que ese tipo sufría del corazón. Todo sucedió de repente.

—¿Qué le hiciste?

Di Sante no responde.

—¿Has oído lo que te he dicho? ¡Contéstame, hostia!

—Con la llama, pero acababa de empezar, sólo le rocé los pies...

—Cristo... Coño, no me lo puedo creer. Estoy rodeado de idiotas. Cristina, que duda y se deja contagiar por la puta de mierda de la comisaria. Tú, que torturas hasta matar a un testigo antes de que haya hablado. Debería apuntaros una pistola a la cabeza y apretar el gatillo... Me ahorraría un montón de marrones.

—Pero hablé. Dijo algo que nos sirve.

—¿Se puede saber a qué esperas para contármelo? ¿Quieres que te presente una solicitud por escrito?

—Él y Guido Landini, el guardia jurado de Falco Security son viejos amigos, los dos están afiliados a Patria Futura, una especie de asociación de extrema derecha. Daneri es miembro de la sección de Solaro y Landini de la de San Donato Milanese, además era militante de Juventud Aria. Daneri hizo de intermediario en el asunto de

la llave *dallas*, por lo visto a cambio de cien mil euros para él y otros tantos para Landini, pero sólo debían recibirlos después del golpe. A ninguno de los dos les dio tiempo a cobrarlos.

—¿Qué significa intermediario? Explícate.

—La idea del golpe no fue de Daneri, él era un pez pequeño, un acojonado... lo único que debía hacer era entregar la llave. Lo reclutó uno de su círculo, un tal Sergio Galbani. Eso es todo lo que sabía, estoy seguro de que si hubiera sabido más me lo habría dicho.

—Claro, si no le hubieses hecho reventar el corazón quemándole los pies. ¿Al menos has escondido bien el cuerpo?

—Bueno... Tuve que dejarlo allí, en la cabaña. Oí unas voces, puede que fueran unos excursionistas o unos cazadores furtivos. Apenas tuve tiempo de marcharme de allí. Pero cerré con llave, esta noche volveré para deshacerme del cuerpo.

Matteo Serra observa desconcertado a su hombre. No puede creerse lo que acaba de escuchar.

—Sé lo que estás pensando —se justifica Alceo Di Sante—. Quería hacerlo, pero después vi que eran bastantes, al menos cinco jóvenes. Habría sido una masacre, nos habría causado más problemas y no sé si...

Serra alza una mano para que se calle.

—Esta noche volverás a la cabaña, harás desaparecer el cuerpo y luego la incendiarás. Destruye todo, no debe quedar ninguna huella de lo que sucedió.

—Pero es un buen sitio, ¿por qué debo incendiarlo? Puede servirnos para...

Serra alza la mirada y clava sus ojos negros, profundos, en los de Alceo Di Sante. No necesita añadir ninguna palabra a la elocuencia de su mirada.

—De acuerdo —dice el inspector—. Haré desaparecer el cuerpo e incendiaré la cabaña esta noche. Considéralo hecho.

—Es el consabido juego de las cajas chinas, Laura... —Damiani está en el despacho del teniente coronel Salvatore De Rosa, en el comando provincial de la guardia financiera de Milán. Es un hombre de unos cuarenta años de origen napolitano, con cara de niño y cuerpo de atleta. Tiene una sonrisa plácida, de franca simpatía.

—El dinero procedía de una cuenta *offshore* de un banco con sede en las islas Caimán. La transferencia se efectuó dos días antes, pero para descubrir quiénes son los titulares de la cuenta debemos realizar un exhorto internacional y los plazos de respuesta pueden ser muy largos. Además, podríamos incluso no sacar nada en claro.

—¿Y qué me dices de la cuenta italiana? Me refiero a la del Flasher Bank a la que se transfirieron los doce millones.

—El titular es una sociedad ficticia, la inmobiliaria Iris, con domicilio en el bufete Velardi. El banco nos ha facilitado los nombres de las personas autorizadas a

efectuar las operaciones. Como sabes, cuando se abre una cuenta corriente las normas contra el blanqueo de dinero obligan a identificar al cliente. En caso de que el titular de la cuenta sea una sociedad hay que registrar a su representante legal. Pues bien, agárrate fuerte. Los documentos de los titulares, cuya copia está depositada en el Flasher Bank, son falsos. Todos los nombres son inexistentes.

—¿Me estás diciendo que se puede abrir con toda tranquilidad una cuenta falsa y transferir a ella millones de euros procedentes de las islas Caimán como si fueran avellanas? ¿Será posible que a nadie se le haya ocurrido efectuar unos controles más rigurosos?

—Laura, nuestro sistema de control se activa principalmente si hay algún aviso. El Flasher Bank no comunicó varias operaciones sospechosas al Banco de Italia y su director ha sido denunciado por ello. No obstante, los controles automáticos sólo se llevan a cabo cuando los importes de las transferencias superan cierto límite. Y en este caso, las averiguaciones previas, cuatro en total, no detectaron ninguna anomalía. Las transferencias de dinero estaban relacionadas con unas operaciones inmobiliarias que sólo ahora, después de haber efectuado un análisis más meticuloso, han resultado ser ficticias.

—En pocas palabras, me estás diciendo que los controles son inútiles porque sólo se pueden realizar de forma eficaz una vez consumados los hechos.

—No, a decir verdad existe también la posibilidad de que el banco bloquee una operación en curso. Pero en ese caso, como te he dicho, la entidad de crédito era cómplice.

—Salvatore, esperaba recibir alguna buena noticia... pero ahora me siento más pesimista que antes.

—Laura, sabes de sobra en qué condiciones trabajamos. Con las fuerzas de que disponemos podemos verificar al máximo el diez, quince por ciento de las operaciones que nos señala el Banco de Italia. Y cuando digo verificar me refiero a hacerlo de forma exhaustiva. ¿Sabes que hasta me cuesta pagar la gasolina de los coches oficiales de mis hombres? Ciertas gasolineras se niegan ya a ponémosla en la cuenta.

—Lo sé, Salvatore, lo sé... No debes explicarme nada, tengo los mismos problemas. Sea como sea, gracias por haber efectuado los controles a tiempo.

—Hemos descubierto otra cosa, algo que podría servirte.

—¿Qué pasa, dejás lo mejor para el final?

—Así es —responde el teniente coronel De Rosa risueño—. Comparando los datos de la sociedad inmobiliaria con los de los movimientos de fondos efectuados en la cuenta del Flasher hemos detectado el mismo nombre en varias ocasiones. Esta vez se trata de un nombre real.

—¡Dispara!

—Furio Pession. Un factótum, un personaje al que llevamos tiempo vigilando, pero al que nunca hemos conseguido pillar con las manos en la masa. Es un tipo

esquivo, resbaladizo, pero por lo visto es también un auténtico maestro en la gestión de operaciones financieras encubiertas.

—Supongo que habrás ordenado ya que lo arresten.

—En realidad lo ha hecho otro. Pession está en este momento en prisión cautelar en la cárcel de Canton Mombello, en Brescia, acusado de pedofilia. Hemos intentado interrogarlo, pero no ha abierto la boca.

Veinte

*Marco Tanzi. Cárcel de
Canton Mombello, Brescia*

Recorro el ala norte a pequeños pasos debido a las cadenas, que me bloquean los tobillos. Con los codos apoyados en el pecho, los antebrazos extendidos y con las muñecas esposadas, transporto la ropa de cama, los utensilios para comer y la manta de lana cruda. Un guardia me precede, otro me sigue, dispuestos a hacerme probar sus porras al mínimo gesto de indisciplina.

El uniforme es el mismo que llevaba en San Vittore, de algodón naranja y con olor a desinfectante. No oigo las palabras de escarnio que me llegan desde las celdas mientras paso por delante de ellas, ninguna frase obscena, ningún eslogan de aliento o de amenaza. La mayor parte de los huéspedes debe de tener la mente ofuscada por las «gotas». Algunos procuran que en todo momento circule entre los presos una buena cantidad de ellas para mantener estable la paz social, pese a que las condiciones de vida superan con mucho los límites de lo soportable.

La cárcel es un mundo aparte, disciplinado por unas leyes que van mucho más allá de las escritas y basado en unos equilibrios muy frágiles, que cambian sin cesar en función del flujo de dinero en efectivo que las regula. Guardias corruptos, funcionarios confabulados, directores parciales, presos militantes. Pueden apuñalarte en la espalda con un punzón durante la hora de recreo al aire libre sin que nadie vea nada. Puedes recibir la visita de una puta en tu celda o esnifar cocaína como si nada, tranquilamente tumbado en tu camastro, siempre y cuando tengas las relaciones oportunas y el dinero necesario para complacerlas.

También en el interior de este universo paralelo rige la lucha eterna entre el bien y el mal. En este caso, el bien debería estar representado por el fiscal Salvemini. No tardaré en descubrir si la influencia que tiene aquí dentro es más o menos fuerte que la de los antiguos socios de Furio Pession, es decir, la de la *'ndrangheta* que ha conquistado Milán.

Me obligan a arrodillarme y me liberan los pies. Me levanto de nuevo, entro

empujado por la punta de la porra entre las costillas, y la puerta de hierro se vuelve a cerrar tras de mí. La celda tiene ocho metros cuadrados y en la penumbra parece vacía.

—Deja tus cosas encima de la cama y mete las manos por el hueco. ¡Deprisa!

Obedezco. Me quitan las esposas desde fuera. Retraigo las manos del hueco. Ahora la oscuridad es total. Palpo la pared y encuentro el interruptor. La luz fría de un plafón de neón pegado al techo invade todos los espacios, revelando una miseria que conocí ya hace varios años. Placa turca, dos literas de hierro de tres camas cada una, grifo y mesita cuadrada con dos sillas desaparejadas. Los armaritos metálicos del siglo pasado, desquiciados y oxidados, reducen ulteriormente el espacio disponible.

Lo veo detrás de la segunda litera, la más apartada de la entrada de la celda. Bajo, de unos cincuenta o sesenta años, cuatro pelos de color negro azabache, engominados y pegados al cráneo para disimular de forma ridícula la calvicie. Nariz aguileña, ojos vivos y ceñudos. Lo escruto durante dos segundos, después empiezo a colocar mis cosas en la cama inferior de la litera que hay cerca de la puerta.

Siento que me mira, pero le dedico el mismo interés que un transeúnte demostraría por un excremento de perro.

Noto un movimiento imperceptible: ha cambiado de sitio para verme mejor. Está haciendo acopio de valor antes de hablar.

—¿Eres tú el que han enviado? —pregunta.

—¿Cómo dices? —contesto sin siquiera volverme—. No te entiendo.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Desarmado? Eres robusto, desde luego, no deberías tener ningún problema.

—Amigo, no entiendo de qué cojones estás hablando, pero procura tener la boca cerrada, porque en este momento no estoy para charlas. —Cierro el armarito en que he metido los utensilios para comer y la ropa de cama, y me tumbo en la cama con las manos detrás de la nuca y las piernas cruzadas.

Me mira titubeante. No es idiota, espera que alguien venga a dejarlo seco de un momento a otro. Quizá pensó que lo habían puesto en régimen de semiaislamiento cuando se vio a solas en esta celda real. Mi llegada debe haberlo sumido en la más negra desesperación. Pensará que soy el encargado de borrar su desvaída presencia de la faz de la tierra.

La partida empieza, debo tratar de ganarme su confianza. Y, entretanto, confiar en permanecer con vida.

Veintiuno

A Luca Betti le produce un extraño efecto subir esas escaleras. Un gesto que realizó durante muchos años, el trayecto que lo llevaba del horror cotidiano de su trabajo a la confortadora infelicidad doméstica, a un calor familiar que (hasta ahora no se había dado cuenta) sólo existía en su mente, que se ha convertido ya en una suerte de viaje hacia lo desconocido. Una zambullida dramática en la oscuridad de las propias emociones ocultas, en las zonas sombrías de su vida y de sus fracasos.

Las palabras de Marco Tanzi siguen zumbándole en la cabeza como un mantra maléfico que le envenena el alma. «Del sentimiento, del amor... de esa cosa perversa y obscena que te ha destrozado la vida».

Toca el timbre del piso que antaño era suyo y nota que han cambiado la placa. En ella ya no figura escrito «Betti» sino «Elisa Maran y Sara Betti». «Deben de haberla sustituido hace poco», piensa. «Si mal no recuerdo, la última vez aún estaba la otra».

—Hola, Luca —lo saluda su exmujer al abrirle la puerta—. Sara aún no ha llegado, ven a esperarla a la sala.

A Luca el tono de la mujer le parece un poco menos frío de lo usual.

Desde un punto de vista técnico, Elisa Maran aún es su mujer. Si bien hace cinco años que se separaron, aún deberán pasar al menos dos antes de que puedan iniciar los trámites del divorcio.

—No quiero molestar... puedo esperar abajo.

—Vamos, no digas tonterías, hace un frío del demonio. Siéntate. ¿Te apetece un café?

Elisa tiene cuarenta años y es muy atractiva. Rubia, un metro y setenta, ojos claros. Luca recuerda cuando la vio por primera vez, hace veinte años, en casa de unos amigos. Se enamoró de ella al instante.

Los años que compartieron pasan por delante de sus ojos. El deseo de una familia feliz, las primeras desilusiones, la conciencia creciente de que su entrega y su pasión jamás iban a ser correspondidas. Jamás. Y el golpe de gracia: la relación que Elisa entabló con Marco, su mejor amigo, pocos meses antes de que acabara en la cárcel acusado de tráfico de droga.

Su matrimonio duró diez años más. Diez años de sufrimiento hechos de rencores

y de incomprensiones.

—Gracias, Elisa. Me tomo con mucho gusto un café.

La sala de su casa, de la casa de ellos, ha cambiado. De ella ha desaparecido el acuario de doscientos litros que Sara quiso cuando era niña y del que Luca se ocupaba siempre con pasión, sustituyendo la esponja del filtro y cambiando el agua cada dos semanas. Elisa nunca lo soportó.

Del estéreo, el bueno, el que no quiso llevarse, no hay ni rastro. Su lugar lo ocupan ahora varios libros y objetos de decoración. «Una casa sin música... sin la posibilidad de escuchar música, es una casa triste», piensa Luca. Por lo demás, a Elisa nunca le ha gustado la tecnología.

Su colección de libros «los clásicos del siglo xx» sigue ahí, en la estantería que hizo a medida un carpintero deshonesto. Son más de cien volúmenes con las cubiertas en tonos pastel, de varios colores. Luca renunció a llevárselos con el resto de sus libros, porque no quiso privar a Sara de los colores que formaban ya parte de la decoración. Además, su hija es una apasionada de la lectura. El hecho de que pueda sentir las mismas emociones que experimentó él al descubrir esas novelas lo hace sentirse más unido a ella.

—He oído lo del atraco con todos esos muertos —dice Elisa dejando la bandeja con el café sobre la mesita de cristal que hay al lado del sofá—, lo siento.

Luca comprende que lo ha hecho con una de esas maquinitas con cápsulas. Otro cambio, cuando él vivía en la casa usaban la cafetera.

—¿Crees que los cogeréis?

—No lo sé... pero sí, creo que sí. Mis mejores colegas se están ocupando de ello.

La locuacidad de su exmujer le parece extraña. Por lo general, en las contadas veces en que se han quedado a solas en el último año casi no se han dicho una palabra. Él se limitaba a esperar a Sara de pie en el recibidor, y Elisa fingía que tenía algo que hacer en la cocina o en cualquier otra habitación con tal de no estar con él.

Que sepa, Elisa no tiene una relación fija. Sara le cuenta a veces que su madre sale con sus amigas. Hace unos meses pasó fuera un fin de semana largo. En cualquier caso, a Luca le da igual. O, mejor dicho, hace todo lo posible para convencerse de que la cuestión no debe interesarle. Cuando tomó la decisión de romper el vínculo de infelicidad «institucionalizada» que lo unía a su mujer decidió que, a partir de ese momento, desecharía cualquier sentimiento referente a ella. El amor, los celos, incluso la atracción sexual que, pese a todo, seguía sintiendo por ella. Desde ese punto de vista su vida de pareja fue siempre un desastre. Relaciones frías, incompatibilidad, falta absoluta de sentimiento. Y cada rechazo, cada tormento por no haberla hecho gozar, fueron para Luca en esos años como unos fendientes constantes, asestados con impecable precisión, que lo debilitaron psicológicamente y lo empujaron a la inevitable separación.

—Quería hablarte de Sara —dice la mujer sentándose en el sofá a cierta distancia de él.

Luca no puede por menos que observarla y constatar una vez más lo guapa que es. Luce un vestido verde de lana, ceñido, que resalta su cuerpo esbelto, pero de formas generosas. Tiene el pelo liso, suelto sobre los hombros, y el maquillaje, ligerísimo, exalta la forma de sus ojos y el candor su cutis.

Luca se ve obligado a desviar la mirada para no desvelar la sensación que experimenta.

—No sé si lo sabes —prosigue Elisa—, pero desde hace cierto tiempo Sara sale con un chico.

—No, no sé nada. A veces le pregunto, pero siempre rehúye esos temas.

—Va a la Universidad de Milán, tiene cuatro años más que ella y es uno de esos tipos un poco... en fin, un progre. Ya sabes, tipo Movimiento 5 Stelle, animalistas, ese género.

—Sí, comprendo más o menos —responde Luca.

—Sea como sea, abreviando... estoy segura de que tienen relaciones sexuales.

—¿Qué? Pero ¿cómo...? Quiero decir, fue ella la que...

—No, no me ha dicho nada. Al contrario, lo ha negado y luego incluso discutimos, dice que, en caso de que las tuvieran, no es asunto mío. Pero una madre sabe ciertas cosas, las comprende. Y estoy preocupada.

—Oye, Elisa, ¿qué quieres que haga? ¿Piensas que debo hablar con ella? Si crees que puede ser una buena idea lo intentaré, pero si se niega a hablar de ello contigo, entiendo que es aún más improbable que quiera hacerlo conmigo...

—No, no es eso. Quería pedirte si puedes informarte en jefatura, si puedes enterarte de quién es ese chico, de qué familia procede, si es una persona como Dios manda. Puede que se drogue, a saber... Ese tipo de gente lo considera una cosa normal.

—No lo sé —dice Luca perplejo—. Ni siquiera sería legal. En todo caso, puedo preguntar por él, dime cómo se llama.

—Se llama Luciano Piretti, tengo también su dirección y el número de teléfono, te enviaré todo por SMS.

—¿Has hecho averiguaciones por tu cuenta? ¿Has mirado en el teléfono de Sara?

—Por supuesto que lo he hecho, siempre lo hago. ¡Una madre tiene derecho a vigilar a su hija si lo hace por su bien! Te ruego que no se lo digas, a menos que quieras que estalle una guerra.

—No, figúrate, no lo haré. Pero tiene diecisiete años, quizá sea justo que tenga su intimidad.

—¡Es menor de edad, y yo soy responsable de lo que le sucede!

—Yo también, a decir verdad. ¡Recuerda que tenemos la tutela compartida!

—¡Sí, es cierto, tú también, faltaría más! Justo por eso quiero involucrarte en el asunto. Debemos estar seguros de las personas que frecuenta, vivimos una época peligrosa. —Con gran naturalidad, Elisa apoya la mano en la de Luca y lo mira a los ojos. El gesto causa una especie de vorágine en el policía, que, de repente, se siente

aspirado por un remolino de sensaciones, recuerdos, miedos, que lo agreden a traición.

El timbre de la puerta le produce el efecto de un despertador, arrancándolo de los breves segundos de extravío.

—Es ella —dice Elisa apartando la mano y poniéndose de pie—. Siempre olvida las llaves...

Luca no puede por menos que seguirla con la mirada mientras cruza la sala para ir a abrir la puerta a su hija.

Veintidós

—Te digo que aquí nunca viene nadie... fíate.

Sandro Nobili, diecisiete años, de Albairate, a veinticinco kilómetros de Milán, trata de romper el eslabón de una robusta cadena metálica haciendo palanca con el grueso alicate que ha sustraído en la oficina de su padre.

—No lo sé, Sandro... supón que hay una alarma o uno de esos equipos de cámaras de vigilancia. ¡No me fío!

Gianni Lanci, su compañero de colegio y amigo de toda la vida, mira alrededor inquieto. Tiene las manos hundidas en la cazadora de piel, y por la boca le salen unas nubecitas de vapor. Dentro de un bolsillo aprieta el sobrecito de marihuana que su amigo y él piensan fumarse en el interior de la cabaña de caza.

—¿Cámaras? Pero ¿eres idiota? ¿Has visto dónde estamos? En medio de la nada, entre árboles y ciénagas... ¿Quién coño quieres que se gaste dinero poniendo alarmas en una chabola así? Esta mañana fue la primera vez en años que vi a alguien merodeando por aquí.

—¿Años, dices? En ese caso, ¿me explicas por qué la puerta está cerrada con una cadena nueva y un candado de cincuenta euros?

—Y yo qué sé... Será uno de esos puestos de avistamiento del WWF. Ésos siempre están dando el coñazo por cuatro pajaritos que mueren tiroteados.

—Está bien, pero aún debes explicarme qué necesidad había de venir hasta aquí para liarse un canuto. ¿No podíamos ir al paso elevado como siempre? De milagro la moto no nos ha dejado tirados... ¡Tú y tus ideas de mierda!

—¡Basta, Gianni! Ya te he dicho que la especie de gigante que vimos salir de aquí esta mañana me dio mala espina. Quizá haya escondido dentro droga o dinero. Ya verás como esta vez damos un buen golpe.

—Sí, claro. Y quizá ese tipo vuelva a recuperar sus cosas, nos encuentre con el porro en la mano y nos mate a los dos. ¿No viste lo grande que era? Aunque también es posible que sólo fuera uno del WWF, como dices tú. Así nos denunciará y acabaremos en el trullo. ¡Esta vez mi padre me romperá las piernas! Y el tuyo, como mínimo, te obligará a salir del colegio y te pondrá a desmontar silenciadores el resto de tu vida.

—¡Vamos, calla ya y échame una mano! Si lo intentamos entre los dos quizá lo consigamos.

Al cabo de varios intentos los dos amigos logran romper la cadena y sacarla de los anillos metálicos que están fijados a la puerta de madera.

—¡Coño, Sandro! ¡Esto es violación de domicilio!

—¿El domicilio de quién? ¿Te parece que alguien vive en este retrete? Además, si nos pillan siempre podemos decir que lo encontramos abierto.

—Por supuesto. Y que llevábamos las tenazas para cortarnos las uñas.

Abren la puerta de madera, pero la tenue luz del atardecer invernal no basta para iluminar el interior de la cabaña, un edificio de madera y bloques de toba.

—No se ve un pijo... Coge el encendedor.

—¡Me cago en la puta, Sandro! ¿No podíamos haber venido mañana por la mañana?

—Sí, claro... tengo ya el máximo de ausencias, si me fumo otra clase repito el año seguro. Ven.

Los dos se mueven a tientas en la oscuridad. Gianni precede a su amigo, que trata de orientarse en la habitación, que es grande. De repente resbala al pisar un charco de un líquido aceitoso, y el encendedor se le cae al suelo y se apaga.

—¡Hostia, lo sabía!

—¿Qué coño haces? —le responde Sandro riéndose—. Mira que eres torpe.

—¡Que te den por culo, idiota! En cualquier caso, se ha apagado, no te preocupes, la cabaña no se incendiará. —El joven se agacha y empieza a palpar el suelo en la oscuridad, que ahora es casi total—. Pero ¿qué es esto? —exclama—. ¡Un folio de plástico!

—Sí, está tirado en el suelo —responde Gianni masajeándose el tobillo—, y aquí hay una mancha de... puede que sea aceite para máquinas. Apesta también a carne quemada, creo que vienen aquí a hacer barbacoas. ¡De WWF nada!

—¡Lo he encontrado! —exclama Sandro blandiendo el encendedor Bic de su amigo a la vez que intenta encenderlo.

Entretanto, Gianni intenta levantarse limpiándose en la ropa las manos manchadas del líquido sobre el que ha resbalado. Mientras está de rodillas su cara golpea algo frío. Algo que parece estar colgado del techo.

—Pero ¿qué coño...?

Mientras tanto, Sandro consigue accionar el encendedor y lo acerca a su amigo para iluminarlo. Lo hace en el preciso instante en que Gianni, con las manos y la cazadora manchadas de sangre medio coagulada, comprueba que ha chocado, ni más ni menos, con un cadáver ensangrentado y desfigurado por las quemaduras. Los dos jóvenes se quedan petrificados por un par de segundos. Luego, gritando como endemoniados, se levantan a la vez y con un salto digno de dos velocistas olímpicos,

salen por la puerta y escapan como alma que lleva el diablo, atravesando uno de los principales «parques agrícolas-venatorios» de la provincia de Milán.

Veintitrés

Laura Damiani ni siquiera recuerda ya cuántas veces ha experimentado esa sensación. La escena del crimen, de noche, iluminada por los faros halógenos de la policía científica, el vaivén de sus compañeros uniformados, de los fotógrafos, de los técnicos vestidos con batas blancas. Cada uno con una tarea bien precisa, destinado a recitar con desapego una parte del consabido guion de autor desconocido, escrito no se sabe cuándo. Como si cada uno de sus compañeros, ella incluida, formase parte de un ejército silencioso que se mueve en masa, a oleadas sucesivas, cada vez que una víctima emerge del mar de dolor que rodea toda la humanidad. Le viene espontánea la analogía con los microorganismos, los parásitos, los gusanos que se nutren de los cadáveres asaltándolos después de la muerte. Luego, sin embargo, se convence de que la indiferencia, la frialdad, la repetición cíclica de gestos y procedimientos estandarizados alrededor de la víctima, son los pasos indispensables que hay que dar con la esperanza de poder poner a los culpables en manos de la justicia.

Es la vida que ha elegido, o la que el destino le ha reservado. Para Laura no cambia mucho. Lo único que sabe la policía es que debe seguir adelante por su camino y procurar, una vez más, restablecer una especie de orden ilusorio en el universo turbado. Esta vez la turbación la ha causado la mano del que ha torturado y asesinado un hombre llamado Mirko Daneri.

El inspector Gino Carraro se acerca a Laura arrancándola de sus pensamientos.

—Comisaria, el fiscal nos ha autorizado a mover el cuerpo, acabo de hablar con él por teléfono.

—Bien —exclama Laura dirigiéndose a los dos paramédicos que esperan al lado de una ambulancia—, pueden proceder. Bajen a ese pobre desgraciado.

Cristina Fogli se acerca desde el otro lado.

—Los dos chicos, los que encontraron el cuerpo, están aquí. Si quiere interrogarlos...

—¿No quedamos en tutearnos? —pregunta Laura a la inspectora—. Hagamos una cosa, interrógalos tú, luego me cuentas lo que han dicho. Así aprovecharé para hablar

con los colegas de la policía científica antes de que se marchen.

—Ah... —contesta Cristina Fogli un tanto perpleja—, de acuerdo, como prefiera... como prefieras.

—Tú ven conmigo, Carraro.

Mientras entran en la cabaña Carraro se vuelve a mirar a Fogli para asegurarse de que está lejos y no puede oírlos.

—He comprendido sus intenciones, comisaria —dice a Laura—. La está poniendo a prueba. Le ordena que interrogue a los dos testigos y luego los interrogará de nuevo usted para asegurarse de que ella no le ha ocultado nada.

—Casi has dado en el clavo —responde Laura—. En realidad serás tú el que los interrogue por segunda vez, yo volveré a Milán con Cristina para no levantar sospechas. Luego tú y yo hablaremos, deja el móvil encendido.

—Dijo que me tendría al margen de todo.

—Y, de hecho, es lo que pienso hacer. Es una cuestión oficiosa, entre tú y yo. Si descubrimos algo me moveré de forma autónoma, sin involucrarte. Creo que a ti también te interesa saber si puedes fiarte o no de la persona con la que estás trabajando, ¿me equivoco?

Gino Carraro asiente con la cabeza.

—Ok. En cuanto se marchen hablaré con los jóvenes que encontraron el cadáver. Después esperaré a que me llame.

—Me parece evidente que la misma persona que pidió a Daneri que le entregase la llave luego lo borró del mapa para evitar que se fuera de la lengua —explica Laura—. Quizá la causa desencadenante fue el arresto de Landini, el vigilante jurado de Falco Security. Los atracadores debieron de sentir que la tierra cedía bajo sus pies.

—Ya —contesta Cristina Fogli mientras conduce el Fiat Bravo oficial en dirección a Milán—, yo también pensaba lo mismo.

Laura nota que su compañera está turbada, que algo le preocupa, si bien intenta ocultarlo por todos los medios.

—Comisaria... quiero decir... Laura, siento el malentendido de esta mañana, cuando volví de Solaro. A veces el cansancio me juega malas pasadas y...

—Olvídalo, todos estamos bajo presión. Cuando muere un compañero es así. Más bien, ¿has hablado con los dos chicos? Supongo que no habrán añadido nada a las primeras declaraciones.

—Bueno, según parece esta mañana estaban en la zona con unos amigos, debían hacer un trabajo de Ciencias Naturales en el parque fáunico. Vieron movimiento, una persona que se alejaba. Pero estaban muy lejos y el tipo en cuestión les daba la espalda. Dicen que no podrían identificarlo ni ayudarnos a hacer un retrato robot.

—Mmm... Caramba. Qué lástima. La muerte se produjo más o menos esta mañana, de forma que el tipo que vieron era, con toda probabilidad, el asesino.

Debemos analizar a fondo el interior de la cabaña, pese a que el tipo llevaba guantes, quizá se le escapara algo. Una huella, algún rastro... Mañana habla de nuevo con los chicos, quizá esta noche les venga a la mente algún detalle. Si pudiéramos hacer un retrato robot aproximado podríamos compararlo con el del amigo de Daneri, el hombretón que fue a recogerlo esta mañana a su casa.

—Ok, yo me ocuparé, no te preocupes. Haré todo lo posible para que recuerden algo que nos pueda servir.

Al cabo de unas dos horas, Cristina Fogli sale de jefatura y se dirige hacia su coche, un Polo negro que está aparcado a varias decenas de metros de la entrada de la calle Fatebenefratelli. El aire es gélido, desde que dejó de neviscar la temperatura ha bajado a dos grados bajo cero. La policía mira alrededor y saca el móvil del bolsillo de su cazadora sin subir al coche. Llama a un número memorizado y espera temblando de forma espasmódica.

—¿Dígame?

—Matteo... soy yo. ¿Qué habéis hecho? ¿Qué coño hemos hecho? Lo torturaron... ¡lo colgaron del techo como si fuera un cuarto de buey! Nos estamos convirtiendo en unos asesinos, peor que esos que...

—¡Calla! —grita Matteo Serra—. ¡Calla! No digas nada más. Estás desquiciada, hablas sin ton ni son. Dime desde dónde estás llamando.

—Acabo de salir de jefatura. Estuve en la cabaña, lo vi con mis propios ojos... Era... lo torturaron, era...

—¡Ya basta! —ruge Serra—. Sube al coche y ve a casa. Iré a verte y hablaremos.

—No, yo... no, ya no me fío. No quiero hacerlo más, ¡no soy una asesina! Quiero salir de ésta... No diré nada, no hablaré, pero no quiero seguir... Mañana pediré el traslado.

—¿Con quién estás? ¿Quién está escuchando esta conversación? Intentas tirarme de la lengua, ¿verdad? ¿Piensas enredarme con esas estratagemas?

—¡No! —grita Cristina Fogli—. ¡Estoy sola, en medio de la calle, con el teléfono cifrado, el que tú me diste! ¡No diré una palabra, no te traicionaré, pero debes dejar que me vaya! ¡No quiero tener nada más que ver con esta mierda!

—No sé de qué estás hablando. Sólo eres una drogadicta, he intentado ayudarte, pero creo que eres irrecuperable. No puedo hacer nada más por ti.

—Escúchame, Matteo, te juro que no diré nada, no hablaré, pero ya no quiero ser cómplice de... ¿Dígame? ¿Matteo, dígame?

Serra ha colgado.

—¿Y bien? —pregunta Laura por teléfono.

—Fueron allí para fumarse un canuto —responde el inspector Carraro—. Habían pasado ya por allí esta mañana con sus compañeros de colegio, para hacer una

especie de trabajo. Vieron a un tipo alejándose de la cabaña. Estaba de espaldas, no le vieron la cara y estaba bastante lejos, dicen que no podrían reconocerlo.

—Mmm... ¿Eso es todo?

—Sí. Uno de los dos, el tal Sandro, dice que notó que el hombre era una especie de bestia de dos metros. Y que estaba calvo.

«No logro razonar», piensa Cristina Fogli restregándose las manos con nerviosismo. «Es el mono. Además de todo lo que ha sucedido en las últimas horas... como si mi mundo se hubiera acelerado de repente, pero en la dirección equivocada. Debo mantener la calma, ¡calma! Apenas he conseguido conducir desde la jefatura a casa, no he chocado dos veces de casualidad. Y cómo he aparcado... En zona prohibida y con una rueda subida a la acera. Si pasa la policía se lo llevarán de allí y me dejarán a pie.

»Tengo miedo. Y ese pobre desgraciado colgado del techo... murió de esa forma espantosa por mi culpa. ¡Me he equivocado en todo! He tirado por la borda tres años de mi vida. Por culpa de esa droga de mierda. Me he jodido el cerebro, soy una drogadicta... Quizá empecé a colocarme para poder aceptar la mierda de persona en que me estaba convirtiendo y ahora ya es demasiado tarde para volver atrás, no puedo. No puedo enfrentarme a Matteo. Lo único que puedo hacer es escapar. Pedir un traslado, eso es, tratar de vivir de nuevo y trabajar en otra ciudad, en otro puesto, lejos de toda esta porquería. Ese tipo, Mirko Daneri... me parece tenerlo siempre delante de los ojos... torturado hasta que le estalló el corazón. Con los ojos aún abiertos y esa expresión de terror. ¿Y si me encontrase yo también en esa situación? Colgada del techo por los brazos, a merced de un torturador que... Un momento... Alceo. Debe de haber sido él. Lo torturó para que le revelase los nombres de los cómplices y ahora, quizá, me esté buscando también a mí, para eliminarme de la misma forma...».

Cristina Fogli saca la Beretta calibre 9 de la funda que lleva enganchada a la cintura. Desorientada, vacila unos segundos, sin saber si abrir o no la puerta de casa. La coca está a pocos metros de distancia, en la crujía de la pared del cuarto de baño.

«La necesito al menos por última vez. Y también necesito darme una ducha, comer algo, descansar. No, no puedo correr ese riesgo... tengo que huir, marcharme, alejarme lo más posible de la rutina de siempre, de mis costumbres».

Cristina apunta hacia la puerta blindada con la pistola y da unos pasos hacia detrás. Luego se vuelve de golpe y echa a correr enfilando la escalera, en dirección a la salida del edificio.

Al cabo de una hora Alceo Di Sante teclea un número que tiene memorizado en el móvil.

—¿Y bien? —pregunta una voz al otro lado de la línea.

—Nada. Hace una hora oí ruido en el rellano, me pareció que iba a entrar, pero fue una falsa alarma. ¿Qué hago?

—Vete, vuelve aquí, pero antes coge la cocaína del escondite del cuarto de baño. Ella volverá con nosotros, no te preocupes. A estas alturas ya no puede privarse de ella. Y cuando lo haga pensaremos cómo resolver el asunto. De una vez por todas.

Veinticuatro

Sergio Galbani es el conductor del grupo que atracó el Flasher Bank de la calle Broletto, en Milán. Sale del bar central de Solaro mirando alrededor con aire sombrío.

La hora de los desayunos y de los cafés apresurados ha pasado ya hace rato y, quizá también a causa del frío glacial, la plaza dedicada a monseñor Paolo Cattorini está casi desierta. El hombre hunde las manos en los bolsillos de su anorak negro y mete el cuello entre los hombros a la vez que camina por los larguísimos pórticos con un diario bajo el brazo. Bordea el enorme complejo de casas populares de dos pisos que, desde la plaza, continúa por la calle Mazzini. Se trata de un inmueble que fue proyectado en los años setenta con la intención de integrarlo en el centro habitado del pueblo, emulando la filosofía urbanística de los barrios centrales de las ciudades de Emilia Romagna. Pero los pórticos dominados por las modestas viviendas de color amarillo desentonan con los edificios más viejos (que conservan su decoro, si no histórico, al menos estilístico) y con los privados, más modernos y mejor acabados. Con sus paredes de ladrillos, las bóvedas de arco y las columnas circulares, los edificios circunstantes parecen mofarse de las anónimas casas populares amarillas y de sus habitantes. Al menos, eso es lo que piensa Sergio, que nació y creció en ellas y que sigue viviendo allí con su mujer Erika, con su hijo de doce años, Andrea, y con su madre anciana.

El hombre recorre la calle hasta llegar al cruce con la calle Pellizzoni donde lo espera un Fiat Punto negro con las ventanillas oscuras y el motor encendido, aparcado delante de la sucursal de la Banca Popolare de Milán.

Sergio abre la puerta del copiloto y entra. El coche sale marcha atrás para luego volver a enfilear la calle Mazzini que, casi enseguida, pasa a llamarse del Primo Maggio y después, a la vez que se aleja del centro, se convierte en la calle Limbiate. El conductor frena y dobla a la izquierda en un callejón sin asfaltar que conduce a un caserío protegido de la vista por una espesa cortina de árboles.

Sergio Galbani y Mauro Pavan, el culturista calvo, otro miembro del grupo de atracadores del Flasher Bank, no han dicho una palabra durante el trayecto, que ha durado pocos minutos.

Se apean del coche mirando alrededor y a continuación entran en el caserío por una puerta de madera desquiciada.

Gianni Baroni, el jefe, y Lucio Fontana, el cuarto miembro del grupo, los esperan sentados en unas sillas de plástico, alrededor de una mesa de roble. A su lado, de pie, hay un tercer hombre de unos cincuenta años, bajo, de pelo cano y con las manos hundidas en un abrigo bien cortado.

—Por fin habéis llegado. Sentaos... —dice Baroni a modo de saludo al mismo tiempo que les señala las sillas vacías que hay alrededor de la mesa.

—¿Qué hace ése aquí? —pregunta Sergio Galbani alzando la barbilla en dirección al hombre que está de pie—. ¡Nunca hemos hablado de involucrarlo!

—Sergio, siéntate —responde con nerviosismo Baroni—, no me cabrees nada más empezar. El abogado Guerra está aquí porque lo he decidido yo.

—¿Sentarme? ¿Por qué? ¿Quieres jugar a la brisca? O, mejor aún, a los tres sietes, dado que yo estoy casi muerto.

—Nadie morirá si haces lo que te digamos que hagas.

—¡No, esta vez no haré de tonto del pueblo! —replica Galbani golpeando la mesa con el diario—. ¡Todo está escrito aquí, en la crónica negra! Landini está en manos de la policía y Mirko Daneri ha aparecido muerto dentro de una cabaña de caza... ¿sabes qué significa? Pues que, con toda probabilidad, la pasma sabe todo, ¡además del que torturó a Daneri! Y sólo pueden haber sido los calabreses, los que debíamos eliminar del mercado de la cocaína. ¿Me equivoco? ¡Dime que tengo razón!

Gianni Baroni saca del bolsillo de su anorak una semiautomática Beretta calibre 7,65 y la deja sobre la mesa.

—Sergio... No lo repetiré más. Siéntate y escúchame.

El hombre observa el arma y palidece. Sabe que Baroni no sólo la ha sacado para intimidarlo. Es capaz de usarla allí mismo, delante de los demás. Por si fuera poco, su muerte ahorraría a todos un sinfín de problemas.

Coge una silla y se sienta al lado de Mauro Pavan, que ya está sentado.

—Para empezar —dice Baroni acodándose en la mesa—, debemos mantener la calma. Mirko Daneri sólo te conocía a ti, fuiste el único de nosotros que tuvo contacto con él. El acuerdo era que no debía decir una palabra Landini, pero no podemos estar seguros de que lo hiciera. Es posible que tuviera que dar tu nombre para lograr la maldita llave. Así pues, en el peor de los casos, también la policía puede saber que estás involucrado. Yo, sin embargo, creo que podemos excluir esta hipótesis, porque si supieran algo de ti te habrían arrestado ya.

—¿Y si me estuvieran siguiendo? ¿Y si me estuvieran vigilando para descubrir quiénes son mis cómplices?

—Eso es imposible. Mauro y Lucio no se han separado de ti en las últimas veinticuatro horas, si hubiera habido policías en los alrededores se habrían dado cuenta. No, créeme, la policía no sabe nada y no le dio tiempo a llegar a Daneri. Los calabreses se adelantaron.

—Ya, los calabreses. ¿Qué se supone que hacemos con ellos?

—Desaparecerás —exclama el hombre que está de pie. A continuación saca una de las manos del bolsillo del abrigo y deja un fajo de billetes de quinientos euros sobre la mesa—. Son cincuenta mil. Hoy mismo coges a tu mujer y a tu hijo y te marchas. Antes del golpe todos pedisteis los pasaportes electrónicos, ¿verdad? Si no me equivoco, el acuerdo era ése, para estar preparados en caso de emergencia.

Baroni asiente con la cabeza y los otros lo imitan.

—Bien —prosigue el hombre de pelo gris—. Ahora vuelves a casa, reservas un bonito vuelo para Brasil y te marchas cuanto antes. Mejor mañana mismo. Te quedas allí, en un gran hotel de una playa, disfrutando de unas vacaciones pagadas con tu familia hasta que la situación se normalice.

—¿Qué? Pero... Gianni, ¿qué coño dice éste? No puedo... No es posible abandonar todo de buenas a primera y...

—¡Cállate! —exclama Baroni alzando una mano—. Cállate y deja que termine de hablar.

—Cuando se te acabe el dinero te enviaremos más. Tenemos bastantes amigos en Sudamérica, te encontraremos una bonita casa... Hasta que puedas volver.

—¿Y cuándo será eso, si se puede saber? ¡Dado que habéis pensado en todo responded a esto!

—Un año. Puede que dos. Cuando hayamos ultimado el plan y enviado a casa a los calabreses ya no tendrán ningún motivo para ir contra ti. Estarán ocupados con otras cosas. Quizá el tráfico de cocaína en Roma o algún depósito de residuos tóxicos en el sur del país.

—Gianni, por favor... ¿seguro que no hay otra manera? Yo no...

—Hay otra manera —lo interrumpe Baroni acariciando con una mano la Beretta que está encima de la mesa—, pero estoy seguro de que no te gustará, así que ni siquiera la tomaré en consideración. ¿Me has entendido, Sergio? Tengo que asegurarme de que has comprendido todo y de que estás de acuerdo con nosotros.

Sergio Galbani mira alrededor buscando una mirada de solidaridad en los otros dos miembros del grupo, pero Lucio Fontana y Mauro Pavan permanecen impassibles mientras lo escrutan con los brazos cruzados.

—Está bien —responde resignado—, lo he entendido. Pero... ¿y mi madre? ¿Cómo le explico que...?

—Eso es asunto tuyo —lo interrumpe Gianni Baroni—. Decide si prefieres llevártela o dejarla aquí. Yo en tu lugar me lo pensaría dos veces antes de arrastrar un peso muerto en una fuga a la otra punta del mundo.

Media hora más tarde Sergio Galbani recorre la calle Mazzini en sentido contrario, en dirección a su casa. Mauro Pavan lo ha dejado en el mismo punto en que se encontraron esa mañana. En su cabeza bullen pensamientos confusos y opuestos,

que le impiden razonar con lucidez. «¿Cómo se lo voy a explicar a Erika? Marcharnos así, dejar el trabajo, los parientes... todo». Por un instante sopesa la posibilidad de escapar solo, de liberarse de un solo golpe de una mujer a la que ya no podía soportar al cabo de unos meses de casarse con ella, y de un hijo obeso y demasiado diferente de él. Por no hablar de su madre, una mujer acre y adusta, que no deja de reprocharle que vivan en su casa, que no sea capaz de satisfacer las necesidades de la familia con su trabajo de cartero.

El único, débil consuelo que le queda es apretar el fajo de billetes que tiene en la mano derecha, dentro del bolsillo profundo de su anorak. Es todo su futuro. No puede esperar nada más.

Abre la puerta del edificio C, que es de aluminio anodizado y de cristal armado, unos materiales que ya no se usan ni en las perreras, y sube ensimismado los dos pisos por la escalera, saludando apenas a un vecino plasta, que cuando se cruza con él en el rellano del primer piso, le dice algo que no acaba de entender.

—¡Erika! —grita al entrar en el apartamento—. Tenemos que hablar, enseguida...

Sergio deja la frase a medias al darse cuenta de que algo va mal. Un olor desconocido, objetos fuera de su sitio. Antes de que pueda reaccionar al terror que se ha apoderado de él de repente, Sergio Galbani siente el cañón de una pistola en la nuca y una voz con un marcado acento meridional le susurra algo al oído.

—Si respiras eres hombre muerto.

En ese momento el hombre comprende el sentido de la frase que, hace unos segundos, le dijo el vecino al cruzarse con él en la escalera.

—Señor Galbani, unos parientes lo están esperando arriba.

Veinticinco

Sergio Galbani está inmovilizado en la vieja mecedora de su madre. Las piernas y los brazos inmovilizados por varias vueltas de cinta adhesiva de embalar, la misma que usaron para amordazarlo después de haberle metido un pañuelo en la boca. Su madre, una mujer de casi ochenta años, está sentada a su lado en una silla de la cocina, con los brazos atados a la espalda. Su mujer Erika está tumbada bocabajo en la cama matrimonial. Está desnuda, con las piernas y los brazos abiertos y atados con unas cuerdas de nailon a las cuatro patas del mueble. Los tres hombres la han sodomizado a turnos, agarrándole el pelo y obligándola a mirar a la cara a su marido mientras era víctima de su violencia y sus frases obscenas.

Galbani intentó cerrar los ojos, pero cada vez que lo hacía lo abofeteaban con violencia, de forma que ahora tiene la cara llena de hematomas y heridas.

La madre parece que vaya a ahogarse debido al llanto convulso, los lamentos estrangulados y el temblor ininterrumpido que sacude su cuerpo, como si la estuvieran torturando con descargas eléctricas.

—Esta puta nos ha aburrido ya —exclama uno de los hombres levantándose de la cama y abrochándose los pantalones del traje de chaqueta de color gris antracita y rayas diplomáticas. Unos cuarenta años, tez oscura, cuerpo robusto y pelo rizado, corto y negro. Los otros dos son más jóvenes, apenas treinta años. Van vestidos de forma más deportiva, con vaqueros y suéter, y obedecen sus órdenes sin rechistar.

—¿Sabes qué haremos ahora, Sergio? Nos tiraremos a la vieja. Sólo que con ella no se empina tan fácilmente... Así que usaremos éstas —dice el hombre con el traje de rayas diplomáticas mostrando una pistola semiautomática con un largo silenciador tubular en la punta del cañón.

A la anciana aún le quedan fuerzas para emitir un enésimo lamento prolongado, que, sin embargo, queda ahogado por la televisión a todo volumen de la sala, donde en ese momento están emitiendo un programa de cocina.

—Es más, para rematarla como se debe podríamos hacer una cosa... Esperamos a que tu hijo salga del colegio y cuando llegue nos lo follamos también. ¿Qué dices, muchacho? —prosigue el hombre mirando el reloj—. Suele salir a la una y veinte, ¿verdad?

Sergio Galbani lo mira desesperado, las lágrimas surcan sus mejillas.

—O podemos hacerlo de otra forma. Te quitamos la cinta adhesiva de la boca y nos dices quiénes son los otros tres que atracaron el Flasher Bank. Si intentas chillar, si te atreves a decir que no lo sabes, si imploras piedad... Bueno, para empezar saltaremos la tapa de los sesos a tu mujer. Luego le tocará a tu madre y, para acabar, le haremos a tu hijo lo que te he prometido. Después volveremos a preguntártelo... pero cada vez que nos contestes algo que no nos guste te cortaremos un dedo con las tijeras para trinchar pollos que hay en la cocina. Rocco es experto en ese tipo de cosas, ¿verdad, Rocchì?

El joven, con el pelo casi al cero, pendiente de diamante y ojos inexpresivos, asiente con la cabeza.

—Trabajó tres años en la carnicería de su padre, es hábil con los huesos y los cartílagos...

Sergio Galbani cierra los ojos con la ilusoria esperanza de que ese horror sea una pesadilla. Pero la esperanza dura justo el tiempo de un parpadeo.

—¿Entonces? ¿De acuerdo? Te portarás bien, ¿verdad, Sergio?

El hombre asiente con la cabeza, pero antes de que uno de sus torturadores pueda quitarle la cinta adhesiva que le rodea la boca alguien llama a la puerta.

El jefe del trío, el del traje de rayas diplomáticas, cambia enseguida de expresión y con un ademán ordena a sus compañeros que callen y no se muevan.

No puede ser el hijo de Sergio Galbani, es demasiado pronto. Su primera intención es guardar silencio de forma que, quienquiera que haya llamado, renuncie y se marche. Pero luego cae en la cuenta de que la televisión a todo volumen revela la presencia de alguien en el apartamento. Sin dejar de hacer gestos a sus compañeros para que no digan nada, se acerca a la puerta y echa un vistazo por la mirilla. Oscuridad. Apretando el mango de la pistola, gira poco a poco el picaporte para entreabrir la puerta y mirar fuera. La puerta se abre de golpe y el hombre cae al suelo. Mientras trata de levantarse, un disparo seco, atenuado por el silenciador, retumba en el pequeño recibidor. El proyectil de calibre 9 le entra en un ojo y sale por la nuca formando un agujero de, al menos, tres centímetros de diámetro, arrastrando buena parte de su cerebro, mezclado con fragmentos de huesos del cráneo, y haciéndole caer al suelo. Los otros dos asesinos se precipitan al recibidor sin comprender lo que está sucediendo. El fuego cruzado de las pistolas semiautomáticas de Gianni Baroni, Mauro Pavan y Lucio Fontana les da de lleno. Los tres entran a toda prisa cerrando a continuación la puerta. Baroni se aproxima a los dos hombres que yacen en el suelo y los remata con un disparo en la cabeza.

Luego, cubriéndose unos a otros, inspeccionan el resto del piso para asegurarse de que no los espera ninguna sorpresa más.

—Esperemos que nadie haya oído el follón —dice Baroni quitándose el pasamontañas.

—Sólo hay dos pisos por planta —responde Pavan descubriendo también su cara

—, además, el vecino de al lado vive solo. Salió a trabajar hace poco, es almacenero en el supermercado Esselunga de la calle Varese. En los demás pisos sólo viven jubilados medio alelados. Con el estruendo de la televisión nadie se habrá dado cuenta de nada.

—Bien —responde Baroni—, no obstante, ahora tenemos que arreglar esta carnicería imprevista. Lucio, consigue una decena de telas de plástico, como las que ponen en el suelo cuando se pintan los techos. Y también un par de sierras de arco de carpintero con alguna hoja de reserva. Mauro, tú, en cambio, ve al centro comercial de Paderno Dignano, así no llamarás la atención, y compra tres maletas baratas. Las más grandes que encuentres... ¿Entiendes lo que deben contener?

El hombre asiente.

—¿Y ellos? —pregunta Lucio Fontana señalando el dormitorio—. ¿Qué hacemos con ellos?

—Seguiremos el programa —responde Baroni.

Los tres entran en el dormitorio. Sergio Galbani abre los ojos, incrédulo. Le parece imposible que sus amigos hayan llegado a tiempo de salvarlo, casi teme que todo sea una ilusión. Poco importa lo que le han hecho a su mujer, poco importa lo que va a tener que inventarse para explicar todo a su madre. ¡Lo único que cuenta es que aún están vivos! La fuga a Brasil, que hasta hace unas horas le parecía una solución odiosa e inaceptable, es ahora el más dulce de los paraísos terrestres.

—Mira lo que han hecho esos tres bastardos a Erika... —dice Fontana señalando a la mujer desnuda y medio inconsciente que está en la cama—, qué pedazos de mierda.

Los tres hombres se detienen unos segundos, mirando a Sergio Galbani, a su anciana madre y a su esposa.

—Lo siento, Sergio —dice Baroni a la vez que acaricia la cabeza del hombre, que ahora lo mira confuso—. Es la solución más justa para todos. La votamos y la aprobamos por unanimidad. El encuentro de esta mañana era una especie de examen... y, por desgracia, no lo has aprobado.

Le apoya el cañón de la pistola en la sien y aprieta el gatillo. Una salpicadura de masa cerebral y sangre mancha la cara de la anciana madre de ochenta años, que se desmaya, inconsciente por el espanto. Baroni lanza la pistola a Lucio Fontana. El hombre la coge al vuelo, apunta y dispara a la mujer en el entrecejo. Erika, la mujer de Galbani, se abandona en la cama resignada y cierra los ojos en el preciso momento en que Mauro Pavan acerca a su nuca el cañón de la misma arma, que le ha pasado Fontana, y dispara.

—Bueno —dice Baroni a sus dos compañeros—, es hora de moverse.

—Una cosa más... —dice Pavan—. El niño. Regresará a casa a la una y media. No sé si me dará tiempo a volver antes del centro comercial.

—Yo me encargaré de él —responde el jefe del grupo—. No somos tan crueles como para pensar en separar a un niño de su familia... es mejor que sigan unidos

hasta el final.

Veintiséis

Luca Betti, Milán

En ciertas ocasiones, Milán parece una prisión. Camino desde hace horas como un idiota, sin rumbo fijo, buscando unas respuestas que las calles obstruidas por el tráfico no podrán darme ni siquiera dentro de mil años. Quizá si tuviera el mar ante los ojos, si pudiera vagar por un bosque secular, donde los infinitos sonidos de la naturaleza se convierten en silencio para el alma, lograría aclarar las ideas.

Pero no, ¿a quién pretendo engañar? Milán no tiene la culpa de que mi vida sea un caos y un horizonte distinto no cambiaría la realidad de las cosas. He llegado al punto en que no sé qué dirección tomar, a qué aferrarme. Sólo me queda la oprimente sensación de inutilidad, esta especie de espera de algo inevitable, inminente, que hace que todo resulte vano.

Marco tomó su decisión como si yo no existiera. Aceptó el absurdo plan del oportunista de Salvemini. Ése no tiene nada que perder: si logra atrapar a Serra bien, en caso contrario se habrá quitado de encima a Marco, que siempre le ha dado cien patadas en el estómago. Es muy probable que mi amigo muera en esa cárcel sin que no pueda hacer nada para salvarlo.

Pienso en Sara, que ya no es una niña, pese a que yo sigo torturándome, recordándola cuando tenía nueve años y me abrazaba de repente, sin motivo, y yo me agachaba para que me diese un beso en la mejilla. «Te quiero mucho, papi». Soy un patético sentimental de mierda, que se azota con los recuerdos. Ahora tiene su vida, como debe ser, tiene sus sueños y sus proyectos. Y también a ese chico... Del cual, por otra parte, no habría sabido nada si no me lo hubiera dicho su madre. Ésa es la realidad de las cosas, mi hija y yo estamos muy distanciados. Qué iluso pensar que tengo una relación privilegiada con ella. En este punto, lo único que puedo hacer es esperar que su novio, o como demonios se diga hoy, sea un buen chico. Porque yo sé cómo es la vida, sé que Sara sufrirá lo quiera o no, será humillada, odiará. Deberá engañar y ser engañada, caer y volver a levantarse. Una y mil veces, porque eso es lo que hacen los hombres y las mujeres, eso significa existir. De nada sirve que me iluda

pensando que podré defenderla. En este momento debería ser ella la que lo hiciera, porque tiene la fuerza que se requiere para enfrentarse a todo, para vivir su vida. Yo, en cambio, la he perdido.

Me ha bastado hablar con Elisa, mi exmujer, me ha bastado oír su tono de voz, inusualmente dulce, el contacto con su mano, para poner en tela de juicio el mundo entero.

Marco dice que la atracción que siento por ella, esta locura que ha condicionado mi vida, no tiene sentido. Pero quizá sea eso el amor verdadero. El amor puro. No es deseo sexual, conveniencia, voluntad de poseer física o psicológicamente a otra persona. Sólo es un sentimiento sin sentido y que, por ello, no teme las confrontaciones ni los hundimientos. Los que creen en Dios dicen que la fe es algo parecido, ¿no? Como ese tipo de la Biblia, Abraham, que habría sido capaz de matar a su hijo primogénito movido por la fe. Nunca me ha gustado ese cuentecito, jamás lo he entendido, por mucho que en el colegio y en la parroquia se esforzaron para que lo digiriera. Quizá el verdadero amor sea algo similar, la fe. Yo aún estoy enamorado de Elisa, pese a que la detesto y estoy convencido de que ha destrozado mi vida. Pese a que hago todo lo posible para convencerme de que no siento nada por ella.

Luego está Laura. Laura y su vida caótica, su determinación, su manera de hacer el amor. Yo fui el que la buscó, y ella me aceptó, a pesar de que soy el hombre más complicado del mundo. ¿Y ahora? ¿Qué hago ahora con ella? ¿Le doy el pasaporte, adiós y gracias? ¿La apuñalo en el corazón para después arrepentirme, con toda probabilidad, al cabo de unos días? Los sentimientos que experimento no tienen sentido, en este momento de mi vida pienso que ya nada tiene sentido.

Apoyo la espalda en una pared, apenas un instante, estoy mareado, todo me da vueltas. Puede que no haya digerido la hamburguesa de mierda que comí hace tres horas, o quizá sea la conciencia de que soy un fracasado patético de cuarenta y siete años. ¿Qué hora es? Casi medianoche... Cristo, ni siquiera sé dónde estoy. Entre la avenida Buenos Aires y la calle *dei Mille*... salí con la idea de volver a casa de Salvemini para cantarle las cuarenta, pero luego cambié de opinión y he deambulado por los alrededores absorto en mis pensamientos. Alzo la cabeza buscando un punto de referencia, pero no encuentro nada. Cerca hay un pequeño parque. Oigo bullicio, veo a una joven china caminando a toda prisa. Se vuelve y dice algo a tres tipos que la siguen y le gritan algo a la vez que se ríen.

Reajusto de inmediato mis pensamientos y me muevo.

Me cruzo con la joven, que ha acelerado el paso. Es minúscula, con un pecho abundante que, a pesar de la rigidez del frío, muestra a través del generoso escote, que lleva bajo el anorak de plumas corto y desabrochado. A veces, cuando paso cerca de las tiendas de ropa chinas, me pregunto quién comprará esas cosas tan horribles. Esta chica, sin ir más lejos, recurre a sus compatriotas. Unos pantalones *fuseau* con un estampado espantoso, unos botines negros con tachuelas, un anorak de plumas de color fucsia y un top azul chillón.

—¿Te están molestando? —le pregunto plantándome delante de ella y haciéndole un ademán para que se pare. Alza la cabeza, asustada por mi repentina aparición, me esquivo y sigue por su camino sin decirme una palabra. Entretanto, los tres hombres se han aproximado. Dos son bastante jóvenes, el otro tendrá unos treinta años. Pelo rizado y engominado, bigote, agua de colonia a chorros. Los catalogo como albaneses o rumanos.

—¿Por qué la estáis siguiendo?

Me miran perplejos. No me he presentado como policía, y se sienten seguros.

—¿Qué coño quieres? ¡Métete en tus asuntos, capullo! —me dice el más viejo, que lleva una gorra de lana del Milán. Sorpresa, por el acento comprendo que es italiano. Sea como sea, el insulto es más que suficiente. Le doy de repente una patada en sus partes centrándola de lleno, porque tenía las piernas un poco abiertas. Pone los ojos en blanco y se inclina hacia delante, apoyando las manos en el bajo vientre. Los otros dos se abalanzan sobre mí en un abrir y cerrar de ojos. Me cogen los brazos, trato de desasirme aprovechando que soy más robusto, pero son un par de huesos duros. Gracias a la experiencia logro golpear con la cabeza a uno en el entrecejo, mientras el otro me agarra el cuello saltando literalmente sobre mí por la espalda. Entretanto, el milanista se ha levantado y empieza a darme puñetazos en el cuerpo. Debo sacar como sea la Beretta que llevo en el cinturón de los pantalones. Me doy la vuelta para protegerme de los golpes y para tirar contra la pared al tipo que está intentando estrangularme. En la maniobra tropiezo y los dos caemos al suelo. Pierdo la pistola, que rueda hasta quedar a un metro de distancia. Trato de cogerla extendiéndome, pero el muy bastardo me lo impide. Levanto un brazo y le asesto un fuerte codazo en la cara. Grita y, por fin, me suelta. Me pongo de pie y veo que el milanista me está apuntando con mi arma. Con ademán distraído me limpio la cazadora de piel y me vuelvo hacia los otros dos, que siguen en el suelo, protestando por la paliza. Miro fijamente a los ojos al milanista y empiezo a acercarme a él.

—¡Quieto, cabrón! —me grita—. ¡Quieto o te disparo!

Cojo el cañón de la pistola con una mano en el mismo instante en que él aprieta el gatillo. En vacío, porque no había ninguna bala dentro. Le aferro la mano y se la tuerzo como me enseñó Claudio, mi amigo, el instructor de defensa personal, obligándolo a arrodillarse gritando de dolor. Luego meto una bala en el cañón y apunto al entrecejo.

—De manera que querías pegarme un tiro, ¿eh, gilipollas? ¿Y si ahora te lo pegara yo? —Me mira abriendo desmesuradamente los ojos y sujetando la mano dolorida. Quizá le he roto algún hueso. Los otros dos siguen lloriqueando como niños, y yo, sin pensármelo dos veces, aprieto el gatillo.

Jamás me he sentido tan fuerte y desesperado.

Veintisiete

Luca Betti está sentado en el espacio abierto de la jefatura reservado a la brigada Criminal. Acodado en el escritorio, con la cabeza apoyada en las manos y los ojos cerrados. Está tan cansado que ni siquiera puede dormir.

A unos metros de distancia, un par de colegas del turno de noche pulsan perezosamente los teclados de sus ordenadores, en tanto que el resto de los puestos están vacíos.

El jefe de policía adjunto, Serafini, el dirigente responsable de la sección, entra en la oficina a las cinco y veintisiete en punto con aire de no estar entusiasmado por el madrugón extraordinario ni por la causa del mismo. Cincuenta y siete años, alto y corpulento, con la cara lisa y rolliza, gafas de estilo clásico y los cuatro pelos entrecanos peinados hacia detrás con esmero. Parece más un directivo bancario que un policía.

—Es la hora del café —dice a los dos policías del turno de noche—, hacedlo bien abundante.

Los dos hombres se levantan y salen de la oficina sin rechistar.

—Luca, quiero una explicación —dice Serafini sentándose delante de Betti a la vez que golpea el escritorio con una carpeta de color azul claro—, ¡y ya puede ser válida, por Dios!

Betti parece más resignado que preocupado. Tiene un aire circunspecto y parece atento a las palabras y a la actitud de su jefe, pero es como si, en realidad, el motivo de su inquietud fuera otro.

—Persegúan a una chica. Los paré para preguntarles la razón y llegamos a las manos.

—Llegamos a las manos... —repite Serafini abriendo la carpeta que contiene las declaraciones y los informes médicos—. Lo diré de memoria: una nariz rota, tres huesos de la mano fracturados, un trauma más bien grave en un testículo, un pómulo partido y cuatro puntos de sutura en la cara. Es la versión médica de tu «llegar a las manos». Por no hablar de la posible lesión en el tímpano del tipo al que disparaste a un centímetro de la oreja. Le disparaste, Luca... Cristo, ¿te das cuenta de lo que hiciste? ¡Si se hubiera movido de repente su cerebro estaría ahora esparcido por esa

acera y tú estarías esposado en una celda de seguridad esperando a que te interrogara el juez instructor!

—Fue una reacción instintiva. En cualquier caso, eran tres contra uno, supongo que eso contará algo.

—Pero ¿qué dices? ¿Te has vuelto loco? Esos tipos han declarado que los amenazaste enseguida con la pistola y que te valiste de tu autoridad para pegarles. Si, al menos, te hubieran dejado un ojo a la funerala... pero ¡hasta estás ileso!

—Si quiere hacerlo usted, adelante. En cualquier caso, las cosas no sucedieron así.

—¡No me lo repitas dos veces! ¡Sé que no fue así, pero me importa un carajo! Te equivocaste, hostia, ¿quién te has creído que eres? ¿Piensas comportarte como tu amigo, como Tanzi? ¿Es eso lo que pretendes hacer?

—No meta en esto a Marco. Tiene ya sus problemas y no tiene nada que ver con esta historia.

—Oye, Luca, quiero ser claro contigo... Para acallar este escándalo tendré que jugarme el comodín con varios peces gordos. Puede que éstos fueran tres imbéciles, pero tú hiciste una sarta de gilipollices. Nos aferraremos al hecho de que dos de ellos tienen antecedentes por tenencia de droga. Nos centraremos en que amenazaron a la joven, pese a que no hemos podido localizarla y sólo tenemos tu palabra contra la suya. Negociaremos con sus abogados... Pero si me vuelves a organizar otra gilipollez como ésta no volveré a protegerte. Ya tengo demasiados problemas y demasiado poco personal como para tener que preocuparme también por estas fantochadas. Por parte, además, del que era uno de mis mejores hombres.

Luca Betti inclina la cabeza. No sabe qué decir, no tiene argumentos válidos con los que replicar, sabe de sobra que ha cometido un error.

—Hace meses que estás distraído en el trabajo —prosigue Serafini bajando la voz—. Si tienes problemas personales y quieres hablarme de ellos aquí me tienes. Podemos pedir a alguien que te ayude... ya sabes que hay prevista asistencia psicológica para los policías. Pero si piensas echar todo a perder y arrastrar a un servidor en la caída, te equivocas de medio a medio.

—De acuerdo —responde Luca asintiendo con la cabeza—. Lo he entendido.

Serafini espera a que su hombre añada algo, en vano.

—Bien —concluye el jefe adjunto cerrando la carpeta y levantándose—. Pasarás dos semanas en casa, vacaciones forzadas. Considera un milagro que no te suspenda sin salario. Tu pistola está en la policía científica y se quedará allí hasta que vuelvas al servicio. Y eso sólo sucederá después de que hayamos hablado cara a cara, tú y yo. Te conviene aprovechar estos días para descansar y aclarar las ideas.

Cuando oye llamar a la puerta de su despacho Laura Damiani está hablando por teléfono con Riccardi, de la policía científica.

—¡Adelante! —exclama tapando el auricular con una mano. Luca asoma la cabeza y ella, sorprendida al verlo en jefatura a una hora tan inusual, lo invita a entrar y a tomar asiento—. De acuerdo, Riccardi —dice Laura al teléfono haciendo un ademán a Luca para que espere—. Mándame el análisis balístico lo antes posible, tengo que redactar el informe oficial, Boschi me está agobiando...

Tras acordar un par de cosas más con su compañero, Laura cuelga.

—¡Luca! ¿Qué haces ya en el despacho? Son las seis —dice la policía echando un rápido vistazo al reloj que hay colgado a la pared.

—Quería hablar un momento contigo —responde Betti—. Pero antes cuéntame cómo va tu investigación.

—Hay varias novedades, al punto que esta noche he vuelto a dormir en el sofá, porque está sucediendo de todo... ¿Te has enterado de la masacre de hace dos días en Solaro? ¿El cartero que mató a su familia y luego se suicidó?

—Sí, claro.

—Bueno, pues es muy posible que esté relacionada con el caso. Sergio Galbani era un militante de Patria Futura, el mismo círculo de Mirko Daneri, el hombre que encontramos colgado en la cabaña de caza. La policía científica ha encontrado varios elementos que no concuerdan en la escena del crimen. Por ejemplo, en el apartamento había huellas de sangre que no correspondían a las víctimas. Además, un vecino ha declarado que se cruzó por la escalera con tres hombres con acento meridional que se hicieron pasar por parientes de Galbani y le preguntaron en qué piso vivía. Lo hemos verificado y ninguno de sus parientes fue a visitarlo esa mañana. Será difícil reconstruir la dinámica real, por ahora sólo tenemos un montón de preguntas sin respuesta. A los asesinos, los de verdad, les costó lo suyo limpiar todo y mover los cuerpos. Es evidente que querían que creyéramos que se trataba de una tragedia familiar, pero no lo consiguieron. ¡Era una puesta en escena!

—¿Alguna hipótesis?

—Creo que ha estallado una guerra con todas las de la ley. Si bien aún no sé entre quiénes y por qué motivos. Mejor dicho... tengo una ligera idea, pero aún es pronto para hablar de ella.

—¿Estás pensando en Serra? Si él tiene algo que ver con todo esto es cosa también de la *'ndrangheta* y del mercado de la cocaína.

—Me lees el pensamiento... —dice Laura sonriendo con acritud.

—De manera que las de Salvemini no eran simples teorías. Serra está metido hasta las orejas. ¿Te puedo preguntar cómo has llegado a esa conclusión?

—Hasta ahora es una simple sensación... no obstante, ha sucedido algo más, una cosa bastante grave, que podría estar relacionada de una forma u otra con el caso. Según parece, Cristina Fogli ha desaparecido.

—¿En qué sentido «desaparecido»?

—En el sentido de que hace tres días que no viene a trabajar, tiene el móvil apagado, en su casa nadie sabe nada de ella. En ese sentido.

—Cristo...

—Pero tú aún no me has dicho qué haces aquí a las seis de la mañana.

—Me han suspendido.

—¿Qué? —exclama Laura incrédula.

—En realidad no estoy precisamente suspendido... Serafini me ha mandado de vacaciones. Anoche pegué a tres majaderos que seguían a una chica, se me fue un poco la mano.

—Pero, por Dios, qué...

—No, espera, nada de sermones, te lo ruego, mi jefe se ha encargado ya de eso.

—Luca, Cristo, pero ¿qué está sucediendo? Tengo la impresión de que todo se está precipitando. Oye, ahora tengo un montón de cosas que hacer, tengo que redactar un informe antes de ver al jefe, pero ven esta noche a mi casa. Necesito dormir en una cama de verdad, comer algo cocinado. Y nosotros dos debemos estar un poco juntos, hace mucho que...

—No, Laura, perdona, de eso precisamente quería hablarte, es algo que nos concierne a nosotros. Tenemos que dejarlo por cierto tiempo. En este momento tengo las ideas confusas, no sé qué me pasa.

Laura se levanta, rodea el escritorio y coge la cara de Luca entre sus manos. Él desvía la mirada, evita sus ojos.

—¿Me quieres decir qué pasa? En serio. Luca, no somos dos niños.

—Laura, es que ya no sé bien lo que siento. En los últimos tiempos pienso mucho en Elisa y... Bueno, lo último que quiero hacer es engañarte, que quede claro, por eso quizá me vendría bien un periodo de pausa. Puede que nos venga bien a los dos.

Laura da un paso hacia atrás y alza una mano como si pretendiera interrumpir la explicación.

—Está bien, no te preocupes, lo he entendido. En todo caso, la investigación me absorbe al cien por cien, puede que sea mejor así. Mejor no tener otras cosas por la cabeza.

—No te lo tomes así, Laura. Estoy pasando por un periodo difícil... La situación de Marco, los problemas en el trabajo. Además, mi hija apenas cuenta ya conmigo. De repente tengo la impresión de haber perdido la capacidad de proyectar, de vivir con un objetivo. Es como si el concepto de futuro hubiera dejado de existir. Sólo existe el presente y cada vez resulta más asqueroso. Si puedes, intenta comprenderme... es un momento complicado.

Laura mete las manos en los bolsillos posteriores de sus vaqueros y mira a Luca Betti con una especie de sonrisa irónica.

—Claro, un momento «complicado». Y en el momento «complicado» lo más lógico que se te ocurre es acercarte a tu mujer, que, según has dicho siempre, te destrozó la vida, pero que, por lo visto, te hace sentir más seguro que yo, en lo tocante a ese futuro que, según dices, ya no ves. ¿No has pensado que quizá sólo sea el futuro conmigo el que, de improviso, ha dejado de existir?

—Laura, escucha...

—No, detente, disculpa. Tengo que estar concentrada en la investigación que estoy llevando a cabo. Como ya te he dicho, luego tengo que ver a la jefa y aún tengo que preparar unos cuantos papeles. Así que, si no te importa...

Luca querría disculparse de nuevo, abrazarla, hundirse en el infierno, disolverse en el aire y olvidarse de que existe. En cambio, lo único que consigue hacer es levantarse y salir del despacho sintiéndose un verdadero canalla.

Veintiocho

Al cabo de casi una hora, Laura se apresura para llegar, retrasada, al despacho de la jefa de policía, con una carpeta de informes en las manos. A pesar de los esfuerzos que hace para evitarlo, no puede dejar de pensar en el enésimo fracaso de su vida sentimental.

Laura se niega a racionalizar, a encontrar una justificación al comportamiento de Luca, pero, por encima de todo, se niega a engañarse con la esperanza de que las cosas pueden arreglarse entre ellos. Prefiere abandonarse a un perverso remolino de pensamientos negativos que se superponen de forma vertiginosa en su cabeza transformando la desilusión en rencor contra todo el género masculino. De esta forma, casi sin darse cuenta, se sorprende pensando que, en el fondo, el viejo dicho «todos los hombres son iguales» tiene sentido. Los que, además, se presentan como buenos chicos son los más falsos y, con frecuencia, acaban mostrándose como unos llorones y unos débiles. En realidad, son unos egocéntricos, permanentemente concentrados en sí mismos y en sus insatisfacciones existenciales. A la hora de valorar los problemas, los suyos son siempre diez veces más graves que los de la persona que se esfuerza por estar a su lado y quererlos. Laura se da cuenta de lo hipócritas que son esos hombres cuando se sorprenden de que algunas mujeres prefieran a los llamados «cabrones proclamados», los *toy-boy*, los «hermosos e infernales».

Con éstos, al menos, no se padece el llanto, ninguna «situación especial», ningún «momento complicado». No hay que soportar depresiones, crisis de los treinta, de los cuarenta y de cada década que pasa. No se corre el riesgo de sufrir la humillación de que se vuelvan a prender de la ex de turno. Con ellos está claro desde el principio que el objetivo es follar. Y basta.

Antes de llamar a la puerta de la jefa de la policía Laura se avergüenza de la banalidad de sus pensamientos. «Pero ¿cómo puedo haber caído tan bajo? ¿Qué coño está sucediendo en mi vida? Tengo que concentrarme y olvidar todo lo demás. Debo conservar la lucidez, perseguir a esos asesinos y meterlos en la cárcel. Eso es lo único que tiene un sentido, una dignidad. Es mi vida, lo que sé hacer. Eso es todo».

—Adelante —dice Daniela Boschi a modo de saludo—. Acomódese, comisaria.

Al entrar Laura ve que Matteo Serra ha llegado ya y que está sentado en uno de los silloncitos para las visitas que hay delante del escritorio de la jefa. El comisario jefe de la brigada Antidroga está elegantísimo, viste un traje de chaqueta oscuro de Corneliani, una corbata de color azul y unos zapatos negros de Prada. Al ver entrar a Laura hace amago de levantarse con galantería antes de que su colega tome asiento.

—Buenos días —lo saluda Laura con expresión sombría.

—Hola, Laura —exclama Serra. Parece estar en plena forma y es evidente que se acaba de afeitarse. Damiani percibe un leve aroma a perfume masculino que la sobresalta. Le parece reconocer la fragancia de Armani Code, el perfume que regaló a Luca por Navidad. El hecho la turba un poco.

—Les he convocado para hablar de Cristina Fogli y resumir lo que hemos hablado ya con la esperanza de que, compartiendo la información de que disponemos, se nos ocurra alguna idea útil. Empiece usted, Laura, por lo visto fue la última que vio a Fogli.

—Sí, bueno, hace tres días, pasada la medianoche, volvimos juntas en coche de Albairate, donde esos dos jóvenes encontraron el cadáver de Mirko Daneri en la cabaña. Cristina... la inspectora Fogli parecía alterada. Me pareció cansada y muy turbada, de manera que le ordené que se fuera a casa para comer algo y dormir al menos seis horas. Quedamos en vernos al día siguiente en mi despacho y nunca acudió. Me pasó la mañana llamándola por teléfono, pero tenía el móvil apagado. A mediodía empecé a temer que le hubiera sucedido algo y envié un coche patrulla a su casa para que echaran un vistazo. Nadie respondió al telefonillo. Al cabo de unas horas intensifiqué la investigación, ordené que vigilaran la señal del teléfono, que seguía estando apagado. Por la tarde entramos en su apartamento gracias a la copia de la llave que Cristina guardaba aquí, en la oficina de jefatura, pero ella no estaba. No parecía que se hubiera llevado nada... La maleta, la ropa interior, los vestidos... todo estaba en su sitio.

—Pero ¿no puede haberse evaporado! ¿Qué me dice, Serra?

—Seré franco, señora... En los últimos tiempos Cristina había perdido el control de sí misma. Mostraba síntomas evidentes de estrés, pese a que en el trabajo su rendimiento seguía siendo bueno. No le oculto que decidí cambiarla de brigada y ponerla a las órdenes de la comisaria Damiani para estimularla y darle una nueva motivación que la ayudara a recuperarse.

—A ver si lo entiendo —tercia Laura—, ¿sabías cómo estaba y, a pesar de eso, la propusiste para que me ayudara a llevar a cabo una investigación delicada sobre un atraco que había acabado en masacre? ¿Es ésa tu deontología profesional?

—No saques conclusiones precipitadas... Cristina es y sigue siendo una policía extraordinaria. He dicho también que su rendimiento laboral no se había resentido debido al estrés que estaba sufriendo. Además, la mía es una suposición, no un diagnóstico médico. En mi brigada estamos acostumbrados a apoyarnos unos a otros y con frecuencia vivimos periodos difíciles... forma parte de nuestro trabajo. Somos

profesionales, estamos acostumbrados a sufrir presiones muy fuertes, pero no por ello dejamos de ser seres humanos. No somos inmunes a los periodos de cansancio que pueden llevarnos a...

—¡Deja ya de soltar gilipolleces! —grita Laura.

—¡Comisaria, por favor! —dice Daniela Boschi llamándola al orden—. ¡Procuremos no convertir esto en una cuestión personal! En otro momento discutiremos si fue oportuno o no proponer a Fogli para que la ayudara en la investigación. Ahora concentrémonos en las averiguaciones que estamos realizando sobre nuestra compañera. ¡No podemos permitirnos más víctimas y no podemos perder tiempo con reproches mutuos!

—Tiene razón, disculpe —dice Laura sin mirar a Serra.

—Supongo que habrán hablado ya con sus familiares y amigos, con cualquiera que esté relacionado con ella y con su vida privada.

—Cristina es hija única y sus padres murieron hace bastantes años —explica Serra—. Tiene unos primos de segundo grado a los que apenas ve. Aun así, nos hemos puesto en contacto con ellos, pero no saben dónde puede estar.

—¿Novios? ¿Amigos, amigas? —pregunta Boschi.

—No —contesta Serra—, hace tiempo que Cristina vive de forma solitaria, dedicada en cuerpo y alma al trabajo.

—Sé que hace tiempo tuvo una relación con un compañero —dice Daniela Boschi—. El comisario Andrea Gherardi, del departamento de personas desaparecidas.

—Sí, pero eso sucedió hace varios años —replica Serra—. Además, fue una relación breve. Lo sé porque yo formaba parte de la brigada de Gherardi por aquel entonces. Entré en ella justo cuando acababan de romper. En cualquier caso, he hablado con Andrea, hace mucho que no habla con Cristina y no tiene la menor idea de dónde puede estar.

—Laura, encargaré la búsqueda de Fogli a otro, necesito que usted se concentre en el caso del Flasher Bank.

—Pero, jefa, puedo seguir las dos cosas a la vez, soy capaz de...

—Sé que es capaz, Laura, pero prefiero hacerlo así. El procedimiento habitual prohíbe que investiguemos sobre nuestros colaboradores y, en cualquier caso, como le he dicho, necesito que se concentre al cien por cien en su investigación. Serra, usted debe buscar toda la información posible sobre Fogli. Un nombre, un indicio, una huella que nos ayude a orientar la investigación. ¿Cómo es posible que no tuviera amigos? Hable con sus hombres, intente reconstruir su vida privada, descubra si se veía con alguien, si había ciertos lugares a los que le gustaba retirarse o a los que le habría gustado escapar. Quizá se lo contó a algún colega mientras vigilaban a alguien, bebiendo un café o en una pausa.

—Lo haré, pero, por desgracia, no debemos excluir otras hipótesis. El trabajo en la brigada Antidroga nos expone al riesgo de sufrir represalias. Dados los arrestos y el

material secuestrado en el último año, quizá alguien haya querido ajustar cuentas con ella.

—No soy una incauta, comisario. No olvide que me las tuve que ver durante años con la camorra, conozco los riesgos de nuestro oficio. Pero no quiero pensar en lo peor después de sólo sesenta y cinco horas de ausencia. La explicación puede ser muy diferente. Si Fogli estaba de verdad estresada quizá sintió la necesidad de abandonarlo todo, de desconectar y marcharse. Quizá ese mismo malestar le hizo subestimar las consecuencias de sus acciones. Tal vez ni siquiera se le haya ocurrido que la estamos buscando.

—Sí, claro. Puede que sea eso —responde Serra poco convencido.

—Bueno —concluye Boschi—. Muévase, Serra. Laura, usted quédese aquí, tenemos que hablar sobre su investigación.

Damiani asiente con la cabeza al mismo tiempo que Serra se pone de pie y se despide de las mujeres inclinando dos veces la cabeza.

—Señora... Laura... Les tendré al tanto. Buen trabajo.

En cuanto Serra cierra la puerta del despacho, Daniela Boschi se inclina hacia delante acodándose en el escritorio.

—Laura, antes, cuando estaba atacando a Serra, la interrumpí porque me pareció entender que hay algo que la turba en esta historia. Le ruego que sea sincera. He confiado en usted encargándole una investigación importante, así que le ruego que me pague con la misma moneda.

—Esto... En efecto, creo que algo no encaja. No obstante, no quiero lanzar acusaciones que no puedo sostener con pruebas concretas.

—En ese caso le propongo una cosa: a partir de este momento usted y yo hablaremos de forma oficiosa. Le autorizo a formular cualquier hipótesis, incluso si la misma concierne a personas que quedan fuera de toda sospecha.

Es evidente que Boschi se está refiriendo a Serra, y a Laura no se le escapa la alusión. Así pues, decide poner sus cartas bocarriba.

—El caso es que, durante la investigación, Cristina Fogli me ocultó ciertos detalles importantes de los que había tenido conocimiento. Un testigo vio a una persona alejarse con Mirko Daneri de su casa de Solaro poco antes de que llegáramos nosotros. Esa misma mañana, los dos jóvenes que luego encontraron por la tarde el cadáver de Daneri en el bosque de Albairate vieron a una persona con las mismas características físicas. No puede ser una coincidencia.

—¿Tenemos un retrato robot? —pregunta la jefa de policía Boschi.

—No, no hay elementos suficientes para realizarlo, pero la descripción... En fin, los detalles de ese hombre que recuerdan los testigos... bueno, me inducen a pensar...

—¡No se haga de rogar, Laura! Le he autorizado a hablar sin tapujos.

—Podría tratarse de Alceo Di Sante, el inspector de la brigada Antidroga. La mano derecha de Serra.

—Dios mío... ¿se da cuenta de lo que está diciendo?

—Estoy diciendo que Cristina podría haberse callado para proteger a su compañero. Serra podría haber propuesto que formara parte de mi equipo para tener una infiltrada en la investigación, alguien que pudiera acceder a la información reservada en el acto. ¿Por qué Daneri se nos escapó por los pelos? ¿Quién lo advirtió de que íbamos camino de su casa? No pudo ser Landini, el cómplice que tenía en Falco Security, porque estaba en prisión preventiva. En cambio, Fogli... Ella tenía acceso a la información.

—Pero, todo esto, ¿con qué objetivo?

—Proteger a Serra, que, a todas luces, está involucrado en el atraco. Piense un momento... ¿Por qué todo ese dinero en efectivo? Me lo he preguntado desde el principio y la única respuesta es que el mismo debía servir para pagar una partida de droga. Los colombianos sólo aceptan intercambios directos y la *'ndrangheta* debió de dotarse de la suma suficiente para hacer frente a esta necesidad. Y si hay droga de por medio, es muy posible que Matteo Serra tenga que ver con el asunto.

—Esas acusaciones son muy graves, Laura. ¿Está dispuesta a jugarse su credibilidad investigando sobre esa hipótesis?

—Sí, lo estoy. Cuanto más pienso en ello más veo que todo encaja. Cristina podría haber escapado porque, después de la muerte de Daneri, se dio cuenta de que, de una forma u otra, era cómplice de ella. Eso debió de sumirla en una profunda crisis, la vi muy turbada delante del cadáver y no sólo porque, objetivamente, no era un bonito espectáculo. Creo que está escapando de Serra.

Daniela Boschi reflexiona enfurruñada. Laura la observa preguntándose si habrá hecho bien o no revelándole sus dudas. Si la jefa de policía no está de acuerdo con sus suposiciones se arriesga a perder toda posibilidad de profundizar en ese filón. Si, en cambio, decide hablar con Serra anulará la exigua ventaja que tiene en este momento y sus deducciones se volverán contra ella.

—De acuerdo, Laura —exclama Daniela Boschi—. Tiene mi apoyo. Investigaremos en esa dirección y trataremos de aclarar las cosas. ¿Qué piensa hacer?

—Tengo que encontrar como sea a Cristina Fogli. Estoy segura de que está viva y también de que puedo hacerla confesar, conseguir que nos revele en qué medida participó Serra en el atraco. En este momento es la clave de la investigación.

—De manera que, pese a todo, sigue confiando en Fogli.

—Creo que mi compañera es víctima de Serra, de su influjo negativo. Claro que ella no deja de tener su culpa. Mintió, ocultó información e hizo el doble juego. Pero pienso que se obligó a no superar cierto límite y que cuando comprendió que lo había hecho se vino abajo. Además, es probable que consuma droga y eso podría haber ayudado a Serra a manipularla. No obstante, si ahora ha decidido dar un paso atrás, como creo, debemos protegerla de Serra, además podría ayudarnos a detener a ese gran hijo de puta.

—De acuerdo, Laura —concluye Daniela Boschi—. Hagámoslo.

A dos plantas de distancia, en su despacho del núcleo antidroga, Matteo Serra está escuchando la conversación de las dos mujeres gracias al auricular de un aparato receptor. La radio está conectada sin hilos al micrófono que él mismo ha puesto bajo la silla del despacho de Daniela Boschi.

Cuando la conversación termina se quita los auriculares, coge el móvil del escritorio y teclea el número de Alceo Di Sante. El inspector responde a la primera llamada.

—Sí.

—Mis sospechas se han confirmado —dice Matteo Serra—. Esa furcia ha entendido todo. Queda con Barillaro, ha llegado el momento de cambiar de táctica. En cuanto Boschi salga del despacho arréglatelas para recuperar el micrófono, los de la limpieza podrían encontrarlo. Luego debemos buscar a Cristina y cerrarle la boca. Por último nos ocuparemos también de Laura Damiani.

Veintinueve

*Marco Tanzi, cárcel de
Canton Mombello, Brescia*

Durante la hora de recreo al aire libre las celdas están abiertas, de forma que puedes elegir entre salir al patio o quedarte tumbado en la cama, que, entre otras cosas, es la actividad principal del día.

La idea genial que fundamenta esta pequeña concesión a la promiscuidad entre los presos es favorecer que éstos se relacionen entre ellos y que, los que lo deseen, puedan charlar alegremente. Da igual si aprovechan la ocasión para pasarse las «gotas» de contrabando. Los agentes de la policía penitenciaria toleran el mercado negro de psicofármacos porque, en el fondo, les facilita también la vida. Cuanto más apáticos y aturridos estén los presos más probabilidades hay de que se comporten como es debido.

Ellos, los carceleros, deambulan por las alas del edificio durante los sesenta minutos que, en realidad, deberían llamarse «la hora de la venta». Tienen siempre la porra al alcance de la mano, por si estalla alguna pelea o se ven obligados a calmar a algún exaltado. Pero, por lo general, no sucede nada. En Canton Mombello todo parece anestesiado, como las piernas de los que se ven obligados a estar tumbados o sentados las veinticuatro horas del día.

No condeno a nuestros carceleros. Sé de sobra que son menos de los que deberían ser, que están mal pagados, que se ven obligados a vivir también como prisioneros, temiendo que una revuelta imprevista los transforme en carne de cañón. Viven con la pesadilla de encontrarse a merced de un ejército de zombis drogados que han perdido cualquier residuo de humanidad. En su lugar, yo tampoco soltaría la porra que, en casos extremos, puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

No, no los condeno. Son como los policías de Pasolini, los de Valle Giulia. Proletarios de la seguridad pública que, con frecuencia, apenas pueden pagar el alquiler y llegar a final de mes. Cuando te cuesta asegurar una vida digna a tus hijos es sumamente fácil que la frustración se transforme en odio. Odio hacia los que ves a

diario. Así que hacer la vista gorda, aceptar algún que otro compromiso, hacer un pequeño favor al criminal de turno a cambio de un fajo de billetes bajo mano, se convierte en una válvula de escape que contribuye incluso a proteger a los condenados de las palizas y de las violencias gratuitas.

El soborno es la única manera de comprar la consola de videojuegos a un hijo que sueña con ella y que no deja de repetir que todos sus compañeros la tienen. O para mandar a la familia dos semanas a la playa, a Rimini, a una pensión barata. En ocasiones, la deshonestidad y la traición son las únicas armas de que disponen los policías para evitar que estalle la violencia. La verdadera.

Furio Pession evita por todos los medios salir de la celda. En estos días de convivencia forzada he observado con mucha atención sus costumbres. Durante las comidas se guarece en un rincón, cerca de los guardias, de espaldas a la pared. Es siempre el último en ducharse, incluso si eso supone lavarse con agua fría. La caliente dura, como mucho, un turno, luego se pasa a la tibia y, poco a poco, a la helada. Así es como funcionan las cosas en este sitio.

Mi compañero de celda se comporta como si estuviera esperando que sucediera algo por cualquier motivo, de forma inevitable. Algo que, tarde o temprano, sucederá a la fuerza.

De hecho, hoy ocurre algo.

Estoy leyendo tumbado en la cama, mirando a la puerta. Sigo de mala gana la trama interminable de una novela negra desagradable, en la que un escritor es acusado de matar a una quinceañera con la que, según parece, tenía una relación amorosa. Casi ochocientas páginas de agonía. Uno de los libros amablemente donados a la biblioteca de la cárcel por una asociación de voluntarios. Pession está de pie, con la cabeza hundida entre los hombros, medio escondido detrás de la última litera, que queda cerca de los armarios. Tampoco él pierde de vista la puerta de la celda. Da la impresión de que no hace otra cosa en todo el día.

De repente, entran dos tipos. El primero es más bien achaparrado, calvo y con barba de chivo. Lleva el mono naranja arremangado hasta unos bíceps de culturista, y tiene las piernas en forma de equis. El otro es más alto, tiene varios tatuajes en los brazos y el cuello, y mirada de drogadicto. Parece uno de esos tipos que estarían dispuestos a despedazar a su madre para sacarle el precio de una dosis.

—Esfúmate —me dice el calvo señalando la puerta con el pulgar—, ve a dar un paseo y vuelve cuando termine la hora.

No me muevo ni un milímetro.

—¿Has oído lo que ha dicho? —grita el drogata—. ¡Que te pires ya!

Me hago el sordo.

—Socorro, guardia... —protesta débilmente Pession.

Pese a que pretende gritar con todas sus fuerzas, la voz le sale quebrada, sin intensidad. En ciertas ocasiones el miedo paraliza las cuerdas vocales. Ningún carcelero se asoma a la puerta. Por lo demás, no habrían dado señales de vida aunque

Pession hubiese sido capaz de gritar, estoy seguro.

Supongo que esta noche algún niño tendrá una PlayStation nueva. O que una familia reservará unas vacaciones en la playa.

—¿Has oído lo que te he dicho, pedazo de mierda? —exclama el calvo arrancándome el libro de las manos y arrojándolo contra la pared. El volumen se rompe con el golpe, cosa que, por otra parte, no supone un gran daño. Entretanto, el drogata se ha acercado a Pession y le ha tapado la boca con una mano, a la vez que el culturista me ha agarrado por el mono para obligarme a bajar de la cama y salir de la celda. Cojo una de sus muñecas con las dos manos y la giro con violencia, de forma que se ve obligado a soltarme y a darse la vuelta. Siento que los huesos de su codo se desarticulan y noto el contragolpe de la luxación en el hombro. Ni siquiera le da tiempo a gritar, se limita a desmayarse, víctima de un dolor repentino e insoportable. Me levanto de golpe y me encuentro cara a cara con el drogadicto, que ha dejado en paz a Pession para enfrentarse a mí. Mi compañero de celda cae al suelo como una bolsa de basura vacía. El tatuado, por su parte, parece sorprenderse de mi estatura, que en un principio no ha podido determinar bien, dado que yo estaba tumbado. Empuña una especie de punzón, un cuchillo artesanal que, con toda probabilidad, ha fabricado restregando un cubierto sustraído en el comedor contra la pared de cemento de la celda. Trata de asestarme un golpe en el abdomen, pero le bloqueo la mano con un movimiento clásico de *juji-uke*. Una rotación firme y oigo el crac que hace el hueso de su muñeca al romperse. Suelta una palabrota irrepetible y se aprieta el antebrazo con la otra mano, intentando, en vano, calmar el dolor. Lo cojo por el pelo y golpeo su cara contra la pared gris y húmeda. En el muro se forma una mancha roja, el tipo tiene la nariz y un labio rotos. Por suerte le faltaban ya los incisivos superiores, si no también los habría perdido.

Lo tiro de la celda, tropieza y cae al suelo lanzando gritos de dolor. Tiene una fuerte hemorragia en la nariz. Agarro también a su compañero, que aún no ha recuperado el conocimiento, sujetándolo por el cuello del mono y el cinturón, y lo lanzo al pasillo como si fuera un saco de patatas. Recupero la novela de mierda y vuelvo a tumbarme para retomar la lectura.

Furio Pession sigue acurrucado, mirando fijamente el suelo y tapándose los oídos con las manos, como si esa posición de defensa le permitiese aislarse del mundo, desaparecer en otra dimensión.

Al cabo de unos segundos dos guardias entran agitando sus porras con aire amenazador.

—¿Qué coño pasa aquí? ¿Qué habéis hecho?

—Nada —contesto sin dejar de leer—. Se equivocaron de celda, eso es todo.

Se quedan perplejos. Han entrado esperando alguna reacción y dispuestos a darnos una paliza, pero se dan cuenta de que ha pasado el momento y se preguntan si aun así deben aplicar el programa previsto.

—Se han dado una buena tunda —digo impasible—, los dos estamos dispuestos a

atestiguar. Os conviene meterlos en celdas separadas.

Por suerte, los guardias son lo bastante inteligentes para comprender que esta versión los sacará también a ellos del apuro. Se miran con aire de complicidad y salen sin añadir nada más.

En nuestra ala hay un gran revuelo, oigo gritos, maldiciones, gente que se acerca, procedente, con toda probabilidad, de la enfermería. Más tarde, cuando las celdas se vuelven a cerrar y termina la hora de la venta, se restablece en apariencia la habitual quietud. Pession tarda al menos una hora en romper el silencio, casi irreal.

—¿Por qué lo hiciste? —me pregunta con un hilo de voz—. ¿Por qué me defendiste?

Dejo pasar algo más de treinta segundos antes de contestar.

—No soporto a los tipos arrogantes. Nadie puede venir aquí a darme órdenes.

Otra pausa.

—Además, la verdad es que eres un tipo simpático. Sabes estar en tu sitio, no cotorreas como hacen otros compañeros de celda, no das el coñazo. Si te dejaban seco a saber quién me habría tocado después. Quizá me habrían metido en una de esas celdas con cinco negros apestando a cebolla, donde se dan por culo unos a otros. No, prefiero estar aquí contigo.

Pession no contesta. Tengo la impresión de oír su cerebro mientras trata de dar un significado a mi respuesta, una palabra tras otra. Al final, siempre con un hilo de voz, se limita a decir:

—Gracias, te lo agradezco mucho, de verdad.

—De nada —contesto sin apartar la mirada del libro—, pero ahora déjame leer en paz.

El anzuelo está lanzado. Ahora es cuestión de tiempo, de paciencia y de suerte.

Treinta

*Despacho de la comisaria
Laura Damiani. Jefatura de
policía de Milán*

—**A** ver si lo entiendo, abogado Guerra... Usted es el cerebro y el fundador de ese movimiento político extraparlamentario, ¿me equivoco?

—No del todo, comisaria Damiani. Más que un movimiento, Patria Futura es una estructura transversal, una asociación cultural activa. No nos interesan los teatros de marionetas típicos de la política italiana, nosotros pretendemos lanzar ideas, mitos y valores de nuestra tradición nacional.

—Y entre dichos mitos, al menos por lo que se deduce del material propagandístico que hemos encontrado en las viviendas de tres de sus militantes, hay personajes como Adolf Hitler, Benito Mussolini o Francisco Franco, ¿verdad? Por no hablar de los contemporáneos como Anders Breivik o Frazier Glenn Cross...

—Es evidente que no ha captado el sentido del material, comisaria.

—¿Ah, no? Explíquemelo entonces.

Tullio Guerra está sentado delante de Laura con las piernas cruzadas y no parece sufrir en lo más mínimo la presión del interrogatorio. En realidad, oficialmente se trata de pedir aclaraciones a una persona que conoce los hechos. Si Guerra estuviera acusado de algo tendría derecho a ser asistido por un abogado. El hombre va vestido con gusto: traje de chaqueta oscuro, corbata azul e impermeable acolchado de Burberrys.

A la izquierda del escritorio que separa a Laura del abogado se encuentra el inspector Gino Carraro, apoyado en la pared con los brazos cruzados. Carraro se limita a escuchar, pero su presencia no es en manera alguna casual: en realidad forma parte de una estrategia probada en los interrogatorios de la policía. Su función consiste en estar atento para captar las incongruencias, para percibir las posibles quiebras en las afirmaciones del interrogado. Además, se mueve y cambia de posición con frecuencia para desorientarlo, para privarle de un punto de referencia

fijo, para que se desconcierte, pierda el control y hable de forma menos estudiada, más espontánea. No obstante, la táctica no parece surtir efecto por el momento.

—No tengo ningún inconveniente, al contrario —contesta Guerra—. Uno de los numerosos límites de la información contemporánea, en el que insiste la engañosa acción de la gran mayoría de los historiadores del último siglo, es detenerse en las apariencias insistiendo en los aspectos emocionales, por decirlo de alguna forma, de la opinión pública. Debido a esta praxis el pensamiento real de ciertas figuras históricas relevantes, las geniales intuiciones de estadistas de ámbito mundial o de pensadores vanguardistas, nunca han podido llegar a la mente y a las conciencias de las personas. Si lo hubieran hecho quizá ahora viviríamos en un mundo diferente. Más justo.

—¿Los estadistas mundiales y los pensadores vanguardistas serían los dictadores sanguinarios y los asesinos que hemos mencionado antes?

—Permita que le haga notar, comisaria, que en la actualidad recordamos como genios a ciertas figuras históricas mucho más antiguas que dichos señores. Mentes iluminadas que con sus ideas y sus acciones revolucionaron el mundo favoreciendo el progreso y la civilización, y asegurando a la población de continentes enteros unos avances extraordinarios en la civilización y un significativo crecimiento cultural. Alejandro Magno, Julio César, Carlomagno, Federico II... ¿Acaso los recordamos por las masacres que cometieron? ¿Por la violencia y las humillaciones a las que sometieron a etnias enteras? En absoluto. Sus intuiciones, su clarividencia... por qué no, su condición de *visionarios*, más bien, les permitió convertirse en puntos de referencia en la evolución sociocultural del mundo moderno. Así pues, cabe preguntarse ¿por qué no se puede otorgar ese reconocimiento a personalidades más recientes?

A Laura le cuesta contener las ganas de contestarle en el mismo tono. Lo que necesita ahora es comprender mejor las actividades reales de los círculos de Patria Futura y quiere evitar que Guerra se encierre en el mutismo.

—Señor Guerra, ¿no le parece, cuando menos, extraño que en unos cuantos días dos de sus afiliados hayan sido asesinados y que otro esté en la cárcel por haber colaborado con un grupo de atracadores que mató a nueve personas?

—Para empezar yo no los llamaría mis afiliados. Fundé el primer círculo italiano de Patria Futura en Milán, pero los demás surgieron de forma espontánea y no están sometidos, por decirlo de alguna forma, a un servidor. Ni desde el punto de vista económico ni desde el cultural. Digamos que las razones ideológicas son las mismas, pero es evidente que no puedo responder personalmente por todos los que deciden adherirse a nuestra idea y abrazar los principios basilares de nuestra actividad cultural.

—Actividad cultural, claro... Dígame, en este momento, ¿cuántos círculos de Patria Futura existen y cuántos miembros tienen?

—Bueno, según el último censo de la asamblea, hay veintiséis círculos dispersos

por Lombardía, Véneto y Piamonte. En total son poco más de quinientos.

—¿Y estas quinientas personas pagan una cuota?

—Contribuyen con un importe simbólico a nuestra asociación. Utilizamos ese dinero para costear el material informativo y una revista que distribuimos de forma gratuita, y para gestionar nuestro sitio en internet.

—¿Conoce a Guido Landini? ¿Conocía a Mirko Daneri y a Sergio Galbani?

—¿En qué sentido *conozco*?

—¿Los ha visto, ha hablado alguna vez con ellos, los ha frecuentado... han colaborado en las *actividades culturales*?

—Creo que sólo recuerdo a Galbani. En una ocasión asistí a una reunión del círculo de Solaro, invitado por el director, y a la cena que tuvo lugar después. Quizá intercambié alguna palabra con él. Me he enterado de la tragedia familiar que ha vivido en primera persona y me ha impresionado mucho.

—Mirko Daneri formaba parte de la misma sección. ¿Habló también con él?

—No, creo que puedo excluir esa posibilidad. Quizá ni siquiera asistió a la reunión.

—¿Y qué puede decirnos del coordinador de la sección de Solaro?

—Evaristo Tremontini, creo que tiene más de sesenta años. Una persona con unos principios morales muy sanos, una vida dedicada a la militancia política extraparlamentaria. Pondría la mano en el fuego por su rigor moral.

—Hemos hecho algunas averiguaciones sobre el señor Tremontini. A finales de los años setenta fue acusado de militar en los NAR, el grupo terrorista neofascista.

—Esas acusaciones carecen de fundamento. Si ha investigado sabrá que Tremontini fue absuelto.

—En realidad lo absolvieron por insuficiencia de pruebas, pero dejémoslo. Más bien, para salvaguardar el buen nombre de su... cómo podría llamarla...

—Llámela asociación cultural.

—Desde luego, de su *asociación cultural*, quería preguntarle si estaría dispuesto a colaborar con nosotros facilitándonos los datos de todos los militantes.

—Comisaria, estoy dispuesto a colaborar con usted en todo lo que desee y el hecho de que haya venido aquí de forma espontánea para responder a sus preguntas demuestra que no tengo nada que ocultar. Por otra parte, comprenderá que no puedo violar ciertas cuestiones de privacidad. Entre otras cosas, soy el representante legal de Patria Futura y ello me impone un deber de confidencialidad sobre los asociados. No obstante, si consigue un mandato del juez estaré encantado de entregarle la documentación que obra en mi poder sobre los inscritos a nuestros círculos.

—Señor Guerra, aclaremos un punto... mejor dicho, dos —dice Laura a punto de perder los estribos—. En primer lugar, usted no ha venido aquí de forma espontánea, fue convocado como persona conocedora de los hechos, de manera que no podía negarse. En segundo lugar, tendremos el mandato en unas horas y, en ese momento, el hecho de que nos entregue la documentación ya no será una muestra de

colaboración por su parte sino una obligación que, en caso de ser incumplida, le acarreará varias sanciones penales. Pero usted es abogado y sabe esas cosas, ¿verdad?

—Si quiere plantearlo de esa forma... —contesta Guerra sonriendo.

—Le explicaré bien cómo quiero plantear la cuestión: apenas dispongamos de los nombres y de los datos de sus asociados analizaremos a fondo los círculos, el material, la revista, el sitio en internet y los antecedentes penales de los quinientos miembros. Si encontramos el mínimo indicio que demuestre que Patria Futura está involucrada de alguna forma en el atraco del Flasher Bank usted irá directo a la cárcel con una acusación de terrorismo de la que no podrá librarse ni siquiera con cincuenta años de reclusión y doscientos procesos. Así pues, si es inocente piénselo... Éste es el momento de colaborar, después ya no tendrá ninguna oportunidad de hacerlo.

—Por supuesto, comisaria —contesta Guerra sin dejar de sonreír—. Me lo pensaré. Ahora, si no tiene más preguntas...

Cuando el fundador de la asociación Patria Futura sale del despacho, Laura se desahoga con el inspector Gino Carraro:

—¡Fascista de mierda! Dos minutos más y le habría dado dos sopapos. Debe de haber repetido la palabra *cultural* al menos cien veces. Ahora comprendo la frase de ese jerarca nazi: «Cuando oigo hablar de cultura echo mano a la pistola». ¿Quién era? ¿Goering? ¿Goebbels?

—En realidad los dos —responde Carraro.

—¿En qué sentido?

—Es una cita de un drama teatral que les gustaba repetir a bastantes jefarcas nazis.

—Ah —dice Laura—. Vaya. ¿Cómo es que sabes esas cosas, Carraro?

—Mi abuelo era partisano y he leído mucho sobre el nazismo.

—Ya, todos deberíamos hacerlo. Ayuda a recordar de qué pasta están hechos los seres humanos.

—¿Noticias de Fogli?

—Nada. Por lo visto, después de la reunión de esta mañana en jefatura Serra se ocupará del asunto. Oye... ¿sabes guardar un secreto?

—Creo que ya le he demostrado mi lealtad, ¿no?

—Bueno, es muy probable que Cristina esté escapando de Serra.

—¿Tiene algo que ver con la información que le ocultó Fogli? ¿Lo del tipo que vieron dos veces?

—Puede, en realidad quería pedirte que intentes hablar con alguien que la viera a menudo, qué sé yo, un excolega, una amiga... Tenemos que encontrarla. Por su bien y por el bien de la investigación.

—Escuche, ya le he dicho que los de la brigada Antidroga son un mundo aparte, nunca he tenido mucha relación con ellos, tampoco con Fogli. No obstante, lo

intentaré, tendré los oídos bien abiertos y haré unas cuantas preguntas.

—Gracias, Carraro. Es muy importante.

Un par de horas más tarde, cansada y deprimida, Laura Damiani se dispone a salir de jefatura para concederse una comida decente y varias horas de descanso después de un tonificante baño caliente. Sobre las espaldas el peso de un día pésimo, que inició con el enésimo fracaso en su vida sentimental: la ruptura, puede que anunciada, con Luca. Luego, por si fuera poco, la falta de noticias sobre Cristina Fogli, el hecho de que hasta el momento no haya habido ningún vuelco en la investigación, y la frustración que le ha producido el interrogatorio a Tullio Guerra. Suficiente incluso para un temple como el suyo. Antes de que le dé tiempo a abrir la puerta acristalada, el agente que está de guardia llama su atención golpeando la puerta antibalas que los separa y le pide con un ademán que se acerque.

—Disculpe, comisaria... ahí fuera hay un tipo plantado desde hace al menos dos horas. He enviado a un colega a preguntarle qué está haciendo y por lo visto le contestó que la está esperando a usted. Si quiere mando a alguien para pedirle la documentación.

Laura mira afuera y tarda unos segundos en reconocer al hombre con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, que pisotea rítmicamente el suelo para combatir la temperatura polar.

—No, déjalo, lo conozco. Yo me ocuparé de él. Gracias.

—¡A sus órdenes!

Laura sale sin dejar de mirar al hombre que está en la acera y, que apenas la ve, se acerca a ella titubeante.

—Comisaria... buenas noches, yo...

—¡Marco Rambaldi! El responsable de seguridad del Flasher Bank. ¿Qué demonios está haciendo aquí? ¿Sabe que han estado a punto de arrestarlo? ¿Qué pasa? ¿Quiere morir de frío?

—No, es que yo... bueno, tenía que verle y hablar con usted, pero no quería molestarla...

—¿Hablarme de qué? —pregunta Laura, cada vez más perpleja.

—Comisaria... Desde... desde el atraco no pego ojo, no vivo. Me siento responsable de las muertes de mis compañeros y de los agentes. Sabía lo del dinero...

—Le aconsejo que no diga nada más. Varios directores de su entidad están en apuros por haber incumplido la obligación de informar a las autoridades de vigilancia y por haber efectuado operaciones en efectivo no autorizadas. Seguro que sabe que el Banco de Italia está efectuando una inspección, y no excluyo que cuando terminen decida nombrar unos interventores para controlarlo.

—¡Lo sé! ¡Lo sé y me importa un comino! Habría podido hacer algo, habría podido prever... No quería... no quería, se lo juro, no pensaba que...

Marco Rambaldi se tapa la cara con las manos y empieza a llorar, sacudido por unos profundos sollozos.

Laura se siente confusa, no sabe qué hacer. El hombre le parece sincero. El puesto que ocupaba en el banco no le obligaba a señalar la operación, Rambaldi no se ocupaba de la lucha contra el blanqueo de dinero. El hecho de que estuviera al corriente, más que convertirlo en cómplice, demuestra que evaluó con ligereza el peligro que suponía tener ese importe en efectivo en una sucursal bancaria prácticamente abierta.

—Oiga... —dice Laura apurada—. Escuche, no haga eso.

—¡Quiero colaborar, comisaria! ¡Estoy dispuesto a dimitir, incluso mañana por la mañana! Le diré todo lo que sé, los nombres y apellidos de los que autorizaron el depósito en efectivo, si quiere estoy dispuesto a sacar documentos del banco y a traérselos... Puedo acceder a...

—Pero ¿qué demonios está diciendo, Rambaldi? ¿Se ha vuelto loco? ¿Me está proponiendo que cometa un delito, a mí? Además, las pruebas robadas carecen de valor. En todo caso, escuche, ya sabemos todo. El coronel De Rosa de la guardia financiera tiene la situación bajo control, estos días está registrando el Flasher Bank.

—Pero ¡yo quiero colaborar! ¡Quiero ser útil!

Laura mira alrededor reflexionando sobre lo que debe hacer. Piensa que Rambaldi es sincero. No tiene ningún motivo para mentir ni le conviene hacerlo. Por lo demás, desde el principio ha dicho la verdad sobre la caja fuerte. Él no autorizó la apertura, los atracadores usaron la llave que Landini sustrajo en el sótano del Flasher Bank.

—Bueno, escuche... —dice Laura—. Hagamos una cosa... yo ahora me voy a comer un filete como es debido, porque estoy harta de bocadillos y *pizzas*. Si quiere acompañeme, evitará morir congelado y podrá desahogarse contándome todo lo que sabe, ¿de acuerdo?

—Será un gran placer —contesta Marco Rambaldi recuperando un poco de dignidad—. Será un honor.

—Venga, no exagere. Un filete es un filete. Vamos, conozco un sitio decente. Si no acabaré mordiéndole un brazo por culpa del hambre.

Treinta y uno

Luca Betti ha quedado con Elisa en el Jardín de los secretos, en la zona de la avenida Premuda. Siempre ha sido el restaurante predilecto de su mujer, al que iban en las ocasiones especiales, cuando tenían algo que celebrar. En realidad, Luca prefiere la comida japonesa o la *pizza*, pero, dado que a Elisa le privaban las chuletas a la milanesa con unas patatas fritas muy especiales que servían en el local, él la secundaba con la esperanza de verla feliz.

Cuando esta mañana la llamó por teléfono y la invitó a cenar, tuvo la impresión de que estaba un poco perpleja. Pese a ello, Luca insistió alegando que quería hablar en privado con ella sobre el novio de Sara.

A decir verdad, no está muy seguro de los motivos que lo han empujado a invitarla. Quizá quiera ponerse a prueba, comprender si aún puede tener un futuro con la mujer con la que se casó hace dieciocho años y a la que nunca ha dejado de querer del todo. A pesar de que este sentimiento inexplicablemente fuerte, esta dedicación desesperada, le han condicionado la vida y lo han destinado a la infelicidad. En ciertos momentos de exceso de optimismo imagina que la separación, que se produjo hace ya más de un año, puede haber cambiado a Elisa, puede haberle dado la oportunidad de reflexionar sobre sus errores, sus fallos. Por lo demás, recuerda a la perfección el momento en que le dijo que quería separarse: Elisa trató de disuadirlo por todos los medios. Es cierto que luego sus relaciones han sido muy frías. No ha habido ningún intento de acercamiento ni por su parte ni por la de su mujer. Fue ella la que pidió que formalizaran legalmente la separación pocos meses después de la ruptura. Pero Elisa es una mujer muy orgullosa, su frialdad podría ser tan sólo una barrera para defender sus sentimientos reales. Puede que ella también lo eche de menos, que piense en un posible acercamiento. «Pero ¿de verdad es eso lo que quiero?», piensa. «¿Volver con Elisa?».

No lo sabe, no logra responder a esa pregunta. Lo único que sabe es que cada vez sueña más a menudo con ella, sueña que pelean, que se reconcilian, que nunca han roto. Y los sueños son cada vez más agitados, confusos, extraños. Además, en ellos Elisa aparece guapísima. Laura, en cambio, nunca está presente en ellos.

Laura. Luca hace todo lo posible para no pensar en ella, en la manera en que la

ilusionó. La arrastró a una relación sin estar seguro de sus sentimientos. Hace un año esa mujer representaba la vida, la felicidad, una nueva posibilidad de futuro que se le abría en el mundo. Lástima que ahora sólo sea un motivo de confusión y embarazo.

La realidad es que Luca no sabe a ciencia cierta qué siente por Elisa, qué siente por Laura, qué quiere hacer con su vida. Por absurdo que parezca, es así. Es posible ser un extraño para uno mismo, ignorar cuáles son nuestros sentimientos reales. Puede que en la juventud sea algo normal, pero cuando se rayan los cincuenta años uno se siente patético. Y viejo.

Luca ve llegar a su exmujer y se levanta apartando la silla que hay delante de la suya para que tome asiento. La suya es una mesa para dos situada en el mejor sitio de la sala, un rincón próximo al ventanal.

—Hola —lo saluda ella a la vez que se sienta.

Está guapísima, como siempre. Su melena rubia, sus ojos verdes y sus formas generosas, que el vestido largo y ceñido resalta de forma evidente, emanan una feminidad maternal y seductora. Luca la admira procurando ocultar sus emociones. Forma parte de los que piensan que las mujeres alcanzan la cima de su encanto pasados los cuarenta.

—Hola...

—Veo que aquí todo sigue igual —dice Elisa mirando alrededor sin lograr disimular cierto embarazo—, hacía un siglo que no venía.

—Sí, yo también... Pero pensé... dado que la chuleta te gustaba tanto...

—Ah, en cualquier caso, creo que pediré algo caliente, me estoy congelando. Además, estoy a dieta.

—Vamos, pero si estás estupenda.

La mujer sonríe con frialdad y echa un vistazo al menú.

Pide una sopa de farro y verduras, mientras Luca opta por la chuleta con patatas fritas, obstinándose en lanzar un mensaje, pese a saber que caerá en saco roto.

—He hecho algunas averiguaciones sobre Luciano Piretti, el novio de Sara —dice mirando a los ojos a su exmujer.

—¡Cuéntamelo todo!

—Para empezar, no tiene antecedentes... —dice el policía sacando un folio de apuntes del bolsillo interior de su chaqueta—. Veamos... Tercer curso de Sociología en la Universidad de Milán, con un par de exámenes pendientes respecto a lo que prevé el plan de estudios. Miembro de varias asociaciones... LAV, Emergency y el Movimento 5 Stelle. Su padre enseña Dibujo Técnico en la escuela de aparejadores Leonardo Da Vinci, su madre es enfermera en el hospital San Raffaele. Tiene una hermana pequeña de tres años... Trabaja a tiempo parcial en la perrera de la zona de Forlanini. Tiene una Vespa de los años noventa y conduce el coche familiar de su padre. En fin, que parece un buen chico con una familia normal. Diría que podemos estar tranquilos.

—Yo no estoy nada tranquila —dice Elisa, que parece más decepcionada que

conforme con las palabras de su exmarido—. Me parece un gandul, y lo que me has dicho no hace sino demostrarlo. Estamos hablando de un chico que a los veintidós años se dedica a perder el tiempo cuidando perros y militando en un partido político liderado por un cómico.

—Bueno, todos los líderes políticos son un poco cómicos, ¿no? —dice Luca intentando bromear.

—Sara es una chica guapa e inteligente. Brillante. Está en la edad en que se hacen las elecciones justas, las que cuentan. Si empieza a echarse a perder con un tipo así cuando tenga que volver a empezar se las verá y se las deseará. Además, se arriesga a perder las buenas amistades, las que pueden ayudarla a mejorar, a progresar.

—¿A quién te refieres?

—No lo sé... por ejemplo, sus compañeras de colegio son unas chicas de buena familia, con el futuro asegurado. Es evidente que Sara no puede contar con una base económica de ese nivel, pero la compañía de cierta gente te abre las puertas adecuadas, te permite poder elegir entre más cosas.

Luca se siente ofendido. De repente, vuelve a sentir el peso de los continuos e innumerables pullazos que tuvo que sufrir durante los años en que estuvo casado con Elisa. La imposibilidad de ir de vacaciones a sitios exclusivos, de comprar una casa con jardín, la renuncia al sueño de reestructurar la casa del lago de sus padres para convertirla en una residencia lujosa como la de los amigos que frecuentaba desde que era niña. Nunca eran acusaciones directas sino piedrecitas que, con el pasar del tiempo, formaron en Luca una montaña de frustración, lo hicieron sentirse inadecuado y lo incitaron a comportarse de forma deshonesta para poder disponer de más dinero y secundar los deseos de su mujer.

—Oye, Elisa, los tiempos han cambiado, hoy en día los jóvenes tienen muchas más posibilidades que hace veinte años.

—Perdona, pero no creo que sea así, en absoluto. En mi opinión el dinero marca en cualquier caso la diferencia.

—No creo que a Sara le haya faltado de nada.

—No, no quería decir eso, no te lo tomes siempre como una ofensa personal. Sea como sea, debo aspirar a lo máximo para mi hija y ese tipo me parece justo lo contrario.

—Sara también es hija mía, y yo también quiero lo mejor para ella. No obstante, piensa un poco... Ya es mayor, tiene su manera de ver las cosas, y, además, has dicho que es una chica inteligente. ¿Cómo vas a obligarla a elegir lo que tú quieres? Como padres creo que lo único que podemos hacer es estar a su lado, apoyarla, quererla de forma incondicional, pase lo que pase. En la vida nos equivocamos, cometemos errores, tropezamos y caemos. La diferencia radica en poder contar o no con alguien dispuesto a ayudarte cuando necesitas volver a levantarte. No puedes elegir por ella, no puedes pensar así.

—Dios mío, Luca, por favor. Dices unas cosas tan banales... Yo soy mucho más

concreta, si me lo permites.

—Yo también quiero ser concreto, pero creo que la única forma de serlo es aceptar la vida tal y como es. Y, dado que hemos vivido más que Sara, quizá tengamos esa ventaja sobre ella.

—Pero ¿qué significa eso, que ella debe sufrir lo mismo que he sufrido yo? ¿No puede tener una vida mejor que la mía?

—Pero ¿se puede saber qué dramas has vivido? ¿Maltratos, vejaciones? No, perdona, me gustaría profundizar en esta cuestión, porque, si me lo permites, me siento aludido.

—Por el amor de Dios —exclama Elisa alzando la mirada al techo—. No tengo la menor intención de hablar de ese tema, estamos aquí para hablar de Sara, no para perder el tiempo con charlas inútiles.

—¿Así que hablar de nosotros dos es charlar inútilmente?

—¿De nosotros dos? ¿De qué se supone que tenemos que hablar? ¿No fuiste tú el que me dejó? ¿No fuiste tú el que decidió marcharse de casa y abandonar a su mujer y a su hija de un día para otro?

—Oye, Elisa... —Luca tiene que hacer un esfuerzo para dominarse y atinar con las palabras—. Para empezar nunca he abandonado a Sara, ya lo sabes. Tú y yo hemos tenido un pasado complicado, no puedes resolverlo todo diciendo que fui yo el que se marchó. Los dos éramos infelices, ¿me equivoco?

El tono de voz de Luca es ahora un poco más alto, al punto que varios clientes se vuelven hacia la pareja, intrigados por la discusión.

—¿Puedes bajar la voz? —pregunta Elisa irritada.

—Sí, claro, perdona.

—En cuanto a tu pregunta —prosigue Elisa—, si lo he entendido bien debería agradecerte que tomaras la decisión por los dos, pero, perdona, ¿no acabas de decir que no se puede elegir por los demás?

—Está bien, de acuerdo, decidí separarme porque era lo mejor para mí en ese momento. Pero no puedes negar que pasamos muchos años difíciles. En fin, no quiero hablar de ese tema, pero después de que me engañaras...

—¡Ya está, perfecto! ¡Estaba segura de que llegaríamos a esto! La traición, la relación que tuve con Marco. ¿No cuenta que fue un error que apenas duró?, ¿no cuenta que te haya pedido perdón de rodillas una infinidad de veces, que después vivimos juntos diez años más y criamos una hija? ¿Debes sacarlo siempre a colación!? ¿Cómo es posible que un error, un único error, te autorice a culpabilizarme el resto de mi vida?

—¡No, Elisa! No... Te aseguro que no es eso lo que quiero, a mí tampoco me interesa hablar del tema. —Luca alarga la mano para coger la de su exmujer, que la retrae de forma instintiva.

Un camarero joven se acerca para servirles lo que han pedido, interrumpiendo la tensión del momento.

—Oye, Elisa —dice Luca apenas se aleja—. Olvida todo. La rabia, el resentimiento, todo lo que tenemos que recriminarnos. Te haré una pregunta, intenta responderme con sinceridad, porque es muy importante para mí. Lo necesito. ¿Me has querido alguna vez? De verdad, me refiero.

—Menuda tontería —responde la mujer desviando la mirada—. Me casé contigo, ¿no?

—No te he preguntado eso.

—Sí, claro que sí. Pero no quiero hablar de esto, me parece inútil.

Luca la mira con atención a los ojos. Esos maravillosos y profundos ojos verdes. Una vez más, se da cuenta de que lo que siente por ella nunca tendrá fin. Da igual cómo se llame, bueno, sí, podría llamarse amor. Sea como sea, se trata de algo inexplicable y malsano. Algo sin sentido que le ha condicionado y que seguirá condicionándole la vida hasta el último día. Comprende entonces que Elisa jamás ha sentido algo así por él y que jamás lo sentirá. De una forma u otra, ese pensamiento lo tranquiliza, le da fuerzas. Es la única manera de volver a empezar desde cero.

—Tienes razón, Elisa, perdona. Es una discusión inútil. Vamos, comámonos la sopa, si no se enfriará.

El sonido del teléfono despierta a Laura Damiani de improviso. Alguien le ha enviado un mensaje. Abre los ojos y mira alrededor. Los números rojos con luz led de su despertador marcan las dos y cincuenta y ocho de la madrugada e iluminan débilmente los contornos de los muebles y de los objetos. Puede que haya exagerado con la cerveza, a juzgar, al menos, por la manera en que le da vueltas la habitación. Cierra los ojos recordando lo que sucedió la noche anterior y susurra sin querer una maldición. Se lleva la mano a la frente y se la frota enérgicamente, tratando de recuperar el control de la situación. Cuando abre de nuevo los ojos el dormitorio sigue dando vueltas, pero, al menos, lo hace ya con mayor lentitud.

Laura sólo lleva puesto un top sujetador y unas bragas. Se incorpora apoyándose en un codo, coge el móvil, que está al lado del despertador, y pulsa un par de teclas para leer el mensaje: «Perdona la hora, pero quería decirte que sé que soy un cabrón y un canalla. Me he equivocado en todo, perdóname. Dame otra posibilidad. Te quiero. Luca».

Laura deja el móvil en la mesilla y se deja caer de nuevo en la cama tapándose la cara con las manos. «Cristo... menudo lío. ¿Qué demonios he hecho?».

Entretanto, Marco Rambaldi sigue durmiendo profundamente, tumbado bocabajo a su lado, desnudo.

Treinta y dos

Milán, cementerio monumental

Es casi mediodía cuando Matteo Serra llega a la zona cerrada al público por las obras de restructuración. Mira alrededor antes de acercarse a la puerta y examinar el candado. Está abierto. Justo como le dijo el tipo por teléfono.

Deja atrás la barrera y prosigue por la avenida arbolada que desde el Famedio conduce al osario central, proyectado por Carlo Maciachini. Cruza la plaza elevada, que cubre las celdas más antiguas del osario, y llega al mausoleo dominado por una cúpula octogonal. Las dos torres que flanquean la entrada principal reproducen el tema de bandas blancas y rojas de piedra y ladrillos, que caracteriza el proyecto original de todo el cementerio.

Tras dejar también atrás el osario, Serra ve a Rocco Barillaro en la zona de la vieja necrópolis, bajo el arco de una capilla de mármol, de espaldas. A pocos metros de él, a la izquierda, divisa a uno de sus guardaespaldas. El hombre lleva unas gafas de sol de espejo y tiene una mano metida en el anorak. Serra está seguro de que empuña un arma automática de una potencia letal. El comisario mira alrededor y vislumbra también al «gemelo», rezagado varios metros a la derecha, medio oculto por una gran lápida.

—¿Los has visto? —susurra al micrófono que lleva escondido en el cuello de su chaquetón Woolrich.

—Sí —responde una voz metálica en el auricular. Serra se acerca apartando con los pies más grava de la necesaria para anunciar su presencia.

—Ha fracasado, Serra —dice Barillaro sin moverse—. El intento de eliminar a ese infame de Pession en la cárcel ha sido un desastre. ¿Qué excusa piensa darme para justificar su ineficiencia?

—Usted ha fracasado, Barillaro —replica Serra sin inmutarse—. El intento de hacer hablar a Sergio Galbani ha sido un desastre. ¿Qué excusa piensa darme para justificar su ineficiencia?

—¡Quién te has creído que eres, coño, madero de mierda! —brama el hombre de

la *'ndrangheta* volviéndose de golpe—. ¡No te atrevas a hablarme de esa forma! — grita agitando el dedo índice a la altura de la cara.

—Tienes razón, ¿sabes? No debo volver a hablar contigo. Quiero hablar con Franco Capasso, enseguida.

Rocco Barillaro no da crédito a lo que oye. Hace todo lo posible para mantener la compostura, si bien sus ojos delatan la furia que se está apoderando de él.

—¡Hijo de la gran puta, tú no hablarás con nadie! Me rendirás cuentas a mí y basta. Y si te atreves de nuevo a...

—¿Si me atrevo a qué? —lo interrumpe Serra—. ¿A constatar que no eres capaz de hacer tu trabajo? Yo te di un nombre y para conseguirlo tuve que torturar y matar a un hombre. Tú sólo has sido capaz de ordenar que lo asesinaran, a él y a tres personas inocentes, incluido un niño. Y de eliminar también a tres de tus secuaces. En este punto, gracias a una carnicería inútil, estamos oficialmente en guerra. Debo salvaguardar mis intereses, no puedo fiarme de ti, así que, te lo repito... Saca el móvil del carajo y llama a Franco Capasso. ¡Ahora!

—Madero de mierda... ¡Te mataré!

—¿En serio? —pregunta Serra—. ¿De verdad crees que es tan fácil?

Un instante después la cabeza de uno de los dos guardaespaldas de Barillaro estalla y el hombre cae al suelo sin lanzar siquiera un gemido. El otro gorila saca una metralleta UZI de la funda que lleva en la axila, trata de encuadrar a Serra en la mirilla, pero el comisario se ha colocado de forma que Barillaro se encuentra en la línea de tiro. La vacilación del guardaespaldas es fatal para él. Un segundo disparo le entra en el entrecejo, dejándolo seco. El hombre cae hacia detrás, de espaldas y con los brazos abiertos. La bolita roja de un dispositivo de puntería láser se posa en el costoso abrigo de cachemira de Rocco Barillaro. El hombre parece paralizado, más por la incredulidad que por el miedo.

Serra da unos pasos hasta quedarse a menos de un metro de él.

—Te gusta jugar al padrino, Barillaro, y yo te lo he permitido porque, en el fondo, no me molestabas. No obstante, la situación empieza a ponerse seria y es hora de que salgan del campo los segundones y empiecen a jugar los auténticos profesionales.

—Cuando don Franco se entere de lo que has hecho...

—No hará nada, porque Capasso, a diferencia de ti, sabe de sobra cómo son las cosas. Tú aquí eres un huésped. Vuestros negocios, la venta de droga, el polvo colombiano... todo eso es posible gracias a mí. Puede que seas Dios Padre en tu Calabria de mierda, en medio de las ovejas y las montañas. Pero en Milán no. En Milán mando yo. Porque debes saber, mi querido Rocco Barillaro, que Milán es mía.

—¿Don Capasso?

—Sí, le escucho.

—No soy responsable de la situación que se ha creado, así que no aceptaré más

presiones. Por otra parte, no permitiré que nadie se entremeta en nuestros negocios y haré todo lo posible para impedirlo. Estamos de la misma parte, tenemos los mismos intereses, pero a partir de este momento las cosas se harán a mi manera.

—¿Qué propone?

—Para empezar tenemos que identificar a nuestros competidores, luego nos encargaremos de eliminarlos. Deprisa, con una precisión quirúrgica, ya hemos levantado una buena polvareda. Usted ponga a mi disposición hombres eficientes, unos diez. Cuando llegue el momento de intervenir se lo diré. Pero deberán obedecerme a mí, yo dirigiré las operaciones, al menos cuando se lleven a cabo en mi territorio.

—Siga.

—En este momento, Pession no es el único peligro, en jefatura están investigando. Es probable que haya otro testigo que podría causarnos problemas muy serios.

—Un testigo... ¿Quién? ¿Uno de los suyos?

—Sí, exacto. No pretendo mentir ni salir bien parado con excusas que no vienen a cuento. Se trata de dos infames, uno es de los suyos y está la cárcel, el otro es de los míos y por el momento está en paradero desconocido. Pero me ocuparé de los dos, tiene mi palabra.

—Bien, Serra, cuando lo haya hecho hablaremos sobre el siguiente paso.

—Perfecto, pero cuando acabe esta historia me pagará un millón de euros por las prestaciones que no estaban previstas en nuestros acuerdos.

—Tendrá ese dinero cuando recuperemos el nuestro.

—Una parte de los doce millones podría haber sido utilizada ya para comprar la metanfetamina... ¿se da cuenta?

—En ese caso tendrá su millón cuando hayamos recuperado lo que resta del dinero más la droga que ha sido comprada.

—De acuerdo, pero le ruego que tenga a su pinche al margen de todo esto, que no me toque más los huevos, no puedo perder tiempo con él.

—Pásemelo.

Serra vuelve a la capilla de mármol donde Rocco Barillaro sigue mirando, inmóvil, la bolita roja que baila sobre la solapa de su abrigo.

El policía la hace desaparecer con un ademán de la mano.

—Don Franco quiere hablar contigo.

Barillaro coge su móvil.

—Dígame... sí... sí, claro... De acuerdo, don Franco... Lo que usted diga.

Barillaro cuelga y se mete el teléfono en el bolsillo. Las palabras de Franco Capasso han sido claras, inequívocas. Serra es el que manda y él debe ayudarlo en todo lo que pueda.

—¿Y bien? —pregunta Serra—. ¿Tienes las ideas más claras?

Rocco Barillaro asiente con la cabeza.

—Perfecto. Ahora quiero que te esfumes... Pero antes debes limpiar la mierda que han dejado tus lameculos —dice Serra señalando a los dos muertos—. Te llamaré cuando te necesite, procura responder enseguida.

Alceo Di Sante está en la cabina de mando de una grúa, a cien metros de distancia y cuarenta de altura. Al ver que Serra se aleja separa el ojo de la mirilla telescópica de su fusil Awp calibre 308. Con gestos mesurados empieza a desmontar el arma y coloca las piezas en un maletín negro relleno de gomaespuma perfilada. Si alguien pudiera verlo en este momento juraría que en su cara se ha dibujado una mueca, pariente lejana de una sonrisa.

Treinta y tres

El apartamento de Luca Betti está en la zona de la plaza Udine, en el tercer piso de un decoroso edificio de principios de los años setenta con la fachada revestida de baldosas verdes de cerámica.

Está a apenas unas manzanas del edificio donde viven Sara y Elisa. Se lo alquiló a su amigo Claudio Barbagallo, el maestro de defensa personal, porque quería crear un punto de referencia, un lugar que, con el tiempo, su hija pudiera considerar una segunda casa. Pero Sara nunca lo ha considerado suyo.

Hoy, debido precisamente al piso, entre los numerosos problemas a los que se enfrenta Luca, se encuentra también el económico.

Elisa trabaja en una gran empresa de correduría de seguros y percibe la renta que le dejan varias propiedades inmobiliarias que sus padres le dejaron en herencia. En cambio, Luca sólo cuenta con el sueldo de comisario de policía. Pese a ello, siempre le ha parecido lógico y justo que su exmujer y Sara siguieran ocupando la casa familiar. Luca sigue pagando por ella una hipoteca, que le cuesta seiscientos euros al mes. A ellos se añaden los quinientos que paga todos los meses en concepto de alimentos para Sara, los ochocientos que da a Claudio por el alquiler, y la mitad de todos los gastos de su hija. Restando el dinero de las facturas, la comida y la gasolina, a Luca apenas le queda nada. Su cuenta corriente está casi siempre a cero.

Más de una vez ha pensado pedirle a Elisa que divida con él la cuota de la hipoteca o venderle su parte del piso. Pero los reproches tácitos de su exmujer que sufrió durante años, la frustración por no haber podido ofrecerle el estilo de vida que a ella le habría gustado, le crearon una especie de complejo de inferioridad en lo tocante al dinero. Hasta tal punto que ahora no se atreve a confesar a Elisa sus dificultades. Prefiere llevar siempre la misma ropa, eliminar los gastos extras como las vacaciones o un nuevo teléfono móvil, evitar todo tipo de lujos, con tal de no admitir el ulterior fracaso del que se siente protagonista.

El timbre despierta a Luca de golpe a eso de las siete.

Se durmió bien entrada la noche, después de haber vagado durante horas en el frío

polar de la ciudad, rumiando sobre el desastre que había sido la cena con su exmujer. Antes de dormirse quiso enviar un SMS a Laura. En ese momento tenía la impresión de que ella era la única cosa a la que podía aferrarse para seguir adelante. Su única esperanza.

—Laura... ¡eres tú! —dice al abrir la puerta. Está despeinado y no se ha afeitado, lleva puestos unos calzoncillos, unos calcetines de tenis y una sudadera gris.

—Hola, Luca.

—Yo... perdona, mira cómo estoy... entra, vamos, acomódate. ¿Te apetece un café?

—Oye, Luca —dice Laura dando un paso hacia adelante y apoyándose en el marco de la puerta—. He venido para decirte una cosa, me marcho enseguida.

—Ah... —exclama Betti asintiendo con la cabeza y cerrando la puerta. Le viene a la mente que hace veinticuatro horas él pronunció las mismas palabras, de forma que ahora le parece estar viviendo la misma experiencia al contrario—. Pero... ¿no te quieres sentar siquiera un segundo?

—No, es mejor que no.

—Está bien, como quieras. Te escucho.

—Anoche, cuando me mandaste el mensaje, estaba en casa y... Bueno, no estaba sola.

Luca la escucha con las manos apoyadas en la cintura. El despertar repentino y las palabras de Laura lo confunden.

—Hice una gilipollez, nunca he sido ese tipo de persona que busca historias de una sola noche. En fin, ¡que no soy de las que se dedica a follar con el primero que pasa!

Luca sigue escuchándola y asintiendo lentamente con la cabeza.

—El caso es que ayer sucedió. Fue un error y me arrepiento. Por ti no... es decir... no sólo. Sobre todo por mí misma. Puede que en parte fuera por lo que nos dijimos ayer por la mañana, por la forma en que rompimos. Puede que el motivo sólo sea esta vida de mierda, no lo sé, pero no estoy buscando excusas. Sólo quería decírtelo.

—¿Es alguien que conozco?

—No, pero eso da igual. Es un don nadie que, quizá, estaba aún más desesperado que yo. Y cuando dos desesperaciones se encuentran el resultado no puede ser peor. Lo único seguro es que no volverá a repetirse.

—Entiendo —dice Luca bajando la mirada.

Entre los dos se crea un silencio embarazoso.

—Oye, Luca... Ayer me pareciste confundido, me dijiste que necesitabas tiempo para pensar. Bueno, quizá ahora comprendo que yo también lo necesito. La verdad es que no creo que estar contigo me haya ayudado mucho en los últimos tiempos.

—No digas eso. Es un momento difícil, pero yo... En fin, oye, ahora ya no tiene demasiada importancia, pero ayer... no lo sé, tuve un momento de debilidad. Eso fue

lo que intenté decirte con ese mensajito idiota.

—No era idiota. Comprendí que querías disculparte y que ayer por la mañana estabas fuera de quicio, un poco. Pero ahora soy yo la que te pide una pausa. Estoy sola en esta investigación, que quizá sea la más difícil de mi carrera. No quiero hacer más tonterías como la de anoche, quiero concentrarme en el trabajo... si he de ser franca, no me siento capaz de ocuparme también de ti y de tus problemas.

Luca alza los ojos y su mirada se cruza con la de Laura.

—No te andas con rodeos, ¿eh?

—Perdona, Luca, pero es lo que pienso y debía decírtelo. En todo caso, soy yo la que ahora necesita apoyo y tú, suponiendo que lo intentáramos de nuevo, no me pareces en condiciones de dármelo.

Luca querría objetar algo, responderle que está dispuesto a ocuparse de ella y ayudarla, pero luego cambia de idea.

—En pocas palabras —dice con una sonrisa de acritud—, que no nos servimos el uno al otro.

—En este momento es así. Si seguimos juntos sólo nos haremos daño. Yo también te quiero, Luca, pero creo que es mejor que lo dejemos.

Cuando Laura se marcha Luca se queda sentado casi una hora en la cocina, pensando. Luego, de forma mecánica, prepara una cafetera de tres tazas y se la bebe, sin azúcar. Se afeita, se da una ducha y se pone un par de vaqueros, unas botas Timberland, un suéter con el cuello de pico y una chaqueta deportiva. Arrastra una silla de la cocina hasta el dormitorio, la acerca al armario y sube a ella. Palpando, encuentra lo que busca al fondo, cerca de la pared. Una caja metálica de galletas holandesas.

La lleva a la cocina con la silla. Se sienta, la abre y saca un trapo blanco doblado en cuatro. Lo extiende sobre la mesa. Luego saca una escobilla, una botellita de aceite para armas de fuego y una caja de cartuchos, que coloca ordenadamente en los bordes del trapo. Por último, saca la pistola, una IMI Desert Eagle calibre 44. Una de las semiautomáticas militares más potentes que hay en circulación. Con calma, como si estuviera manipulando un objeto de cristal muy delicado, empieza a desmontarla para lubricarla.

Treinta y cuatro

Andrea Gherardi fue un gran policía. Durante varios años guio uno de los mejores equipos de la sección Antidroga de Milán, de forma que en jefatura se sigue hablando con respeto de él y de su núcleo operativo.

Pero, en pocas semanas, una serie de sucesos negativos sacudieron su vida y obligaron a que su grupo se disolviera: la muerte de Giulio Visci, el miembro más joven del mismo, la dimisión de Leo Massacese, su amigo veterano en el equipo, y el maldito tiroteo en la plaza Mentana. El proyectil que le destrozó la rodilla y lo dejó cojo para toda la vida. Cuatro operaciones, meses y meses de rehabilitación y, al final, la conciencia de no poder volver a ser el hombre de antaño.

De esta forma, después de un largo periodo de ausencia del servicio por motivos de salud, acompañado de un grave síndrome depresivo, Gherardi se tuvo que contentar con un ascenso a jefe adjunto, un encomio solemne con el correspondiente premio de ochocientos euros brutos, y un bonito puesto de subalterno como nuevo responsable de la oficina de personas desaparecidas.

Todo esto mientras Matteo Serra ocupaba su puesto para liderar un nuevo núcleo antidroga más poderoso, y se convertía en uno de los policías más influyentes de la ciudad.

Dadas las características del nuevo puesto de Gherardi, cabría pensar que aún le corresponde investigar, pero en realidad la oficina que dirige sólo sirve de enlace. Entre sus funciones se encuentra la de mantener el contacto con los parientes de los desaparecidos, de forma que Gherardi pasa días enteros examinando los bancos de datos de las distintas fuerzas de policía internacionales, comparando los casos y leyendo viejas actas para facilitar un soporte estadístico a los compañeros que investigan sobre el terreno. Se acabaron las atribuciones de primer orden para él.

En los últimos dos años la inactividad y la apatía han transformado también su físico. Ha engordado, se está quedando calvo y cada vez se muestra más desaliñado y esquivo. En jefatura lo llaman ya el Oso y, a pesar del respeto que impone su pasado operativo de alto nivel, son muy pocos los compañeros que aún están dispuestos a tratar con él. Por lo general, prefieren ignorarlo, incluso por simple incomodidad.

Cuando su grupo estaba en plena actividad Gherardi nunca tenía tiempo para ordenar su piso de tres dormitorios, situado en el tercer piso de un edificio enorme y anónimo de Segrate. No obstante, por aquel entonces tenía la perspectiva de mejorarlo, de dedicar medio día a comprar lámparas que sustituyeran las bombillas que colgaban del techo. En alguna ocasión había incluso pensado en comprar un par de librerías baratas, unas de esas suecas, para divertirse montándolas solo y ordenar, por fin, los libros que había apilados por toda la casa.

Hoy no siente la necesidad.

El desorden difuso, la caótica provisionalidad del piso se han convertido en una representación estable y concreta del vacío de su existencia. Una especie de refugio a medida para su sufrimiento.

Andrea Gherardi vive por inercia, quizá porque jamás ha tenido valor para meterse el cañón de la pistola en la boca y apretar el gatillo. Y ahora, en la desolación de sus días, idénticos el uno al otro, es como si quisiera cumplir el castigo que se ha impuesto por su cobardía.

Mientras se come una lata de atún y un poco de queso oye llamar a la puerta. Antes de ir a abrir realiza el gesto mecánico de coger la pistola reglamentaria de la mesita que hay al lado del sillón y metérsela en la cintura de los calzoncillos, a la espalda.

—¿Luca? ¿Qué haces aquí?

—Hola, Andrea. En jefatura me ha dicho que estás de vacaciones, así que...

—Sí, los de personal me obligan a hacerlo de vez en cuando. Según parece, la Administración Pública ya no puede pagar como antes los días de permiso que no se utilizan. Entra.

La invitación de Gherardi suena más dictada por el deber que por el placer de volver a ver a un viejo amigo. Luca da unos pasos en el recibidor y comprende al vuelo en qué condiciones vive su compañero. Polvo, olor a cerrado, vasos y libros esparcidos por todas partes.

—Oye... no estoy acostumbrado a tener invitados.

—No te preocupes, Andrea, yo también vivo solo, sé lo que significa —miente Luca.

Se sientan en unos viejos sillones de color gris, al lado de una mesita baja de madera y cristal.

—Debes de tener un buen motivo para haber venido hasta aquí.

—Sí, así es —asiente Luca.

—Ah, oye... Si quieres... no sé, una taza de café. No creo poder ofrecerte nada más.

—No quiero nada, gracias. Estoy bien.

—Como prefieras. Dime entonces.

—Se trata de Cristina Fogli.

La cara de Gherardi se ensombrece.

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que estás al corriente de lo que está sucediendo.

—Sé que no ha ido a trabajar, eso es todo.

—En realidad se la ha tragado la tierra. Hace más de tres días que no da señales de vida y nadie sabe dónde puede estar.

Andrea Gherardi frunce el ceño.

—Estaba trabajando con Laura Damiani en la investigación del atraco de la calle Broletto —prosigue Luca—. Parece haberse volatilizado de un día a otro. No se llevó nada de casa, tiene el móvil desconectado, no ha usado el cajero automático ni la tarjeta de crédito. Un auténtico misterio.

—¿Te estás ocupando tú de ella? —pregunta Gherardi—. Porque, de ser así, te advierto que los casos referentes a nuestros colegas no me los pasan a mí sino a los del departamento de asuntos internos.

—Lo sé, pero no he venido a verte de forma oficial, ni siquiera estoy de servicio, me han suspendido. Pegué a un par de cabrones hace un par de días —explica Luca adelantándose a la pregunta de su compañero—, estaban siguiendo a una chica y se me fue la mano.

—No creía que fueras capaz de hacer ese tipo de cosas. Quiero decir... Por lo que he oído es una reacción más propia de tu amigo Marco Tanzi.

—Sí, no eres el primero que me lo dice. Sea como sea, volviendo a nosotros... Necesito tu ayuda para encontrar a Cristina Fogli.

—Pero... a ver si lo entiendo. ¿Estás hablando de una investigación oficiosa?

—Exacto. Salisteis juntos hace unos años, quizá, si te esfuerzas, recuerdes algo, un detalle que nos ayude a dar con ella. En jefatura van a tientas, vaya como vaya no podemos ser menos eficientes que ellos.

Andrea Gherardi está perplejo.

—No lo sé, Luca. Hace mucho que no trabajo en la calle. Además, no creo que pueda serte de gran ayuda, la relación con Cristina es agua pasada... desde ni se sabe cuándo.

—Sí, pero, de todas formas, fuiste su jefe durante mucho tiempo, trabajasteis juntos. Si te esfuerzas por recordar seguro que darás con algo que pueda ayudarnos a orientar la investigación. No se puede desaparecer así, en la nada, sin dejar rastro.

—No me parece una buena idea, Luca.

—Andrea, debes saber algo más. Es posible que Fogli esté huyendo de Matteo Serra.

—¿Qué? ¿Qué dices, qué significa eso? ¿Escapar por qué? Explícate mejor.

—Oye, no es oficial, pero... Puede que Serra esté involucrado en algo sucio. Algo que tiene que ver con el mercado de la cocaína en Milán, con la *'ndrangheta* y con el atraco de la calle Broletto. Es probable que Fogli fuera su cómplice y que luego decidiera quedarse al margen. Es muy posible que encontrándola le salvemos también la vida.

—Si sospechan de Serra, ¿por qué no lo meten en el trullo?

—Porque, como te he dicho, por el momento sólo barajamos hipótesis. Con todo, hay varias coincidencias... El primero que me habló de la posible complicidad de Serra fue Salvemini.

—¿El fiscal?

—Exacto. Pero tampoco él tiene pruebas concretas, todos nos estamos moviendo en un terreno minado. Cristina Fogli es la única que podría testimoniar y transformar las sospechas en acusaciones precisas.

Andrea Gherardi reflexiona unos segundos con la mirada perdida en el vacío.

—Serra... Ayer me llamó para preguntarme si sabía dónde podía estar Cristina. Me pareció normal, forma parte de su equipo. Además, por lo que sé son amantes. O, al menos, lo han sido.

—Andrea, está sucediendo algo, estoy seguro. Ayúdame a encontrar a Cristina Fogli. Eres la persona más cualificada para hacerlo.

—Pero ¡qué dices, Luca! ¿Me estás tomando el pelo? Soy un montón de chatarra, un tullido que sólo puede trabajar en oficinas. ¿Qué esperabas al venir aquí? ¿Que me tirase de cabeza a una investigación incoherente y, por si fuera poco, no autorizada? El año pasado Tanzi y tú tuvisteis suerte con su hija, la encontrasteis, pero eso sucede una vez de cada mil. No podría ayudarte aunque quisiera hacerlo. Te conviene pedírselo a otro.

—Andrea, te lo ruego. Te aseguro que...

—No, disculpa, soy yo el que te ruega que te vayas. No puedo ayudarte. Ya no estoy en condiciones de ayudar a nadie. Perdona, pero es así.

Luca querría insistir, pero sabe que es inútil. Se levanta y asiente:

—Está bien, eso significa que la buscaré solo. Sea como sea, debo intentarlo.

—Oye, olvídalo, ¿qué crees que estás haciendo? Ya se ocuparán de encontrarla y protegerla nuestros compañeros. Tú eres un buen hombre, Luca, y si es cierto que Serra está involucrado estamos hablando de algo que te supera. No te metas en líos.

—¿Sabes, Andrea? No eres el primero que me dice hoy que ya no sirvo para nada.

—Te advierto que no pretendía...

—No, no te disculpes, no es necesario. Puede que sea verdad, es muy probable que ya no valga gran cosa, ni como hombre ni como policía. Pero ¿sabes qué te digo? Que tengo intención de descubrirlo solo, si estoy acabado, me refiero. Y no creas que tengo que demostrar nada a nadie... Estoy hasta los cojones de compadecerme de mí mismo, eso es todo. En este caso tenemos a una compañera desaparecida y a un policía renegado, un hijo de puta que deberíamos meter en la cárcel. Serra o no, tengo intención de poner Milán patas arriba pistola en mano, saquearla y destruir esta ciudad del carajo, y después, si Fogli sigue sin aparecer, iré a buscarla hasta el infierno. Y te aseguro que la encontraré. —Luca se acerca a la puerta y la abre.

—Espera. —Gherardi lo detiene antes de que le dé tiempo a salir—. Espera un

momento. ¡De acuerdo, Cristo! Dame un par de minutos. Te acompaño.

Treinta y cinco

—**P**ero bueno, Cate, ¿se puede saber cuántas debemos pelar aún?

—¡Calla y trabaja! ¡Debes ganarte el alojamiento y la comida, desgraciada!

Cristina Fogli sonrío y coge otra manzana de la cesta que hay en la silla de al lado. La parte en cuatro, saca el corazón, pela los gajos y los mete en el gran cubo de plástico que ocupa el centro de la mesa y que está ya medio lleno. Las pieles y los corazones van a parar, en cambio, a una bolsa de plástico reciclable.

Sentada delante de ella, Caterina Aquilano imita sus gestos pescando la fruta de una caja de madera.

Es una mujer de unos cincuenta años, rubia, de mirada plácida y acogedora. Su cuerpo aún es atractivo, capaz de volver locos a los hombres de cualquier edad. Jamás le ha preocupado lo que pensaban los demás de su aspecto, siempre eligió la ropa, los peinados y los complementos que le gustaban, sin preguntarse si con ellos gustaría o no. Quizá sea justo esa seguridad en sí misma y en su feminidad lo que la hace tan seductora.

—Pero ¿quién se va a comer toda esta mermelada? —pregunta Cristina—. ¿No será demasiada?

—No la hacemos para comérmola, nos sirve para la feria de beneficencia que organizamos en el centro al principio de cada estación.

—Ah, sí, me lo contaste.

—Si me escuchases alguna vez... ¡No sé dónde tienes la cabeza!

—Perdona, Cate —contesta Fogli pelando la manzana que tiene entre manos—. Últimamente ni siquiera yo lo sé. Háblame del centro, es mejor, vamos.

—Hace más de diez años que les echo una mano. La estructura se ha quedado anticuada, pueden cerrarlo en cualquier momento. Cada vez cuentan con menos subvenciones estatales, y lo mismo sucede con las prestaciones que reconoce el servicio sanitario nacional. Si no fuera por la beneficencia y el voluntariado...

—Pero, en concreto, ¿qué hacen aquí?

—Rehabilitación. Varios tipos de actividades reeducativas para menores discapacitados. Logopedia, fisioterapia y asistencia psicológica. Muchos chicos vienen después del colegio, sobre todo hijos de trabajadores que no se pueden

permitir una canguro o una escuela privada.

—¿Y están aquí gratis?

—Bueno, gratis del todo, no. Pagan una contribución mínima. Recibimos algo de dinero del Estado, el resto es obra de los voluntarios.

—Como tú.

—Ya, como yo.

—¿Y esta venta de beneficencia?

—En realidad no es precisamente de beneficencia, yo la llamaría más bien autofinanciación. Con el dinero que ganamos compramos el material didáctico que utilizamos en las diferentes terapias. Por suerte se ha convertido en una cita fija en la ciudad, y la gente es muy solidaria. La hacemos cuatro veces al año, la llamamos feria y le damos el nombre de la estación que está a punto de iniciar. Esta mermelada, por ejemplo, es para la feria de primavera. Si es que llega de una vez... dado el frío que ha hecho en las últimas semanas casi parece que esté a punto de empezar una nueva era glacial, como en la película con ése... ¿cómo se llama? Sea como sea, como te decía, los chicos hacen varios objetos, pisapapeles o muñequitas con ovillos de lana, ese tipo de cosas. Y dibujan las etiquetas de los productos que hacemos las otras voluntarias y yo.

—Así que tú contribuyes a la feria con esta mermelada de manzana tan especial.

—Exacto. Y tengo que decir que mis conservas siempre tienen mucho éxito. La materia prima me la regala un tipo que conozco, un campesino. En realidad me tira los tejos, cree que regalándome fruta tarde o temprano follaré con él, pero es un iluso... No obstante, me sirve, así que dejo que se lo crea. El azúcar, en cambio, lo compro yo.

—Estás como una cabra, pero te admiro. No sé dónde encuentras la fuerza y el tiempo.

—De eso tengo para dar y tomar, en el fondo, el trabajo que hago no es nada estresante.

Caterina Aquilano colabora con una empresa que produce juegos de mesa, una de las más importantes de Italia. Escribe textos para los manuales que los acompañan y, de cuando en cuando, algún que otro cuento para editores especializados en literatura infantil.

Cristina y ella se conocieron hace muchos años en Abruzzo. Por aquel entonces, Fogli pasaba las vacaciones veraniegas en Tortoreto Lido con sus padres. A pesar de la diferencia de edad (en aquella época Cristina tenía quince años y Caterina casi treinta) entre ellas surgió enseguida una relación especial, como si estuvieran predestinadas a ser amigas. Esta relación se consolidó con el tiempo, hasta hace siete años. Después de la muerte de sus padres Cristina decidió no volver de vacaciones a Abruzzo y la suspensión de esta cita anual las alejó. Aunque sólo físicamente, porque, si bien dejaron de verse, el afecto que las unía pervivió.

Hasta el día en que, a las ocho de la mañana, Cristina Fogli, turbada por el

remordimiento, el miedo y una noche al volante de su Polo, llamó a la puerta de su amiga.

Caterina Aquilano vive en Giulianova Lido, en una casita aislada, en medio de la franja de campo que separa el litoral adriático de la zona industrial que costea la autovía conocida como la *Teramo mare*.

Caterina la acogió sin hacer preguntas, como si se hubieran despedido el día anterior. Y, al abrazar a su vieja amiga, Cristina experimentó una sensación que echaba de menos desde hacía mucho tiempo: sentirse en casa.

Las dos mujeres siguen pelando manzanas en silencio un rato más.

—Hace cuatro días que estoy aquí y aún no me has preguntado nada.

—Te conozco, Cri, si hubieras querido decirme algo lo habrías hecho sin necesidad de que yo te preguntara.

—¿No sientes curiosidad?

—¡Por supuesto, vaya pregunta! Pero no soy una entrometida, ya lo sabes. De no ser así habrías ido a cualquier otro sitio.

—Cate, estoy metida en un buen lío.

—No me digas. No me sorprende.

—No, en serio. Tengo miedo.

Caterina Aquilano deja el cuchillo en la mesa y mira a su amiga a los ojos.

—Oye, Cri... Si quieres hablar aquí me tienes. Quizá pueda aconsejarte sobre la manera de afrontar la situación. No es seguro que lo consiga, pero al menos lo intentaré.

—Todo es muy complicado, han sucedido unas cosas espantosas y yo estoy metida hasta el cuello.

—¿Se trata de droga? ¿Te has metido en líos por eso?

—No... sí... pero eso no es todo. Tengo una relación con un hombre, mi jefe. Es una persona perversa y ha hecho unas cosas... Y yo soy su cómplice.

—¿Qué ha hecho?

Cristina no contesta.

—Oye, ya que hemos empezado a hablar deberíamos ir hasta el fondo. Dime de qué se trata en concreto.

—Han muerto varias personas.

—Dios mío... no me digas que tú...

—No, espera, yo sabía que recibía dinero de ciertos traficantes, hace tiempo que lo comprendí. Sin embargo, siempre ha hecho muy bien su trabajo, en los últimos años no hemos hecho otra cosa que arrestar traficantes y secuestrar droga. Cuando descubrí que él había ido más allá, que varias personas habían muerto a causa de sus negocios, escapé.

—¿Y ahora no lo denuncias porque tienes miedo de tener que pagar también por ello?

—En parte sí, pero la razón principal es que estoy asustada. Es una persona

poderosa, el jefe de la brigada Antidroga de Milán. Está rodeado de colegas sin escrúpulos, gente que mata sin pensárselo dos veces.

—¿Cómo es posible que no haya ningún policía honesto dispuesto a ayudarte? ¿Has hablado con alguno?

—No, pero en los últimos días he conocido a una mujer, una compañera. Es una comisaria, me asignaron provisionalmente a su equipo y desde entonces tengo la impresión de estar renaciendo. Empezó a gustarme de nuevo el trabajo después de no sé cuántos años.

—Bueno, qué carajo, habla con ella, ¿no?

—No puedo, porque la engañé para protegerlo a él. Piensa qué gilipollas soy, hace tiempo incluso quise a ese bastardo.

Caterina Aquilano se levanta, rodea la mesa y se arrodilla cerca de Cristina. Le coge una mano mientras las lágrimas de un llanto silencioso empiezan a resbalar por las mejillas de su amiga.

—Cri, todo se puede arreglar, no debes tirar la toalla. Ahora me tienes a mí. Sólo debes recuperarte, descansar y aclarar las ideas, luego estoy segura de que harás lo que debes hacer, y yo te apoyaré.

—Eres la única amiga que tengo —dice Cristina apretándole las manos—. La única que me quiere de verdad. No tengo a nadie más.

—¡Piensa en lo mal que estás! —exclama Caterina Aquilano arrancando una sonrisa a Fogli—. Vamos, acabemos de pelar estas benditas manzanas. Luego, esta noche, te prepararé una cena para chuparse los dedos y nos beberemos también una botella de vino de Montepulciano. Ya verás como al final dormirás ocho horas de un tirón... ¡y mañana todo te parecerá fácil!

Treinta y seis

*Marco Tanzi, cárcel de
Canton Mombello, Brescia*

Hace ya varios días que esos dos majaderos intentaron dejar seco a mi coinquilino. Hasta ahora nadie lo ha vuelto a intentar. Se habrá corrido la voz de que uno de los dos no podrá volver a levantar peso con el brazo derecho y que, de ahora en adelante, el otro no podrá hacerse una paja sin sentir un dolor insoportable en la muñeca. Para los que viven en la cárcel estos detalles tienen cierta relevancia. El fiscal Salvemini ha confirmado que tiene influencia aquí dentro, porque aún no nos han separado. Por lo visto, el director de este sitio le debe algo.

La relación con Furio Pession evoluciona poco a poco. De vez en cuando comentamos algo. Cosas sin importancia, la consabida charla entre presos. El comedor, que es un asco, lo nauseabundos que son los programas de televisión. Siempre me deja elegir canal. Tenemos un televisor de catorce pulgadas colgado a la pared, tan alto que hay que estar tumbado para poder verlo.

Hoy, casi una hora después de comer, le entran ganas de hablar.

—No me has dicho por qué estás aquí dentro —dice desde su habitual rincón, detrás de las literas, desde el que vigila la entrada de la celda.

—Ni tú me lo has preguntado —contesto—. En cualquier caso, pegué a un madero —añado al cabo de unos minutos—. ¿Y tú?

Se toma también su tiempo.

—Ah, bueno... es una larga historia.

—No me parece que nadie nos meta prisa en este sitio de mierda —replico en tono vagamente agresivo para que comprenda que ahora le toca a él desembuchar y que no puede echarse atrás.

—Bueno, yo... verás, soy víctima de un prejuicio bastante común.

—¿Qué quieres decir? Explícate.

—Algunos piensan que el amor es una cuestión que se puede relegar a convenciones como la raza, las orientaciones sexuales... la edad.

—¿Eres marica? —le pregunto a bocajarro—. Te advierto que no tengo nada contra ellos. Basta que no se me acerquen, a menos que quieran acabar en el hospital.

—No, no, no es eso... —se apresura a explicar—. Además, la homosexualidad no es un delito.

—¿Entonces qué?

—Nada, verás... me gusta rodearme de jóvenes, me gusta arrebatárles la vitalidad, la frescura... la inocencia que sólo se puede transmitir hasta cierta edad.

—No veo nada malo en ello —digo, fingiendo que sigo leyendo. Es una revista religiosa, llena de reportajes sobre peregrinaciones y artículos sobre enfermos terminales que se declaran encantados con su estado.

—¿De verdad? —pregunta Pession—. ¿Así que no tienes ese tipo de prejuicio?

—¿Bromeas? —digo tratando como puedo de mantener cierta credibilidad—. A mí me pasa lo mismo. Pienso, es más, estoy seguro de que no hay nada más gratificante para un joven o una jovencita inexperta que encontrar a alguien que pueda cogerlos de la mano y acompañarlos en el descubrimiento del sexo, regalándoles su experiencia, afecto, conciencia de las cosas. Ayudar a brotar un vástago es un gesto de auténtico amor.

—Ya... A mí me gusta follármelas sin más.

—Si me permites... cuando hablas de jóvenes, ¿a qué edad te refieres en concreto?

—Y yo qué sé, ¡no les pido el carné de identidad! No obstante, hablamos de menores, por supuesto. Por mis manos han pasado algunas realmente verdes. Con frecuencia chinas. A veces gitanitas. Ésas cuestan menos.

—¿Qué quieres decir? ¿Les pagas?

—Pero ¿qué coño dices? A ellas no, a los que me las pasan.

Calla un momento, como si estuviera reflexionando.

—¿Contigo lo hacen gratis? —insisto.

—No, por desgracia, no.

—¿Por eso estás aquí dentro? ¿Lo intentaste con alguna cría y te denunció?

—Ah, si es por eso he pagado, vaya si he pagado, incluso demasiado. El problema es que una persona de la que me fiaba resultó ser deshonesto.

—Un infame, ¿eh? El mundo está lleno de gente así.

—Ya...

Dejo pasar un poco de tiempo. No puedo cargar la mano, debe abrirse de forma espontánea, si se da cuenta de que me interesan demasiado sus asuntos podría sospechar algo.

—Oye, quiero proponerte algo... —gorjea con su vocecita desagradable, a caballo entre el falsete y el tono propio de un párroco de provincias.

—Piénsalo bien, porque si tiene que ver con el sexo te parto un brazo.

—No, por Dios... ¡menuda ocurrencia! Es una propuesta de trabajo. El otro día me protegiste de esos dos tipos. Creo que alguien lo volverá a intentar tarde o

temprano. Me gustaría que siguieras defendiéndome, sólo que a partir de ahora te recompensaré.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Dinero. Te pagaré. No me falta, puedo darte lo que quieras.

—¿En serio? ¿Cuánto?

—Pide tú.

Finjo que reflexiono un momento.

—Pongamos... quinientos cada vez que te defienda. Mejor dicho, no, prefiero algo fijo... Cien al día. Y me darás quinientos cada vez que tenga que darle una tunda a alguien. Incluidos los retrasos.

Ahora es él quien finge meditar.

—Mmm... De acuerdo, trato hecho.

—Sí, pero ¿cuándo veré el dinero? Aquí dentro no puede ponérmelo en la cuenta.

—Ah, no te preocupes, tendrás todo en un par de días, incluidos los retrasos y un par de meses por adelantado. Llamaré a mi abogado y me lo dará en efectivo. Entonces... ¿de acuerdo?

—¡Por supuesto! —digo incorporándome y volviéndome hacia él—. ¡De acuerdo! —Le tiendo la mano y él se acerca con aire tímido para estrechármela. Tiene la consistencia de un flan en mal estado, me entran ganas de triturársela—. Pero no intentes embaucarme, ¿eh? —añado con la expresión más obtusa que logro improvisar—. ¡O te arrepentirás!

—¡Tranquilo! —responde él serio—. Puedes fiarte de mí.

Bien. Ha llegado el momento de poner en marcha la segunda parte de mi plan. Ha llegado el momento de ponerme en contacto con Matteo Serra.

Treinta y siete

Milán, discoteca Shy Guy,
avenida Sempione

En los años ochenta aún se iba a las discotecas a bailar. Luego, ya a principios de la década siguiente, la fiebre del sábado noche se fue enfriando. Al menos ese tipo de fiebre.

El cierre del Studio 54 en Nueva York puso punto final a una era, porque a partir de ese momento las discotecas empezaron a transformarse en algo diferente. Alguien pensó en convertirlas en unos puntos de encuentro más estructurados, unos ambientes que favorecieran las relaciones, el entretenimiento. Claro que algunos sólo seguían yendo a ellas a bailar, pero aun así no tardaron en convertirse en unos locales que se frecuentaban, sobre todo, para beber alcohol y consumir drogas.

La música siguió la misma evolución. Del baile melódico se pasó al *house* y al *techno*. De la música de baile a la música de fondo de las alucinaciones.

¿Y las relaciones sociales? A tomar por culo. Que cada uno se apañe con el *smartphone*. Lo importante es que nunca falte la conexión sin cables.

La Shy Guy de Milán es una de las discotecas más *cool* de Italia. Desde siempre puedes encontrar en ella a la gente que cuenta, a los *discjockeys* más famosos, y también la mejor música. La que aún no se escucha siquiera en las radios de vanguardia. Hoy en día no se distingue entre *dance*, *techno* o *house*. Hoy en día todo es una gran olla postmoderna, tanto en la música como en muchas otras cosas.

En cualquier caso, si estás en Milán y te apetecen los cócteles más coloreados, las chicas imagen más provocadoras, o los mejores relaciones públicas la única alternativa es ir a Shy Guy. Aunque, a decir verdad, el plato fuerte de la casa es otro: el río en crecida de polvo blanco y el sinfín de pastillas de colores que circulan, sin demasiadas precauciones, pasando de una mano a otra a cambio de unos cuantos billetes arrugados.

Hace tiempo era el reino de un tal Aldo Braga, el traficante de la mafia en Milán. Era el gestor del local, una de las actividades comerciales más rentables de la ciudad.

Luego, justo en el periodo en que Matteo Serra se convirtió en el nuevo jefe de la brigada Antidroga, Braga fue víctima de un misterioso accidente. Murió en el incendio de la discoteca, que se produjo un día en que estaba cerrada, mientras estaba solo en su despacho. «Con toda probabilidad, para revisar la contabilidad», reza el informe oficial. La investigación, que fue supervisada también por el comisario Serra, demostró que el fuego había sido causado por un cortocircuito accidental.

Los daños al inmueble fueron notables. No obstante, una sociedad inmobiliaria con sede en las islas Caimán compró de inmediato Shy Guy, la reestructuró por completo y la volvió a abrir con una inauguración por todo lo alto sólo seis meses después del incendio.

Nueva decoración, nuevo director, nuevo personal. Hasta las cadenas televisivas se hicieron eco del evento y la definieron como «la discoteca italiana más frecuentada por los vips».

Como cualquier sábado por la noche, la cola a la entrada es infinita. Un grupo de empleados encargados de la seguridad selecciona con cuidado a los clientes, prestando especial atención a la manera de vestir. Son cuatro tipos musculosos, uniformados con un traje de chaqueta de Armani impecable y zapatos de charol que han recibido de la dirección. Completan el cuadro los auriculares y las gafas oscuras, pese a que son las once y cuarto de la noche.

Es increíble que los cuatro logren soportar el frío, dado que no llevan ni anorak ni abrigo. Probablemente, los esteroides anabolizantes que se inyectan para mantener constante la masa muscular los insensibilizan a las bajas temperaturas.

Delante de la marquesina de plexiglás de colores que domina la entrada hay un espacio donde está prohibido aparcar, delimitado por las clásicas rayas naranjas propias de las zonas de «carga y descarga».

A las veintitrés y veinte en punto una furgoneta azul se detiene de través en ese espacio.

—¡Eh! —exclama uno de los encargados de seguridad acercándose al vehículo—. No puedes estar aquí, amigo.

El empleado de Shy Guy tiene un aspecto anónimo, pelo casi a ras y barbita afeitada, según los dictados de la moda actual. Mientras trata de ver la cara del tipo que conduce, la puerta lateral se abre y por ella salen dos hombres con anorak negro, pasamontañas y botines acordonados. Uno de los dos levanta un brazo y le dispara con una pistola a quemarropa, en la frente. El otro lanza una ráfaga de proyectiles en dirección a la entrada con un fusil de asalto Colt M4 A1, configurado en funcionamiento automático. Los hombres de la seguridad se desploman, además de un par de clientes que, por desgracia, estaban en la línea de tiro.

En menos de un segundo se desencadena el pánico. Gritos de terror, desmayos, gente que huye por todas partes. Muchas jóvenes acaban en el suelo debido a los

tacones vertiginosos, causando una sucesión de caídas. El conductor de la furgoneta, mientras tanto, arranca de golpe, sube a la acera y, con una sacudida de la suspensión, se estrella contra el cristal que hay a la entrada del local. Un tercio de la furgoneta está ahora dentro de Shy Guy. El conductor se apea del vehículo por la parte trasera y se reúne con sus dos compañeros, que llevan la cara tapada con el pasamontañas. Como una exhalación, los tres dejan atrás la isla que divide la calle hasta llegar al todoterreno que está aparcado con el motor encendido en la acera de enfrente. Entretanto, el tráfico se ha detenido a la entrada del local. Los coches frenan para no atropellar a la gente que huye por los carriles. Mientras el estruendo que hacen dos coches al chocar se añade a los gritos de terror, el todoterreno parte en dirección contraria al parque Sempione.

Pasan unos segundos. Luego se produce el estallido.

El asfalto tiembla en un radio de, al menos, cien metros, los escaparates de la manzana y las ventanas de varios edificios circunstantes se desintegran, inundando de fragmentos una zona increíblemente amplia. Al menos seis coches, que estaban aparcados cerca de la entrada de la discoteca, son alcanzados por la explosión y se incendian. Decenas de personas son sacudidas por la onda de choque y azotadas por la lluvia de esquirlas de cristal. Cuerpos ensangrentados aterrizan en medio de la calle, en la acera, uno incluso en la marquesina de la parada del tranvía. Una joven ataviada con un vestido largo y una chaqueta de piel es proyectada contra un coche aparcado y se rompe el hueso del cuello, muriendo en el acto.

Decenas de alarmas de los coches y las tiendas cercanas suenan a la vez en una macabra marcha fúnebre, al mismo tiempo que un humo negro y denso sale de Shy Guy y las llamas salen con furia por los cristales rotos, buscando fuentes de oxígeno para alimentarse.

Este tramo de calle era Milán hasta hace poco. Ahora es el infierno.

Treinta y ocho

Han pasado unos cuarenta minutos desde la explosión. La jefa de policía de Milán, Daniela Boschi, llega al lugar del accidente a bordo de su coche oficial, escoltada por dos coches patrulla. El escenario que se abre ante sus ojos es alucinante.

La lluvia sutil, mezclada con la nevisca que empezó a caer hace una media hora, hace que todo parezca más desenfocado e irreal. En el lugar ya hay al menos diez ambulancias, un vaivén de camillas, policías, carabineros, paramédicos. Llantos, gritos y sangre por todas partes, el terreno totalmente cubierto de residuos y fragmentos de cristal.

En la avenida Sempione la guardia urbana ha detenido el tráfico en los dos sentidos para crear un corredor de servicio destinado al personal de primeros auxilios. En las calles laterales empiezan a amontonarse las unidades móviles de las cadenas televisivas y de las radios, los *flashes* y los faros halógenos de las cámaras parecen luces estroboscópicas enloquecidas, hasta el punto que es difícil encuadrar de forma precisa el escenario de la explosión.

A duras penas, gracias a los cuatro agentes uniformados que le abren paso, Daniela Boschi consigue acercarse a los restos de la entrada de Shy Guy. El cráter tiene una profundidad de al menos dos metros y el asfalto está marcado por varias grietas anchas que se ramifican de forma siniestra hasta el centro de la calle.

«Es una herida mortal para esta ciudad», piensa la mujer. «Una herida que quizá nunca cicatrizará».

El jefe de policía adjunto, Pandolfi, se reúne con ella y, cogiéndola de un brazo, la lleva a una zona segura.

—¿Sabemos ya el número de víctimas? —pregunta Boschi en voz alta para que pueda oírla en el ruido infernal de ese escenario apocalíptico.

—Por el momento tenemos, al menos, veinte cadáveres —responde el jefe de la brigada Móvil guiándola en medio del caos—, hay varias decenas de heridos y muchos están graves.

Un hombre vestido con un mono negro se acerca a Boschi levantando la visera de policarbonato acorazado de su casco de color azul oscuro. Es Mauro Gatti, el

responsable de la sección IEDD, Improvised Explosive Device Disposal, del departamento de artificieros de la policía de Estado. Se ocupan de los artefactos desconocidos, que pueden haber sido fabricados por grupos terroristas.

—Póngame al corriente, Gatti, ¿cuál es la causa de esta catástrofe?

—Es pronto para decirlo, señora. Nuestros compañeros siguen recogiendo muestras, mientras nosotros nos hemos asegurado de que no hay otros mecanismos explosivos. Por lo que he visto debería ser de plástico, con toda probabilidad Semtex-h. Diría que no menos de cien kilos.

—¿Y el edificio? ¿La estructura ha sufrido daños?

—Lo están evacuando, estamos esperando a los de ingeniería militar, pero, por lo que han podido ver los bomberos, es un milagro que no se haya derrumbado.

—Dios mío, es un desastre...

—La explosión ha causado serios daños a la red hídrica —prosigue Gatti—, a la telefónica, a la línea eléctrica y a las conducciones de gas. Por suerte, el sistema automático de aislamiento funcionó, en caso contrario todo el barrio, o lo que queda de él, habría saltado por los aires.

—¿Ha intentado encontrar algún testigo entre los supervivientes, Pandolfi?

—Lo estamos haciendo, pero no es fácil, créame. Todos se encuentran en estado de choque, con todo, hemos averiguado que fue una furgoneta oscura. Dos o tres hombres con la cara tapada con unos pasamontañas se apearon de ella, dispararon a los encargados de seguridad y escaparon a pie, dejando el vehículo delante de la entrada. Unos segundos más tarde se produjo la explosión.

—Secuestre de inmediato las grabaciones de todas las cámaras de seguridad que haya en un radio de trescientos metros. No sólo las de tráfico, sino también las de los cajeros automáticos, las joyerías, todas. Llame a los hombres que estén de permiso, autorice todos los agentes extraordinarios que quiera, quiero esas imágenes lo antes posible.

—De acuerdo, señora —dice Pandolfi antes de alejarse de ella para dar instrucciones a los suyos.

—Gatti, quiero saber con exactitud qué tipo de bomba era, necesito información que me permita empezar a investigar en alguna dirección.

—Lo intentaré —responde el hombre despidiéndose de ella con un ademán y encaminándose de nuevo hacia el cráter.

Mientras se acerca al coronel comandante de la legión de carabineros de Milán, que ha llamado su atención para que se aproxime al punto donde se encuentra, a una decena de metros de distancia, la mirada de Daniela Boschi se cruza por un instante, en medio de la multitud, con los ojos negros y magnéticos de Matteo Serra, que la observa desde lejos, rodeado por un grupito de colegas uniformados.

La mujer se para, como si se hubiera quedado petrificada, y le sostiene la mirada. «Hijo de la gran puta, sea lo que sea lo que está sucediendo en Milán tú estás involucrado de una forma u otra. Y yo te lo haré pagar».

Como si le hubiera leído el pensamiento, Serra hace una mueca y esboza una especie de sonrisa amenazadora.

Daniela Boschi se dirige hacia él, pero el enésimo *flash* la deslumbra y la obliga a cerrar los ojos unos segundos. Cuando vuelve a abrirlos Serra ha desaparecido.

Treinta y nueve

El último en llegar a la casa de labranza de la periferia de Solaro es el abogado Tullio Guerra.

Gianni Baroni, Lucio Fontana y Mauro Pavan están sentados en la oscuridad alrededor de la vieja mesa de roble. Hace tiempo que pasó la medianoche.

—En este sitio de mierda te congelas —exclama el abogado al entrar—. Podíais haberlo arreglado un poco, haber puesto una estufa, algo. Y encended una luz, por Dios, ¡no se ve nada!

Mauro Pavan enciende una lámpara de gas y una luz al principio tenue, luego más intensa, ilumina la habitación mostrando las caras y los escasos muebles que la ocupan.

—Aquí no hay electricidad, abogado, si un día descubren este sitio podrían dar con el titular del contrato de suministro. Además, es mejor que no salga nada por la chimenea, podría venir algún curioso a ver qué pasa.

—Ah, no sabes cuánto me gusta ver cómo te preocupas por los detalles —contesta Guerra tomando asiento delante de Baroni—, lástima que cuando organizasteis ese lío en casa de Galbani no tomarais tantas precauciones.

—Fue una situación imprevista. Quién nos iba a decir que esos tres estarían ahí. El plan original era hacer que pareciera una masacre familiar y nos ceñimos a él.

—Sí, claro. No se lo habría tragado ni un niño de pañales.

—Bueno, en cualquier caso, conseguimos llevarnos los cuerpos de esos hijos de puta de los calabreses sin que nadie se diera cuenta. Y no fue fácil cortarlos en pedacitos y meterlos en las maletas.

—¿Estás seguro de que no saldrán a la luz un día de éstos?

—Al cien por cien, uno de los nuestros trabaja en el crematorio, a estas alturas se han convertido en compuesto químico para pienso.

—La acción de ayer en la discoteca ha creado un auténtico terremoto. El ejército llegará de un momento a otro a Milán, se ha puesto en marcha el plan de emergencia antiterrorista. Ahora la policía me vigilará más de cerca. Espero que no hayáis hecho más idioteces.

—¿Ha visto el telediario de esta noche? El número de muertos asciende ya a

treinta y dos. Por no hablar de los heridos graves. Tendrán que tirar abajo el edificio, podría haberse derrumbado y habría sido una carnicería, con centenares de muertos.

—Sí, bueno... Sea como sea, el caso es que no se derrumbó. Hacía falta llevar a cabo una acción de fuerza. Ahora los calabreses habrán entendido con quién se las tienen que ver y se lo pensarán dos veces antes de intentar alguna represalia. Shy Guy era una de sus mayores fuentes de ingresos en la ciudad. Hemos demostrado que somos más fuertes, ahora las leyes las dictaremos nosotros.

—Baroni, si piensas que la guerra ha terminado eres un iluso. Lo más difícil viene ahora, y debemos estar preparados. He manipulado ya los archivos y los papeles para adelantarme a la ofensiva de la policía, dentro de nada caerán sobre mí para mirar con lupa toda la documentación de Patria Futura. Pero no encontrarán nada. Ninguno podrá vincularos con la asociación y todo quedará en agua de borrajas. Los problemas podrían venir más bien de los posibles testigos, de la gente del pueblo que conoce las relaciones que teníais con Galbani.

—Nadie hablará —afirma Gianni Baroni—. Hemos corrido la voz a través de nuestros contactos. Si uno de nuestros nombres sale a la luz alguna familia más podría acabar como la de Sergio.

—Bien —contesta Tullio Guerra asintiendo con la cabeza—. Ahora debemos pasar a la segunda parte del programa, empezar a hacer circular nuestro producto, tal y como estaba previsto en un principio. Hemos esperado demasiado y en estas cuestiones el tiempo es oro como en ninguna otra. ¿Cómo vamos?

—Hemos dividido ya dos quintales de metanfetaminas en veinte partes de diez kilos —contesta Gianni Baroni— y estamos preparados para distribuir las a nuestros hombres del círculo. Doce de Patria Futura y ocho de Juventud Aria. Sólo nos serviremos de los miembros más seguros, los más fiables. Empezaremos a hacer circular la *green inferno* y veremos cuáles son las primeras reacciones. Pienso que no tardaremos mucho en apoderarnos de las cuotas de mercado de los calabreses. Más bien, abogado... ¿y el resto del dinero?

—Está a buen recaudo. Además he ingresado algo en vuestras cuentas cifradas. Si hay problemas tenéis preparada la vía de escape. Doscientos cincuenta mil euros por cabeza deberían garantizaros cierta tranquilidad con nuestros amigos de Sudamérica.

—Prefiero quedarme aquí y pelear —responde Gianni Baroni—, no me va eso de esconderme como un cobarde.

—Si todo sale como hemos previsto no será necesario. Procurad ser discretos, casi invisibles. Ah, una última cosa... Si la investigación de la policía sobre Patria Futura no se va al traste quizá sea necesario ocuparse de una persona.

—¿Un policía? —pregunta Gianni Baroni.

—Una mujer —contesta Tullio Guerra—. Una comisaria. Esa puta me parece lista, como si tuviera una especie de sexto sentido. Si no suelta la presa no tendremos más remedio que obligarla a hacerlo.

—Cuenta con ello —asegura Baroni mirando a Fontana y a Pavan. Los dos

hombres asienten con la cabeza sin decir una palabra.

Cuarenta

—**P**ero ¡es preciosa! —exclama Cristina Fogli observando un rectángulo de papel en el que aparece dibujada una manzana roja con un texto vacilante: «Mermelada de la feria de primavera».

Se la está enseñando un niño de diez años con síndrome de Down.

—¡Qué bien lo haces, Berto!

El niño se ruboriza y baja la mirada sonriendo. Acto seguido da media vuelta, corre hacia la mesa en la que están sus compañeros y se pone de nuevo a dibujar.

A Cristina le han encargado que recorte las etiquetas que los pequeños huéspedes del centro Santa Rita da Cascia dibujan en unos folios A4 fotocopiados y divididos en recuadros.

Caterina Aquilano está en otro rincón del gran comedor, supervisando a un grupo de trabajo que está realizando unos pisapapeles pintando con témpera las piedras redondeadas que han recogido en la playa.

Un poco apartado, en un banco de plástico demasiado pequeño ya para él, un niño dibuja en silencio, abstraído del resto. Cristina calcula que tendrá, como mucho, unos diez u once años.

—¿Y tú qué haces? —le pregunta la policía mientras se acerca él y se arrodilla a su lado.

Por toda respuesta, el niño se encoge de hombros. Está dibujando unos extraños símbolos en una hoja de papel. Cristina no alcanza a comprender de qué se trata.

—Veo que sabes dibujar... ¿quieres echarnos una mano con las etiquetas? Nos hace mucha falta... A propósito —dice tendiéndole la mano—, yo me llamo Cristina. ¿Y tú?

El niño se queda quieto, al mismo tiempo que observa la mano tendida y la mirada risueña de la policía. Tiene el pelo castaño, muy corto, y lleva unas gafas de vista con una montura azul y roja.

—¿No quieres decirme cómo te llamas?

Él parece reflexionar unos segundos, luego, con timidez, estrecha la mano de la policía.

—Albino.

—¡Albino! ¡Qué nombre tan bonito! Vamos, Albino, ten, esto es para las etiquetas... —le dice mientras le da uno de los folios blancos divididos en recuadros —. Si te apetece, cuando hayas acabado el dibujo puedes probar a hacer una para la mermelada de manzana de la feria de primavera.

El niño coge la hoja y asiente tímidamente con la cabeza, desviando la mirada.

—¿Qué haces? —pregunta Caterina apareciendo de repente a espaldas de Cristina.

—Nada, he pedido a Albino que nos eche una mano... ¡con toda la mermelada que hemos hecho vamos a necesitar muchas etiquetas!

—Vamos, te invito a un magnífico café de la máquina —dice Caterina cogiendo a su amiga del brazo.

—Qué niño más extraño —observa Cristina Fogli sin dejar de mirar al pequeño Albino—. Siempre va a su bola. Me di cuenta hace un par de días. ¿Qué problema tiene?

—Ah, bueno, él... es una larga historia. Fue víctima de abusos, vivió unas experiencias espantosas en un pequeño pueblo de montaña, hace un par de años. Por suerte, ahora va mejor. Lo dieron en acogida a una buena persona, un director de banco que trabaja aquí, en Giulianova, y que quiere adoptarlo de forma definitiva. Suele venir por las tardes.

—Desde luego que no os faltan casos complicados aquí dentro.

—Pues sí, tenemos a puñados, tesoro —corroborra Caterina metiendo la llave en el distribuidor automático de bebidas, que se encuentra en el vestíbulo del centro de rehabilitación, cerca de la puerta acristalada por la que se entrevé un tramo de playa —. ¿Exprés sin azúcar?

—No, perdona, pero no hay quien se lo beba. Es incluso peor que el de jefatura... Prefiero un chocolate.

—¡Ah, caramba! ¡Se ve que no tienes problemas con la línea como yo!

—Anda ya, pero si tú también estás estupenda —replica Cristina Fogli sonriendo.

—Menos mal que las abuelas juveniles y entradas en carnes como yo se han vuelto a poner de moda. Es más, ¿sabes qué te digo? Que haré como tú... ¡Me voy a beber también una taza de chocolate!

Las dos amigas beben a sorbos sus bebidas calientes sin dejar de bromear.

—Desde que estoy aquí tengo la impresión de ser otra persona —dice Cristina poniéndose seria de improviso—. Necesitaba alejarme de todo.

—Tesoro, me alegro de que estés aquí. ¡Eres bienvenida, y lo sabes! Sin embargo, tarde o temprano tendrás que afrontar la situación. Quiero decir... te estarán buscando, digo yo que alguien estará preocupado por ti, quizá tu jefa. Llámala, por lo menos.

—Podrían localizar la llamada. No quiero que vengan a recogerme, aún no estoy preparada.

—Te propongo una cosa —dice Caterina Aquilano—. Esta noche te acompañaré

a Pescara, está a media hora de aquí. La llamarás desde un teléfono público y le dirás que no se preocupe, que volverás cuando te sientas preparada. Al menos estarás más tranquila, sin temer que alguien venga a por ti en cualquier momento.

Cristina Fogli reflexiona un instante.

—Puede que sea una buena idea. Aunque sólo sea para decirle que estoy bien y que yo la llamaré. Damiani es una buena persona, se lo merece.

—En ese caso, decidido. Iremos esta noche.

—Siempre me das buenos consejos...

De repente, Cristina Fogli siente que alguien tira de su suéter de lana y se vuelve. Es Albino, y le está tendiendo una hoja de papel. Los seis recuadros se han convertido en seis etiquetas llenas de frutas de colores y de palabras.

—Pero... ¡son fantásticas! ¡Y las has hecho en cinco minutos! ¡Eres un portento, Albino! —dice Cristina a la vez que alarga una mano y acaricia la cabeza del niño, revolviéndole un poco el pelo. Él sonríe avergonzado, luego echa a correr y se pone de nuevo a dibujar.

—A saber qué les haces a los hombres... —dice Caterina sacudiendo la cabeza y apoyando una mano en el hombro de su amiga.

Laura está en su despacho repasando, por enésima vez, los documentos que la policía secuestró al abogado Guerra durante el registro de la sede de Patria Futura. Los nombres de sus afiliados no han revelado nada especial. Pocos de ellos tienen antecedentes penales. Varios tienen en su haber dos o tres arrestos por haber peleado durante manifestaciones no autorizadas, un par fueron detenidos por posesión de estupefacientes. Pero, en general son unos currículum más que normales, tratándose de personas que frecuentan círculos de extrema derecha.

Una ficha llama en particular la atención de Laura, pertenece a un tal Fabio Moselli. En el ordenador figura un arresto de hace un par de años por molestias sexuales a menores, pero luego retiraron la denuncia. Laura anota mentalmente el nombre a la vez que se promete averiguar algo más sobre él.

El inspector Gino Carraro está sentado delante de ella examinando una pila de carpetas. Han decidido trabajar juntos para comparar los eventuales casos sospechosos.

Después de la masacre en la discoteca Shy Guy la investigación sobre el atraco al Flasher Bank ha pasado a un segundo plano. Las calles de Milán están siendo patrulladas por coches blindados y la jefa de policía sigue en persona las averiguaciones en colaboración con los hombres de la AISE y de la AISI, las agencias del departamento de información para la seguridad que dependen directamente de la Presidencia del Consejo de Ministros, que compiten por dirigir la investigación.

Toda la policía de Milán está en ebullición, salvo el comisario Matteo Serra, que

más bien parece querer pasar desapercibido. Hace días que Laura no lo ha visto en jefatura.

Luca tampoco ha dado señales de vida desde la última vez que hablaron. Laura se pregunta cómo estará pasando su periodo de reposo forzado. En un par de ocasiones ha sentido la tentación de llamarlo por teléfono, pero después se ha convencido de que es mejor dejar las cosas como están. En este momento hay problemas más importantes que resolver.

El timbre del móvil la sobresalta. Número desconocido. Carraro alza la cabeza y Laura, como si hubiera tenido un presentimiento, lo invita a hacer una pausa.

—Ve a comer un bocadillo, es hora de cenar. Nos vemos aquí dentro de un cuarto de hora.

Carraro intuye que Laura quiere quedarse a solas para responder al teléfono y no objeta nada. Se levanta y sale.

—¿Dígame? —contesta Damiani a la quinta llamada.

—Comisaria... Soy Cristina Fogli.

Laura se pone de pie mirando alrededor. No sabe si avisar a alguien o tratar de conectar el móvil a la grabadora digital que debe estar guardada en un cajón. Al final decide sentarse de nuevo y mantener la calma.

—Cristina... Me alegro de oírte. Antes de nada dime cómo estás.

—Estoy bien, de verdad... Oiga, siento haber desaparecido sin avisarla.

—No importa, Cristina, no te preocupes. Lo único que cuenta es que estás bien. Escucha... Quiero ayudarte. He comprendido lo que sucedió, alguien te obligó a...

—No, espere, comisaria, espere.

—¿Cuántas veces he de decirte que me tutees?

—De acuerdo. Oye, en este momento aún no estoy preparada. Debes darme un poco de tiempo, cuando llegue el momento hablaré contigo.

—Te agradezco la confianza, Cristina, y te aseguro que no te decepcionaré. Ahora bien, te ruego que lo entiendas... la situación es grave, han muerto muchas personas. Tenemos que hablar lo antes posible. Puedo reunirme contigo donde sea, te doy mi palabra de que iré sola.

—No... Ahora no, no quiero. Ya te he dicho que aún necesito aclarar las ideas.

—Cristina —insiste Laura—. Sea lo que sea que haya sucedido, lo que hayas hecho, recuerda que nada es irreparable. Pero debemos apresurarnos. Puedo protegerte, alejarte de cualquier riesgo, pero debes confiar en mí y debes hacerlo enseguida.

—Estoy de viaje, sólo he parado un momento para decirte que estoy viva. Cuando esté preparada te llamaré. Gracias por todo.

—¡Cristina, espera! No cuelgues, yo...

Pero la comunicación se ha interrumpido ya. Laura reflexiona unos segundos. Luego coge el auricular del teléfono fijo y teclea un número interno.

—¿Riccardi? Tengo que localizar una llamada que acabo de recibir en el móvil.

¡Suspende todo lo demás, máxima prioridad!

Cuarenta y uno

El apartamento de Cristina Fogli se encuentra en la calle Luigi Galvani, una perpendicular de la avenida Melchiorre Gioia, la calle enorme, fría y anónima que separa la estación central de la plaza Carbonari. Se trata de un edificio de siete pisos con las paredes exteriores de color rosa desvaído y las persianas grises. Es la casa donde vivió con sus padres hasta 2007, el año en que murieron los dos, a pocos meses de distancia el uno del otro.

El padre era un funcionario de la región, un administrativo que en treinta y cinco años de trabajo no logró hacer carrera. «Porque soy demasiado estúpido», decía siempre. «Porque eres demasiado honesto», le corregía su mujer. Cristina prefiere pensar que ella tenía razón.

Un cáncer de pulmón se llevó en tres meses a ese hombre tranquilo y perdidamente enamorado de Milán. Demasiados cigarrillos y una vida demasiado sedentaria, además de la frustración de ver cómo lo iban superando unos compañeros más jóvenes y trepas.

No obstante, quizá el golpe más duro se lo asestaron las excavadoras que derribaron el bosque de Gioia. Sucedió seis meses antes de que le detectaran la enfermedad. El contable Agostino Fogli podía asomarse desde su apartamento del tercer piso para contemplar el pequeño, pero extraordinario, pulmón verde, integrado por hayas, magnolias, robles enanos y un sinfín de variedades de árboles. Le gustaba la idea de abrir la ventana en el mismo centro de Milán y ver un bosque. Lo ayudaba a defender con mayor vehemencia su ciudad de los que la definían como una metrópolis gris y triste. Sin vida.

La legítima propietaria de esa zona la dejó en herencia al hospital Niguarda, con una cláusula que impedía al centro venderla o transformarla. No obstante, gracias a las estrategias políticas del gobierno regional, el terreno se convirtió en enajenable y mediante una serie de sutilezas burocráticas dejó incluso de estar registrado como bosque.

De nada sirvieron las dieciséis mil firmas que se recogieron ni las declaraciones de numerosos milaneses ilustres, nombres relevantes de la cultura y del espectáculo. En el año 2006, aprovechando que la gente había abandonado la ciudad por el puente

de la Epifanía, cortaron los árboles.

Un famoso grupo musical, Elio e le Storie Tese, dedicó al desastre una canción, que tuvo mucho éxito y en cuya estrofa final, que solía ser censurada por las emisoras de radio, denunciaba la repugnante operación especulativa.

Es singular, a decir poco, que al final en el antiguo bosque construyeran el edificio Lombardía, el rascacielos de planta elíptica que acoge la sede del gobierno regional.

El padre de Cristina Fogli se desesperó por ello, antes de que el tumor acabara con su vida.

Después de su muerte, su esposa se apagó en apenas unas semanas. «Problema cardíaco», fue el motivo oficial. «Pérdida de interés por la vida», ha pensado siempre su hija. Por aquel entonces, trabajaba en la brigada Móvil de Turín y casi nunca volvía a casa.

Andrea Gherardi y Luca Betti llevan más de una hora registrando el piso. Han entrado de forma abusiva, gracias al set de ganzúas que Gherardi no había vuelto a utilizar desde la época en que dirigía el núcleo antidroga. Él mismo ha forzado la cerradura, mientras Betti vigilaba.

—Nada —exclama Luca desanimado—. Ningún indicio, ninguna agenda o número de teléfono de mierda con el nombre de alguien.

—Cuando trabajas en la brigada Antidroga es así —dice Andrea Gherardi mientras examina las fotografías viejas que ha encontrado en una caja de zapatos—. Hay que tener el menor número posible de contactos. Y, en caso de que los tengas, debes protegerlos de las posibles represalias, no dejas en casa direcciones o números de teléfono para evitar que los encuentre cualquiera de los criminales que persigues. Cristina trabaja en primera línea desde hace varios años, conoce las reglas al dedillo.

—Ya, pero debe de haber una persona, un sitio, un amigo. Puede que un pariente lejano. En fin, un refugio que ha ocultado a todos y en el que ahora se ha guarecido.

—No digo que no, pero ése es justo el problema. En caso de que de verdad exista, Cristina lo tenía muy bien escondido.

—No hemos encontrado nada en los registros telefónicos. Casi no usaba el móvil personal, es probable que tuviera otro, quizá codificado, para hablar con Serra.

Luca nota que Gherardi está observando una fotografía con especial interés.

—¿Has encontrado algo? —pregunta acercándose a él.

Se sienta a su lado en el sofá, intrigado por la imagen que ha capturado la mirada y la atención de su compañero. En ella aparece Cristina Fogli de joven, en bikini y con gafas de sol, en una tumbona de playa, sonriendo al objetivo. Luca piensa que Andrea Gherardi se siente atraído por el recuerdo de la mujer y de la relación que compartieron. Instintivamente, hace amago de levantarse para no interrumpir el flujo de recuerdos que se ha apoderado de su amigo.

Gherardi se da cuenta y lo detiene, aferrándole un brazo.

—Espera... Me acabo de acordar de una cosa.

—Dime —dice Luca volviendo a tomar asiento.

—Cristina me habló una vez de un sitio al que iba de vacaciones con su familia, creo. Tenía una amiga allí.

—¿Recuerdas el nombre, por casualidad?

—No, en absoluto. Puede que ni siquiera me lo dijera. No obstante... Si la memoria no me falla era en la región de las Marche... No, qué digo, en Abruzzo. Sí, eso es, Abruzzo.

—Una playa en Abruzzo —reflexiona Luca Betti en voz alta—. No es mucho, desde luego, pero no deja de ser un principio. Haz un esfuerzo, intenta recordar si...

—Luca, por el amor de Dios, ¿qué crees que estoy haciendo? Mejor sigamos buscando, puede que encontremos algún detalle, un indicio.

—Está bien, perdona.

Los dos policías siguen observando las imágenes.

—¡Eso es! —exclama Betti al cabo de unos minutos—. Puede que aquí haya algo.

Gherardi le arranca literalmente la foto de las manos y la deja en la mesita de cristal. Los dos se inclinan hacia ella para mirarla. Debe de ser de hace unos quince años, en ella aparecen Cristina y Caterina Aquilano sonriendo, sentadas a la mesita de un bar al aire libre y alargando hacia el objetivo dos cócteles con sus correspondientes sombrillitas.

—Esa mujer es más vieja que Cristina. ¿Te dice algo?

—Recuerdo que hablaba de su amiga como de una persona mayor. Sí, tenía bastantes años más que ella.

—Bien... —dice Luca—. Encaja. Mira aquí, en la esquina... hay algo escrito... r-c-a-s.

—Es parte de un letrero. Mira las rejillas metálicas que hay sobre las ventanas abatibles, es un banco, ¡seguro!

—¡Genial! No habrá muchos bancos cuyo nombre acabe en *rcas* y que tengan sucursales en la costa de Abruzzo, tenemos que comprobarlo cuanto antes.

—No será necesario —contesta Gherardi—, es Tercas, la caja de ahorros de la provincia de Teramo. Hace tiempo vi un programa de televisión sobre ella, estuvo involucrada en un escándalo financiero.

—¡Bingo! —dice Betti cogiendo la fotografía y levantándose del sofá—. Voy un momento a jefatura, llamaré a la oficina técnica de Tercas y les preguntaré de qué sucursal se trata. Es un indicio, ¿no te parece?

—Por supuesto... —responde Gherardi poco convencido—. Yo me quedaré aquí echando un vistazo. Nos vemos en mi casa a las ocho.

—De acuerdo.

Cuando se queda a solas, Andrea Gherardi vuelve a mirar las fotografías, pero no encuentra nada más que pueda servir a la investigación. Se levanta del sofá, deambula por la casa observando los muebles, los libros, imaginando a Cristina en el interior de esos espacios. Recuerda la historia que compartieron. Él estaba enamorado de ella, pero en esa época el trabajo lo absorbía demasiado. Sentía el peso de la responsabilidad por la vida de sus hombres, se sentía culpable por las víctimas que no podía salvar. En pocas palabras, cargaba con todo el dolor del mundo y eso no le dejaba espacio para cultivar ese sentimiento. La relación duró pocos meses y fue un fracaso en muchos aspectos, incluido el sexual. Andrea nunca comprendió los deseos de Cristina, no supo hacerla feliz, satisfacerla. Y eso lo frustró aún más.

Luego llegó Matteo Serra, procedente de Roma.

Si bien la relación con Cristina había terminado ya, sintió muchos celos de su nuevo compañero. Serra y su coche potente, sus trajes a la moda, su corte de pelo, propio de un divo del cine.

Serra, que demostró ser mejor policía que él y, con toda probabilidad, también mejor amante que él. Pero quizá Serra sólo fuera un bluf. Quizá las sospechas que tuvo Andrea por aquel entonces, es decir, que se trataba de un impostor, un asesino, un policía corrupto hasta la médula, eran fundadas.

Descubrirlo, ahora, podría significar volver a vivir una vida que hace tiempo perdió todo sentido. Podría ser la última ocasión de hacer lo correcto y de demostrar que es un policía mejor... Un hombre mejor que Matteo Serra.

Gherardi se asoma a la ventana de la sala, la misma desde la que el padre de Cristina contemplaba el bosque de Gioia. Ahora, delante de él, sólo hay una pared continua de cristal y acero y, al fondo, el maldito rascacielos. Abajo, humillado por el espantoso volumen de cemento que lo circunda, el único árbol superviviente de un bosque que tenía cientos de ellos. Una magnolia que, de manera grotesca, poco menos que ofensiva, el ayuntamiento y el gobierno regional salvaron para responder a las dieciséis mil firmas y a la movilización en defensa de la zona verde.

Andrea Gherardi se siente como ese árbol. Solo, superviviente del Apocalipsis, de la destrucción de todo lo que lo rodeaba. «Pero la magnolia sigue viva», piensa mientras una lágrima resbala por su mejilla sin que se dé cuenta. «Yo también sigo vivo. Y se lo demostraré a Cristina».

Cuarenta y dos

Matteo Serra y Alceo Di Sante se encuentran en el cruce entre la calle Melzi D'Eril y la calle Bertani, en el extremo noroeste del parque Sempione. Es una zona muy señorial de Milán, con unos edificios sobrios y elegantes que albergan las oficinas de famosas sociedades de asesoramiento y las residencias de la alta burguesía ambrosiana.

—Ven —dice el comisario mirando alrededor—, camina.

—¿Problemas? —pregunta Alceo Di Sante siguiéndolo en dirección al parque.

—Tu contacto en los servicios secretos ha localizado el coche de Cristina gracias a la matrícula. Una fotografía del telepass en la salida de Giulianova, en la autopista A14. Tienen un *software* excepcional, la han encontrado restringiendo el campo de búsqueda a doce horas de la desaparición. No sabían que controlarían las cámaras.

—Hay muchas cosas que no sabes de esa gente. ¿Algo más?

—Damiani pidió ayer que localizaran el número de una llamada que había recibido en el móvil de jefatura. Procedía de un teléfono público de Pescara, en Abruzzo.

Serra se para y se vuelve hacia el inspector.

—¿Era Cristina?

—Puede. Nuestro hombre en la sección de interceptaciones no ha sabido decirme nada más. Y Damiani no ha comunicado nada de forma oficial.

—Claro —reflexiona Serra—. Porque tiene miedo de que encontremos a Cristina antes que ella. Y eso es ni más ni menos lo que sucederá.

—El interior de Abruzzo es muy extenso. Desde la salida de Giulianova puede haber ido a una infinidad de sitios.

—Llama otra vez al hombre de Roma. Pídele los registros del teléfono de Cristina, el del fijo que tiene en casa.

—¡Pero si está desconectado desde no se sabe cuándo!

—Debe remontarse, al menos, a cinco años antes de que diera de baja la línea.

—¿Cinco años? Pero ¡eso será una cantidad de datos enorme!

—¡Cristo, deja ya de poner pegajos, límitate a hacer lo que te ordeno, no puedo

perder tiempo! Selecciona las llamadas a Abruzzo, tanto en entrada como en salida. Dile que circunscriba la búsqueda al ayuntamiento de Giulianova y, en caso de que no encuentre nada, que la extienda a los limítrofes. Encuentra una dirección, un nombre, lo que sea, pero ¡deprisa! Tienes que viajar allí antes de que anochezca. ¿Están preparados tus hombres?

—Sí, he alertado ya a un par de ellos. Tamburini, de Tráfico, y Vecchi, de la brigada Móvil. Están dispuestos a todo y son la flor y nata de nuestros hombres. Pero ¿crees que tu contacto podrá darme una respuesta en tan poco tiempo?

—Sí, si quiere que siga pagándole la barbaridad que le suelo dar.

—De acuerdo, entonces lo llamaré enseguida.

—Usa siempre el móvil codificado, por favor. Y sé muy prudente. Si esa cabrona ha llamado a su comisaria puede que hayan quedado en verse.

—En ese caso —responde Di Sante—, mataremos dos pájaros de un tiro.

—No cometas el error de subestimar a Damiani —lo advierte Serra apuntándole un dedo a la cara—. Se las sabe todas.

—Estaré atento, no te preocupes. Resolveré el problema en veinticuatro horas.

—Ya —dice Serra mirando a dos militares con uniforme mimético. Están apostados al lado del coche blindado que hay aparcado justo delante del gran arco de la Paz—. Eso espero. Así podremos dedicarnos en cuerpo y alma a nuestros *competidores* comerciales. Han convertido Milán en un campo de batalla... ¡y nosotros nos enfrentaremos a ellos!

Luca Betti conduce su coche, un Nissan Qashqai de color gris, por la autopista A1, en dirección a Bolonia. Andrea Gherardi viaja a su lado mientras observa las fotografías de Tortoreto Lido que ha descargado de Google Map y que ha impreso con el ordenador de su casa.

Al cabo de un rato desvía la mirada y contempla el paisaje por la ventanilla. Luego echa un vistazo alrededor, al interior del coche, como si acabara de darse cuenta de que está viajando en él.

—¿Es tuyo? —pregunta a su compañero.

—Por supuesto. No podía coger uno oficial, ¿has olvidado ya que estoy suspendido?

—Sí, es verdad... es bonito.

—El año pasado salió el nuevo modelo, pero, dados los líos que tengo, no podré cambiarlo en un millón de años.

—¿A qué líos te refieres?

—Ah, hay mucho donde elegir. Económicamente estoy casi en bancarrota. Entre los plazos y los gastos fijos, cada mes me gasto al menos mil euros más de los que gano. Además, en los últimos tiempos la relación con mi hija ha empeorado. Nos queremos mucho, eso sí. Pero ella cada vez está menos conmigo... porque tiene

novio.

Andrea Gherardi sonríe y cabecea.

—Pero, perdona,  qu  te esperabas, que estuviese toda la vida pegada a ti?  Es eso lo que pens is los que tenéis hijos? Porque, de ser así, creo que os espera alguna que otra decepción.

—No es eso, sabía que sucedería tarde o temprano... Es que aún no estaba preparado, entre otras cosas porque estoy separado de mi mujer. Quedarse solo de repente, sabes...

—He oído que sales con Damiani, la de la brigada Antivicio. Mejor dicho, la brigada Antiatracos.  Es cierto?

—Eso también se ha acabado.

— Cristo! —exclama Andrea Gherardi—. Y yo que pensaba que era un perdedor.  Por eso te dedicas a salir de noche a dar palizas a la gente?

Luca Betti se vuelve hacia su compañero con una expresión de perplejidad.

—Me alegro de que mi depresión estimule tu sentido del humor,  sabes? Me consuela mucho.

— Depresi n? —dice Andrea Gherardi poniéndose de nuevo serio—. Eso no es depresión, Luca. Sólo es la autocompas n de alguien que se acerca a los cincuenta años y que de repente se da cuenta de que la vida es un engaño colosal. Estar deprimido de verdad es pasar las noches encerrado en casa, preguntándote si será mejor pegarte un tiro en la boca o saltar desde el balcón sin paracaídas. Y cuando miras atrás te das cuenta de que no has dejado nada a tu espalda, exceptuando los cadáveres y el sufrimiento que no has conseguido ahorrar a las víctimas. S  de lo que estoy hablando, créeme.

Luca conduce un rato sin contestarle.

—Oye... —dice luego de buenas a primeras—. Yo no acabo de entender por qué lo estoy haciendo, pero me pregunto por qué lo est s haciendo t .

— Buscar a Cristina? Suponiendo que aún siga viva. Pues porque me parece una alternativa válida al tiro en la boca. Quiero comprender si aún puedo ser policía. Uno auténtico, quiero decir. Y también porque en este mundo no tenemos muchas alternativas. Podemos jugarnos los cinco minutos que pasamos en el escenario callados como muertos o agit ndonos como idiotas, pese a saber que nuestro espectáculo de tres al cuarto no le interesa a nadie y que, una vez acabado, todos lo olvidarán.

—Entonces,  por qué nos agitamos tanto?

—Puede que el intento de dar sentido a las cosas sea una enfermedad que llevamos dentro, de la que no nos curamos jams .

Luca conduce en silencio unos minutos, pensando en las palabras de su compañero.

—En todo caso... —dice luego de improviso—, lo del escenario no es tuyo, es de Shakespeare.

—¡Y luego dicen que los policías son ignorantes! —responde Gherardi.

—Menudo par de cascabeles somos tú y yo, ¿eh?

—Sí, una pareja de cómicos, desde luego —asiente su compañero mientras contempla la llanura padana por la ventanilla.

Cuarenta y tres

*Marco Tanzi, cárcel
de Canton Mombello, Brescia*

Me esposan y me arrastran fuera de la celda a una hora extraña, media hora antes de la cena.

Me escoltan dos guardias, están nerviosos, lo noto por la manera en que aprietan las porras y porque no abren la boca durante el trayecto. Llegamos a una sala que no es la de las visitas oficiales. Delante de la puerta nos espera un tipo vestido de paisano que me mira con aire insolente. Es tan alto como yo, pero más delgado, tiene el pelo corto y rizado, y un amago de barba. Me registra, luego pasa por mi cuerpo un escáner portátil para comprobar si llevo chips electrónicos, micrófonos, microespías.

Como era de esperar, no encuentra nada.

Me mira a los ojos con aire de desafío. Luego hace un gesto con la cabeza a los dos hombres, que dan media vuelta y se marchan.

El larguirucho me coge de un brazo y llama dos veces a la puerta.

—Sí —responde alguien en el interior.

El tipo abre la puerta y me empuja dentro sin demasiados miramientos. Paredes de ladrillo sin enlucir, una bombilla colgada en el techo, una mesa fijada al suelo y dos sillas de hierro. En la que está de cara a la puerta hay un tipo que parece recién salido de un desfile de moda. O de una revista de cine. Las piernas cruzadas, un codo apoyado en un brazo de la silla, ojos negros. Tan profundos y oscuros como el infierno.

—Espera fuera —dice al que me ha registrado. Él obedece y cierra la puerta.

El divo de Hollywood me señala con la barbilla la silla que hay al otro lado de la mesa. Me siento con el busto erguido y las manos apoyadas en el regazo, sin dejar de observarlo.

—De manera que quieres hablar conmigo, señor Marco Tanzi. Aquí me tiene, soy todo oídos. Espero por tu bien que sea algo interesante.

—¿Eres Matteo Serra?

—En persona.

—Quiero hacerte una propuesta.

—Oigamos.

—Un trueque. Tengo algo que ofrecerte y a cambio quiero algo de ti.

—Es obvio. Nadie hace nada por nada. Pero antes quiero saber lo que quieres tú, luego decidiré si escucho o no tu oferta.

—Quiero salir de aquí, quiero dinero y un trabajo. Pero, sobre todo, quiero que me protejas, porque debo matar a una persona importante.

—¿A quién?

—A un fiscal, Enrico Salvemini.

Matteo Serra esboza una sonrisa.

—Podría hacer que te condenaran a diez años más por el mero hecho de haberlo dicho, ¿sabes? Quizá estoy grabando esta conversación. Quizá dentro de cinco segundos me levantaré de esta silla y saldré de aquí. No sin antes haber pedido a mi hombre que te dé un buen repaso con la porra. Por la manera en que te ha mirado antes estoy seguro de que no ve la hora de hacerlo.

—No lograría golpearme una sola vez —respondo—. Puedo romperle el cuello en tres segundos, incluso esposado.

Él arquea una ceja con aire sorprendido.

—¿De verdad? ¡Qué fuerte eres, caramba! ¿Significa eso que estoy en peligro?

—No he dicho que podría hacerlo contigo.

—Vaya, te concedo treinta segundos más, Marco Tanzi. Veamos si logras ser convincente.

—Salvemini me llamó y me propuso que entrase en esta cárcel de mierda para proteger a un hombre, a Furio Pession. Y para sonsacarlo, después de haberme ganado su confianza.

Serra no replica, permanece impassible, mirándome fijamente a los ojos.

—Me dijo que Pession podía comprometerte si accedía a declarar como testigo — prosigo—. Acusarte de corrupción y de un sinfín de cosas más. Consiguió que me metieran en la celda con él, debió de utilizar sus contactos para lograrlo y es evidente que fue más influyente que tú. Alguien ha intentado aplastar ya a ese insecto, pero yo lo he protegido. Te aseguro que ninguno de los que están aquí dentro podrá hacerle daño si yo me opongo.

—Sigue —me dice con un hilo de voz.

—Tú y tus negocios me importan un carajo. Sé cómo funcionan las cosas, hace unos años estuve metido en ese mundo. Pero no fui tan bueno como tú. Me expulsaron de la policía y me metieron en la cárcel durante casi ocho años.

—Dime algo que no sepa.

—Pession es un gusano. Los tipos como él, los pedófilos, me repugnan. Si quieres puedo matarlo yo, nos hemos convertido en grandes amigos. Tú, a cambio, me sacarás de aquí y me ayudarás a eliminar a Salvemini. Ese hijo de puta me dio la

pena máxima hace diez años y destrozó mi vida. Si en lugar de él se hubiera tratado de alguien más maleable quizá habría podido evitar la cárcel y quizá no habría perdido a mi familia. A ti también te conviene borrarlo del mapa, está investigando sobre tus negocios, aún no tiene ninguna prueba, pero es tozudo. Podría convertirse en una seria molestia para ti.

—¿Quién te dice que no puedo ordenar que os maten a los tres? A ti, a Salvemini y a Pession. Puede que te mate a ti ahora y lo haga pasar por legítima defensa. Diré que intentaste agredirme. ¿Crees que aquí dentro se pondrán a investigar sobre lo que puede haber pasado de verdad? La palabra del jefe de la brigada Antidroga vale mucho más que la vida de un preso, de un antiguo mendigo, de un expolicía traidor y renegado como tú.

—Antes mentí, ¿sabes? —le digo escrutándolo a los ojos—. Cuando dije que no podría romperte el cuello.

Sonríe.

—Si de algo no pecas es de modesto, Marco Tanzi. Tampoco te faltan pelotas, desde luego. De acuerdo, supongamos por un instante que tu propuesta puede interesarme. ¿Y si añadiese algo al plato? Puede que haya otra persona que eliminar y tú podrías hacerlo en mi lugar.

—¿De quién se trata?

—Laura Damiani, la novia de tu amigo Betti. Ella también está investigando sobre mí.

Nos miramos a los ojos unos segundos.

—Está bien, pero debes dejar a Luca al margen de esta historia. Él está fuera de toda cuestión.

—Betti no cuenta nada, es irrelevante. No me preocupa en lo más mínimo.

—Entonces, ¿aceptas?

Sigue mirándome con su sonrisa irónica en los labios.

—Veinticuatro horas para dejar seco a Furio Pession. Además quiero los nombres de los tipos a los que vendió la información para el atraco. Luego te sacaré de aquí.

Sacudo la cabeza.

—No funciona así. Mataré a Pession, pero sólo te diré esos nombres cuando esté fuera y, además, me hayas dado cien mil euros en efectivo. Después hablaremos de Salvemini y del resto.

—No tires demasiado de la cuerda, Marco Tanzi. No estás en la posición más conveniente para hacerlo.

—Simple precaución. Una vez muerto el testigo y con esos nombres en tu poder podrías dejarme pudriéndome aquí dentro.

—Veo que eres un tipo cauto. De acuerdo —concluye Serra inclinándose hacia mí con la mano tendida—. Trato hecho.

Se la estrecho.

Él se levanta de la silla y sale dejándome solo.

Al cabo de unos treinta segundos entra el tipo de la barbita. Me pongo de pie y me vuelvo hacia él.

—De manera que serías capaz de romperme el cuello en tres segundos, ¿eh?

Me muevo a la velocidad de la luz, le doy un cabezazo en la frente, justo en el puente de la nariz. Se desploma sin emitir un solo gemido. Los guardias lo encuentran en el suelo cuando vuelven para llevarme a la celda.

—Ha tenido una bajada repentina de tensión —digo esperando una represalia con uso de las porras. Sin embargo, los dos se miran e intercambian una especie de sonrisa. Luego me acompañan a la celda sin tocarme un pelo.

Mi coinquilino parece aliviado al verme regresar.

—¡Has vuelto! Tenía miedo de que te hicieran algo malo... o que te hubieran sacado de aquí para hacerme daño a mí.

—He estado con un tipo que no había visto en mi vida. Me ha ofrecido dinero a cambio de matarte.

Se pone más blanco que la pared.

—¿Y tú has aceptado? —pregunta con un hilo de voz. Se acurruca cada vez más en su rincón, como si pretendiera penetrar en la pared, por la manera en que se aplasta contra ella.

—Depende.

—¿De qué?

—De cuánto me ofreces tú por no hacerlo. Él ha hablado de diez mil.

—El doble —dice de inmediato.

—Mmm, de acuerdo. Pero debo saber quién es ese tipo y por qué quiere matarte.

Enmudece de improviso.

—Eso es imposible —dice sin mirarme.

—Lo he entendido, ¿sabes? Ese tipo te procuró la carne fresca y ahora no quiere tener problemas. Si me das cuarenta mil lo mato.

—¿Y cómo piensas hacerlo desde aquí dentro?

—Conozco uno fuera que puede hacerlo sin mayor problema.

Furio Pession reflexiona. Temía que le preguntara por los calabreses y sus negocios. De eso no hablaría, nunca lo hará, ni siquiera bajo tortura, porque, con toda probabilidad, sabe cómo trata la *'ndrangheta* a los traidores. Lo habrán obligado a asistir al consabido espectáculo: una mujer o un niño disueltos en ácido, o heridos y entregados como pasto a un puñado de cerdos hambrientos. Es lo que suele hacer esa gente con sus *colaboradores* externos. Es una medida cautelar, con ella se aseguran de que a nadie se le ocurra hablar. Apuesto a que incluso si le rompieran todos los huesos del cuerpo, uno a uno, ese gusano no los delataría. Es un tipo extraño. Sabe que su vida pende de un hilo, que puede morir en cualquier momento, pero se la juega de todas formas, intenta salvar el pellejo. A fin de cuentas, no tiene nada que

perder.

—Tienes razón —dice, creyéndose capaz de engañarme—. Debe de haber sido él.

—Tengo que saber quién es. Debes decirme su nombre, luego me encargará de él.

—Te pagaré ese dinero en cualquier caso, pero olvídate de él, piensa más bien en defenderme a mí.

Casi tengo la impresión de poder oír su cerebro mientras elabora una estrategia. Dar los nombres de quien lo traicionó no es, en el fondo, algo tan grave como parece. Es más, podría ser una manera de demostrar su buena voluntad a sus antiguos jefes de la *'ndrangheta*.

—Está bien. De acuerdo, te diré cómo se llama... Moselli. Fabio Moselli, es de Paullo y trabaja como mecánico. Él me procuró esos niños. Le pagué un montón de dinero, pensando que en el futuro volvería a recurrir a él. En cambio, ese bastardo me vendió. No sé por qué, conmigo habría ganado mucha pasta... quizá tenía una condena pendiente y ofreció mi libertad a cambio de la suya.

—¿Cómo diste con él?

—A través de mi abogado. Él nos puso en contacto. Sabía de mi *predisposición* a cierto tipo de ambientes.

Bien. Tengo un nombre. Ahora viene la segunda parte del programa. No es difícil caerse desde lo alto de estas literas y romperse el hueso del cuello. Decido facilitar aún más, si cabe, mi cometido.

—Quería preguntarte... —digo sentándome y volviéndome hacia él—, cuando te arrestaron, ¿qué estabas haciendo en concreto con esos niños?

Cuarenta y cuatro

Paullo, calle Carso. Una recta triste, medio oculta por una capa de niebla helada. Casas bajas, poquísimas tiendas, una fila de coches aparcados ordenadamente a un lado. A cierta distancia, la llanura con la nada salpicada aquí y allá por alguna nave industrial, aplastada por un cielo demasiado gris para ser un cielo de verdad. Incluso los árboles, plantados de forma simétrica en los márgenes de las calles, parecen desentonar en este paisaje lúgubre, sin corazón. Parecen falsos, añadidos por una mano extraña en el intento de humanizar un lugar que tiene bien poco de humano.

Laura comprueba la dirección en sus apuntes, mientras Gino Carraro conduce el coche oficial, el Fiat Bravo de color negro.

—Creo que hemos llegado —dice señalándole una casa a la derecha—. La oficina es ésa, pero parece cerrada.

Sobre el cierre metálico, que está bajado, hay un letrero rectangular: «Ok Car oficina autorizada multimarcas».

—Aparca aquí —dice Laura—. Moselli debe de vivir en el piso de arriba.

Los dos policías se apean del coche y miran alrededor. A las tres y cuarto de la tarde la calle está desierta.

—Pero ¿qué narices...? —exclama la policía—. ¿Qué es esto, un pueblo fantasma?

—Se ve que usted no es de aquí, comisaria, dado que le sorprende una cosa así.

Laura se aproxima a la puerta de aluminio y cristal, que está a la izquierda del cierre metálico. En el telefonillo sólo figuran dos nombres: Moselli y Marini.

Llama al primero, pero nadie responde. Prueba con el segundo y, al cabo de un rato, una voz femenina, chillona, responde:

—¿Quién es?

—Policía, señora. Estamos buscando a Fabio Moselli, ¿podemos entrar?

La puerta se abre con un chasquido metálico.

El portal del edificio está vacío y es frío, las paredes están enlucidas con yeso y el suelo cubierto de baldosas de granito. Dos buzones de tres al cuarto colgados a la derecha y una rampa de escaleras con el pasamanos de hierro en el lado opuesto.

Los dos policías suben al primer piso. En el rellano hay dos puertas y una de ellas

está abierta. Una anciana con gafas y un chal negro, que sujeta con una mano, los espera en la puerta y los mira con aire suspicaz.

—Hola, señora —la saluda Laura mostrándole el distintivo—. Somos de la policía, buscamos al señor Moselli. ¿Puede decirnos cuándo lo vio por última vez?

—¿Le importa enseñármelo? —pregunta la mujer alargando una mano hacia el documento. Laura se lo tiende, y ella lo aferra y lo examina después de haberse ajustado las gafas.

—Disculpe —dice devolviéndole el distintivo—, no crea que no me fío, pero entiéndame, en esta época...

—Por supuesto, tiene derecho a verificarlo. Pero ahora, por favor, ¿puede contestar a mi pregunta?

—Ah, sí, Fabio. Es extraño, ¿sabe? Hace días que no se le ve, ni siquiera ha abierto la oficina. Por lo general me avisa cuando se marcha, cosa que casi nunca sucede. Soy tía suya en segundo grado, pero no nos llevamos bien, justo lo necesario. Buenos días y buenas noches, ¿sabe?

—Sí, comprendo —responde Laura—. ¿Por casualidad su sobrino no le dejó una copia de las llaves del piso?

—¿A mí? No, ¡imagínese si Fabio me deja entrar en su casa! A las putas sí, a esas las trae a todas horas. Y también a jóvenes, ¿sabe? Demasiado jóvenes, no sé si me explico.

—¿Sabe decirme si alguien más tiene la llave del piso, señora?

—No, pero hay algo extraño... Una de las ventanas que dan al balcón está abierta. Digo que es extraño porque cuando Fabio sale suele cerrar todo a cal y canto. Dice que con la cantidad de extranjeros que hay por ahí es mejor no fiarse.

Laura y Carraro se miran de manera elocuente.

—Señora, ¿es posible saltar al balcón de Moselli desde el suyo?

—Sí. Bueno, están separados por una barrera de cristal y hierro, pero se puede pasar del uno al otro, eso sí.

—¿Le importa que saltemos desde su piso?

Damiani franquea la barrera valiéndose de la escalera que les ha dejado la dueña de la casa. Carraro quería pasar en primer lugar. «De eso nada», fue la respuesta de la comisaria.

Un pequeño salto y Laura pasa al balcón de Fabio Moselli. Saca la pistola de la funda que lleva en un costado y se acerca a la ventana abierta, que tiene la persiana medio bajada. Intenta mirar dentro, pero debe retroceder enseguida debido al olor nauseabundo.

Un olor que conoce demasiado bien.

Saca el pañuelo de un bolsillo y se aprieta la nariz con él. Apunta el arma hacia delante y entra.

El interior apenas está iluminado por la luz opaca que se filtra a través de una cortina gris, que quizá en el pasado era blanca.

Se trata de una pequeña sala llena de muebles, viejos de, al menos, dos generaciones. Una librería medio vacía, un sofá, un sillón de terciopelo verde y una mesita para la televisión barata, dominada por una pantalla plana led de cuarenta pulgadas. En el suelo, entre el sofá y el televisor, un cadáver yace en un charco de sangre coagulada. Tiene el cráneo hundido, probablemente debido a un disparo a bocajarro. Laura calcula que debe de llevar allí más de una semana.

Una nube de moscas está celebrando un banquete alrededor del cuerpo, y la policía debe apartarlas con la mano. Algunas empiezan a zumbar alrededor de ella.

—¡Hostia! —exclama Carraro al entrar empuñando la pistola con una mano y tapándose la boca con la otra.

—Te presento a Fabio Moselli —dice Laura enfundando de nuevo el arma.

Unas horas más tarde, en Milán, Laura está sentada en el despacho de la jefa de policía Daniela Boschi.

—Sigo sin entender por qué piensa que esta enésima víctima está relacionada con nuestro caso, Laura.

—Piénselo por un instante, señora, es lógico. Aún no tengo el cuadro completo de la situación, pero estoy empezando a poner las piezas del puzle en su sitio.

—Le escucho.

—Veamos... Furio Pession, un contable de la *'ndrangheta* es arrestado por pedofilia. Lo pillan con las manos en la masa mientras está filmando sus porquerías en un motel con dos pobres niños gitanos.

Daniela Boschi asiente con la cabeza.

—Con toda probabilidad, Pession sabía que en la sucursal del Flasher Bank de la calle Broletto iba a haber depositada una cantidad enorme de dinero durante unas horas, en claro incumplimiento de los reglamentos y las normas contra el blanqueo. Ese dinero debía servir para pagar una partida de droga. El que organizó el atraco sabía que el importe en cuestión estaba en el banco. Ahora bien... hemos identificado a dos personas que, sin lugar a dudas, estaban involucradas, al menos como cómplices: Guido Landini y Mirko Daneri. Los dos están... estaban, en el caso de Daneri... relacionados con los ambientes de la extrema derecha, en especial con esa asociación, Patria Futura.

—Continúe.

—Pues bien... Da la casualidad de que Fabio Moselli, que también formaba parte de esa especie de círculo neofascista, era además pedófilo.

—Eso no lo sabemos con certeza.

—¡Hay una denuncia contra él por molestias sexuales a menores!

—Sí, pero la retiraron.

—Es cierto, pero contamos también con el testimonio de su tía, por llamarla de alguna forma, que asegura que lo vio entrar en el piso con chicas muy jóvenes. Sea como sea, pruebas o no, imaginemos por un momento que lo fuera. Obedeciendo las órdenes de alguien, podría haber procurado las pobres víctimas a Pession a cambio de información sobre el dinero. Luego lo eliminaron porque era un testigo incómodo.

—Eso no explica por qué motivo no se han deshecho también de Pession.

—Porque al que ha planeado todo esto le conviene que Pession siga vivo.

—¿A qué se refiere?

—Si a Pession le da por hablar podría perjudicar a los que dirigen el tráfico de cocaína en Milán. Es evidente que esa gente quiere hacerles la competencia y que el testimonio de Pession podría allanarles el camino.

—Esa hipótesis excluiría a Serra.

—Exacto. No creo que él organizara el golpe. Eso encajaría con la hipótesis de que Serra está con la parte contraria, es decir, con los calabreses. En realidad, creo que está relacionado con el golpe, vaya si lo está, pero hasta hoy hemos considerado las cosas desde una perspectiva equivocada. Él es la parte perjudicada. El atraco le ha perjudicado o, al menos, ha perjudicado a sus protegidos. Por eso entró en el juego y quiso que Cristina Fogli colaborase conmigo, para poder estar al tanto de la investigación y llegar a los atracadores antes que yo. La muerte de Mirko Daneri debe de ser obra suya.

—¿No estará yendo demasiado lejos, Laura?

—No, no creo. Al contrario, creo que en Milán está teniendo lugar una guerra por el control del mercado de la droga. Por un lado están la *'ndrangheta* y sus protectores y por otro los extremistas de derechas. La masacre de Shy Guy fue una represalia por la muerte de Sergio Galbani y su familia, estoy segura.

—No niego que su hipótesis es sugerente, pero lo cierto es que sin pruebas concretas no podemos hacer mucho.

—Lo sé, jefa, lo sé. Encontraré las pruebas, se lo aseguro. Ahora que he comprendido lo que está sucediendo y que sé cuáles son los actores en juego me resultará más fácil investigar.

El teléfono de Boschi suena. La jefa de policía responde. Su mirada se va ensombreciendo mientras escucha con el auricular pegado a la oreja.

—¿Cuándo ha sucedido? ¿Está seguro de que se trata de un accidente? ¿Cómo se llama? Está bien. Hablaremos luego, ahora estoy reunida.

Daniela Boschi cuelga. En su rostro se hacen aún más evidentes los signos de una rabia contenida, rayana en la frustración.

—Pues bien —prosigue Laura titubeando—, por el momento podríamos concentrarnos en el tal Pession, intentar que hable, si bien...

—Laura, me acaba de llamar el comisario De Amicis, de la policía penitenciaria: Furio Pession murió en la cárcel hace casi una hora. A primera vista parece un accidente, se cayó de la cama y se rompió el cuello.

Laura se queda petrificada. Abre desmesuradamente los ojos, luego baja la mirada, turbada. De repente, una idea la sacude y vuelve a mirar a Boschi:

—¿Quién era su compañero de celda?

—Una persona que usted conoce demasiado bien.

Cuarenta y cinco

La casa de Caterina Aquilano es un edificio de dos pisos, de color amarillo ocre, con una gran terraza y el tejado cubierto con tejas marselesas. En ella vivía el portero de una empresa de dulces, que quebró hace casi veinte años.

Una sociedad inmobiliaria se adjudicó todo el complejo en una subasta y luego lo revendió en varios lotes: la nave a un marmolista que la usa como depósito, la explanada cercada a un concesionario de varias marcas de coches que aparca en ella los vehículos usados, y la casa a Caterina. Además del precio abordable, lo que atrajo a Caterina fue la posición peculiar de la misma, aislada del centro habitado y lejos de la carretera nacional. Además, se encuentra a pocas decenas de metros del río y rodeada de campos sin cultivar, con árboles, prados y caminos de tierra por los que nunca pasa nadie.

Las fábricas de los alrededores cierran durante el fin de semana y entonces la zona se convierte de repente en un oasis de paz, a sólo diez minutos en coche del mar.

La casa tiene tres dormitorios y un cuarto de baño grande en el primer piso, mientras que la planta baja está reservada al recibidor, a la sala de estar, a una cocina espaciosa y al cuarto de baño de servicio. Fuera hay una especie de garaje de madera, apoyado a una pared externa, pero sin una puerta que lo comunique con el interior. Caterina guarda allí su destartalado Volvo *Station Wagon* de color celeste de los años noventa, que usa de vez en cuando para llevar a algún sitio a los chicos del centro de rehabilitación, además de varias herramientas para el huerto, una bicicleta vieja y otros trastos.

Esta noche a la dueña de la casa le está costando conciliar el sueño. Cristina y ella cenaron pronto, vieron una película y empinaron un poco el codo. También charlaron durante casi una hora. Caterina aconsejó a su amiga que se entregara, intentó convencerla de que lo mejor que puede hacer es admitir sus errores y colaborar con sus compañeros honestos. Además, Laura Damiani, la comisaria de la que le ha hablado, parece una persona decente, alguien de quien te puedes fiar. Con todo, no insistió demasiado. No quería que Cristina se sintiera presionada. Más bien le dijo que, en caso de que decidiera regresar a Milán, ella la acompañaría y se quedaría a su lado. De esta forma, nunca volvería a sentirse sola. Luego lloraron un poco,

abrazadas como dos quinceañeras, y al final, agotada por el cansancio, Caterina se despidió de su amiga con un beso en la mejilla y se fue a la cama.

Mientras se revuelve bajo el edredón, en un duermevela agitado, Caterina Aquilano nota que una figura entra en su dormitorio y se acerca poco a poco a la cama. La descarga de adrenalina la despierta por completo, pero antes de que pueda gritar una mano le tapa la boca.

Cristina Fogli se lleva un dedo a los labios para pedirle que se calle. A continuación le señala la ventana.

—Hay alguien —susurra a su amiga—. Métete bajo la cama y no te muevas.

—Pero... debemos pedir ayuda... el teléfono...

Cristina sacude la cabeza.

—El teléfono fijo no funciona, deben de haber cortado los hilos. El móvil está fuera de servicio, es probable que tengan un Jammer. Es un aparato que impide recibir señales. Abajo, de prisa, ¡no tenemos tiempo que perder!

Aterrorizada como nunca lo ha estado en su vida, Caterina la obedece. Resbala hasta el suelo y se mete debajo del somier, bocabajo, temblando de forma convulsiva. No sabe si atribuirlo a que el suelo de cerámica está frío o simplemente al miedo.

Cristina se aproxima a la ventana empuñando una pistola, procurando mantenerse a un lado para que no la vean. La luz del plafón que está encendido en la puerta principal le permite ver parte de la explanada que rodea la casa. A eso de la una y media, mientras aún le estaba dando vueltas a su situación, notó que se producía un pequeño cambio en la tenue luz que se filtraba desde el exterior de la casa a través de la cortina bordada. Unas luces se estaban moviendo en la explanada. Ningún ruido, ningún paso en falso. Sólo sombras.

En cambio, ahora ya no se mueve nada. Empuñando su Beretta 92 F2S con las dos manos, Cristina sale lentamente del dormitorio para inspeccionar el pasillo. Nadie.

Se acerca a la escalera y empieza a bajar con los hombros pegados a la pared y apuntando el arma en la oscuridad. La puerta principal está blindada con un cilindro de seguridad de tipo europeo. Es muy difícil de forzar, pero no imposible para un experto. Los marcos son de aluminio, con doble cristal. Caterina baja siempre todas las persianas antes de acostarse, si alguien pretendiera entrar por una ventana debería forzarla haciendo un ruido infernal. No hay más puertas que den al exterior. ¿Qué se les habrá ocurrido a esos bastardos? Mientras inspecciona la planta baja oye un ruido en el piso de arriba. ¡El balcón! Desde él debe de ser más fácil entrar en la casa, quizá a través del cuarto de baño. Cristina retrocede y sube la escalera, saltando los peldaños de dos en dos, preparada para enfrentarse al intruso. O a los intrusos.

Un grito prolongado le hieló la sangre. Es Caterina, y el alarido procede de su dormitorio. Cuando Cristina enciende la luz del pasillo sus temores se materializan. Alceo Di Sante rodea con un brazo el cuello de su amiga y la usa como escudo, apuntándole una semiautomática a la cabeza.

—Tírala, Cristina. Tira la pistola o esta puta morirá, y tú también.

Cristina sabe que soltar el arma supondrá una muerte segura para ella y para Caterina, pero no quiere disparar a Di Sante y correr el riesgo de herir a su amiga.

Ese instante de indecisión es fatal para ella. Alguien le da un golpe en la nuca con la culata de una pistola, y ella cae al suelo inconsciente.

Cuando vuelve a abrir los ojos el dolor de cabeza es tan fuerte que le causa una arcada, que contiene a duras penas. Caterina está a su lado en la cama, atada de pies y manos, y amordazada con una cinta adhesiva. Las dos están desnudas.

—¿Estás despierta, zorra? —le pregunta Di Sante sonriendo.

Está de pie, con las manos apoyadas en los costados. Caterina Aquilano emite un gemido agudo, continuo, que agudiza la hemicránea de Cristina.

—Si esta capulla no deja enseguida de gimotear le romperé todos los dedos de las manos y luego pasaré a los pies.

La policía cabecea, alarga las manos, inmovilizadas por la cinta adhesiva, y acaricia un brazo de su amiga intentando calmarla. Una operación que sólo consigue concluir a medias. La luz del dormitorio está encendida, y otras dos personas están atareadas con algo. Cristina reconoce a uno, es Daniele Vecchi, de la brigada Móvil, uno de los hombres que Serra utiliza para los trabajos sucios. Es un separado con cuatro hijos, siempre lleno de deudas, que sólo consigue salir adelante gracias a este tipo de extras. Un hombre sin escrúpulos, al que ya ha visto en acción. Le parece conocer también al otro, pero no recuerda su nombre.

—¿Habéis terminado? —pregunta Di Sante a sus dos compañeros.

—Sí —contesta Vecchi—. Arreglado.

—Bien. Verás, Cristina, ahora te lo explico, hemos organizado una bonita escena... Dejaremos por aquí varios tipos de droga. Coca, *crack*, heroína. También un poco de hierba, todo bien escondido. La versión oficial será que tu amiga y tú sois dos asquerosas lesbianas drogadictas y que mientras estabais juntas en la cama, atontadas por la mierda que os habíais chutado, una estufa eléctrica que se había quedado encendida abajo causó un cortocircuito y... —Di Sante sonrío, aprieta los puños y los abre enseguida, como si pretendiera simular una explosión. El hombre cuyo nombre Cristina no recuerda trajina mientras tanto con una jeringuilla.

—En un principio pensé en divertirme también un poco contigo, ya que estoy por aquí... Para que probases antes de morir lo que se siente cuando te folla un hombre de verdad. Pero ¿sabes lo que te digo? Que no vale la pena. Me das asco, sólo eres una drogata de mierda y, por si fuera poco, medio anoréxica.

Daniele Vecchi, entretanto, inmoviliza a Caterina, a la vez que el otro hombre se acerca a ella con la jeringuilla. La mujer intenta resistirse, pero, dado que está atada de pies y manos, no le sirve de nada. La dosis de heroína pasa de la jeringuilla a su brazo, y ella arquea la espalda, como si alguien le hubiese puesto unos electrodos en

las sienes. Luego el lamento se apaga, el cuerpo se relaja y Caterina Aquilano se deja caer dócilmente en la cama con los ojos abiertos, clavados en el vacío.

Cristina no trata siquiera de reaccionar. Siente que las lágrimas manan silenciosas de sus ojos y resbalan por sus mejillas.

Lo único que desea es que su amiga no sufra, que todo termine lo antes posible. Cuando la aguja penetra en su vena siente una especie de liberación. La liberación de una vida fracasada.

Cuarenta y seis

—¿Estás seguro de que es aquí? —pregunta Luca. Conduce por un camino oscuro, en apariencia hacia la nada.

—Sí —contesta Andrea Gherardi—. Debe de ser aquí. La dirección es «zona industrial Collenaresco di Giulianova». Según el navegador de mi móvil hemos llegado.

—Puede, pero aquí no hay nada. Quizá deberíamos habernos quedado en la nacional, no es posible que alguien viva en un sitio así. Hasta ahora sólo hemos visto una fábrica de camisas y otra de quesos, además de un par de naves industriales abandonadas. No parece una zona residencial. ¿Y si fuera otra persona con el mismo nombre?

—Es la única Caterina Aquilano que aparece en Google en toda la provincia de Teramo —insiste Andrea Gherardi—. Debe de ser aquí, en alguna parte.

Los dos policías llegaron a Tortoreto Lido pasada la medianoche. Gracias a la dirección que les había facilitado la oficina técnica del banco Tercas, encontraron el lugar donde alguien sacó la fotografía hace quince años, la imagen en la que aparecen Cristina Fogli y Caterina Aquilano sentadas en un bar bebiéndose unos cócteles y con expresión despreocupada.

No pensaban encontrar el local aún abierto, en cambio en él seguía habiendo cierto movimiento, pese al frío y lo tarde que era.

—Es por el partido de la Champions —dijo Luca al entrar, señalando a una decena de personas sentadas alrededor de un televisor de cincuenta pulgadas—, aquí lo retransmiten en Sky. ¿Has visto el adhesivo de la puerta? Es evidente que un equipo italiano ha pasado a la siguiente fase. —En efecto, un grupo de aficionados estaba disfrutando de la transmisión posterior al partido, con las habituales entrevistas, moviola y todo lo demás.

Andrea Gherardi se dirigió enseguida a la barra, donde un hombre de unos sesenta años, que estaba secando unos vasos, lo miró contrariado.

—La verdad es que estamos a punto de cerrar, señores.

Andrea se presentó sacando el distintivo y le enseñó la foto, a la vez que le preguntaba si conocía a alguna de las dos mujeres. El tipo se quedó pensativo, en un

primer momento negó con la cabeza, pero luego se iluminó.

—Espere un momento, ésta es, cómo se llama... —dijo apuntando a Cristina Fogli—. Pero la foto es vieja... tendrá al menos...

—¿La reconoce? —lo interrumpió Andrea en tono bastante grave—. Es muy importante que nos diga su nombre.

—Sí, espere, es... ¡Viene todos los años aquí, a la playa! Una mujer muy guapa. ¿Cómo se llama...? ¡Aquilano! Caterina Aquilano, es una clienta fija. Desayuna aquí, compra helado...

—¿Vive en Tortoreto? —preguntó Luca.

—No, no es de aquí, pero viene a la playa. Si no me equivoco, es de Teramo. O de Giulianova... ¡Sí, creo que es de Giulianova! Pero alquila todos los años un apartamento en el paseo marítimo, en el mes de agosto. Por el acento no debéis ser de Abruzzo... Bueno, he de decirles que Giulianova está a unos cuantos kilómetros de aquí, también en la costa, pero muchos de los que viven allí prefieren nuestra playa. ¡Porque aquí se está mejor! Estamos más preparados, ofrecemos más servicios, más locales. Imagínense que, desde hace más de veinte años, un grupo de alemanes...

—Haga un esfuerzo —lo interrumpió de nuevo Andrea—. Cualquier información que pueda darnos sobre esta persona es de vital importancia.

—La verdad es que no sé nada más. Es una clienta a la que le gusta venir aquí en verano. Creo que trabaja en un centro para discapacitados, algo por el estilo. Está muy buena, pero es un poco tiesa, no sé si me explico.

—¿Reconoce a la otra mujer? —preguntó Luca señalando a Cristina en la foto.

—No, a ésta creo que no. También es guapa. Pero, saben, pasan tantas por aquí... Les confieso que a la otra, a Aquilano, la recuerdo porque una vez le tiré los tejos, hace un montón de años. Me he tirado a muchas, ¿sabe? Me he pasado por la piedra a muchas turistas, pero me va mejor con las extranjeras. Las italianas son más estrechas, sobre todo las locales. Ésa, por ejemplo, nunca ha querido. Pero ha seguido viniendo aquí, eso sí, y he de reconocer que eso me gusta.

—Este sitio parece cualquier cosa menos una zona industrial —protesta Luca mientras sigue conduciendo en la oscuridad.

—En realidad es una zona artesanal —lo corrige Gherardi—. Lotes de terreno donde pueden asentarse las empresas locales de carácter familiar. Financiadas con los fondos comunitarios.

—No me parece que haya muchas, y la mayoría dan la impresión de estar abandonadas. Casi parecen estar en el campo.

A cincuenta metros de distancia, en una carretera paralela, un coche viaja con los faros apagados en sentido contrario, en dirección a la nacional. Los dos policías sólo alcanzan a verlo porque las luces de los frenos se encienden intermitentemente cuando el coche frena para evitar los badenes.

—Eh —exclama Betti—. Mira esos... ¿Por qué van con los faros apagados en plena noche?

—Sigue recto sin frenar —le dice Gherardi—. Que no noten que los hemos visto. Dobla a la derecha y cuando estés fuera de su alcance párate.

Luca asiente con la cabeza y prosigue. Una vez fuera de la vista apaga los faros, pero deja el motor encendido.

—Espérame aquí —le dice Gherardi abriendo la puerta y apeándose del coche.

El policía vuelve al cabo de unos minutos.

—Se han ido. Vamos, gira y vuelve por ahí, veamos de dónde venían.

—Seguro que era una pareja que no quería que la vieran. O unos chicos que se acababan de liar un porro. Debería ser ésta —dice unos minutos más tarde al enfilar una carretera perpendicular a la que acaban de recorrer en sentido contrario.

—Sí, eso creo —confirma Gherardi.

Tras avanzar un centenar de metros, los dos hombres entrevén la nave de la antigua fábrica de dulces, el último lote de la zona artesanal que confina con el campo abierto. Una especie de resplandor intermitente, que parece proceder de la parte trasera de la estructura principal de la fábrica, quiebra la oscuridad.

—¡Hostia! —exclama Luca.

—¡Un incendio! —dice Andrea Gherardi.

Luca acelera, rodea la nave y se detiene delante de la casa de Caterina.

—¡Es el coche de Cristina! —grita Gherardi señalando el Polo negro de Fogli, que está aparcado a poca distancia.

Por una ventana de la planta baja, abierta para alimentar las llamas, sale el humo sucio de las cortinas y de los muebles, que se están quemando.

—Intenta entrar por abajo —grita Luca—, ¡yo lo intentaré por el piso de arriba!

Betti derrapa en la explanada cubierta de brechas, y Andrea Gherardi se apea al vuelo, casi tirándose del coche. Luca mete la marcha atrás y aprieta el acelerador, deteniéndose a casi cinco centímetros de la fachada de la casa, en la parte que está coronada por el balcón. Se apea en un segundo, sube al capó y luego al techo. Una vez allí da un salto, agarra el muro que hace las veces de parapeto y, haciendo fuerza con los brazos, logra subir.

Entretanto, Andrea Gherardi busca un hueco que le permita entrar en la planta baja, pero las llamas han invadido ya todos los espacios, de manera que la empresa resulta imposible.

Luca está en el balcón. De una patada, tira abajo la puerta acristalada del cuarto de baño. El ambiente está saturado de humo, que sale con furia al exterior. El policía contiene la respiración, entra, coge la primera toalla que encuentra y abre el grifo del lavabo. Moja la toalla y se la enrolla a la cabeza antes de precipitarse al pasillo. Las llamas están devorando ya el pasamano de madera de la escalera, las paredes y varios cuadros que colgaban de ellas. Ignorando el calor, Luca abre la puerta de la primera habitación que encuentra. Está vacía. Avanza por el pasillo y entra en la segunda. En

la cama matrimonial hay dos cuerpos desnudos, inmóviles. Sin perder tiempo se echa a la espalda el que está más cerca de la salida. Mientras tanto, la puerta del cuarto ha empezado a arder, de manera que ya no es posible pasar por ella. Así pues, Luca decide entrar en la tercera habitación, que da también al balcón. En el interior de la misma hay un sofá. El policía deja en él el cuerpo sin sentido de Caterina Aquilano. Sube la persiana y abre la ventana, justo a tiempo de evitar la asfixia por haber inhalado el humo ardiente y venenoso. Una vez en el balcón aspira con avidez todo el oxígeno que logra acaparar en los pulmones y vuelve a entrar enseguida. Coge a la mujer como puede y la saca al balcón, al que, entretanto, ha logrado trepar también Andrea Gherardi, que arrastra con dolor una pierna herida.

—¡Ocúpate de ella! —grita Luca—. ¡Dentro hay otra!

Tras dejar a Caterina Aquilano en brazos de su compañero se precipita de nuevo al interior de la casa. La puerta de la habitación donde yace aún Cristina Fogli es ya pasto de las llamas. Luca no se lo piensa dos veces, la cruza sin importarle el calor, y se echa a la espalda a la mujer. Un último esfuerzo, una carrera desesperada con las pocas energías que le restan, y sale de nuevo al balcón. Tras dejar en el suelo el cuerpo exánime de Cristina, se desploma, exhausto. Entretanto, Andrea Gherardi intenta reanimar a Caterina Aquilano. Una explosión tremenda sacude el edificio, haciendo añicos los cristales y haciendo saltar los marcos de las ventanas. Es el depósito de GPL del Volvo.

—¡Cristo! —grita Luca volviendo en sí de improviso—. ¡Tenemos que sacarlas de aquí, se puede hundir todo de un momento a otro!

—¡Bajo al techo del coche! —grita Andrea Gherardi tratando de hacerse oír en el fragor del incendio, que está ya fuera de control—. Trata de pasármela desde arriba.

—¡De acuerdo, lo intento!

Movidos por la fuerza de la desesperación, logran realizar la empresa. Mientras Andrea Gherardi acomoda el cuerpo de Cristina en el asiento trasero del Qashqai, al lado del de Caterina Aquilano, Luca arranca el coche, mete la primera y acelera para alejarse lo más posible del incendio. Andrea Gherardi lo sigue cojeando, hasta llegar a una explanada que se encuentra a una distancia segura de la casa, luego se desploma, exhausto. Luca abre la puerta del coche y cae al suelo. Las piernas ya no lo sostienen.

Mientras las llamas se acrecientan furiosas, destrozando los restos de la casa, los dos policías, tumbados en el suelo, intentan respirar con normalidad a la vez que miran el cielo, que nunca les ha parecido tan negro ni amenazador.

Cuarenta y siete

*Luca Betti, hospital civil
Spirito Santo, Pescara*

Estamos sentados en una especie de sala del plató, hundidos en unos sillones de polipiel que huelen a pacientes ancianos y a desinfectante. En urgencias querían tenernos en observación, con la máscara de oxígeno, pero los dos nos hemos negado. Nos han dado unas mantas para abrigarnos y ahora estamos arrebujados en ellas, pese a que aquí dentro hace un calor sofocante. Parecemos dos mendigos, con la ropa sucia, el pelo socarrado y la cara cubierta de manchas negras. Olemos como unas chimeneas recién apagadas con un cubo de agua.

El reloj de la pared marca las siete y media de la mañana. No sé cuántas horas llevamos aquí, calculo que unas cuatro o cinco. Hace tiempo que perdí la cuenta.

Estamos en el reparto de reanimación, donde ingresaron a Cristina Fogli. Su amiga, Caterina Aquilano, no pudo superarlo. Murió antes de llegar al hospital. Insistimos en que queríamos estar cerca de Fogli, para estar al tanto de su estado, por si se recuperaba y estaba en condiciones de hablar. Nuestro compañero de Pescara, el comisario Ranalli, torció la boca, nos dio a entender que estamos en su territorio y que no le gusta nada que dos fanfarrones como nosotros lleguen de Milán para pavonearse. Estos tipos de Abruzzo... se dice que son fuertes y amables. Puede que sean fuertes, pero amables no, una mierda. Éste en concreto recuerda a uno de los actores del trío cómico. Marchesini, Solenghi y... En fin, se parece justo al tipo cuyo nombre no consigo recordar.

Nos hizo bastantes preguntas en un tono que a Andrea no le gustó nada, de hecho, no lo mandó a hacer puñetas de milagro. Para evitar que la situación degenerase, Ranalli tomó al final una decisión salomónica: podemos quedarnos aquí hasta que llegue alguien de Milán, que deberá hacerse cargo de la patata caliente. No estamos arrestados, pero casi lo parece, a juzgar por el agente uniformado que está apostado a la puerta.

Me siento como un colegial culpable delante del despacho del director. Pero

¿culpable de qué? Andrea no, él sólo tiene un cabreo de mil demonios, parece como si fuera a estallar de un momento a otro. Hace horas que no hemos intercambiado una palabra. En cualquier caso, no hay mucho que decir. Tuvimos mucha suerte al encontrar ese bar aún abierto, pillar al tipo que recordaba el nombre de la amiga de Fogli y notar el coche con los faros apagados. Gracias a una serie de coincidencias llegamos a tiempo, antes de que la casa ardiese por completo. Pero no lo suficiente para salvar a las dos. Me pregunto si todo esto tiene algún sentido, me pregunto si debo alegrarme o lamentar cómo fueron las cosas. Es obvio que tanto esta pregunta como las muchas otras que me hago en vano carecen de respuesta.

Me gustaría tener la fuerza suficiente para seguir adelante sin vacilar. Siento que la necesidad de buscar siempre una solución a todo es una especie de patética automutilación.

La puerta de la habitación se abre y entra Laura, acompañada de Ranalli. Debe de haber venido en avión, de no ser así no podría estar aquí a esta hora.

—¡Luca! ¿Cómo estás? ¿Estáis heridos?

—No —le digo poniéndome de pie—. Todo en orden.

También Andrea se levanta y asiente con la cabeza respondiendo a la mirada de Laura.

—¿Novedades? —pregunto al colega de Pescara, que no tiene, desde luego, cara de felicidad.

—Ninguna. Prácticamente está en coma farmacológico inducido. Le inyectaron heroína, una dosis de caballo.

Laura nos escruta con mayor atención, debemos ofrecer un bonito espectáculo.

—¿Seguro que estáis bien? Nuestro compañero me ha dicho que os negasteis a que os atendieran en urgencias.

—Laura, por favor, eso ahora no importa —digo sacudiendo la cabeza.

—Si me permiten, compañeros —dice Ranalli—. Me gustaría comprender qué está sucediendo.

—Sí, es justo —dice Laura tratando de evitar la reacción de Andrea—. Te debemos una explicación. La mujer que está en reanimación, la inspectora Cristina Fogli, trabaja en mi equipo. Desapareció hace varios días y la estábamos buscando.

—¿Y vinieron a buscarla aquí sin comunicárnoslo? —dice Ranalli, que, en el fondo, no deja de tener razón.

—Ella no sabía nada —contesto—, la idea fue nuestra. Seguimos una pista muy débil, la encontramos casi por casualidad.

—No era tan débil —replica él—, dado que al final la encontraron. Si nos hubieran avisado quizá habríamos llegado a tiempo y se habrían salvado las dos.

—¡Eso es una gilipollez! —grita Andrea—. No te debemos ninguna explicación, era compañera nuestra. ¡No te permito que nos hables en ese tono!

—De acuerdo, por favor, ¡calma! —tercia Laura antes de que a Ranalli le dé tiempo a reaccionar—. Tenemos un cadáver y a una mujer agonizando, y los

responsables siguen sueltos. En lugar de agredirnos unos a otros, ¿por qué no intentamos concentrarnos en esto?

—Vimos alejarse un coche —digo—, pero estaba muy oscuro, no sabría decir de qué modelo era, ni el color, nada.

—Las mujeres tenían restos de cinta adhesiva en las muñecas y en los tobillos —explica el policía de Pescara—. Debieron de atarlas y drogarlas. Luego, antes de prender fuego a la casa, las soltaron para simular un accidente o un suicidio, sabiendo que el fuego eliminaría cualquier resto de la cinta en sus cuerpos. Eso es todo, no tenemos ningún elemento más sobre el que trabajar... Las huellas de los neumáticos de tu coche se confunden con las demás que había en el camino que lleva a la casa.

—Perdona —digo, muerto de cansancio y de sueño—, la próxima vez que decida salvar a alguien de un incendio procuraré ir a pie.

—Basta ya de gilipollecetes —nos interrumpe Andrea—, lo único que conseguimos es perder tiempo. Lo que deberíamos hacer es proteger a Cristina, sigue estando en peligro.

—¡Aquí está segura! —estalla Ranalli—. ¡No necesito que me enseñes a hacer mi trabajo!

Antes de que Andrea pueda replicar, el móvil de Ranalli suena. El policía responde, pronuncia algunas frases circunstanciales, cuelga y por último se mete el teléfono en el bolsillo de su impermeable beis.

—Era el jefe de policía —dice a Laura—. El mío, quiero decir. Ha recibido una llamada de la tuya y ahora nos espera a todos en su despacho.

—Yo estoy de vacaciones —dice Andrea—. Por mí tu jefe puede irse a tomar por culo, yo de aquí no me muevo.

—Yo estoy suspendido de mi puesto —replico a mi vez.

—Vosotros dos estáis tirando demasiado de la cuerda —grita el abrucés, cada vez más cabreado.

—Ya está bien, calma —se entromete Laura alzando las manos—. Iré a ver al jefe de policía y le explicaré la situación. Es mejor que ellos dos se queden aquí, basta ver su estado... no pueden moverse, deben hacerles más pruebas en urgencias. ¿No es así?

Asiento en silencio con la cabeza, porque no tengo fuerzas para hacer nada más.

—Haz lo que te parezca —dice Andrea tirando la manta a un rincón y volviéndose hacia la ventana.

Ranalli resopla y, acto seguido, sale sin despedirse.

—Tú yo tenemos que hablar —me susurra Laura antes de salir en pos de él, dejándome de nuevo a solas con Andrea.

—Oye... —digo a mi compañero, quizá tratando de convencerme a mí mismo—, hicimos lo que pudimos. Que se inventen lo que quieran, pero si no hubiera sido por nosotros habrían muerto las dos.

—Lo sé —contesta Andrea—, eso no es lo que me cabrea. Sólo estoy pensando

en los hijos de puta que lo organizaron. Si Serra está de verdad involucrado te juro que lo mataré con mis propias manos.

En el reloj de la pared son casi las ocho. Pienso en Sara, que a esta hora habrá salido para coger el metro en la plaza Udine e ir al instituto. Me gustaría que estuviera aquí, me gustaría decirle que la quiero, que ella es lo único que me importa de verdad. Me gustaría que borrara con su presencia el dolor que siento en este momento. Como cuando quitas el tapón del lavabo y todo va a parar al desagüe. Me vuelvo a sentar en el sillón hundido. Me siento infinitamente cansado y triste. Además de viejo.

El lugar de la cita es un desguace de Agrate Brianza. Está a unos dos kilómetros del centro habitado y es una extensión enorme llena de vehículos oxidados y estrujados. Los armazones, completamente destripados, evocan historias de terribles choques frontales o en cadena, de accidentes con frecuencia mortales.

Son como cientos de cuerpos apilados, que después de la muerte han debido sufrir el insulto extremo de una ulterior violación, la sustracción violenta de las pocas partes que aún conservaban.

Cuando cualquier posible utilidad residual se ha desvanecido, los esqueletos son levantados por una grúa móvil con una cuchara en forma de cangrejo, colocados en una pasarela de rodillos semovientes y arrastrados a duras penas hacia una cochambrosa prensa hidráulica, que los transforma en cubos metálicos de un metro de lado. De esta forma terminan su existencia los cadáveres mecánicos: en una pila que recuerda a una lúgubre y tortuosa pirámide azteca.

El gestor del desguace se llama Santini, es un viejo de más de setenta años, alargado y coriáceo, con una fuerza física increíble. Va siempre vestido con un mono de mecánico y unas botas de seguridad. Dependiendo de la estación, al uniforme se añaden ciertos complementos como gorros de lana, bufandas mugrientas, anoraks impermeables o pañuelos anudados en la cabeza. Vive los doce meses del año en una caseta situada en medio del desguace. Es un paralelepípedo de paneles de chapa, habitable gracias a un grupo electrógeno de gasóleo, una fosa biológica y la antena parabólica que hay en el tejado.

En los años setenta Elio Santini era un nombre bastante conocido de la criminalidad milanese. Su banda atracaba bancos y joyerías. Luego, antes de que su generación fuera barrida por la nueva oleada de delincuentes procedentes del sur y de los países extracomunitarios, logró salir del ambiente e invirtió todos sus ahorros en el desguace.

En la actualidad es uno de los hombres de confianza de Matteo Serra que, de vez en cuando, usa el lugar para celebrar reuniones secretas e intercambiar droga. Con el dinero que le paga Serra, Santini se regala la heroína que lo tiene esclavizado desde hace más de treinta años y la compañía de prostitutas africanas, con frecuencia

menores, que rondan por la zona.

Alceo Di Sante llega a media mañana con Daniele Vecchi y Aldo Tamburini, los hombres que lo acompañaron a Abruzzo para resolver el asunto de Cristina Fogli.

Cuando su Alfa Romeo entra por la verja del desguace, Santini se apresura a cerrarla con una cadena y un candado grande.

Di Sante aparca al lado de la caseta y se apea, seguido de sus hombres.

—¿Y bien? —pregunta Serra, que está de pie al lado de la puerta. Va vestido de manera impecable, como de costumbre. Traje de chaqueta azul marino con corbata a juego, zapatos negros de Prada y abrigo gris oscuro de Fay con chaleco impermeable en el interior.

—Todo en orden. No nos causará más problemas.

—¿Hiciste lo que planeamos?

—Sí, simulamos el accidente. Ella y su amiga se chutaron y murieron en el incendio accidental de la casa. Si la policía científica está a la altura de la situación encontrarán rastros de varios tipos de droga por la casa. La esparcimos por todas partes, dentro de unos recipientes herméticos.

—Veo que pensaste en todo —dice Serra—. Así me gusta. ¿Les has pagado? —pregunta señalando con la barbilla a los dos hombres, que se han quedado a la debida distancia.

—Sí, lo de siempre —contesta Di Sante.

—Estupendo. En ese caso, asunto zanjado.

La ventana de la caseta se abre y un hombre armado con un Kalashnikov dispara a Alceo Di Sante una ráfaga de tiros que lo levantan del suelo y lo lanzan a un metro de distancia. De detrás de la prensa hidráulica salen tres hombres armados con fusiles automáticos y disparan a Vecchi y a Tamburini, acribillándolos con un tiroteo cruzado antes de que puedan hacer siquiera amago de sacar sus pistolas. En el suelo, en la arena guijosa que hay frente a la caseta de Santini, yacen ahora tres cadáveres ensangrentados.

El viejo propietario del desguace sale de detrás de un montón de neumáticos usados, se acerca al coche de Di Sante, un Alfa Romeo 159 Sportwagon de color verde metalizado, y abre todas las puertas. Luego, agarrándolo por el cinturón y el cuello de la camisa, levanta el cuerpo de Vecchi y lo mete de un empujón en el coche, sin preocuparse por la posición, asegurándose tan sólo de que quede dentro. La misma suerte corren Tamburini y Di Sante, con el que la operación resulta algo más difícil, dada la mole del policía.

Después de haber metido los tres cuerpos en el coche, el viejo cierra las puertas y sube a la cabina de la grúa con la cuchara en forma de cangrejo.

Las garras mecánicas agarran el vehículo rompiendo las cuatro ventanillas, y lo levantan a, casi, tres metros de altura. Resoplando, la grúa gira sobre sí misma y se mueve lentamente hasta quedar delante de los rodillos móviles, sobre los que descarga el vehículo.

Serra y los cuatro hombres de la *'ndrangheta* siguen en silencio, como si estuvieran asistiendo a un grotesco funeral, el último viaje del coche de Alceo Di Sante, que es arrojado a la famélica boca de la prensa. Al cabo de unos minutos, por una cinta transportadora desgastada que apunta hacia lo alto, aparece un nuevo cubo, que es empujado hacia arriba antes de caer sobre el montón que componen ya los demás vehículos. La cabeza de la siniestra pirámide de forma irregular tiene hoy un extraño color. Y chorrea sangre.

Cuarenta y ocho

Marco Tanzi, Milán

Aire. Lo respiro a pleno pulmón.

Es el aire de siempre, asqueroso y contaminado, pero fuera de ese sitio tiene otro sabor. El sabor que tú le quieras dar, no el que te imponen aquí.

Vino un abogado y me hizo firmar unos papeles. Denuncia retirada, excarcelación inmediata. A saber qué le habrá prometido Serra a Tito Leonardi, el excompañero al que di una buena paliza para que me metieran aquí dentro. No creo que esté involucrado en el tráfico de droga, es demasiado cobarde. Seguro que se habrá contentado con el dinero o con un ascenso.

He quedado con Serra a la salida del metro de San Donato, en la parte del garaje. Como era de esperar, no ha venido en persona sino que ha mandado a un par de tipos para que me recojan. Salta a la vista que son policías, y por los monosílabos con los que se expresan, diría que son calabreses. Son las cinco de la tarde y ya es de noche. Me doy casi un cuarenta por ciento de probabilidades de llegar vivo a la hora de cenar.

Me hacen subir al asiento posterior de un todoterreno con las ventanillas ahumadas, y me tapan la cabeza con una capucha. Cosa que podría ser una buena señal. Si Serra pretendiera matarme no se preocuparía de tener en secreto el lugar del encuentro, así que las probabilidades suben a setenta. No obstante, pensándolo bien, podría ser una puesta en escena para que me relaje y baje la guardia. Mejor volver al cuarenta por ciento, es un porcentaje más realista.

Antes de arrancar, uno de los dos tipos se arrodilla en el asiento del pasajero y me registra. Luego me pasa por el cuerpo el consabido escáner, pero no encuentra nada.

Deambulamos con el coche durante, al menos, una hora, sin rumbo fijo. Al final deciden tomar una dirección precisa, las curvas ya no son tan frecuentes. Pienso que ha sido una maniobra para despistar, por si alguien nos estaba siguiendo, no creo que Serra sea tan ingenuo de creer que me puede desorientar con estos truquitos.

En cualquier caso, al final llegamos a nuestro destino.

Oigo el chirrido de una puerta, noto que el camino es ahora de tierra, irregular, y percibo un olor fuerte, penetrante, a óxido.

Estamos en un desguace. Esos sitios me inquietan, me traen a la mente malos recuerdos, cosas que jamás lograré borrar de la memoria aunque viva mil años.

Nos paramos, me obligan a bajar y me arrastran tirándome de un brazo. Subimos también un par de escalones, entro en un lugar apestoso, con el suelo inestable. Una caseta de obras.

—Puedes quitártela —dice una voz inconfundible.

Lo hago. Una bombilla encendida cuelga del techo en un plafón sin cristal. La luz es deslumbrante, serán al menos doscientos vatios, de manera que tengo que cerrar los ojos para habituarme a ella.

El comisario Matteo Serra está sentado en una silla de paja que ha conocido tiempos mejores. Como la última vez, va vestido con una elegancia casi exagerada. Tiene las dos manos metidas en los bolsillos del abrigo, lo que podría significar que me tiene a tiro.

El estado de este sitio es increíble. Vasos sucios, botellas, latas de cerveza por todas partes. Además de platos de papel con restos de comida enmohecidos y cucarachas campando por sus respetos. Olor a cerrado, a sudor, a humo. Y a sexo mercenario.

Miro alrededor. A la izquierda hay una puerta cerrada que, con toda probabilidad, es la del dormitorio, en tanto que nosotros nos encontramos en una especie de zona de día. Mesita de plástico, dos sillas, un acuario desportillado y sujeto por dos muros de ladrillos macizos y cal. En una repisa hay un hornillo de tres fuegos conectado a una bombona de butano, y varias ollas ennegrecidas. Un armarito metálico de vestuario, oxidado y desquiciado, que, con toda probabilidad, hace las veces de despensa. Una nevera pequeña, que hace un ruido exagerado, completa el suntuoso mobiliario.

Incluso a mí, que fui mendigo durante varios años, me costaría vivir en una ratonera similar.

—Entonces —dice sin invitarme a tomar asiento—, los dos hemos respetado la primera parte del acuerdo, ¿verdad?

—Verdad —contesto.

—Ahora pasaremos a la segunda.

—¿Quieres decir que tienes el dinero? —pregunto impasible.

—Sí, si tienes los nombres que te pedí.

—El nombre es Tullio Guerra, abogado. Puso en contacto a Pession con un mecánico que se llama Fabio Moselli, uno que se dedica a comprar niños gitanos para venderlos después a depravados.

—¿Sólo te dijo eso?

—Sí. Se cayó de la litera y, por desgracia, dormía en la cama de arriba.

Su boca se deforma en una sonrisa, pero no pasa de ahí. Sus ojos siguen siendo

unos tizones encendidos, unos diamantes negros y fríos que parecen capaces de penetrar en la mente y leer los pensamientos.

—¿Y por esos dos nombres pides cien mil euros?

—Por los dos nombres y por el homicidio del pedófilo.

—¿Sigues teniendo intención de matar también al fiscal?

—Por supuesto.

—¿Y si te pidiera que esperaras antes de hacerlo? Ahora esa muerte podría causarme problemas, hay mucha gente que no me pierde de vista en este momento.

—Si eso significa que trabajo para ti, sí, estoy dispuesto a esperar. En caso contrario incumplirías la última parte del acuerdo. Te comprometiste a dejarme actuar y a protegerme.

—¿Por qué quieres trabajar conmigo?

—Porque estoy harto de vivir en sitios repugnantes, de vestirme con harapos, de hacerme pajas. Mi vida ha sido una mierda, y ya tengo cuarenta y ocho años. Me gustaría vivir como se debe los que me quedan.

—¿Qué más me puedes dar, respecto a lo que ya tengo?

—No soy un gorila descerebrado, como los que trabajan para ti. También como guardaespaldas valgo por tres de ellos.

Me mira perplejo. Creo que está vacilando entre matarme o no.

—No me pareces sincero.

—¿De verdad?

—Creo que me has pedido ese dinero por otro motivo.

—¿A qué te refieres?

—A tu hija.

Me lo esperaba, no me descompongo y aguanto.

—Lo haces por ella —prosigue—. El año pasado conseguiste desintoxicarte para salvarla. Sé todo sobre el secuestro. Apuesto a que te gustaría regalarle cosas, llevarla de vacaciones, que te viera con un buen coche. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Está bien —me dice—. Entonces, si lo haces por tu hija, ella también forma parte del acuerdo.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que tu comportamiento en el trabajo tendrá consecuencias para ella.

—No me gustan los que amenazan a mi hija. Alguien intentó hacerlo en el pasado y lo maté con mis propias manos.

—Yo no la estoy amenazando. Estoy diciendo que tú decidirás su destino. Si quieres trabajar conmigo ésas son las condiciones, en caso contrario coge el dinero y considérate libre de marcharte.

Acto seguido levanta del suelo una bolsa de gimnasia y la tira con fuerza sobre la mesa, haciendo caer un par de platos sucios y un vaso de plástico al suelo.

Nos miramos a los ojos unos segundos.

—De acuerdo, acepto. No me ocuparé de Salvemini por el momento. Haré lo que me ordenes. Pero ahora cogeré el dinero y me iré de esta mierda de sitio. Quiero un hotel de lujo, una cena como se debe y una puta de mil euros.

—Una última cosa. He dicho a los dos que están ahí fuera que si consiguen arrancarte la bolsa sin usar las armas, sólo con las manos, se pueden quedar con el dinero. Considéralo una prueba de admisión.

—¿Sólo son dos? Pensaba que en esta escuela los exámenes eran un poco más difíciles.

Cojo la bolsa, doy media vuelta y salgo. Uno de los gorilas, que me estaba esperando detrás de la puerta, se abalanza sobre mí, pero no me sorprende, lo agarro por el cuello de la chaqueta y lo tiro contra la pared de la caseta. El otro me da un puñetazo en la barbilla. Escupo un poco de sangre, pero no me muevo un sólo centímetro. Le doy un cabezazo entre la nariz y la boca, él retrocede escupiendo al suelo unos cuantos dientes. El otro ataca, giro sobre mí mismo y le doy una patada en el plexo solar. Vuela hacia atrás y choca de nuevo contra la pared de la caseta. No he contenido el golpe, así que es posible que lo haya matado. El otro, menos convencido que antes, intenta darme un nuevo puñetazo. Decido tirar la bolsa al suelo, le agarro un brazo con las dos manos y se lo rompo a la altura del codo. Luego le asesto un directo en plena cara. Acaba tumbado en el suelo, con los brazos y las piernas abiertos. Es muy probable que también él esté muerto.

Siento un golpe fortísimo entre el cuello y los hombros, a buen seguro es una barra de hierro. Acuso el golpe y caigo de rodillas, si bien no pierdo la lucidez suficiente para razonar. Me tiro al suelo y ruedo sobre mí mismo, esquivando por los pelos el segundo golpe, el definitivo. En lugar de darme, el pie de ese cerdo se clava en la grava a la vez que yo me levanto tratando de encuadrar al tercer bastardo. Es un viejo mugriento, vestido con un mono de mecánico. Quizá sea el dueño de la casa. Le ha sorprendido que yo haya sabido encajar un golpe similar, de manera que ahora me mira perplejo, consciente de que las posibilidades que tiene de salir ileso son pocas. Doy un paso hacia él, vacilando aún entre matarlo o dejarlo simplemente tullido.

—Está bien, basta —grita Matteo Serra, que está de pie en la puerta de la caseta.

Reflexiono un segundo antes de decidir. Comprendo que también esto forma parte del examen. Recojo la bolsa del suelo sin apartar los ojos del viejo, que da un par de pasos hacia atrás. Es un tipo listo.

—Si no te molesta, cogeré el coche de esos dos —digo a Serra—. A fin de cuentas, no están en condiciones de conducir. Tienes mi número, espero tus noticias. Jefe.

Sonríe. Según parece, en Italia esta noche hay un parado menos.

Cuarenta y nueve

Marco Tanzi, Milán

Cristina Fogli abre los ojos después de catorce días en coma. Ha respondido bien a la reducción de la dosis de fármacos que le suministraron para contrastar la sobredosis de heroína.

La primera que nota que se ha despertado es la enfermera que, en ese momento, está cambiando el gotero. La mujer, de unos treinta años, morena y menuda, que viste la clásica bata azul con el cuello de pico, se sobresalta ligeramente. Luego, tras haber verificado que los ojos abiertos corresponden a un estado de conciencia, se inclina hacia la paciente.

—Señora... ¿me oye? Vamos, ánimo, que lo peor ha pasado, voy a llamar al médico, ¡espere un momento!

Como si Cristina pudiera moverse. Se siente exhausta y confusa, le cuesta incluso razonar, debe cerrar de nuevo los ojos para poner orden en sus pensamientos y recordar lo que le sucedió.

Un agente uniformado entra en la habitación, a la vez que otro se asoma desde el pasillo. Así que la están vigilando. Los dos hombres intercambian dos palabras, luego el que ha entrado saca un móvil de un bolsillo y sale.

Cristina piensa enseguida en Caterina, pero no tiene fuerzas para hablar, para preguntar por ella. La niebla empieza a desvanecerse, recuerda vagamente a Alceo Di Sante y a los otros dos hombres, a su amiga y a ella atadas en la cama, luego las jeringuillas y, por último, la oscuridad.

Llega el médico, seguido de la enfermera de antes. Es un hombre de unos sesenta años, de aspecto un poco descuidado, con la bata torcida, las gafas atadas a un cordel y el pelo gris, largo y despeinado.

—¡Bienvenida! —dice cogiendo la muñeca de Cristina—. ¿Cómo está?

Ella trata de hablar, de incorporarse, de preguntar. Pero todo le supone un gran esfuerzo, tiene la impresión de estar clavada a la cama y de tener la boca pegada. No logra emitir ningún sonido.

—Vamos, no se esfuerce, tumbese y tranquilícese, ahora debemos examinarla, debe relajarse y no pensar en nada.

Llega otra enfermera, el médico le da instrucciones sobre los análisis, sobre la dosis de medicamentos que debe suministrarle y sobre la puesta al día del historial médico. Cristina hace un esfuerzo para que la oigan, para llamar su atención. En la habitación hay tres personas que se ocupan sólo por ella, dos más en el pasillo, pero parece que ninguna está dispuesta a hacerle caso, como si fuera invisible. Ayudada por la fuerza de la desesperación, alarga un brazo y agarra el del médico, al mismo tiempo que se incorpora. El hombre se vuelve para mirarla, sorprendido de su energía.

—Caterina... mi amiga... —susurra a duras penas Cristina.

—No, pero ¿qué hace? Vamos, tumbese —dice el médico apartando la mano de ella de su brazo y tratando de que se recueste de nuevo.

—¡No! —reacciona ella con una especie de grito silencioso de desesperación. Aferra la bata del médico con las dos manos y lo sacude haciendo acopio de todas sus fuerzas—. Caterina, dime cómo está... dímelo...

—Pero usted ahora no debe agitarse, no le conviene, lo único que debe hacer es pensar en...

—¡Dímelo! —le implora Cristina.

La desesperación que revelan sus ojos deja sin alternativa al hombre, que le coge las manos intentando calmarla.

—Lo siento, señora. Lo siento... Por desgracia, su amiga no pudo superarlo. Pero ahora debe tranquilizarse, debe tumbarse y no...

El médico sigue hablando, tratando de sosegarla, pero Cristina ya no lo escucha. Se ha vuelto a tumbar, derrotada. Mira fijamente el techo, mientras las lágrimas anegan sus ojos y un dolor agudo le parte el corazón. Es el remordimiento insoportable de haber causado la muerte de la única persona de este mundo que la quería de verdad.

Laura Damiani desembarca en el aeropuerto de Pescara a las nueve de la noche de ese mismo día. Veinticuatro horas después de que ingresaran a Cristina Fogli tuvo que regresar a Milán, no podía abandonar la investigación. Fogli estaba muy grave y no podían trasladarla, de manera que Damiani ha estado en contacto permanente con Ranalli, su colega de Pescara, quien se comprometió a avisarla en caso de que se produjera alguna mejora en las condiciones clínicas de la enferma. La policía de Abruzzo organizó la vigilancia de la víctima en el hospital. La jefa de policía Daniela Boschi había sido muy clara con su equivalente en el cargo, el superior directo de Ranalli. «Esa paciente puede ser una testigo clave en una investigación secreta y muy delicada. Es absolutamente prioritario protegerla».

—¿Cómo está? —pregunta Laura a su compañero. Ranalli ha ido a recogerla al aeropuerto con un coche oficial.

—Bah... no habla, no reacciona. Cuando supo lo que le había sucedido a su amiga se encerró por completo en sí misma. El médico tuvo que decírselo, temía que la agitación le provocara un choque.

—Podía haberse inventado algo... Podía haberle dicho que Aquilano estaba grave, que estaba en coma.

—Creo que no habría sido una buena idea —replica Ranalli. Conduce por la carretera Tiburtina, que enlaza el aeropuerto con el centro de la ciudad—. Si hubiera querido verla, si hubiese seguido pidiendo información, habríamos tenido que mentirle una y otra vez. Y si hubiera descubierto después que su amiga había entrado muerta en el hospital, quizá habría sido más traumático para ella. Sin contar con que el código deontológico de los médicos los obliga a decir la verdad.

—Sí, tienes razón, puede que sea mejor así.

—¿Y los locos de tus amigos? —pregunta Ranalli enfilando la rampa de la autovía que rodea la capital adriática.

—No lo sé, aún están de vacaciones, los dos. Cuando regresaron a Milán, al día siguiente de que lo hiciera yo, intenté convocarlos para hablar con ellos, pero no hubo manera de localizarlos. Tengo que contentarme con lo que te dijeron a ti.

—No creo que estén ocultando nada. Son dos cretinos, pero he de reconocer que me parecen eficientes. No muchos habrían sido capaces de encontrar a Fogli como lo hicieron ellos y de sacarla de esa casa en llamas. Si sigue viva es sólo gracias a ellos.

—Sí, tienes razón —corroborra Laura—. Son buenos policías.

—Oye —prosigue Ranalli—, me han dicho que no debo meterme donde no me llaman, pero... en fin, Cristina Fogli... ¿Me puedes decir algo más sobre ella? ¿Es testigo en una investigación importante? ¿Tiene algo que ver con los líos que están sucediendo en Milán?

—Por desgracia, no puedo contarte nada. En todo caso, sí, podría ser una testigo importante. Es fundamental que me ayudes a protegerla hasta que pueda llevarla a un sitio seguro.

—Cuenta conmigo —responde Ranalli embocando la salida de la autovía, en dirección al hospital.

—¡Diez minutos como máximo, y procuren que no se altere! —les pide el médico desde la puerta.

—Está bien, no se preocupe —contesta Laura.

—¿Quieres que entre contigo? —pregunta el comisario Ranalli.

—No, es mejor que no. Pero quédate por aquí, si no te importa.

—Te espero aquí fuera.

Laura llama dos veces y entra sin aguardar respuesta.

Cristina Fogli está tumbada en la penumbra de la habitación, con los ojos cerrados. Gira un poco el cuello hacia la puerta, y los abre. Laura se acerca a ella y le coge una mano.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras?

Ella se encoge levemente de hombros.

—No lo sé. Bien, creo.

Fogli se vuelve hacia el otro lado, hacia la ventana. Cierra de nuevo los ojos para contener las lágrimas.

—Tú no tienes la culpa de nada —continúa Laura—. Si es eso lo que estás pensando quítatelo de la cabeza. Ahora debes concentrarte en la manera de hacérsela pagar a los que te hicieron esto. A los que *le* hicieron esto. Y yo estoy aquí para ayudarte.

—Estás aquí por la investigación. Porque quieres que declare contra Serra.

—¿Aún quieres protegerlo? ¿No te basta lo que ha sucedido por su culpa? Estoy segura de que él está detrás de toda...

—¡Les vi la cara! —la interrumpe Cristina—. Eran sus hombres.

—¿Quiénes eran? ¿Alceo Di Sante era uno de ellos?

—Sí, con otros dos más. Uno se llama Vecchi, creo que es de la brigada Móvil. Al otro no lo recuerdo, quizá pueda hacerlo después.

—Escucha, Cristina, es importante detener a esos hombres antes de que causen más daños. Ya han muerto demasiadas personas. Quiero que me cuentes todo, llamaré a un magistrado para que te interrogue y levante acta, puedo garantizarte desde ahora que tendremos en cuenta tu colaboración, que conseguirás la inmunidad.

—Perderé el trabajo. Lo único que me queda en este mundo.

—No, te equivocas. Te queda la vida, la posibilidad de hacer lo que debes, de remediar los errores que has cometido y de vivir con la cabeza bien alta. Eres joven, inteligente, encontrarás otro camino.

—Lo dices, pero sabes de sobra que no es así.

—Tonterías. No quiero forzarte, Cristina, pero te ruego que reflexiones. Cuanto más tiempo demos a Serra para que se organice y se defienda menos posibilidades tendremos de arrestarlo.

—No sabes de lo que es capaz ese hombre, no conseguirás detenerlo así como así.

—Dalo por hecho. Encerraré a ese hijo de puta y le haré pagar por todo. Incluido lo que te hizo a ti.

—Caterina era la única amiga que tenía en el mundo. Era mi familia. Murió por mi culpa... No quiero tener más muertes sobre la conciencia.

—Pero ¿no entiendes que eso es justo lo que sucederá si no detenemos enseguida a Serra? Además, no es cierto que ella era tu única amiga. Yo también lo soy, y otros compañeros que te quieren. Andrea Gherardi te encontró y te salvó del incendio con la ayuda de Betti, de la brigada Criminal.

—¿Andrea? —pregunta Cristina—. ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo me encontró?

—Gracias a una vieja fotografía y a algo que le dijiste cuando... cuando salíais juntos.

—Andrea. Era un buen jefe, un buen policía. Serra lo arruinó. Arruinó todo, nos contagió a todos el mal que lleva dentro.

Cristina tiene miedo de abandonarse a la esperanza. En los últimos años le ha tranquilizado más echarse en brazos de la desesperación. Convivir con ella, aceptarla como una condición inevitable.

—Está bien —dice al final—, hablaré con tu magistrado. Pero lo haré mañana. Ahora estoy cansada, quiero dormir.

—Por supuesto... —dice Laura Damiani acariciándole un hombro—. Yo estaré aquí. No te dejaré sola ni un minuto, puedes contar conmigo.

Cristina Fogli asiente con la cabeza, con aire exhausto. Cierra los ojos y se da media vuelta.

Cincuenta

Quarto Oggiaro, Milán

Las torres de la calle De Roberto son siete paralelepípedos de color salmón, de diez plantas cada uno, que se apiñan en una zona trapezoidal, al abrigo del parque de villa Schleiber.

Sobre el papel es una zona residencial moderna, dotada de servicios, infraestructuras y amplios espacios a disposición de los ciudadanos. En realidad es uno de los ápices del cuadrilátero de la venta de droga. Se trata de una zona de casi quince mil habitantes, que se encuentra a merced de trescientos camellos y de una horda de jóvenes atracadores, con frecuencia menores, violentos y cabreados con el mundo. Una oleada criminal que en los últimos tiempos ha vuelto a invadir sus calles con más intensidad de lo habitual, gracias al decreto que vació las cárceles.

A sólo doscientos metros de distancia se encuentra la zona de la calle Vialba, próxima a la autopista A4, Turín-Trieste. Un delirio posindustrial de chabolas, desguaces y empresas comerciales escondidas del mundo. La vegetación espontánea que invade las calles abandonadas a su destino sirve de marco a la prostitución de mujeres extracomunitarias, poco más que unas niñas, a las que sus connacionales sin escrúpulos explotan como animales.

Allí se consuman los ajustes de cuentas de este microcosmos criminal, circunscrito e infernal. Allí se suelen encontrar los cadáveres de los exponentes de ese universo paralelo, en el interior de coches abandonados o en medio de las bolsas de basura de los vertederos abusivos.

Milán no es sólo la calle Monte Napoleone y la plaza del Duomo, es también esto. A pesar de que todos se esfuerzan por ignorarlo.

El piso de Marco Tanzi está en una de las torres. Luca Betti lleva dos días esperándolo, sentado en su coche, que está aparcado al lado de una puerta peatonal del complejo, la más próxima al edificio donde vive su amigo.

Desde hace cuarenta y ocho horas Betti se está nutriendo de los bocadillos y las bebidas que compra en un bar de los alrededores, con un baño asqueroso, que sin embargo, aprovecha también.

Anoche, tres jóvenes que estaban jugando al videopóquer lo vieron y, tras hablar un momento entre ellos, empezaron a seguirlo mientras él volvía a su coche.

Hace dos semanas que Luca no se afeita y que no se quita de encima una cazadora deportiva y un par de vaqueros. Mientras abría la puerta de su coche los tres tipos se acercaron a él. Después de dejar caer la bolsa con la cena, Luca sacó en un abrir y cerrar de ojos su Desert Eagle calibre 48 y la apuntó hacia ellos, a la altura de los ojos.

—¿Qué coño queréis, idiotas?

—Eh, calma, señor —dijo el primero parándose y levantando las manos. Era un tipo de unos diecinueve años, con el pelo oxigenado, una gorra de rapero y un *piercing* en la nariz—. Pasábamos por aquí y...

—Escuchadme bien, gilipollas —los advirtió Betti—. Soy policía, estoy cansado y muy nervioso. En vuestro lugar yo mantendría las distancias, consideradlo un consejo de amigo.

No hizo falta repetírselo dos veces, los tres tipos recularon y, acto seguido, echaron a correr.

Luca recuperó su cena y subió al coche. Dio un mordisco al bocadillo, que parecía de goma, y se concentró de nuevo en los espejitos que había colocado de forma estratégica.

Ahora, al cabo de casi veinticuatro horas, la espera es recompensada. Son las diez de la noche y una sombra imponente recorre la acera que encuadra el espejito derecho de su Qashqai. Luca sale del estado poco menos que catatónico en que lleva sumido bastantes horas. Reconoce la mole, los movimientos, la manera de andar. Es Marco Tanzi.

Se apea del coche y lo llama.

—¡Marco!

Marco se para y se vuelve hacia el punto del que procede la voz.

—¡Luca! Pero ¿qué demonios...? ¿Qué haces aquí? ¿Me estabas esperando?

—Sí, te estaba esperando —responde Betti acercándose a él y agarrándole un brazo—. ¡Llevo dos días de mierda acampado en el coche, esperando a que des señales de vida! Tenías el móvil apagado, parecía que se te hubiera tragado la tierra, ni siquiera me dejaste un mensaje. Cuando supe que habías salido de la cárcel vine a buscarte. ¡Y ahora explícame qué está sucediendo!

—Luca —dice Tanzi cogiendo la mano de su amigo y apartándola de su brazo, poco a poco, pero con firmeza—, no debo darte ninguna explicación. La denuncia fue retirada, estaba libre y decidí marcharme durante cierto tiempo.

—¿Marcharte? ¿Adónde? ¿Y ahora? ¿Has vuelto a casa? ¿Piensas quedarte aquí?

—He venido a recoger algunas cosas, estaré fuera un poco. No puedo... No

quiero decirte adónde voy, quiero ir a mi aire.

—Marco, por Dios, no puedes tenerme al margen, ¡yo también estoy metido en esto! Intentaron liquidar a Cristina Fogli, Gherardi y yo la salvamos de milagro, pero una amiga suya murió. ¡Serra está involucrado en la historia!

—Lo sé, pero no me interesa. No tengo nada que ver con todo eso, ya no soy policía.

—¿Qué? Pero ¿qué dices, me estás tomando el pelo? Fuiste tú el que aceptó el plan de Salvemini, sólo que en lugar de proteger a este tipo, a Pession... ¿Qué hiciste, Marco? ¿Lo mataste? ¿Qué es esa gilipollez de que se cayó de la cama?

—Los carceleros han declarado, todo está confirmado. Fue un accidente.

Luca está exasperado, la situación le parece tan absurda que ya no sabe qué decir.

—Oye, Marco, soy tu amigo. No puedes comportarte como un capullo, conmigo no, quiero saber qué estás tramando, qué está pasando.

—Luca, en caso de que esté tramando algo, no es asunto tuyo. Sal de mi vida, no quiero tenerte encima. Se acabó.

—¿Se acabó? ¿Qué es lo que se ha acabado? ¿Te has vuelto loco?

—No, jamás he estado tan cuerdo. Quiero que me olvides, que dejes de buscarme, de seguirme. Tengo que estar solo, las prioridades que tengo en este momento no te conciernen. Te lo digo por tu bien.

Luca está desconcertado, da un paso hacia atrás y mira a Marco Tanzi como si lo viese por primera vez, como si tuviera delante a un desconocido.

—Por mi bien... ¿Me estás amenazando? ¿A este punto hemos llegado, Marco?

—Luca, subo a casa a coger algo de ropa interior y alguna que otra cosa más, luego me marcharé y no quiero que me sigas, no quiero que me busques. Sal de mi vida, tú y yo hemos terminado.

Marco Tanzi se vuelve y franquea la puerta peatonal de las torres. Luca se queda boquiabierto, lo mira mientras se aleja de él sin poder dar crédito. A continuación entra en el coche, arranca el motor y se marcha.

Cincuenta y uno

Son las seis y media de la mañana. Cristina Fogli sigue estando muy débil, ha pasado una noche interminable, casi no ha pegado ojo. Después de la breve visita de Laura Damiani de anoche, empezó a reconstruir los sucesos de los últimos años, los errores y los delitos que ha cometido.

En su fuero interno, le gustaría poder justificar el silencio que la hizo cómplice de las acciones criminales que cometía Matteo Serra, pero no puede.

Duda incluso del peso que su palabra podría tener en un tribunal, en caso de que la llamaran a declarar contra ese hombre.

Serra tiene poder, prestigio, puede contar con los éxitos que ha construido en abstracto. Y con sus expedientes secretos. Con ellos sobre la mesa no habría nada que hacer.

Si bien es muy probable que lo suspendan de su puesto, será muy difícil obtener una condena definitiva basada exclusivamente en las declaraciones de Cristina. Sin contar que, como mínimo, ella también irá a la cárcel. Es muy fácil demostrar que es toxicómana y este hecho podrá ser usado para desacreditarla. Sus mismas declaraciones la harán parecer una persona poco fiable, que estuvo al corriente durante años de unas actividades criminales y que, pese a ello, guardó silencio.

La enfermera de turno llega antes de las siete con las píldoras y el termómetro. Después de haberse ocupado de Cristina y de haber puesto al día su historial médico, saca un sobre de un bolsillo. Es de la jefatura de policía de Milán. En lo alto del mismo figura escrito: «De la comisaria Laura Damiani, para Cristina Fogli».

—Me lo dio uno de sus compañeros uniformados, pasó por aquí hace más o menos una hora. Me dijo que la señora Damiani quería que se lo entregase en persona.

Cristina coge el sobre de las manos de la mujer.

—¿Quiere que le ayude a abrirlo?

—No, gracias, puedo hacerlo sola.

La enfermera asiente con la cabeza, controla el flujo del gotero, recoge sus cosas

y sale de la habitación.

Cristina está perpleja, tiene un extraño presentimiento. Da vueltas al sobre en las manos. Lo palpa para comprender si contiene algo peligroso. Nada, por lo visto dentro sólo hay una hoja de papel. Lo levanta para observarlo a contraluz. Al final decide abrirlo. Saca el folio, doblado en tres, y lo mira. De repente, tiene la impresión de que su sangre se solidifica, paralizándole las arterias e impidiéndole respirar.

Laura llega a las ocho con el fiscal adjunto del tribunal de Pescara, un hombre joven, y con el comisario Ranalli. Al verlos acercarse a la puerta de la habitación de Cristina, los dos agentes que la vigilan se levantan de un salto ajustándose la chaqueta del uniforme. Laura se detiene en la oficina con la pared acristalada, que está en el centro del pasillo, donde la enfermera de turno cumplimenta las fichas.

—Buenos días, ¿cómo está mi compañera esta mañana?

—Ah, buenos días... Bien, no tiene fiebre, sigue estando muy débil, pero la he encontrado tranquila.

—Bueno, ahora entraremos, el médico está de acuerdo.

—Sí, pero se lo ruego, señora, no más de media hora, y si ven que la paciente se agita o parece cansada deben dejarla. Me asomaré dentro de un cuarto de hora para ver cómo está. Espero que lo entienda, es lo habitual en estos casos.

—Por supuesto —contesta Laura—, no se preocupe.

—Ah, señora —la llama de nuevo la enfermera—. Le he dado la carta, la que trajo el agente esta mañana.

—¿Carta? Pero ¿qué carta, yo no...?

Laura y Ranalli se miran con aire interrogativo. La policía se vuelve y echa a correr hacia la habitación, que está al fondo del pasillo. Choca con uno de los guardias y abre la puerta de par en par. La cama está vacía, Cristina Fogli ha desaparecido.

Ranalli entra con el móvil pegado a la oreja.

—¡Es la patrulla que está abajo! —dice señalando la ventana—. La escalera de emergencia, está subiendo por ahí, hacia el tejado.

Laura no se lo piensa dos veces, aparta la cortina y, sacándola literalmente de su soporte, abre la ventana. Se asoma mirando hacia arriba, justo a tiempo de ver desaparecer unos pies descalzos por detrás del parapeto de la azotea, tres pisos más arriba. Levanta una pierna y apoya el pie en el alféizar, se aferra al marco de la ventana y se da impulso para subir. Desde allí salta al rellano exterior, una plataforma de hierro cincado, y empieza a subir la escalera, saltando los peldaños de dos en dos.

El tejado de ese ala del hospital es una azotea enorme llena de torres, conductos metálicos de aire, antenas y depósitos de agua. Laura mira alrededor, gira sobre sí misma buscando a Cristina, la entrevé en el extremo más alejado, en un tramo angular del parapeto de ladrillos. Está mirando hacia abajo y tiene un folio de papel

en una mano.

—¡Cristina! —grita acercándose poco a poco a ella—. ¡Estoy aquí, quiero hablar contigo!

La puerta de una de las torres a las que se accede por la escalera se abre y aparece Ranalli, seguido de dos hombres uniformados. Laura levanta una mano y cabecea, su compañero se detiene y hace un ademán a los dos hombres para que se paren también.

—Cristina, si abandonas ahora todo habrá sido inútil. Ni siquiera la muerte de Caterina habrá servido para nada. ¡Serra vencerá! —Laura se va acercando a ella mientras habla, procurando no hacer ningún movimiento imprudente.

Cristina Fogli sigue mirando hacia abajo, hacia el garaje interno del hospital, del que la separan siete pisos, y en el que varias personas han alzado ya los ojos en dirección a ella y la están señalando, diciendo cosas incomprensibles a voz en grito.

—No has entendido nada —dice sin volverse—. Ninguno de vosotros ha entendido.

—¿A qué te refieres? —pregunta Laura—. ¿Qué es lo que no hemos entendido? Explícamelo tú, te lo ruego.

—Todo es inútil —dice Cristina Fogli sacudiendo la cabeza—. Él es más fuerte que vosotros. Es más fuerte que todos. Jamás lograréis detenerlo, porque gana siempre.

—No, no es cierto. Juntas podemos detenerlo, Cristina. —Laura está ahora a pocos metros de distancia. Tiende una mano a la mujer—. Ayúdame, por favor. Ayúdame a detenerlo, podemos conseguirlo. Dame la mano, Cristina. Estoy aquí por ti.

Cristina se vuelve y la mira a los ojos. Por un instante, Laura tiene la impresión de que le está sonriendo. Después Fogli se inclina hacia delante y se deja caer al vacío.

—¡No! —grita Laura asomándose al parapeto—. ¡Cristo, no, no, no!

Ranalli le da alcance y le agarra un brazo. Se asoma para mirar hacia abajo, donde Cristina Fogli yace descompuesta en la acera. Una mancha de color escarlata se va ensanchando lentamente bajo su cabeza.

En el garaje la gente grita, algunos escapan, otros se acercan cohibidos al cuerpo. Agitado, Ranalli da instrucciones a los suyos, luego ordena por la radio portátil a la patrulla que está abajo que rodee la zona y que impida que la gente se acerque al cadáver. Laura parece no hacer caso de todo ese trasiego. Mira fijamente el folio de papel que flota en el aire, empujado por el viento gélido. Por un momento parece que va a caer al suelo, pero luego una ráfaga lo hace subir de nuevo. Ondea indeciso a la altura del parapeto hasta que acaba depositándose en la azotea, al lado de un tubo del aire acondicionado. Laura se aproxima a él, lo coge y lo mira sin entender de qué se trata.

Es un folio de formato A4 dividido en seis recuadros. En los recuadros hay unos

dibujos. Parece fruta, quizá unas manzanas. Y sobre ellas hay unas palabras escritas con una caligrafía vacilante, infantil: «Mermelada de la fiesta de primavera». En el centro del folio hay una mancha de tinta roja. En realidad, podría ser una gran mancha de sangre.

El móvil de Laura suena. Número desconocido. Presa de una especie de trance hipnótico, con el folio en una mano y la cara azotada por el aire gélido, mientras siguen llegando hasta ella los gritos de histeria procedentes del garaje, la policía responde:

—¿Dígame?

Le contesta la voz de un hombre alterada por un pañuelo o algo similar. Se limita a decir tres palabras antes de colgar:

—He ganado yo.

Cincuenta y dos

*E*stimados telespectadores, buenas noches.

Casi parece haberse convertido en una costumbre, una trágica costumbre, iniciar nuestra edición de las ocho de la noche con el resumen de los hechos sangrientos que tienen como escenario la ciudad de Milán. Una ciudad a la deriva, que parece haberse convertido en la patria por excelencia de la guerra entre bandas criminales, hasta el punto que alguien ha llegado incluso a compararla con las más violentas y tristemente célebres metrópolis sudamericanas.

De nada ha servido la presencia del ejército, que, al día siguiente de los trágicos sucesos acaecidos en la discoteca Shy Guy, fue enviado para patrullar, obedeciendo a un acuerdo especial entre el Ministerio del Interior y el Ministerio de Defensa. El objetivo de dicha presencia era apoyar a las fuerzas de policía en la protección de las calles, pero a la luz de lo que vamos a contarles, dicho objetivo, por desgracia, parece haber fracasado.

De hecho, hoy se han producido otros cinco homicidios sangrientos que, una vez más, dejan atónita a la opinión pública y alimentan el clima de terror que tanto la ciudad como la región de Lombardía han vivido en las últimas semanas.

Para conocer más detalles pasamos ahora la línea a nuestra corresponsal en la capital lombarda, Giulia D'Orazio.

Sí, buenas noches, Enrico. «Una ciudad fuera de control». Así es como el gobernador civil, Angelo Piccinini, ha definido hoy a Milán. Pero centrémonos ahora en los hechos: esta mañana, al amanecer, en el interior de un coche abandonado en la calle Giuseppe Ripamonti, en el barrio Vigentino, fueron hallados los cadáveres de tres hombres, que han sido identificados como Gianni Baroni, de treinta y seis años, Lucio Fontana, de veintinueve, y Mauro Pavan, de treinta y dos. Los tres fueron asesinados con un disparo de pistola en la nuca. Los investigadores están convencidos de que la persona que los abandonó en el coche quería que fueran hallados. Ello no hace sino apoyar la hipótesis de que estamos ante una acción demostrativa, con toda probabilidad un ajuste de cuentas relacionado, quizá, con el mercado de la droga, si bien por el momento no se excluye ninguna otra posibilidad.

Baroni, Fontana y Pavan eran conocidos por las fuerzas del orden, ya que tenían

antecedentes por lesiones, venta de droga y robo con agravante. Pero sus muertes no han sido el único episodio violento que ha herido hoy a una ciudad ya atormentada y en serias dificultades.

Tullio Guerra, un abogado penalista de cincuenta y seis años, famoso también por su militancia en círculos extraparlamentarios y asociaciones de extrema derecha, fue hallado muerto esta mañana por una colaboradora doméstica en su bufete de la calle Moscova. El cuerpo, mutilado de manera espantosa, mostraba huellas de haber sido torturado con extrema violencia. Los investigadores tampoco han formulado una hipótesis precisa sobre este homicidio. En este momento se están analizando los casos que seguía el profesional, pero no se excluye que el delito obedezca también a una motivación política, relacionada con las famosas compañías de Guerra.

Para terminar, el último de los terribles hechos sangrientos que pone punto final a la que se ha denominado en el extranjero como la ciudad italiana más delictiva, equiparable a las capitales más famosas.

Rocco Barillaro, un empresario que, en opinión de algunos, tenía una estrecha relación con el clan criminal de Franco Capasso, ha sido encontrado muerto en una suite de uno de los hoteles más lujosos de la ciudad, situado en la plaza de la Repubblica, donde solía alojarse en el curso de sus frecuentes estancias en Milán. Como es sabido, Capasso es uno de los prófugos más buscados de Europa, jefe de la familia más poderosa de la 'ndrangheta calabresa, con unas ramificaciones criminales que van del tráfico de droga al blanqueo de dinero o a la manipulación en favor propio de contratos públicos.

Barillaro fue durante mucho tiempo objetivo de los investigadores, que, sin embargo, jamás pudieron probar su participación en el que, a buen seguro, es el mercado más rentable de venta de estupefacientes de toda la península: el mercado de la cocaína en Milán.

El hombre, de cincuenta y dos años, fue hallado en la bañera de su suite con el cuello cortado. El trabajador que lo encontró y que se apresuró a dar la voz de alarma, se encuentra ingresado en el hospital mayor debido a la impresión que le produjo el descubrimiento. En cambio, no se sabe nada del guardaespaldas de Barillaro, que se registró en el hotel con documentación falsa.

En la reunión extraordinaria que se ha celebrado en el Viminale, el ministro de Interior ha autorizado la creación de un cuerpo especial para investigar lo que, por lo visto, es una nueva guerra por el reparto del mercado de la droga en Milán. El hombre que parece destinado a asumir la dirección de dicho cuerpo es el comisario Matteo Serra, a la cabeza ya de la brigada Antidroga de la capital lombarda, famoso por los numerosos éxitos obtenidos en la lucha contra las bandas criminales que trafican con estupefacientes. Es probable que Serra sea investido con poderes especiales, que le permitirán actuar con mayor autonomía en sus averiguaciones y ser más incisivo en su acción investigadora.

Pero escuchemos ahora al gobernador civil Piccinini, que nos contará las

reacciones que han generado los acontecimientos del día de hoy. A continuación seguirá un reportaje sobre las declaraciones efectuadas por el ministro de Interior, quien, al finalizar la reunión extraordinaria de su gabinete, ha insistido en que las instituciones velarán por los ciudadanos de Milán. Todo ello gracias a las contribuciones de nuestros compañeros de la sede de Roma y de la unidad móvil uno, que coordina Gianni Sanvitale.

Cincuenta y tres

—Don Capasso, le presento mis respetos.

—Buenos días, comisario. Le escucho.

—Tenemos las contraseñas de las cuentas y hemos recuperado la metanfetamina. Son casi dos quintales.

—¿Y los otros dos *problemas*?

—Resueltos. Pession murió en un trágico accidente y la inspectora Cristina Fogli prefirió quitarse la vida a tener que convivir con el remordimiento que sentía por los errores que había cometido. Lo arreglaremos para que parezca que era ella la que colaboraba con Barillaro, presentaremos unas pruebas hechas a medida. Otro de mis hombres, Alceo Di Sante, lo había descubierto, y lleva varios días desaparecido. Será recordado como una de las víctimas de esta sangrienta guerra por el control de la droga. Por lo demás, en este tipo de casos la opinión pública necesita llorar a los héroes. He conseguido hacer encajar todas las piezas del puzle. Ahora, en cambio, ha llegado el momento de revisar los términos de nuestro acuerdo.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que la experiencia con Barillaro le ha demostrado que es mejor no fiarse de los intermediarios. Puedo ocuparme directamente de la situación en Milán. Una vez eliminada la competencia, la guerra ha perdido su razón de ser, de manera que se abren ante nosotros unos escenarios completamente nuevos. La autorización para sacrificar a su hombre dará los frutos que esperábamos, créame. Como jefe del cuerpo especial demostraré que Barillaro y Guerra organizaron los desórdenes en la ciudad y el atraco al Flasher Bank, y que su muerte pone punto final a las hostilidades.

—Queda el problema de los mexicanos. Supongo que no estarán contentos de haber perdido la oportunidad de invadir el mercado con su producto. Puede que no tardemos en tener que enfrentarnos a nuevos competidores.

—Sí, yo también he pensado en eso y quiero hacerle una propuesta. Podríamos ampliar nuestros objetivos, diversificar nuestra oferta, es el momento ideal para dar un paso de ese tipo. La metanfetamina, la *green inferno*, es un producto de calidad. Podemos conseguir unas ganancias enormes, alcanzar las cuotas de mercado a las que

no hemos llegado con la coca.

—¿Está proponiendo un acuerdo con los mexicanos?

—Exacto. Además del nombre de sus hombres y de las contraseñas de las cuentas, el abogado Guerra tuvo la amabilidad de procurarnos todos sus contactos con los productores de metanfetamina.

—Supongo que se lo pidieron con gran delicadeza y que él no se pudo negar.

—Digamos que fuimos persuasivos. He tenido ya un contacto preliminar con el intermediario de los mexicanos y la cosa parece factible. No obstante, ahora debe poner al corriente del asunto a sus socios de Colombia y lograr también su beneplácito. La paz es una condición necesaria para poder volver a operar sin inconvenientes.

—Creo que lo conseguiré, siempre y cuando se mantengan los compromisos sobre los cargamentos trimestrales. ¿Puede garantizar el control de la distribución al por menor?

—Puedo hacer lo que quiera en esta ciudad, don Capasso. Milán es mía.

—Bien, en ese caso quizá haya llegado el momento de que nos veamos.

—Estoy de acuerdo.

—Pero antes debo pedirle un último esfuerzo, comisario.

—Le escucho.

—Ese fiscal, el que le tiene tirria... y la policía. Debería ocuparse también de ellos.

Matteo Serra exhala un suspiro.

—En este momento es impensable un doble homicidio de ese calibre. La semana que viene me nombrarán jefe del cuerpo especial y no quiero empezar mi labor con el pie izquierdo, perdería credibilidad.

—En ese caso, tratemos de resolver el problema antes de su nombramiento. Así podrá beneficiarse de él, lo considerarán como el hombre que ha devuelto la paz a la ciudad. Además, estoy seguro de que sabrá encontrar autores para los homicidios. Alguien que luego no llegue vivo al proceso. Resuelva este último problema, Serra, y luego discutiremos con calma sobre nuestros acuerdos.

—¿Dígame?

—¿Tanzi?

—Sí, soy yo... ¿quién habla?

—Serra. Tenemos que vernos, dentro de dos horas, en el mismo sitio de la última vez.

—¿Tienes algo para mí?

—Sí, creo que ha llegado el momento de darte permiso para esa cosa que querías hacer y que te pedí que suspendieras.

—Entiendo. De acuerdo, nos vemos dentro de dos horas.

Cincuenta y cuatro

Luca Betti, Nueva York

Aire. Lo respiro a pleno pulmón.

Puede que sea el mismo aire repugnante y contaminado de Milán, pero cuando lo respiras corriendo por Central Park el aroma es muy diferente.

Con una situación laboral precaria, una vida sentimental destrozada y una cuenta corriente en números rojos, he hecho la cosa menos sensata que podía hacer: traer aquí a mi hija de vacaciones.

Sara tenía una semana entera de vacaciones por Pascua, y cuando se lo propuse no supo resistirse. Por lo demás, Nueva York siempre ha sido su sueño. Como era de esperar, su madre protestó. Me acusó a voz en grito de distraer a nuestra hija de los estudios, justo en el año del examen de selectividad; me dijo que estaba loco, que era un inconsciente. ¡Qué gusto me dio ponerla entre la espada y la pared! Sentí una sutil satisfacción al decírselo a Sara delante de Elisa. Tomé la decisión de repente, mientras pasaba por delante de una agencia de viajes especializada en *last minute*. Había ido a recoger a mi hija para salir a comer una *pizza* y le pregunté a Elisa si podía subir en lugar de esperarla abajo como siempre. Solté la bomba en cuanto vi a Sara.

—Quería proponerte una cosa... Una semana de vacaciones, tú y yo, por Pascua. ¿Qué te parece?

Al principio tuve la impresión de que se quedaba perpleja, comprendí que la idea de dejar a su novio para ir a una localidad de montaña con un padre perdedor y deprimido le debía parecer una especie de condena a muerte. Su madre había esbozado ya una leve sonrisa burlona y se disponía a humillarme una vez más. El deporte en que demostró tener más habilidad en los diecisiete años que pasamos juntos.

—Ah, espera —añadí antes de que Sara pudiera responderme—, aún no te he dicho el destino... Seis noches en Nueva York, en un hotel de Time Square, en la planta vigésimo novena, con vistas a los rascacielos del *downtown*... ¿Y bien? ¿Qué

me dices?

Sara me saltó al cuello y Elisa tuvo una reacción próxima a una parálisis facial.

Para pagar el viaje tuve que recurrir a los ocho mil euros de crédito de mi cuenta corriente, que había gastado ya en buena parte. Eso significa que cuando vuelva es muy probable que no tenga dinero ni para pagar las facturas ni para comer. Pero me importa un comino, yo también necesitaba desconectar.

Después de la muerte de Cristina Fogli, Laura se encerró en jefatura para buscar la manera de hacérselo pagar a Serra. Andrea Gherardi se negó a verme, pidió que le prolongaran el periodo de vacaciones y desapareció. Marco decretó el final de nuestra amistad, decidió seguir por su camino. No tengo la menor idea de dónde está, no sé lo que está haciendo ni por qué lo hace. Después de la noche en que nos vimos debajo de su casa no he vuelto a buscarlo.

Pero la auténtica novedad es que me da igual. Todos me dan igual. Me he pasado la vida preocupándome por los demás y ahora siento la necesidad de dedicarme un poco a mí mismo. Necesitaba una pausa y la mejor manera de pasarla era con mi hija.

Claro que no me hago ilusiones, sé que con este viaje he comprado su afecto o, cuando menos, su presencia, pero no me importa, al menos tendrá algo que recordar en los próximos meses. Sabrá cuánto la quiero y lo importante que es para mí estar a su lado.

Me marché sin el móvil y sin la tableta, decidido a desconectarme del mundo. Quiero estar ilocalizable, quiero que los demás se pregunten dónde estoy, qué estaré haciendo, cuándo pienso regresar. Sólo se vive una vez y he decidido que ya es hora de dejar de fingir que soy inmortal. Para bien y para mal.

Esta noche estamos cenando en la Grand Central Station, en la calle 42. A Sara le encanta, el ambiente es muy informal y está llena de restaurantes y de quioscos de gastronomía que ofrecen especialidades de todo tipo. Además, todo está tan limpio, es tan funcional... Si pienso en el caos y en la suciedad que reina en las estaciones italianas tengo la impresión de estar en otro planeta.

—¿Otra hamburguesa? —me pregunta Sara risueña—. ¡Eres realmente incorregible, papá! No sé de qué te sirve correr por Central Park, ¡es una batalla perdida de antemano!

—Oye, guapa, siempre he querido hincar el diente a las auténticas hamburguesas americanas y tengo intención de probar todas las variedades. Además, cuando volvamos a Italia me pondré a dieta.

—¡No sé por qué, pero eso me suena! —dice burlona. Le saco la lengua y nos echamos a reír—. ¡Además esa cosa que bebes! —prosigue, ensañándose—. ¿Cómo se llama? Dr Pepper, es tan dulzona, casi parece... No sé, ¡parece Amaretto di Saronno, pero sin alcohol y con gas!

—¿Cuándo has bebido tú Amaretto di Saronno, si se puede saber? —le pregunto

—. Espero que no te haya dado por los malos vicios.

—Pero ¿cómo es posible que no te acuerdes? Cuando era pequeña bebías un poco de vez en cuando, por la noche, y me dejabas probarlo siempre, a escondidas de mamá.

—Ah, sí... es cierto.

La imagen de mi hija a los diez años, con la melena larga y recogida con una diadema, las camisetas de colores, la naricita respingona y una expresión de niña traviesa que conseguía engañarme siempre es como un mazazo. Ahora es mayor, se ha convertido en una joven guapísima, inteligente y sensata. Debo pensar en otra cosa para ahuyentar la nostalgia.

—Sea como sea, tengo que reconocer que la barba te sienta muy bien —dice girando entre las manos un sándwich vegetariano—. ¡Estás como un tren! Pareces Ben Affleck con unos cuantos años más, pero igual de atractivo.

—¿Qué? ¿El memo de Ben Affleck? Yo me inspiro más en Simon Le Bon...

—¡Y dale con esos carrozas de los años ochenta! Vamos, papá, a estas alturas a éstos sólo los oyen las solteras amargadas, ¡te mereces algo mejor!

—¡No me toques a Duran Duran! ¡No me discutas a los mitos, por favor, si no esta vez tendré que ir de verdad al psicólogo!

Seguimos bromeando y comiendo, comentamos lo variopintas y extrañas que son las personas que pasan por nuestro lado, y nos volvemos a reír. Discutimos sobre el programa que hemos previsto para mañana: MoMa y Chinatown, por descontado, el resto lo decidiremos en su momento. Hacía tiempo que no me sentía tan feliz.

De improviso, suena el móvil de Sara.

—Dios mío, no, no me lo puedo creer... ¡Luciano otra vez!

—No, sabe que lo llamo cuando me despierto por la mañana. Es mamá... Pero ¿qué hora será en Italia? Debe de ser de noche, muy tarde...

Sara responde y yo, resignado, muerdo lo que queda de mi hamburguesa. Al ver cambiar su expresión comprendo que algo va mal. Me mira con el teléfono pegado a la oreja y luego, poco a poco, baja la mano y me lo pasa.

—Papá... es mamá... lo siento...

—¿Qué pasa? —digo mientras cojo el teléfono—. ¿Dígame? ¿Elisa?

—Luca, ha sucedido algo... Te están buscando en jefatura, no respondías y me han llamado a mí.

—¿De jefatura? Dime, ¿de qué se trata?

—Han muerto dos personas. El fiscal Salvemini... La otra es tu amiga... Laura Damiani.

Bajo el teléfono y miro el vacío. Pensaba que aquí, en el otro extremo del mundo, al lado de la única persona a la que quiero de verdad, no podía suceder nada. Pensaba que podría olvidarlo todo, sentirme invulnerable.

Es evidente que me equivocaba.

Cincuenta y cinco

Locarno, cantón Ticino, Suiza

Se llama plaza Grande, pero no tiene nada que ver con la canción de Lucio Dalla sobre el mendigo de la plaza Cavour de Bolonia. Aquí todos los estereotipos sobre la asepsia de las ciudades suizas, donde la funcionalidad, la limpieza y el orden son características fundamentales del imaginario colectivo, adquieren un sentido concreto, tangible. Como si al viajar a Nápoles nos sumergiéramos en una atmósfera compuesta de *pizza*, sol y mandolinas.

Aunque, a decir verdad, cuando llegas a la ciudad partenopea te impresionan otras cosas: los colores, el caos, la espontaneidad de la gente.

En Locarno, en cambio, todo es funcionalidad, limpieza y orden. Como corresponde al guion.

La plaza es enorme, está empedrada con cantos rodados de lago y en ella no hay coches aparcados ni contenedores de basura, ni un solo papel de caramelo en el suelo. Pocas personas por la calle, distinguidas y en apariencia atareadas, rodeadas por unos edificios de tres pisos de altura como mucho, impecablemente conservados, con sus pórticos elegantes, sus *boutiques* y sus cafés presuntuosos y exclusivos. Y la inevitable sede del Credit Suisse, para que nadie olvide quién es el que manda.

Ivan Mattioli tiene cuarenta y tres años, se licenció *cum laude* en la Facultad de Derecho de Bolonia y quedó primero en la oposición a notarías de Ginebra en 2007. En Locarno heredó el despacho del notario Solitz, donde antes había realizado los dieciocho meses prescriptivos de pasantía. El matrimonio con la única hija de Solitz, Armanda, contribuyó a dar un impulso decisivo a su ya prometedora carrera. Su actividad se concentra en las escrituras de constitución de empresas fantasmas con domicilio legal en paraísos fiscales. Tiene seis empleados trabajando a tiempo completo, que lo ayudan en la rentable actividad de asesoramiento a varias de las multinacionales más importantes de Europa.

Cada mañana, Mattioli llega a su despacho a las siete y treinta, una hora y media antes que sus colaboradores, para leer los periódicos, despachar la correspondencia personal y echar un vistazo en internet al rendimiento de sus inversiones bursátiles. Como todos los días, también hoy desactiva la alarma componiendo el código alfanumérico en el teclado externo, después de lo cual compone el código que desbloquea la cerradura electrónica de la pesada puerta de nogal macizo con blindaje interno de acero.

Tras recorrer el pasillo, echando un vistazo a los titulares de los diarios y con el maletín en la mano izquierda, Mattioli llega a su despacho, abre la doble puerta y se queda boquiabierto.

—Buenos días, tan puntual como siempre, veo —dice Andrea Gherardi a modo de saludo. Está sentado al escritorio del notario y le apunta con una Glock 20 calibre 10—. Acomódate, tú y yo tenemos que hablar.

Luca Betti abre la puerta del despacho de Daniela Boschi con la secretaria de la jefa de policía poco menos que pegada a un brazo.

—¡Lo siento, señora! —grita la mujer—. No me ha hecho caso... ¡si me autoriza llamo a los agentes!

—No, Barbara —dice Boschi poniéndose de pie—, no te preocupes. Déjanos solos.

Irritada, la secretaria fulmina con la mirada a Luca Betti por última vez.

—¡Es usted un gran maleducado! —le susurra antes de salir y cerrar la puerta.

Luca se queda plantado, inmóvil, mirando a Boschi que, entretanto, rodea el escritorio y se acerca a él.

—Sentémonos —dice señalando la zona para las visitas que hay a la izquierda de la entrada.

—Quiero saberlo todo. Quiero saber qué tiene que ver Serra con todo esto, adónde había llegado Laura en la investigación y también por qué...

—¡Cálmese, Betti! No abuse de mi paciencia. Le he dicho que se siente, hablaré con usted, pero procure no pasarse de la raya o lo echaré a patadas de aquí. Es más, ¡lo haré personalmente!

Luca hace amago de responder, pero después cambia de opinión, se acerca al pequeño sofá de color burdeos de diseño moderno y toma asiento. Boschi se sienta a su vez en un sillón, delante de él.

—Debo saber cómo sucedió. Aquí nadie parece dispuesto a hablar del tema, los periódicos ni siquiera han dado la noticia.

—Los encontraron en casa de Salvemini, los mataron con un tiro en la nuca. Aún no hemos divulgado la noticia porque hay varios aspectos *delicados* sobre los que aún estamos investigando.

—¿Qué significa eso? ¿Qué aspectos? ¿Quién está investigando?

—Según parece, fue una ejecución en toda regla. El asesino o los asesinos los sorprendieron en la cama. Era... en fin, estaban...

—Pero ¡no es posible!

—Sí, es lo primero que pensamos también nosotros. El problema es que en casa de Salvemini han aparecido más de cincuenta mil euros en efectivo y cien gramos de cocaína escondidos en la caja fuerte. Tuvimos que forzarla para abrirla, porque el código lo tenía únicamente él. El juez vivía solo y siempre se negó a tener escolta.

—Sí, lo sé, pero... La cocaína en la caja fuerte, el dinero... ¿se da cuenta de que apesta a montaje? Además, Laura y Salvemini no tenían ninguna relación. ¡Estoy seguro!

Nada más decirlo a Luca le viene a la mente una de las últimas conversaciones que tuvo con Laura: «Anoche, cuando me mandaste el mensaje, estaba en casa y... Bueno, no estaba sola».

¿Es posible que el hombre misterioso fuera Salvemini, que Laura tuviera una relación ocasional con él? A veces, la soledad y la frustración llevan a ese tipo de situaciones, Luca lo sabe de sobra. Quizá, después de la muerte de Cristina Fogli, Laura sintió la necesidad de tener a alguien a su lado, alguien que la consolara, que compartiese con ella el dolor. Luca debería haber sido ese hombre, pero él, en el momento más dramático para Laura, no estaba a su lado. La había abandonado para perseguir un sueño equivocado, Elisa, el amor patológico que le ha marcado el alma y le ha envenenado la existencia.

—¿Quién está investigando esos homicidios?

—He asumido la dirección de la investigación. Me han autorizado a guardar la máxima reserva sobre el asunto, y le ruego que haga lo mismo. Si esta noticia se divulgara antes de haber aclarado bien los hechos podría tener un efecto explosivo en la opinión pública. Serra ha presentado ya las pruebas que demuestran la complicidad de Cristina Fogli con la organización criminal de Rocco Barillaro. A este punto, otro caso de corrupción con un fiscal y un comisario de policía involucrados podría suponer una ruptura definitiva entre las instituciones y los ciudadanos de Milán.

—Ah, entiendo, así que no han divulgado la noticia de forma oficial por motivos políticos... ¿Y si le dijera que la política me importa un carajo? ¿Y si fuera a ver a algún amigo periodista y le contase lo que Laura y Salvemini pensaban del superpolicía Serra?

—Por desgracia, ninguno de los dos pudo probar esas acusaciones y, como usted bien sabe, para acusar a alguien como Serra sólo podemos basarnos en las pruebas.

—¿Qué pasa, señora Boschi? ¿No será que usted también aparece en uno de esos famosos dossiers? ¿Acaso tiene algún esqueleto en el armario y Serra lo está utilizando para tenerla en un puño?

—Comprendo que esté triste por la desaparición de Laura Damiani, sé que ustedes dos tenían una relación, así que simularé que no he oído lo que acaba de decir.

—Finja lo que le parezca. Yo no, yo he dejado de esconder la cabeza en la arena.
—Luca se levanta de golpe y sale de la habitación mientras Boschi lo llama en vano.

Luca enfila la escalera que hay al fondo del pasillo y, subiendo los peldaños de dos en dos, llega al ala reservada al núcleo antidroga.

Saca la Desert Eagle calibre 44 y, presa de un arranque de locura, abre de una patada la puerta del despacho de Matteo Serra, dispuesto a disparar.

El despacho está vacío.

—¡No te muevas! —le intima un compañero de paisano apuntándolo con una Beretta 92FS a la cabeza.

—¡Tira la pistola! —grita un segundo agente desde el lado opuesto. También él empuña el arma reglamentaria con las dos manos, apuntándola hacia Luca Betti.

—¡Basta! —ordena a voz en grito Daniela Boschi, que ha seguido a Luca por la escalera—. Tiren las armas. ¡Los tres!

Los policías se miran unos a otros sin saber qué hacer. Luca es el primero en recuperar el control. Levanta las manos sin perder de vista su semiautomática y se vuelve hacia la mujer.

—¡He dicho que tiren las armas, hostia! —grita Daniela Boschi bajando, con un firme manotazo, el brazo del agente de la Antidroga que está más cerca de ella.

El hombre levanta las manos como Betti, seguido de su colega.

—¡Su pistola! —grita la jefa de policía—. ¡Enseguida!

Luca, se da por vencido y se la entrega.

—¡Vosotros dos, volved al trabajo! Usted venga conmigo, Betti.

—Oiga...

—¡No diga una sola palabra u ordenaré que lo encierren y tiraré la llave! —lo amenaza Boschi apuntándole un dedo a la cara—. ¡Le he dicho que venga conmigo!

Cincuenta y seis

Matteo Serra está conduciendo su Maserati cuatro puertas por la Salerno Reggio Calabria, que está considerada como la peor autopista de la península. Dos carriles estrechos en cada dirección, ausencia total de carril de emergencia, problemas continuos debido a las obras inútiles de mantenimiento. Por no hablar de las áreas de reposo y de servicio: pocas y mal equipadas.

En los años noventa la Comunidad Europea intimó a Italia para que adecuara ese tramo de autopista a las normas de seguridad, pero hasta la fecha aún no se han asignado los relativos fondos. De 1997 a 2003, a 2008, a 2013. El último aplazamiento prevé que las obras se iniciarán en 2016. Entretanto, las obras preliminares han causado ya el arresto por corrupción de más de sesenta personas, entre miembros de la *'ndrangheta*, funcionarios de la ANAS, la sociedad gestora de la red de autopistas, y empresarios. Incluso hay involucrado un sindicalista de la CGIL.

—¿Qué piensa que sucederá? —pregunta Marco Tanzi.

—Nos registrarán —contesta Matteo Serra—, nos quitarán las armas, los móviles, cualquier objeto metálico que pueda ocultar un dispositivo GPS. Luego nos obligarán a subir a otro medio de transporte, puede que incluso nos cubran la cabeza. Al final nos llevarán a ver a Franco Capasso.

Serra emboca la salida de Lamezia Terme, prosigue por la nacional 280 en dirección sur y, al final, dobla a la izquierda para atravesar un tramo de campo baldío. Avanza por un camino estrecho y asfaltado, en mal estado y sin señales en el suelo.

El lugar acordado para el encuentro es un hotel, situado más o menos en medio de la nada. Un edificio amarillo imponente de tres pisos protegido, en el lado que da a la carretera, por un muro circundante de color blanco, rodeado de olivares, con alguna que otra casa rústica en el horizonte.

En el garaje cubierto del hotel hay seis coches idénticos: seis monovolúmenes Ford Galaxy de color negro. Al lado de uno de ellos, tres hombres vestidos de oscuro aguardan la llegada de los milaneses.

—Ahí está el comité de recepción —exclama Serra apeándose del Maserati—. A ver qué sorpresa nos han preparado.

—Buenos días —los saluda uno de los tres. Es joven, treinta años como mucho, un cuerpo enjuto pero atlético, el pelo casi a ras y un auricular en una oreja—. Por aquí, por favor.

El hombre abre camino a Serra y Tanzi, mientras sus dos compañeros los siguen a un par de pasos de distancia.

Un ascensor interior los lleva al segundo piso, donde los cinco entran en una habitación. Es un dormitorio matrimonial muy amplio. En la cama hay varias prendas de vestir colocadas de forma ordenada. Ropa interior, chándales y anoraks. En el suelo hay dos pares de zapatillas de deporte de colores.

—Ya saben lo que hay que hacer —dice el hombre del auricular. Habla en tono firme y profesional, sin inflexiones dialectales particulares.

—Desnudémonos y pongámonos estas cosas —dice Serra a Tanzi, a la vez que se quita el impermeable corto y oscuro que lleva puesto.

—También los relojes y los complementos, por favor. Les devolveremos todo a la salida, nadie tocará nada.

Los dos hombres se desnudan de pies a cabeza y tiran la ropa a la cama. El jefe del trío que los ha recibido los observa con atención, al mismo tiempo que sus dos compañeros recogen la ropa y los efectos personales y los colocan en los dos sillones que hay en un rincón de la habitación que hace las veces de salón.

—Un segundo —dice el hombre de Capasso cuando los dos han acabado de desnudarse. Coge un escáner portátil de un escritorio y lo pasa meticulosamente a escasos centímetros de sus cuerpos—. Bien —dice al final—. Pueden vestirse.

Una vez preparados, Serra y Tanzi son escoltados hasta uno de los monovolúmenes, donde los obligan a sentarse en tercera fila y los atan con sumo cuidado. Después, los seis vehículos idénticos y con los cristales ahumados parten y, tras llegar al desvío de la nacional 280 en fila india, se dividen tomando salidas y direcciones diferentes.

Tropea, Calabria

Franco Capasso está sentado a una mesita de hierro forjado, en una terraza con vistas a la bahía de Riace, una de las playas más exclusivas del litoral tirreno, en el tramo de costa que está frente a las islas Eolias. Disfruta de la puesta de sol bebiendo una taza de té, al amparo de las miradas indiscretas. La casa, una de las numerosas que pertenecen a una sociedad fantasma con domicilio social en las islas Caimán, está situada en un punto estratégico, oculta por la vegetación y protegida por una verja metálica de casi tres metros de altura. Doce hombres armados se ocupan de la seguridad vigilando el perímetro de la misma las veinticuatro horas del día. La casa es una pequeña joya de la arquitectura moderna, suspendida sobre un palafito de

acero, con amplios ventanales continuos y realizados con la técnica de los pilares retranqueados, ideada en el siglo pasado por el gran arquitecto suizo Le Corbusier. La terraza está cubierta con tablas de madera tratada, como las que utilizan para los puentes de los veleros. Capasso es un hombre de sesenta y cuatro años, de estatura mediana, pelo entrecano y cuerpo enjuto. Viste un traje de chaqueta oscuro y una camisa blanca, sin corbata. La llegada de una mujer vestida con un traje sastre y calzada con unos zapatos de tacón, que se acerca a él con paso firme, interrumpe sus pensamientos. Debe de rondar los cuarenta años, es rubia y muy atractiva.

—Han salido ya, señor Capasso. Estarán aquí en una hora.

—Gracias, Patrizia —contesta él—. Los recibiré en mi estudio.

La mujer asiente con la cabeza y, tras hacer una breve inclinación, se aleja con la misma rapidez con la que ha aparecido, cerrando a su espalda la gran puerta corredera de aluminio blanco y cristal que separa la terraza del gran salón de la casa.

Cincuenta y siete

Marco Ranieri es el director de la AISI, la agencia de información y seguridad de la República Italiana. Se trata de los servicios secretos que surgieron de las cenizas del SISDE, con competencias de inteligencia y contraespionaje en el interior del país.

Como de costumbre, Ranieri ha llegado a la cita con varios minutos de adelanto. Mira alrededor buscando a sus hombres y los identifica entre los clientes del bar. Uno finge leer un periódico, otro trajina con una tableta. Están apostados de manera estratégica, de forma que quede cubierto todo el local, ubicado en el primer piso de la *multishop* Feltrinelli de Largo Torre Argentina, en Roma. En la planta baja hay un tercer hombre, que parece estar curioseando entre las novelas policíacas, pero en realidad no pierde de vista las entradas de la gran librería. Todos están conectados mediante unos transceptores de ondas cortas que llevan escondidos en la ropa. Y todos van armados.

La persona a la que está esperando Ranieri llega al cabo de cinco minutos. Melena rizada, rala y despeinada, y una perilla poco cuidada. Viste un chaquetón deportivo de color azul oscuro, vaqueros y botas negras. Arrastra la pierna derecha, porque hace unos años una bala de calibre 9 le hirió la rodilla.

—Señor Gherardi, le encuentro... cambiado —exclama Ranieri haciéndole un ademán para que se acomode.

Andrea Gherardi toma asiento.

—¿De verdad? Qué extraño, porque usted y yo no nos hemos visto nunca.

—Mi trabajo consiste en saber todo sobre todos, debería saberlo —responde el director de la AISI sonriendo—. Su llamada me dejó intrigado, acepté reunirme con usted como me pidió, pero, por desgracia, sólo puedo concederle unos minutos.

—Tengo el dossier de Matteo Serra.

—¿Qué? ¿De qué dossier me está hablando? Yo no...

—Ahórreme la escenita, por favor. Además, ¿no acaba de decirme que su trabajo consiste en saber de todos?

—Gherardi, esos dossieres sólo son una leyenda metropolitana. Simples rumores que circulaban por Roma cuando Serra colaboraba aún con el SISDE.

—¿De verdad? Yo, en cambio, tengo pruebas de lo contrario —dice Andrea

sacando una tarjeta microSD de un bolsillo del chaquetón y dejándola encima de la mesa—, me he pasado el día pasando por el escáner todos esos papeles antes de ponerla a buen recaudo. Es suya.

Ranieri extrae de un bolsillo interior de su chaqueta un dispositivo similar a un gran teléfono móvil, coge la tarjeta y la introduce en el lector externo. Se concentra en la pantalla unos minutos, valiéndose de los dedos para aumentar el tamaño de las imágenes pdf.

Andrea Gherardi nota que su cara va cambiando poco a poco de expresión. Primero parece preocupado, luego sorprendido, al final indeciso.

—¿De dónde ha sacado estos documentos?

—¿Sabe, Ranieri? Desde que trabajo sentado en un despacho con acceso a los bancos de datos de todos los casos archivados en Italia y Europa me entretengo con un nuevo *hobby*. Se llama «reconstruir la vida de Matteo Serra». Siempre me han intrigado varios casos de los que se ocupó hace años. Por ejemplo, el del accidente que sufrió el notario suizo Francoise Solitz en 2008.

—Prosiga —lo exhorta Ranieri.

—Solitz tenía una actividad sumamente rentable en Locarno, además de un colaborador muy capacitado, el notario Ivan Mattioli, que era también novio de su única hija, Armanda. Una chica desafortunada, Armanda Solitz, dado que tenía una discapacidad en una pierna y no era, lo que se dice, agraciada. Pues bien, más que poner los ojos en ella, el joven fascinante y ambicioso los había puesto en la notaría. Una de las más célebres del cantón Ticino, especializada en sociedades *offshore* y con una clientela importante. No obstante, había un problema: el notario aún era joven y gozaba de una magnífica salud. Hasta que...

—¿Hasta qué?

—Bueno, hasta que, debido a un fallo en los frenos de su Porsche Carrera, se estrelló contra un guardarraíl de la provincial 4/A, en Bracciano, adonde había viajado para asistir a un congreso de notarios que se celebraba en el famoso castillo del lago. Una curva peligrosa, muy rápida, en la que muchos han perdido la vida en los últimos veinte años. Matteo Serra se ocupó del caso y ordenó examinar el cuerpo y el coche. No encontró nada y la muerte de Solitz fue archivada como accidental. Los test *post mortem* revelaron también un índice de alcoholemia superior a la media. Además, Solitz no había viajado solo a Bracciano, adivine quién lo había acompañado al congreso.

—¿Ivan Mattioli?

—Ni más ni menos. Sin embargo, esa noche prefirió quedarse en el hotel en lugar de asistir a la cena a la que se dirigía Solitz cuando ocurrió el accidente.

—¿Me está diciendo que Mattioli manipuló los frenos del coche?

—Apostaría lo que fuera. Gracias a ese trágico accidente y a que estaba casado con Armanda, Mattioli heredó todo el patrimonio, además del despacho de su suegro.

—¿Puede probarlo?

—Puedo demostrar que las pruebas fueron manipuladas, puedo reabrir la investigación y poner a ese bastardo entre la espada y la pared. Las incongruencias en los informes técnicos y en los partes médicos son tan numerosas que despertarán, cuando menos, una duda razonable. Aunque no consiguiera que lo condenaran, al menos arruinaría su carrera y... el matrimonio.

—Gherardi, ¿por qué me está contando esta historia?

—Bueno, ¿sabe, Ranieri? Cuando uno dispone de tanto tiempo para alimentar una obsesión está atento hasta a los menores detalles. De esta forma, intenté sumar dos más dos. Un notario suizo es la cosa más eficaz de este mundo cuando uno tiene un secreto que defender. Un notario al que, además, es posible chantajear con las pruebas de un homicidio lo es aún más, ¿no le parece?

—¿Y usted, basándose en unas simples deducciones, habría llegado a aquello que nosotros estamos tratando de descubrir desde hace años?

—No se preocupe. Por lo demás, los servicios secretos italianos han demostrado ser muy ineptos en más de una ocasión. Además, hay otro hecho...

—¿Cuál?

—Soy policía y sé hacer bien mi trabajo. Usted sólo es un antiguo militar que ha pasado a desempeñar una función institucional a las ordenes del político de turno. Poco importa los artefactos tecnológicos que tenga, jamás sabrá investigar como se debe.

Ranieri escruta al policía unos segundos sin replicar. Vuelve a meterse el dispositivo en el bolsillo sin sacar la tarjeta microSD y se acoda en la mesa acercándose a Gherardi.

—Dígame una cosa, Gherardi... ¿Por qué piensa que Serra no ha distribuido cincuenta copias de sus dosieres por el mundo?

—Puede que lo haya hecho, pero yo tengo los originales. Una vez en posesión de ellos pueden manipularlos, remediar todo lo que sea posible, construir a medida pruebas en contra. Pueden protegerse, en pocas palabras. Si no me equivoco, ustedes son los mejores en ese tipo de cosas.

—¿Y qué hacemos con el notario Ivan Mattioli?

—Eso no es problema mío. Cuando lo amenacé con revelar la verdad sobre la muerte de su suegro aceptó enseguida ir a la sede del Credit Suisse que hay justo delante de su despacho y sacar los dosieres de la caja de seguridad de la que es titular.

—¿No le da miedo la reacción de Serra?

—Le aseguré que yo me ocuparía de él.

—De acuerdo, Gherardi. Dígame, ¿qué quiere a cambio de los originales?

—Quiero que, llegado el momento, me den una información. Sólo una. Del resto me ocuparé yo.

Cincuenta y ocho

Hangar de la división operativa aeronaval de la guardia financiera, Lamezia Terme. El coronel Salvatore De Rosa viste un mono mimético de color gris, botas, cazadora antibalas de kevlar y chaleco táctico *combat vest* de color negro. Un cinturón de asalto, con pistolera en el muslo, completa su equipo.

Los bolsillos del chaleco contienen granadas aturdidoras, bombas de mano y cargadores de reserva. En la pistolera rígida hay una Beretta 87 *target* dotada de apuntador láser. El oficial aprieta con una mano un pasamontañas ignífugo de color negro.

Frente a él hay catorce hombres del GICO, el grupo de investigación para la criminalidad organizada de la guardia financiera, vestidos también con uniforme de combate. De Rosa los ha elegido personalmente entre las veintiséis secciones de Italia.

—Hoy empieza una nueva era para el GICO —afirma el coronel caminando lentamente delante de sus hombres, que están alineados en doble fila y en postura de firmes—. Una era en que a la actividad de investigación y seguimiento y a las operaciones encubiertas añadiremos una auténtica sección especial de intervención. Una sección que no tendrá nada que envidiar al GIS de los carabinieri ni al NOCS de la policía estatal. Sois los primeros hombres de este nuevo núcleo del GICO. Estáis adiestrados, armados y motivados. Hoy vais a llevar a cabo una operación que os convertirá en leyenda en nuestro cuerpo y en todo el país. Hoy vais a capturar al prófugo más importante de Italia, que es además uno de los diez hombres más buscados por las fuerzas de policía de todo el mundo.

Los hombres tienen armas automáticas de diferentes tipos. Ametralladoras MP5, fusiles de bomba Franchi SPAS de calibre 12 y varias Beretta PM12. Las palabras de De Rosa causan una especie de sacudida eléctrica en el grupo. Las manos enguantadas aprietan las culatas de las armas, los músculos se tensan, las expresiones se endurecen. Varios agentes cambian el pie sobre el que están apoyados modificando ligeramente su posición. La adrenalina fluye a chorros por sus venas.

—Pero si hoy vamos a tener el privilegio de entrar en la historia se lo debemos, sobre todo, a la persona que nos ha permitido llegar a este punto —prosigue el oficial

—, a la persona que ha compartido con nosotros el fruto de su acción investigadora y que nos ha involucrado en una operación tan secreta que incluso muchos de nuestros superiores la desconocen. Esa persona está hoy aquí y participará en la acción con nosotros, y ahora quiero presentároslo. Dirigirá toda la actividad, de manera que todos debemos considerarnos a sus órdenes.

Una sombra avanza hacia el grupo desde un rincón poco iluminado del hangar. Es una figura esbelta, de un metro y setenta de estatura más o menos, vestida con un uniforme mimético gris y equipada como los hombres del GICO.

Se detiene cerca de De Rosa y, con un ademán ágil, se quita el pasamontañas negro y a continuación sacude la cabeza para soltar la melena castaña con reflejos rojizos, que lleva recogida en una coleta.

—Señores —dice el coronel—, tengo el honor de presentarles a la comisaria Laura Damiani.

—Comisario Serra... Por fin nos conocemos.

—Don Capasso, le presento mis respetos.

Los dos hombres se estrechan la mano sin dejar de mirarse un solo momento a los ojos. El despacho de Franco Capasso es una habitación de unos treinta metros cuadrados, con tres paredes revestidas casi por completo de librerías *hi-tech* de acero satinado y de madera maciza blanca. La cuarta pared la forma un ventanal continuo que da directamente al mar. El centro del despacho lo ocupan una gran alfombra persa de tonos burdeos y unos silloncitos de piel de color negro y diseño futurista.

—Espero que mis hombres le hayan tratado bien. Comprenderá que debemos tomar algunas precauciones.

—Por supuesto, a pesar de que habría preferido hablar con usted vestido de forma más... apropiada.

—Pero nosotros somos hombres esenciales, comisario, no damos importancia a las formalidades, ¿no es cierto?

—Cierto.

—¿Y... su amigo? —pregunta Capasso alzando la barbilla en dirección a Marco Tanzi, que se ha quedado a un metro de distancia, detrás de Serra.

—Ah, es un nuevo colaborador. Cuando decidimos sacrificar a nuestros mejores elementos se creó un vacío en mi organización y tuve que cubrirlo.

—Entiendo. Supongo que no es uno de sus colegas.

—No, de hecho. Como le he dicho, de ahora en adelante recurriré directamente a personal externo. Creo que es mejor procurar que no se repitan episodios tan desagradables como el de la inspectora Cristina Fogli.

—Sí, estoy de acuerdo. Bien, Salvo —dice Capasso al hombre del auricular, el que ha llevado a Serra y a Tanzi a la casa—, acompaña a nuestro amigo. Supongo que querrá descansar después del viaje. Ofrécele algo de comer. El comisario y yo nos

quedaremos en el despacho un rato más. Te llamaré cuando te necesite.

Marco Tanzi no se mueve. Serra se vuelve y asiente de forma imperceptible con la cabeza. Tanzi y los tres hombres de Capasso salen. El último de ellos cierra la puerta grande y blanca de dos hojas.

—Siéntese, comisario.

Serra toma asiento en uno de los silloncitos de invitados que hay delante del escritorio, Capasso se acomoda delante de él.

—He memorizado las contraseñas de las cuentas —dice Serra.

Capasso coge un cuaderno y un bolígrafo del escritorio y se lo tiende.

—Escriba.

—En lo tocante a mi *comisión*, la retendré de lo que ganemos con la venta de la metanfetamina.

Capasso asiente con la cabeza.

—He hablado ya con Lucio Delgado, mi proveedor —dice observando a Serra, que escribe—. No hará nada para impedir nuestra expansión. Le he asegurado que seguiremos respetando nuestros acuerdos.

—Estupendo —dice el policía devolviendo el cuaderno en que ha anotado los datos de los bancos extranjeros y varios códigos alfanuméricos.

—En ese caso, comisario... sólo nos queda decidir cómo nos repartimos Milán.

Los tres hombres escoltan a Marco Tanzi hasta una especie de sala de estar amueblada con piezas de anticuario de gran valor y unos sofás de piel blanca vanguardistas.

—Necesito ir al baño —dice al jefe del trío, al que Capasso ha llamado Salvo.

—Acompáñalo —exclama él dirigiéndose a uno de los otros dos hombres.

Tanzi lo sigue por una escalera con la estructura de acero inoxidable y los peldaños revestidos de parqué blanco.

—Aquí es —dice el hombre señalando la puerta.

Marco entra y cierra la puerta sin girar la llave para no levantar sospechas. Mira enseguida alrededor, abre los armarios, los cajones, registra todos los rincones. Nada. Buscaba una navaja de afeitar o una cuchilla, pero no ha encontrado nada. Reflexiona un par de segundos y luego vuelve a abrir la puerta alta del mueblecito de roble blanqueado. Dentro hay un espejito de maquillaje. Lo coge y lo pone en la encimera de mármol blanco del lavabo. Coge una toalla de bidé, se la enrolla en la mano y da un golpe seco al espejo, que se hace añicos. Coge una esquirra, la que le parece más afilada, y se sube la manga derecha del mono, desnudando el antebrazo.

Tiene una cicatriz reciente, de unos diez puntos de sutura. Sin pensárselo dos veces se hace un corte en el brazo con la esquirra, siguiendo la herida. En el lavabo empiezan a caer gotas de sangre, y Marco abre el grifo para hacer correr el agua. Aprieta los dientes, mete dos dedos en el corte que se acaba de hacer y saca un sobre

minúsculo cerrado, que apoya en la encimera. Se enjuaga la herida, se venda el brazo con la toalla, abre el armario que hay debajo del lavabo y saca dos más. Utiliza una para reforzar el vendaje y deja la otra en el toallero que hay al lado del bidé.

Se baja la manga del mono, tapando el vendaje de emergencia, y mete el sobre bajo el chorro de agua para lavar la sangre. A continuación lo seca, soplando por encima, lo abre y saca una especie de rectángulo metálico de un centímetro por un centímetro y medio, y un espesor de varios milímetros. Le parece oír que algo se mueve al otro lado de la puerta, alarga un pie y aprieta el botón de la cisterna del váter. Con cierta dificultad logra activar el microinterruptor que hay en el borde del pequeño paralelepípedo metálico. Una minúscula luz verde se enciende en el centro del dispositivo. Marco lo esconde encima del espejo. Después trata de borrar con papel higiénico las manchas de sangre que hay en el lavabo y en el suelo. Recoge las esquirlas de cristal de la encimera y esconde todo entre la ropa blanca limpia. Vuelve a tirar el agua de la cisterna, se ajusta el mono lo mejor posible, asegurándose de que el vendaje de emergencia detenga la hemorragia de la herida, y al final sale.

Laura Damiani y el coronel De Rosa están de pie, al lado de un agente del núcleo especial de fraudes telemáticos de la guardia financiera, que está sentado a un escritorio de metal, en el centro del hangar. Los tres están concentrados en la pantalla de un ordenador portátil, observan un mapa digitalizado del sur de Italia. De repente, un puntito rojo se enciende en un tramo de la costa occidental de Calabria y enseguida se oye una señal acústica intermitente.

—¡Ya está! ¡Señal conectada!

—¡Roger! —grita Laura—. ¡A los helicópteros! ¡El grupo uno vendrá conmigo!

—¡El grupo dos conmigo! —dice De Rosa.

La operación se ha iniciado.

Cincuenta y nueve

Marco Tanzi está sentado en el sofá blanco, mientras los tres hombres de Capasso deambulan por la sala tocando los objetos de decoración y mirándose con aire inquieto. Lo están vigilando. Es probable que sea la primera vez que un extraño mete el pie en la casa, es natural que una situación similar les produzca una tensión especial.

Tanzi no ha querido comer ni beber nada. De cuando en cuando mira a su derecha, a la puerta acristalada que separa la sala de la amplia terraza con vistas al mar. Ve pasar a intervalos regulares de unos treinta segundos a un hombre armado con una ametralladora. Le parece una UZI de 9 milímetros, del tipo que se usa en el ejército israelí.

Marco siente un dolor agudo en el antebrazo, de vez en cuando lo mira procurando no llamar la atención. Teme que la sangre empape el vendaje y lo manche.

Mientras viajaba en el monovolumen negro con la cara tapada por la capucha de tela, intentó calcular la distancia, midiendo mentalmente el tiempo. Supone que deben de estar a no más de cien kilómetros de la base del grupo operativo aeronaval de Lamezia Terme. Los helicópteros AW 109 de la guardia financiera alcanzan una velocidad máxima de doscientos ochenta y cinco kilómetros por hora. Así pues, dispone de unos veinte minutos.

El hombre al que Capasso llamó Salvo, el jefe del trío de guardaespaldas, lo escruta con cierta insistencia.

—Antes, en el hotel —dice de buenas a primeras—, noté que tienes muchas cicatrices.

—Ya —contesta Marco—, cómo se dice... «Las heridas cicatrizan, pero las cicatrices crecen con nosotros».

—Mmm... ¿de quién es la frase?

—De un tipo, creo que un poeta polaco.

—¿Te gusta leer?

—Bastante. Más que hablar, desde luego.

El hombre lo mira asintiendo con la cabeza.

—Bien. Haced compañía a nuestro amigo, vuelvo enseguida.

Los otros dos hombres se miran con aire de complicidad. Marco comprende que la frase de su jefe debe de formar parte de un código, porque cambian de posición, como si no quisieran superponerse y pretendieran tener los dos el campo libre.

Calcula el tiempo que necesita para ir al cuarto de baño, encontrar el localizador y volver a toda prisa a la sala. Deja pasar unos diez segundos, luego se levanta del sofá, con una expresión falsa de aburrimiento, y se acerca a la ventana como si quisiera mirar el paisaje.

—Eh —le dice el hombre que está más cerca de él—, tu mano... estás sangrando. Los sucesos se precipitan.

—¡Matadlo! —grita Salvo al volver del cuarto de baño.

El hombre que está más cerca de Tanzi hace ademán de sacar su semiautomática de la pistolera que lleva en la axila. Marco se abalanza sobre él girando sobre sí mismo, le agarra el brazo y los dos caen al suelo rompiendo la mesita de cristal. El hombre de Capasso se lleva la peor parte, porque los cien kilos de Tanzi lo aplastan contra las grandes esquirlas de cristal, que se le clavan en la espalda.

Desde el suelo, Marco apunta la pistola que ha arrebatado al guardaespaldas hacia el segundo hombre y dispara dando tres veces en el blanco, en la cabeza y el abdomen, a la vez que las balas de Salvo silban a escasos centímetros de sus orejas. Marco rueda por el suelo y se guarece detrás del sofá que hay enfrente de aquél en que antes estaba sentado.

El ventanal se abre y el hombre armado con la UZI entra apuntando hacia delante. Tumbado en el suelo, Marco le dispara a la cabeza. El hombre se desploma, su mano se contrae en la culata del fusil y una ráfaga de metralla golpea el techo haciendo caer pedazos de enlucido. En el ínterin, Salvo ha desaparecido.

Apenas se producen los primeros disparos tres guardaespaldas irrumpen en el despacho de Capasso y lo rodean apuntando sus armas.

—¡Quiero saber qué está sucediendo! —grita Franco Capasso.

—No tengo la menor idea —contesta Matteo Serra poniéndose de pie y mostrando las manos a los hombres que lo están apuntando.

—¡Don Capasso! —grita Salvo entrando en el despacho—. ¡Ese hombre ha activado un localizador, debemos abandonar la casa enseguida!

—¡Eso es imposible! ¡Vosotros lo registrasteis! —protesta Serra.

—¡Lo llevaba cosido al cuerpo!

—¡Maldito bastardo! ¡Quieres engañarme!

Serra da un codazo al hombre en la sien, rompiéndole el hueso temporal y matándolo en el acto. En ese mismo instante, Franco Capasso ordena a voz en grito a los suyos:

—¡Matadlo!

El policía sale corriendo del despacho esquivando por un pelo dos ráfagas de metralleta, que destrozan la doble puerta corredera de madera.

Los hombres de Capasso son ahora diez y se disponen a ejecutar el plan que el boss ha trazado para las situaciones de emergencia.

Tres de ellos se apostan delante del único acceso para vehículos de la casa con equipo de combate, lanzagranadas y ametralladoras. Otros cuatro vigilan el vecindario desde la terraza, por si acaso se produce alguna incursión desde la espesura circunstante. Los últimos tres escoltan a Capasso y a su secretaria por una empinada escalera exterior que conduce a un embarcadero escondido en una cueva, donde una potente lancha con dos motores turbo de trescientos caballos cada uno está preparada para poner a salvo al hombre más buscado de Italia. El destino es otro ataque protegido, a poca distancia del actual, donde los espera un chófer con una falsa ambulancia escondida en un cobertizo, al amparo de las miradas indiscretas, que los llevará a una localidad segura, a un búnker supertecnológico, construido en una zona montañosa del interior.

Matteo Serra vaga por la casa buscando un arma. Entretanto, del exterior le llega el ruido de las turbinas de los helicópteros que se están acercando a la casa y los golpes secos de las descargas de las armas semiautomáticas. Al llegar a la sala encuentra los cadáveres de los dos hombres que ha matado Tanzi. Se inclina hacia uno de ellos y se apodera de su Walter de 9 milímetros. Con el rabillo del ojo nota un movimiento a su espalda, se vuelve de golpe apuntando el arma hacia delante y ve a Marco Tanzi, que lo está apuntando también con una pistola.

Los dos se quedan quietos, conteniendo incluso la respiración. Serra es el primero en hablar:

—Vaya... —dice sonriendo—. Un clásico *duelo a la mexicana*.

Tanzi no responde.

—Lo que de verdad no entiendo es qué coño piensas sacar de todo esto —prosigue Serra—. Un asesino corrupto, alcoholizado y vendido. ¿Esperas acaso salir con la conciencia limpia?

Marco sigue mirándolo a los ojos sin mover un solo músculo.

—Bah, eres un iluso —continúa Serra—. Los tipos como tú sólo son carne de cañón. Jamás entrarás en el ambiente que cuenta, ni yo acabaré como pensáis.

Entretanto, del exterior llega el ruido seco y potente de las ráfagas de ametralladora de 12,7 milímetros, que están montadas en los helicópteros AW109.

Los hombres de Capasso que aún están ilesos arrojan las armas al suelo y levantan las manos en señal de rendición, a la vez que los hombres del GICO se dejan caer sobre la casa con las cuerdas enganchadas al helicóptero.

—Ahora levanto la mano con la pistola —dice Serra—. Luego la dejaré

lentamente en el suelo. Quiero rendirme.

Marco Tanzi asiente con la cabeza.

Serra hace lo que ha dicho, a continuación se arrodilla y entrelaza las manos en la nuca.

Tanzi se acerca a él, aparta de una patada el arma que está en el suelo y rodea al hombre sin dejar de apuntarlo.

Por la puerta acristalada entran tres figuras de color gris-negro con la cara tapada con un pasamontañas, apuntando con sus armas automáticas. Marco Tanzi abre los brazos y les enseña su pistola.

Laura Damiani levanta una mano para ordenar a sus hombres que se detengan, acto seguido se quita el pasamontañas.

—¿Y ahora qué, cabrón? ¿Qué te parece? —dice a Serra—. ¿Sigues pensando que has ganado?

Matteo Serra no contesta. Permanece inmóvil, arrodillado, con las manos juntas en la nuca. Sonríe.

Mientras tanto, en el embarcadero, Capasso se ha acomodado en la lancha con su secretaria y sus guardaespaldas. El piloto sale poco a poco de la cueva natural, con los motores al mínimo, listo para liberar la impresionante potencia de los seiscientos caballos turbo y llegar a la pequeña cala escondida donde todo está ya preparado para la fuga del capo.

—¡Apagad los motores y levantad las manos o disparamos! —brama una voz metálica procedente del mar. Un barco guardacostas Classe Bigliani y dos potentes lanchas patrulleras Levriero de la guardia financiera han formado un auténtico bloqueo naval delante de la casa.

Los hombres se vuelven hacia Capasso para recibir instrucciones. El capo se pone de pie y se ajusta la chaqueta, a continuación levanta las manos, oficializando la rendición. Sus secuaces lo imitan, después de haber tirado las armas al suelo.

Sesenta

Han pasado dos semanas desde la acción de las fuerzas del orden en Calabria y de la captura de Franco Capasso y Matteo Serra.

El clamor mediático que suscitó el suceso fue inaudito. El coronel Salvatore De Rosa, de la guardia financiera, y sus hombres del GICO se han convertido en auténticos héroes nacionales y se les ha atribuido todo el mérito de la operación. Laura Damiani y la jefa de policía Boschi decidieron mantenerse apartadas de los medios de comunicación, pese a que De Rosa declaró en la correspondiente conferencia de prensa, en la que estuvo acompañado por el comandante general de la guardia financiera, que parecía muy complacido, que las dos mujeres habían contribuido de manera decisiva en la investigación que había hecho posible la intervención armada. Unas declaraciones pactadas para aliviar el duro golpe que el asunto había asestado a la credibilidad de la policía de Estado.

Los nombres de Marco Tanzi y del fiscal Salvemini no figuran en los informes de la operación, pese a que el fiscal se ocupará de la acusación pública contra Serra y Capasso.

Luca siguió el asunto por la televisión. Ese día, en jefatura, después de su estallido, Daniela Boschi lo arrastró hasta la calle, al amparo de posibles oídos indiscretos. La jefa de policía le contó que Laura estaba viva y que estaba dirigiendo una operación secreta para capturar a Franco Capasso. Fue entonces cuando Luca decidió quedarse al margen.

Se sintió pisoteado, ignorado. Minusvalorado, como persona y como policía. Con todo, comprendió que, como siempre, Laura había tomado la decisión justa. La policía no podía dirigir el juego. Serra tenía demasiados contactos, demasiadas ramificaciones en el interior de la jefatura de Milán. Podía haberse filtrado alguna noticia y ello habría dado al traste con toda la operación y habría puesto en peligro bastantes vidas.

Una vez más, Laura demostró que era mejor que él y eso, en cierto sentido, lo tranquilizó también sobre su ruptura amorosa. Comprendió, sin más, que no había estado a su altura. Por eso la había perdido.

Es domingo por la mañana y Luca se está preparando para realizar uno de sus caballos de batalla culinarios: estofado de pollo con setas. Ha colocado sobre la encimera de mármol de la cocina todos los ingredientes: pechugas de pollo, harina, queso *caciocavallo* cortado a lonchas finas, setas y dos cubitos de caldo vegetal.

Hoy es un día importante: Sara irá a comer por primera vez con su novio, Luciano Piretti.

Luca quería preparar algo más sofisticado, pero luego pensó que quizá era mejor no complicarse la vida. Ha comprado cervezas, refrescos, agua mineral con gas y también una botella de vino de aguja para beberlo en el aperitivo. Lo servirá con los canapés que ha comprado en la charcutería. Repasa mentalmente todas las ocurrencias que ha estudiado para parecer un padre abierto y moderno. Pero luego piensa que quizá le convenga olvidarlas, comportarse de manera espontánea y decir lo que le pase de verdad por la mente. A fin de cuentas, las máscaras están destinadas a caer y uno siempre se acaba mostrando tal y como es.

«Pero no, mierda», se repite con obstinación. «¡Es mejor ir sobre seguro! La primera impresión es fundamental... Ya tendré tiempo de darme a conocer como soy, hoy quiero dar el do de pecho. Por mí y por Sara».

Llaman a la puerta y Luca se sobresalta, asustado. «¿Será posible que el tiempo haya pasado sin que me dé cuenta? ¿Ya es hora?». Mira el reloj, aún falta bastante para la cita.

Se limpia las manos con un trapo de cocina y va a abrir.

Quizá esperaba que sucediera tarde o temprano.

—Ah, eres tú.

—¿Puedo entrar? —pregunta Marco Tanzi.

—Por supuesto, ven.

Luca se dirige a la cocina seguido de Marco.

—Quería invitarte a comer, pero veo que estás cocinando. ¿Viene Sara?

—Sí, Sara —responde Luca sin mirarlo a los ojos. Finge que está muy ocupado poniendo en su sitio los platos y los vasos para transmitir una tranquilidad que está muy lejos de sentir—. Y viene con su novio por primera vez.

—¡Caramba! Una ocasión importante. Siendo así me marchó, quizá podamos vernos otra vez.

—¡Además, hostia! —estalla Luca mirando por fin a su amigo a los ojos—. Si quieres invitar a alguien a comer lo llamas con cierta antelación, coño, no te presentas en su casa a mediodía. ¿O quizá piensas que estoy tan mal que lo único que hago es esperar a que alguien venga a suplicarme un poco de consideración?

—Perdona, ¿puedes dejar de apuntarme con el cuchillo? —pregunta Marco, que se ha quedado en el umbral.

—Ah, disculpa —contesta Luca dándose cuenta de que sigue empuñando el cuchillo de cerámica que ha usado para cortar a tiras las pechugas—, no me había dado cuenta. Será cosa de Freud.

—Sabes que soy de pocas palabras, pero debo decirte al menos dos.

—Soy todo oídos —dice Luca apoyando las dos manos en la mesa y mirando al suelo.

—Desde un principio, la idea de Salvemini fue que me infiltrara en la organización de Serra. Luego, después de la muerte de Fogli, él y Laura se vieron y trazaron un nuevo plan. Si te han mantenido al margen es porque Laura quería protegerte, y yo también.

—¡Gilipolleces! —exclama Luca—. ¿Con quién crees que estás hablando? ¡No necesito que me protejan, soy adulto y estoy vacunado!

—Lo demostraste cuando salvaste a Fogli del incendio.

—Ya. Como si hubiera servido para algo, dado cómo acabó.

—Sirvió para dar un vuelco a esta historia. Si tú y Andrea Gherardi no hubierais intervenido Laura y Boschi jamás habrían accedido a jugar sucio. Y si hemos conseguido saldar cuentas es, precisamente, gracias a ese juego.

—¿Y la guardia financiera? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Fue idea de Laura. No podía involucrar a los NOCS, no sabía hasta dónde llegaban los contactos de Serra en el interior de la policía. Tampoco los carabineros parecían una opción mejor. Demasiadas colusiones con los servicios secretos, ya sabes que Serra también trabajó para ellos.

—Así que sólo quedaba la guardia financiera. No sabía que tenían un núcleo de intervenciones de emergencia.

—De hecho, no lo tenían. Ha nacido con esta operación, será una sección del GICO. El coronel, Salvatore De Rosa, parece un tipo con un par de huevos.

—Estoy de acuerdo. En cualquier caso... queda el hecho de que un fiscal, que debería ser el último baluarte de la legalidad y la justicia, te ordenó poco más o menos que cometieras un homicidio en la cárcel. Y tú te prestaste al juego.

—Pession será el testigo clave de la acusación contra Serra y la organización de Capasso. Está bajo protección en un lugar seguro. No niego que lo zarandeé un poco. Puede que se me fuera la mano... tres costillas rotas, trauma craneal y un hombro fracturado. El problema es que el accidente debía ser creíble.

—¿Está vivo? ¿Cómo ha conseguido Salvemini...?

—¿Que declare como testigo? Sólo lo logró después del arresto de Serra y Capasso. Ahora Pession se siente más seguro. Claro que en buena parte influyó también la noticia de que Guerra, su abogado, había muerto. Salvemini le enseñó las fotografías del estado en que quedó después de ser torturado. Quizá le haya prometido también una reducción de la pena o le haya amenazado con volver a meterlo en una celda conmigo, a saber... Una cosa es segura: nuestro fiscal es un gran bastardo, pero se sale siempre con la suya.

Luca asiente.

—En pocas palabras, al final uno a cero para los buenos. ¿Y tú? ¿Qué ganas con todo esto?

—¿Yo? Ah, bueno, yo... Salvemini me ha conseguido un indulto. Podré volver a tener una vida normal, podré pedir la licencia de investigador privado. Al menos tendré una perspectiva diferente. Yo también quiero ser un buen padre, quiero que mi hija se sienta orgullosa de mí, como lo está la tuya de ti.

—No estoy muy seguro de que Sara se sienta orgullosa de mí.

—Por supuesto que lo está. Sea como sea, el año pasado, después de la cárcel, de vivir en la calle, de haberme convertido en lo que era... no sé, siento que estoy en deuda... que aún debo hacer algo para expiar, para equilibrar las cuentas. Ahora me siento bien. Puedo volver a empezar.

—Me alegro. En cualquier caso, eso no quita que seas un cabrón de tomo y lomo.

—Sí, Luca, es cierto, pero no es una novedad. Tú seguirás siendo mi amigo de todas formas, y lo harás porque eres un jodido masoquista.

—No lo sé. Quizá. De todas formas, ahora esfúmate, porque debo cocinar y ya me has distraído bastante.

Sesenta y uno

—¿Se puede? —pregunta Luca Betti asomándose al despacho de Laura Damiani.

—¿Luca? Hola, entra... disculpa el desorden, pero...

—No te preocupes, he visto que estaba abierto y... Alguien me ha dicho que te había visto llegar, así que he querido aprovechar la ocasión. Hace mucho tiempo que no apareces por jefatura, más o menos desde que te convertiste en una celebridad.

—Basta, por favor. Sí, de hecho la base operativa de las investigaciones es secreta, está en un cuartel. Hemos trasladado allí toda la documentación y estamos preparando la acusación. Una mole de material enorme, me ahogan los papeles.

—Supongo que Salvemini estará contento. Esta vez sí que lo nombrarán fiscal general.

—No sé si lo hizo por la carrera, ¿sabes? Es un hombre extraño, difícil de interpretar. Alguien que persigue sus obsesiones.

—Como hacemos todos, por lo demás.

—Sí, puede que tengas razón, Luca. Como hacemos todos. Pero bueno, siéntate un momento —dice Laura quitando varias carpetas de una silla—, hay un poco de lío, es que no he tenido tiempo de...

—No te preocupes —la tranquiliza Betti dando un par de pasos hacia delante y apoyando la espalda en una librería—, sólo quería saludarte y decirte, además, que me alegro de que no hayas muerto.

—Oye, a propósito de eso y de la bronca que tuviste con Boschi... Me gustaría habértelo dicho yo, pero no podía. Todo sucedió muy deprisa y, además...

—Sí, ya lo sé, queríais protegerme. Tranquila, no estoy enfadado. No obstante, menos mal que Serra no estaba ese día en el despacho, porque de haber estado le habría pegado un tiro.

—No me lo habría perdonado jamás.

—A propósito... Tuvo que ser embarazoso hacerse esas fotografías, en la cama, con Salvemini. Me imagino la escena.

—No me hables, pero eran necesarias, Serra no se habría contentado con recibir la noticia sin alguna prueba. Era importante que viera los cuerpos o habría podido

sospechar algo.

—Es tan absurdo —dice Luca sonriendo y cabeceando—. ¿Quién habría pensado que un tipo como Salvemini podía prestarse a algo similar?

—La idea fue de Marco. Era importante que Serra se fiase de su lealtad. Fueron necesarios tres homicidios falsos para convencerlo.

—Me temo que también alguno auténtico, pero prefiero no saberlo.

—Pero bueno, dime, ¿cómo os va ahora a vosotros dos? Me refiero a ti y a Marco.

—Ayer pasó por mi casa, como si nada, con su habitual cara dura. Qué puedo decirte, es una especie de condena, alguien debió de echarme mal de ojo cuando nació. Nunca me libraré de él. Pero lo peor es que nunca dejaré de quererlo.

Laura esboza una sonrisa.

—Me alegro. Me siento más segura sabiendo que él está aquí contigo.

—¿Por qué? ¿Te vas a algún sitio?

—Sí, cuando esta historia termine creo que volveré a Roma. Me he dado cuenta de que escapé de allí sin aclarar antes las cosas, sin cerrar de forma definitiva ciertas cuestiones pendientes.

—¿Te refieres a tu ex, al carabinero?

—No... Bueno sí, pero no sólo. Hablo sobre todo de mi vida, debo comprender de una vez por todas qué es lo que quiero hacer. Esta vez tengo intención de decidirlo sin volver a huir. Y tengo que empezar allí, en Roma, porque es el sitio al que pertenezco. Luego, cuando haya aclarado las ideas... Quién sabe.

—Me alegro de que hayas encontrado la fuerza y la determinación para tomar tus decisiones. En el fondo, la dificultad está ahí, en estar dispuestos a mirar en nuestro interior y a dejar de escapar de nosotros mismos. Creo que el resto viene después por sí solo.

—¿Y tú? ¿Qué es de tu vida?

—¿No tienes una pregunta de reserva, por casualidad? —responde Betti sonriendo un poco cohibido—. He vuelto al trabajo. Puro papeleo, por el momento, luego ya veremos. Tengo que cumplir un castigo, pero Serafini, mi jefe, me estima, así que creo que me volverá a asignar al servicio activo. Cometí alguna que otra gilipollez, me pasé y me merecía una bronca.

—Fue admirable cómo te portaste con Cristina. Lo que hicisteis tú y Gherardi...

—Sí, pero siento que acabara así. No logramos salvarla.

—Quiero pensar que su gesto no fue sólo fruto de la desesperación, del sentimiento de derrota... Quiero creer que fue una especie de sacrificio, por equivocado que fuera. Y, te repito, si esta historia ha terminado como ha terminado es también gracias a ti, Luca.

Betti sonrío sin replicar.

—Pero dime —prosigue Laura—, ¿qué ha sido de Andrea Gherardi?

—Es un misterio. Pidió una baja por motivos de salud y desapareció. Yo también

lo he buscado, pero no he dado con él, debe de haber cambiado incluso de número de móvil.

Luca y Laura guardan un momento de silencio, cada uno abstraído en sus pensamientos. Luego, antes de que la situación resulte embarazosa para los dos, Luca se despide.

—Bueno, Laura... Te deseo mucha suerte en el proceso y en todo lo demás. Supongo que, de todas formas, tendrás que volver a menudo a Milán, si no tienes demasiado que hacer pasa a saludarme.

—Cuenta con ello, Luca —dice Laura acercándose a él y acariciándole la cara. Luego, con gran naturalidad, casi sin pensar, sus labios se acercan y se dan un beso fugaz, pero dulce e intenso—. Saluda a Sara de mi parte —dice Laura separándose de él con aire risueño—. Uno de estos días le escribiré. Y cuídate mucho, por favor.

—Lo haré —dice Luca—. Te deseo que encuentres toda la serenidad que mereces. —Acto seguido se da media vuelta y sale.

Laura se siente turbada por las emociones, por los recuerdos, por las palabras no dichas, las que más pesan. Luego, como siempre, decide dejar en suspenso los sentimientos y vuelve a concentrarse en los expedientes que estaba buscando antes de que Luca entrase.

Sesenta y dos

Luca Betti, Milán

Camino por la calle Fatebenefratelli hasta llegar a una esquina, la doblo y enfilo la calle de los Giardini en dirección a la parada de metro de Montenapoleone. Aún tengo en los labios el sabor del beso de Laura. Es un buen sabor, pese a que tiene gusto a nostalgia.

Hoy la temperatura es especialmente agradable en Milán. Pienso en Laura, en Cristina Fogli, en Marco. En todo lo que ha sucedido. Tengo una sensación extraña, una especie de melancolía dulce, resignada. Por todo lo que podría haber sido.

Luego pienso en Sara.

Luciano Piretti, su novio, es un buen tipo y parece quererla. Lo he notado por la manera de tratarla, por la forma en que la mira. Por sus gestos, por los pequeños detalles. Un padre comprende ciertas cosas.

La comida ha sido un éxito. Después de la visita de Marco estaba bastante nervioso, olvidé todas las ocurrencias que había preparado, pero por suerte, no las necesité. Sara me presentó como un héroe y como el mejor padre del mundo. En pocas palabras, se sentía orgullosa de mí y se veía. Me desconcertó de forma agradable.

Sin darme cuenta, sumido en mis pensamientos, dejo atrás la parada del metro y llego a la calle Manzoni. Qué idiota. Quizá pasee un poco más y lo coja en el Duomo. Hace mucho tiempo que no paseo por el centro. Me viene a la mente una canción de los tiempos del colegio, *Noche a sorpresa*. En parte me avergüenzo, si Sara me pillase escuchando a los Pooh me mataría. Lo hago cuando voy solo en el coche y canto a voz en grito, desafinando. En cambio, cuando mi hija me acompaña pongo cosas más recientes, que descargo de iTunes, fingiendo incluso que me gustan.

Los padres somos a veces ridículos. Ridículos en el exceso de amor que quizá es en realidad inseguridad, inmadurez, un error macroscópico desde el punto de vista pedagógico. Pero ¡qué más da! No deja de ser amor, algo bueno, positivo.

No obstante, esta noche quiero imitar al tipo de la canción, así que me regalo un

paseo en solitario por la ciudad. Nadie me espera, nadie me busca y por una vez me da igual, me dedico a mí mismo, a nadie más. Tengo varias opciones... Me entretengo en las tiendas que hay debajo de la galería, entre los DVD y los discos de los años ochenta. Luego ceno algo descaradamente calórico, lleno de porquerías. Nitritos, nitratos, colorantes, lo menos indicado para un hombre de cincuenta años al que le cuesta apartar el tocino.

Puede que luego vaya a ver una buena película. Ha salido la nueva de la Marvel, vi el tráiler hace unos días.

Miro alrededor y observo las tiendas, que son magníficas, la gente que piensa en sus cosas, niños, parejas de jóvenes cogidos de la mano. Es increíble cómo esta ciudad a veces aún logra parecerme bonita.

Me siento lleno de energía y optimista. Me siento joven.

Epílogo

*Málaga, España, plaza Obispo.
Seis meses después*

El hombre atraviesa la plaza cuadrada en diagonal. Viste un elegante traje de lino azul celeste, unas zapatillas deportivas Prada del mismo color y una camisa blanca de punto muy ligera. Lee un periódico en inglés y aprieta bajo el brazo otros diarios y un par de revistas.

Roza la fuente central, constituida por tres *platos* de mármol superpuestos y pasa al lado de unos turistas japoneses, que están fotografiando la suntuosa fachada de la catedral de la Encarnación, dejando a su derecha el palacio episcopal. Esquiva las mesitas de los lujosos cafés y llega a la puerta que hay en la esquina de la plaza. Sube a pie hasta el tercer piso, donde vive. Un apartamento dúplex de cien metros. La parte superior es abuhardillada y en ella hay dos dormitorios y un cuarto de baño. En la inferior están la acogedora sala y, en un rincón, la cocina. Las dos dan a la plaza, una de las más antiguas y sugerentes de la ciudad.

El hombre deja las llaves encima de la superficie de mármol del mueblecito antiguo que hay en el recibidor, y los periódicos en la mesita que está al lado del sofá gris de piel suave. Cuando se vuelve hacia la escalera de caracol se queda petrificado.

—Buenos días, señor Martínez. O mejor dicho, buenos días, comisario Matteo Serra. —Andrea Gherardi viste un mono de mecánico, guantes de látex y fundas de cirujano para los zapatos. Lleva el pelo recogido en un gorro de ducha de plástico transparente y empuña en la mano derecha una Beretta 92FS con silenciador.

—No te muevas, quédate donde estás. Mete lentamente, muy lentamente la mano en la chaqueta y saca la pistola con dos dedos. Un movimiento en falso y eres hombre muerto.

—¿Para qué? —pregunta Serra torciendo la boca en una media sonrisa—, a fin de cuentas, visto como vas vestido, creo que estás decidido a matarme. ¿Me equivoco?

—Te equivocas. Me limitaré a entregarte a las autoridades, a condición de que respondas a unas cuantas preguntas. Matarte es la segunda opción, en caso de que tus

respuestas no me convenzan o de que intentes hacer el capullo. Por eso he venido preparado.

Serra saca la pistola de la funda axilar, procurando no hacer ningún gesto imprudente.

—Tírala aquí, a mi derecha —ordena Gherardi.

La pistola acaba en el suelo, a un par de metros de distancia de los dos hombres.

—Bien. Si ahora estás pensando en la manera de hacerte con la pistola que está escondida entre los cojines del sofá o en el mueble de la cocina te advierto que pierdes el tiempo. He sacado todas las balas y las he tirado al váter.

—Estaba seguro —dice Serra—. ¿Puedo sentarme al menos?

—No, no puedes. Quédate donde estás, como mucho puedes bajar los brazos.

Serra cabecea.

—¿Cómo demonios me has encontrado?

—Puede que no me hayas entendido bien, Serra, soy yo el que hace las preguntas. La primera es la siguiente: ¿quién es el tipo que encontraron muerto en tu celda de aislamiento?

—Uno cualquiera. Un camello, un asesino, un estafador. Uno que se habría podrido de todas formas en la cárcel.

—Lo hicieron pasar por ti y te dieron por muerto.

—Exacto. Y yo suplanté a ese tipo, que luego fue trasladado a otra cárcel. Se escapó durante el trayecto de una a otra, pero era un pez pequeño, así que se habló poco del asunto. Luego desapareció en la nada.

—¿Cómo conseguiste engañar a Damiani? Sé que insistió en que quería ver el cuerpo.

—Al final se contentó con las fotos en las que aparecía yo sobre una mesa del depósito. Y con un par de declaraciones falsas de los forenses... Gente a sueldo de mis amigos.

—Segunda pregunta: ¿cómo incitaste a Cristina al suicidio?

—Cristina era drogadicta y estaba deprimida. Yo no...

—¡Atento, hijo de puta! —grita Gherardi—. ¡Voy a apretar el gatillo!

—Está bien, está bien, cálmate. Hice algunas averiguaciones sobre su amiga. Trabajaba en el centro para niños discapacitados al que llevó a Cristina. Le envié un mensaje para que comprendiera que si hablaba...

—Te vengarías con los niños.

—Eso no significa que lo hubiera hecho de verdad.

—No, por supuesto. Una persona como tú sería incapaz. Tercera pregunta: ¿dónde están Di Sante, tu mano derecha, y los demás hombres que enviaste para matar a Cristina Fogli?

—Han muerto. Yo...

—¡Bastardo, tú también eres hombre muerto!

—¡No, espera, es verdad! ¡Formaba parte del acuerdo con Capasso! Él debía

sacrificar a Rocco Barillaro, su mano derecha en Milán, a cambio de que yo eliminase a Di Sante. Capasso pensaba que para mí supondría un sacrificio, pero, en realidad, hacía tiempo que había decidido quitarme de encima a ese inútil de Alceo. Ve al desguace de Elio Santini, el que está en Agrate Brianza. Encontrarás los restos de Di Sante y los de sus hombres dentro de un cubo verde claro.

—Última pregunta y, te lo advierto, procura no mentir, porque esta vez no te haré ninguna advertencia, te encontrarás de buenas a primeras con un tercer ojo en medio de la frente. Giulio Visci, el hombre de mi brigada, hace tres años. Lo mataste tú, ¿verdad?

Serra exhala un suspiro.

—Giulio era un buen chico, me gustaba. Por desgracia, había descubierto demasiadas cosas, no tuve elección.

—Bien, ahora está todo claro. Te permito que me hagas también una pregunta. Vamos, lo que quieras.

—¿Cómo me has encontrado?

—Tu amigo Marco Ranieri, el director de la AISI, me dio la dirección. Fui a verlo enseguida después de haber charlado con tu notario de confianza, Ivan Mattioli.

La expresión de Serra se tensa, su cara palidece. Como si sus facciones se estuvieran helando y la sangre estuviese abandonando su rostro.

—Están cometiendo un grave error, igual que tú, Gherardi. Esos dosieres no eran mi única salida. Hay otros, muchas copias, por toda Europa. Si no me conecto periódicamente con cierta línea de chat secreta los documentos empezarán a salir a la luz, y en Italia se producirá un auténtico terremoto.

—¿Hablas en serio? Bueno, aun en el caso de que fuera verdad, me importa un carajo. Por mí el gobierno, el Vaticano y el ejército pueden irse a tomar por culo. Que se derrumben todos, quizá del caos surja algo mejor. Mejor que la mierda que hasta la fecha ha permitido que gobernase uno como tú.

—Te equivocas, Gherardi. Esto te supera. Entrégame si quieres a las autoridades, has ganado. Si eso es lo que te gusta creer.

—¿Sabes una cosa, Serra? Antes, cuando te dije que si respondías a mis preguntas no te mataría... bueno, la verdad es que te mentí.

Los dos disparos en rápida sucesión azotan el aire cerrado de la habitación como dos latigazos. Uno le da en el entrecejo, el otro a la altura del corazón. Serra se desploma hacia atrás con los ojos abiertos.

Andrea Gherardi permanece inmóvil unos segundos. Graba en la mente la imagen. Acto seguido recoge los cartuchos, se los mete en un bolsillo y sale cerrando la puerta.



ROMANO DE MARCO Nacido en Francavilla al Mare el 6 de octubre de 1965, gerente de seguridad de uno de los grupos bancarios más grandes de Italia, comenzó a escribir en 2009 con la novela *Ferro e fuoco*. En 2011 lanzó su segunda novela *Milano a mano armata*. En enero de 2013 es el tiempo de *En casa del diablo* editada en España por la editorial Bóveda. En enero de 2014 aparece su cuarta novela *Desaparecida*. En 2015 publicó dos novelas *Ciudad de polvo* y *Morte di Luna*. En 2017 publica *L'uomo di casa*.

Colabora con la revista *Writer's Magazine Italia*, dirigida por Franco Forte, escribe artículos periodísticos para *Giallo Mondadori*, colabora con varios blogs.